



JOHN
BROSINAN

LA CAIDA
DE LOS SEÑORES
DEL CIELO

Lectulandia

La épica lucha de Jan Dorvin, con la ayuda de Ryn, contra los feroces Señores del Cielo, parece tocar a su fin. Justamente por entonces, la colonia terrestre de Palmyra entra en contacto con hábitats humanos, que orbitan más allá de la atmósfera, en los cuales despierta una hasta entonces adormecida codicia. Por su parte, los eloi han decidido —por su propia supervivencia, y teniendo en cuenta la agrevisidad rapaz de los humanos— implicarse en los asuntos de ellos; Jan y Ryn serán sus agentes, y su primera misión, observar qué sucede en Palmyra. Allí, Jan encontrará a un pueblo que tiene sentimientos —temor, ambición, amor...— que creía desaparecidos. Pero también, entre los recientes conquistadores, encontrará al tenebroso, ubicuo e inmortal Milo...

La caída de los Señores del Cielo cierra magistralmente la extraordinaria trilogía de Brosnan. Una trilogía cuyo dinamismo, fantasía desbordante y sugerentes implicaciones ha cimentado en todo el mundo el prestigio de su autor.

Australiano, residente en Londres desde 1970, **John Brosnan** es un conocidísimo especialista en historia del cine fantástico —entre sus obras, *Movie Magic*, sobre efectos especiales; *Future Tense* y *The Horror People*— y crítico cinematográfico. Ha escrito varias novelas del género Space Opera (*Skyship*, *The Midas Deep*), la más popular de las cuales es la trilogía *Los Señores del Cielo*.

Lectulandia

John Brosnan

La caída de los Señores del Cielo

Los Señores del Cielo 3

ePub r1.0
sentinel 13.09.13

Título original: *The Fall of the Sky Lords*

John Brosnan, 1991

Traducción: Eduardo G. Murillo, 1992

Diseño de portada: Laura Pontón

Editor digital: sentinel

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

1

A unos trescientos setenta y cinco mil kilómetros sobre la superficie de la Tierra, Milo Haze, a solas en su pequeña celda, leía una novela de ficción científica escrita a principios del siglo veintiuno. La había encontrado por casualidad mientras husmeaba los viejos registros de OrCen. Le sorprendió que hubiera escapado a la atención de los padres. No es que contuviera nada procaz, por desgracia, pero hacía mucho tiempo que el comité de padres había prohibido y, por consiguiente, erradicado todo material de ficción que no se amoldara al pensamiento ortodoxo o no tuviera como efecto que «el espíritu se elevara y enriqueciera en la contemplación de la gloria de Dios». Lo cual significaba que todo aquello vagamente destinado a entretener, libro o vídeo, había desaparecido.

No es que la novela, titulada *Un trillón de relatos de luz y amor*, fuera muy entretenida, pero, tras una larga dieta de tratados religiosos y manuales técnicos, Milo la encontró bastante divertida. Había sido escrita en una época a la que más tarde se bautizó, no sin cierta ironía, como la Edad del Optimismo. En aquel tiempo, daba la impresión de que el mundo tenía derecho a ser optimista. El siglo veinte, peor que cualquier otro, había concluido; el segundo milenio no había traído consigo el fin del mundo; los Estados Unidos y la nueva Rusia habían formado una alianza, y la ciencia había vencido por fin al sida.

Y daba la impresión de que el mundo iba a mejor, gracias a la ciencia en general y a los adelantos en microbiología en particular. Gracias a esta mejora de imagen de la ciencia y la tecnología, esa época también fue llamada la Segunda Edad de la Razón. A medida que el siglo veinte se acercaba a su fin, se produjo una tremenda proliferación de creencias absurdas: astrología, Nueva Era, homeopatía, espiritualismo, ocultismo, gaianismo, medicina holística, alimentos «naturales», reencarnación, «canalización», aromaterapia, ovnis y ecologismo, por nombrar algunas, así como una expansión del fundamentalismo en el seno de las religiones tradicionales. Sin embargo, en los primeros años del siglo veintiuno, cuando parecía que por fin la ciencia iba a erradicar las viejas maldiciones que pesaban sobre el hombre (enfermedades, hambre, incluso la vejez), la superstición perdió fuerza durante un tiempo. Y sí, la ciencia alcanzó sus objetivos y los científicos fueron saludados como dioses por las masas. Entonces llegaron las Guerras Genéticas...

Los culpables de las Guerras Genéticas no fueron los científicos, sino las personas que controlaban a los científicos. Jefes de estado y las personas que controlaban las, por aquel entonces, todopoderosas multinacionales genéticas. Personas como él.

Milo consideró divertido que la primera parte de la novela transcurriera en un hábitat espacial similar al suyo. Similar en términos de estructura, al menos. Ambos eran, básicamente, cilindros de metal bulbosos, que giraban sobre su eje y medían

unos seis kilómetros de largo. En la novela, el hábitat era la base de los constructores de una enorme nave. La nave se construía en respuesta a misteriosas señales procedentes del centro de la galaxia. Los constructores eran un puñado de inmortales jóvenes, idealistas y amantes de la libertad, muy al contrario de la gente con la que Milo compartía su hábitat espacial, Belvedere, una pandilla de fanáticos fundamentalistas cristianos, sexualmente reprimidos por sus rígidos códigos morales y que irritaban a Milo en extremo.

Milo comprendía cómo se había llegado a esta situación, pero no por ello la soportaba mejor. Sabía que los habitantes de una colonia espacial semejante, aislada por completo del planeta madre, tenían que vivir conforme a reglas muy estrictas para sobrevivir. En el espacio, la muerte siempre acechaba, y bastaría la acción irresponsable de un solo individuo para poner en peligro a todo el hábitat. El fundamentalismo religioso era una manera muy eficaz de imponer un rígido código de comportamiento. Otro factor era el trauma emocional experimentado por los primeros habitantes de Belvedere al concluir las Guerras Genéticas. El mundo había sido contaminado mediante plagas creadas por el hombre y otros horrores producto de la manipulación genética. El hombre, con su ciencia, había destruido el planeta Tierra. Los cristianos belvederianos habían predicado la teoría de que correspondía a los supervivientes expiar este terrible insulto a Dios, y la idea había prendido rápidamente, dado el enfebrecido clima emocional del momento.

Milo recordaba bien aquellos días; mejor dicho, lo recordaba su yo original. Se limitaba a compartir los recuerdos de su otro yo.

Milo terminó la novela. Desconectó la pantalla, se reclinó en su duro asiento y se frotó los ojos. Lástima que la misteriosa fuerza extraterrestre resultara ser bondadosa. A Milo le habría apetecido un poco de sangre y vísceras. Se inclinó hacia adelante y utilizó su terminal para informar a OrCen sobre la existencia de la novela en los archivos, y pidió que fuera examinada por la junta de censura. Milo lamentaba proceder de esta manera, porque la novela sería destruida, pero no tenía otra elección. OrCen controlaba todo lo que él veía en la pantalla, y le habría denunciado a los padres si Milo no se hubiera adelantado.

Consultó la hora. Su penitente llegaría dentro de un par de minutos. Ya tenía ganas. Las sesiones constituían uno de sus escasos placeres en Belvedere. Comer y soñar despierto eran los otros. El alcohol y otras drogas relacionadas con el placer estaban prohibidas, por supuesto.

La muchacha fue puntual. Milo lo sabía. Entró, vestida con la inevitable bata holgada azul oscuro.

Caminó con la cabeza gacha. Milo se irguió más en su silla. Sabía que su aspecto imponía.

—Arrodíllate, hermana Anna.

—Sí, hermano James —respondió ella, arrodillándose frente a su escritorio.

—Mírame a los ojos —ordenó Milo.

Ella levantó la cabeza y, a regañadientes, obedeció. Era joven, casi bonita y una de sus mejores estudiantes. Como su tutor, también era su confesor. Ventajas del oficio. Tales ocasiones eran los raros momentos en que un hombre y una mujer podían estar juntos a solas. En realidad, no estaban solos, porque OrCen vigilaba todas sus palabras y movimientos. Si hubiera tocado a Anna con un dedo, habría sido lanzado por una esclusa de aire sin traje de supervivencia.

El contacto físico entre hombre y mujer estaba prohibido en Belvedere desde hacía un siglo. Esta norma sólo se rompía en casos de extrema emergencia. Todos los aspectos de la reproducción estaban restringidos al laboratorio, por supuesto. El contacto físico entre miembros del mismo sexo estaba permitido, pero, si el contacto era de naturaleza sexual, el castigo era severo y rápido. La masturbación también estaba prohibida, y como no había lugar libre en el hábitat de los sensores contumaces de OrCen, muy pocos intentaban quebrantar la ley. Incluso las poluciones nocturnas estaban prohibidas a los hombres.

El castigo no era drástico: una embarazosa confesión en el canal público y seis palmetazos en la palma de la mano. Como Milo podía controlar su cuerpo por completo, siempre había evitado esa circunstancia, pero tales confesiones y castigos se sucedían a diario.

—¿Tienes algo que confesar, hermana Anna? —preguntó Milo.

Las pálidas mejillas de la joven se ruborizaron levemente.

—Yo... Sí, hermano James.

—Empieza.

La respiración de la hermana se aceleró.

—Es... Es muy embarazoso, hermano James.

—Sabes que has de decírmelo, hermana Anna. Y debes decir toda la verdad. Sin dejarte nada. Dios nos contempla y escucha.

Por no mencionar a OrCen y a los padres, pensó.

—He tenido malos pensamientos otra vez. Intenté evitarlos, pero no pude.

—Cuéntamelos.

—Los tuve anteanoche. En mi catre. No podía dormir. No tenía la intención de pensar en esas cosas. Fue más como un sueño... No pude evitarlo.

—No mientas —la previno—. Querías pensar en esas cosas.

—No —protestó ella, alzando la voz.

—Ya sabes que sí. Dime en qué pensaste.

—En un hombre. Entraba en el dormitorio. Iba directamente a mi catre. Yo no podía ver su cara, pero, cuando se acercó, advertí que iba desnudo...

—¿Qué sentiste?

—Miedo.

—He dicho que no mintieras.

—... y excitación —se apresuró a decir la joven—. No quería, pero me excité.

Milo se inclinó un poco hacia ella y aumentó diez veces su producción de feromonas.

La atmósfera de la celda no tardó en saturarse de los poderosos mensajeros químicos.

La reacción de la hermana fue inmediata. Se ruborizó todavía más y su respiración se aceleró.

—Prosigue —dijo Milo.

—Se detuvo junto a mi catre. Vi que su... cosa había aumentado de tamaño...

—Eres estudiante de medicina, hermana Anna. Conoces el término correcto.

—Hum, pene...

Le costó reprimir una carcajada. Pobre chica. Sólo porque era estudiante de medicina estaba familiarizada con el órgano viril y los antiguos métodos de procreación, ahora prohibidos. La mayoría de los belvederianos vivían en una ignorancia sexual absoluta.

Deseos sexuales, los tenían en abundancia, pero no podían satisfacerlos.

—Y después, ¿qué?

La joven entornó los ojos. Su respiración era rápida y agitada.

—Me bajó la sábana... hasta los pies. Después..., cogió mi camisón por el borde y lo fue subiendo... sobre mis piernas..., sobre mi... estómago..., mis pechos..., hasta mi garganta.

—¿Te vio desnuda?

—Sí...

—¿No trataste de chillar o huir?

—No, hermano James.

—¿Qué ocurrió a continuación?

—Me cogió las piernas... y me las separó. Se subió sobre el catre y... se arrodilló entre mis piernas. Me tocó...

La hermana se estremeció.

—Sigue, hermana Anna.

—Continuó tocándome... en diferentes sitios. Después, se tendió sobre mí... y al mismo tiempo empujó su pene dentro de mí... y...

Había cerrado los ojos por completo. Milo aumentó su producción de feromonas.

—Se... movió atrás y adelante..., atrás y adelante...

«No está mal para una chica que sólo ha recibido un par de clases breves, inconexas y deliberadamente vagas sobre el acto sexual», pensó Milo.

—¿Te dio placer? ¿Qué sentiste?

La respiración de la joven era rapidísima. Jadeaba. Milo percibió sus secreciones. Casi pudo paladearlas.

—Sí... Me gustó.

—Y ahora, cuando lo recuerdas, también te gusta, ¿verdad? Recuerdas con toda exactitud lo que sentiste...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —Echó la cabeza hacia atrás, presa de estremecimientos—. ¡Oh! ¡Ooooooh!

Intentó reprimir el orgasmo, pero no lo consiguió. Los estremecimientos de su cuerpo se prolongaron un rato más. Milo mantuvo su expresión severa, pero por dentro sonreía, triunfante.

Cuando cesaron sus agitaciones, la joven bajó la cabeza. Cayeron lágrimas al suelo. Se cubrió la cara con las manos.

—Estoy muy disgustado contigo, hermana Anna —dijo con frialdad Milo—. Ya sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—Sí, hermano James.

Las manos ahogaron su voz.

—Una confesión pública, una severa flagelación a manos de la madre de tu dormitorio y dos semanas en una celda de aislamiento, como mínimo.

—Sí, hermano James. Lo lamento. No sé qué me ha pasado.

—Ya es demasiado tarde. Debo redactar mi informe. Vuelve a tu dormitorio y espera.

—Sí, hermano James.

Se levantó y, sin mirarle a los ojos, salió de la celda.

Cuando la puerta se cerró, Milo tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener una sonrisa. El perfume de la joven flotaba en el aire. Todo había ido de maravilla. Había violado a una mujer delante de los mismísimos sensores de OrCen. Por control remoto, desde luego, pero seguía siendo violación.

Pensó en cuánto tiempo había transcurrido desde que había hecho el amor físicamente con una mujer. Más de cien años. Demasiado tiempo entre polvo y polvo. La mujer en cuestión había sido su esposa de entonces, Ruth. Antes del decreto que prohibía el contacto entre hombres y mujeres. Ruth ya había muerto. Había alcanzado el máximo de edad permitida unos veinte años antes. Había vivido tres por encima de los doscientos prescritos. Lástima que los hubiera pasado en este agujero. Claro que, hacia el final, era una beata de pies a cabeza.

De una forma u otra, Milo había pasado más de doscientos ochenta años en Belvedere, si bien sólo contaba ciento sesenta años. Los primeros ciento veinte, por supuesto, los había pasado en el cuerpo original de Milo Haze, pero después existía un hueco en su memoria de unos quince años. Éste se remontaba a la época de crecimiento...

En su momento, le había parecido una buena idea dejar un replicante de sí mismo en Belvedere, antes de que su yo original partiera en una expedición a las colonias marcianas. Cuando Milo llegó a Belvedere como refugiado después de las Guerras Genéticas, llevaba documentos de identidad falsos, pero había declarado en ellos su edad auténtica, cuarenta y ocho años. Empezó a preocuparse ciento veinte años después, cuando entró en los últimos cincuenta de los doscientos permitidos a un Modelo de Primera Clase normal. Porque Milo Haze era inmortal. Y si no fallecía en la fecha prevista, entre su doscientos cumpleaños y los cinco posteriores, las autoridades de Belvedere le ejecutarían sin vacilar, al igual que le habrían ejecutado de haber descubierto que era Milo Haze.

Por lo tanto, el Milo Haze original empezó a urdir planes. Se presentó voluntario a la expedición que se dirigía a las colonias marcianas, sabiendo que el viaje sólo sería de ida para él. Eliminó a los demás miembros de la tripulación durante la travesía e intercambió la identidad con el más joven. Después, ya en Marte, solicitó asilo político.

Estaba seguro de que se lo concederían, debido a las viejas rencillas entre Belvedere y las colonias marcianas.

Un mes antes de partir había elegido a una mujer, sabiendo que estaba en su año de fertilidad. Se trataba de una tal Carla Gleick, que trabajaba en una unidad de reciclado de agua. Como esto ocurrió mucho antes de que OrCen impusiera su vigilancia, le resultó facilísimo entrar en la unidad donde Carla trabajaba sola, drogarla y fecundarla con su clon en estado embrionario. El Milo actual no lo recordaba, pues sus recuerdos se detenían cuarenta y ocho horas antes de esos acontecimientos, pero sí recordaba planearlo, y su propia existencia daba fe de que el Milo original había llevado a cabo sus planes con éxito.

No recordaba nada de los posteriores catorce años. Un día, despertó y se encontró en la cama de un hospital. Fue un período de confusión y desorientación, mientras se adaptaba poco a poco a la comprensión de lo sucedido. Fue entonces cuando empezó a lamentar su plan de dejar un replicante en Belvedere, pues, aunque sabía que sería un clon con sus recuerdos, no esperaba que el replicante fuera él. Había esperado ir a Marte, no quedar atrapado en la fundamentalista Belvedere. Y había ido a Marte, por supuesto. Sabía que, hablando en términos técnicos, no era el Milo Haze original. Por desgracia, pensaba que lo era... Alegando amnesia, lo cual era cierto, recompuso poco a poco el rompecabezas de los últimos quince años. Resultó que el marido de Carla Gleick era estéril, y aunque ella proclamó su inocencia fue declarada culpable de adulterio y ejecutada. Milo desconocía la esterilidad de su marido, si bien era una característica común en Belvedere y en los demás hábitats espaciales, gracias a las deficiencias de las pantallas contra radiaciones cósmicas. Y aunque lo hubiera sabido, no habría alterado sus proyectos.

Milo, mejor dicho, James Gleick, había sido educado en una guardería del gobierno.

Había sido un niño normal en todos los sentidos, aunque su crecimiento fue muy rápido.

Pacífico y obediente, el pequeño James era un belvederiano modélico y no tuvieron que castigarle casi nunca. Al entrar en la adolescencia, demostró tempranas aptitudes hacia la medicina. Fue en una clase de medicina, tres semanas después, cuando se desmayó.

Ni los médicos ni las máquinas médicas del hábitat pudieron ofrecer ninguna explicación del coma profundo en que había caído James.

Milo decidió que continuaría la carrera médica de James Gleick. Como antiguo presidente de una multinacional genética, no le supondría ninguna dificultad. Al contrario, sería difícil ocultar sus vastos conocimientos médicos. Y seguiría siendo un ciudadano modelo de Belvedere, aunque la personalidad que habitaba ahora en el cuerpo de James Gleick era muy diferente.

Su apariencia también cambió. Al cabo de pocos años había perdido todo el cabello, y uno de sus ojos se había transformado de azul en verde. Era una característica del Milo original que ahora lamentaba. Y no pasó mucho tiempo antes de que alguien observara el parecido entre él y uno de los voluntarios de la expedición a Marte. El nombre que Milo había adoptado desde su llegada al hábitat había sido Víctor Parrish, y ahora estaba claro con quién había cometido adulterio Carla Gleick. Por suerte para Milo, los padres de Belvedere no cargaban los pecados de los padres a sus hijos. Además, los belvederianos estaban convencidos de que Parrish había muerto con los demás durante el fatídico viaje a Marte. El nombre del único superviviente era Len Grimwod, y Milo sospechaba que se trataba del auténtico Milo. Era obvio que su plan de asesinar a los restantes miembros de la expedición se había saldado con éxito. Recordó que su yo original había elegido a Grimwod para su nueva identidad porque Grimwod sólo contaba treinta y siete años de edad. Eso significaba que su yo marciano había alcanzado de nuevo la «edad peligrosa», y se preguntó, aunque sin demasiada preocupación, cómo se las ingeniaría el Milo original para ocultar una vez más el hecho de su inmortalidad.

En cuanto a él, ciento cuarenta y cinco años de creciente aburrimiento después, si bien salpicados de numerosas victorias secretas (como la de hoy), estaba llegando también a la misma posición del Milo original. A los ciento sesenta años de edad ya era hora de empezar a pensar en salir de Belvedere. Sus opciones, no obstante, eran limitadas: uno de los otros tres hábitats o las colonias marcianas. Prefería las colonias marcianas, pero, si conseguía llegar a ellas (y aún no veía cómo), se encontraría inevitablemente con su yo original, el cual, si seguía con vida, no se alegraría en absoluto. Dos hombres de apariencia física idéntica, completamente calvos y con un

ojo de cada color, atraerían una atención nada deseada. En cualquier caso, aún faltaban varios años para tomar una decisión en firme.

Escapar de Belvedere ahora sería más difícil de lo que le había resultado a su yo original; sólo a unos cuantos hombres, especialmente entrenados, se les permitía pilotar las naves belvederianas que viajaban a los demás hábitats. No sólo vivían aislados de los demás ciudadanos, para limitar la posibilidad de contaminar a la sociedad belvederiana, como resultado de sus contactos regulares con los residentes menos píos de los otros hábitats, sino que también eran eunucos. Este último problema era el causante de que Milo aplazara su intento de huida hasta que fuera absolutamente necesario. En cualquier caso, aún tenía que ingeniar un método de resolver el problema.

Milo introdujo en OrCen su informe sobre la pobre hermana Anna y volvió a consultar la hora. Faltaba muy poco para la cena. Estaba a punto de levantarse de su asiento, cuando su terminal emitió un ruidoso «bip». Apareció un rostro en el monitor. Milo tragó saliva. Un padre. Pero no un padre cualquiera, sino el padre Massie, el más viejo de todos. El lúgubre patriarca de Belvedere. ¿Qué deseaba de Milo? ¿Habría comprendido OrCen el juego que se llevaba Milo entre manos con la hermana Anna?

¿Habrían captado los sensores el aumento de feromonas? Hasta el momento, nunca lo habían hecho. Si Milo hubiera sido capaz de experimentar miedo, habría sentido terror.

—Hermano James, prepárese a recibir una gran sorpresa —dijo el padre Massie, trasasándole con sus ojos severos.

—¿Cuál es, padre Massie?

—Estamos recibiendo señales de radio procedentes de la Tierra.

2

A la luz parpadeante de la lámpara de gas, el grupo estudió la hoja de plástico extendida sobre la mesa. En ella estaban dibujados toscamente los diagramas de las secciones inferiores del *Lord Montcalm*. El grupo estaba compuesto por cuatro hombres y dos mujeres. Vestían un conglomerado de pieles raídas. Hacía frío en el pañol. Ashley había desconectado la calefacción de toda la nave, así como el alumbrado.

—¿De acuerdo, pues? —preguntó Jean-Paul. Indicó el pasillo D en el diagrama de la cubierta inferior—. ¿Lanzamos aquí el ataque de distracción?

Los demás asintieron.

—Es el punto más obvio para apoderarse de la cabina de control —dijo Claude—. Si empleamos en el ataque todas las fuerzas disponibles, Ashley no tendrá otro remedio que situar en el pasillo a las mecarañas que quedan para proteger la cabina.

—Esperemos —dijo Dominique. Miró con preocupación a Jean-Paul—. Si hay una sola araña en la cabina cuando Jean-Paul llegue...

Él le dedicó una sonrisa de aliento, aunque albergaba el mismo temor en su mente.

—Lo hará, no te preocupes —respondió, con tanto convencimiento como pudo—. Sabemos, a juzgar por el número que hemos puesto fuera de juego, que sólo funcionan a pleno rendimiento entre nueve y once.

—Si nuestro cálculo de cuántas tenía al principio es correcto —señaló Eric.

—No nos queda otro remedio que crearlo así —dijo Jean-Paul, lo cual era cierto. Escrutó sus rostros—. ¿Están preparadas todas vuestras unidades?

Los demás asintieron.

—Lanzaremos a todos y a todo en ese pasillo —dijo Claude—. ¡Tenemos buenas posibilidades de conseguirlo!

Todo el mundo murmuró su acuerdo, aunque Jean-Paul sabía que nadie lo creía. Todos tenían experiencia en luchar contra las mecarañas. En los estrechos confines de un pasillo, una sola mecaraña era capaz de infligir horribles pérdidas. Jean-Paul se enderezó. Era hora de dar por terminada la reunión.

—Vamos a hacerlo —dijo.

Mientras los demás salían de la pequeña habitación, Dominique se acercó a él.

—¿Tienes miedo? —preguntó en voz baja.

—La pregunta es innecesaria —le respondió Jean-Paul, acariciando la mejilla de la joven con la yema del dedo índice. Ella se apoderó de su mano.

—Tengo miedo —dijo—. Tengo miedo de no volver a verte.

—Por favor —dijo el hombre, y lanzó una carcajada forzada—. Ésa no es forma de elevar mi moral.

—Lo siento —se disculpó Dominique. Le besó y abrazó con fuerza. Al cabo de unos instantes, él se soltó.

—Es hora de irse.

Se volvió y empezó a reunir su equipo. Salieron juntos. Claude esperaba fuera, sosteniendo la cuerda enrollada.

—Será mejor que vayas a reunirte con tu unidad, y rápido —dijo Jean-Paul a Dominique.

Ella asintió, le dirigió una última y significativa mirada y se alejó. Jean-Paul y Claude se encaminaron con paso rápido a su destino, que era una pequeña cubierta al aire libre situada en el casco inferior. Cuando Jean-Paul salió a la cubierta, estremeciéndose, intentó no pensar en la enormidad de la tarea que les aguardaba. Si fracasaba, la lucha habría terminado. Aunque los humanos se habían apoderado de casi toda la gigantesca nave, ésta seguía bajo el control del programa de ordenador enajenado conocido como Ashley. Habían arrancado sus sensores de las habitaciones y pasillos a medida que avanzaban por la nave, pero aún controlaba muchas funciones básicas de la nave. No era impensable que, en un momento de locura, estrellara al *Lord Montcalm* contra una montaña. Tenía que ser eliminada. Hasta ese momento, los humanos no serían otra cosa que moscas posadas sobre el flanco de una bestia gigantesca.

Jean-Paul miró por encima de la borda. Volaban a gran altitud, lo cual explicaba el intenso frío. Bajo sus pies sólo distinguió una capa de nubes. Sintió un nudo en el estómago, pero sonrió.

—¡Funcionará! —dijo a Claude, risueño.

Claude le ayudó a ponerse el arnés y comprobó los cierres de los garfios improvisados que llevaba en manos y pies.

—Cuando estés situado, tira tres veces con fuerza de la...

—¡Lo sé, lo sé! No tienes que decírmelo. El plan lo pensé yo, ¿te acuerdas?

Claude compuso una expresión ofendida y Jean-Paul se arrepintió al instante de sus palabras. Claude tenía los nervios a flor de piel, al igual que él.

—No te preocupes —dijo—. No voy a cagarla.

Miró el casco de la nave que se curvaba sobre él. Los sensores que tenía diseminados el ordenador por las partes accesibles del casco habían sido neutralizados sistemáticamente. Por desgracia, la parte a la que se dirigía (abajo) tenía los sensores en funcionamiento. Tendría que evitarlos. Respiró hondo, ajustó sus gafas protectoras y saltó sobre la barandilla. Claude había atado el extremo de la cuerda a un poste y se preparó a soltarla mientras su amigo descendía.

—Y, cuando esto acabe, cogeremos una borrachera tremebunda —dijo Jean-Paul a Claude, mientras bajaba y asestaba la primera patada al casco con los garfios de sus pies. Encontró resistencia. La cubierta del casco exterior no era metálica, pero sí muy

dura. Probó de nuevo. Esta vez, el extremo puntiagudo de la boca se hundió. Repitió con el otro pie. Éxito. De todos modos, sabía por anteriores ensayos que el proceso iba a ser largo y tedioso.

—*Au-revoir* —gritó a Claude, mientras desaparecía bajo la cubierta.

Intentó vaciar su mente de todo, excepto del mecánico descenso. Sacar púa de la muñeca izquierda y hundirla de nuevo; sacar púa del pie derecho y hundirla de nuevo; sacar púa de la muñeca derecha y hundirla de nuevo...

De vez en cuando se detenía y miraba hacia abajo, en busca de sensores. Cuando localizaba uno debajo de él tenía que desplazarse de lado durante un rato, antes de continuar bajando. La curva del casco era pronunciada y muy pronto se encontraría cabeza abajo, como una mosca posada sobre un techo. Notaba que la gravedad tiraba de su cuerpo, así como la fuerza suplementaria de las púas, con las cuales se aferraba de forma precaria al casco. El sudor cubría su cara, a pesar del frío. Se vio obligado a detenerse y subirse las gafas sobre la frente, porque ardían. Sabía que la cuerda le sostendría si caía, y que Claude le izaría, pero eso significaría el fracaso del ataque, porque no le quedarían fuerzas para repetir el descenso por el casco.

Vivió un mal momento cuando, para esquivar dos sensores, tuvo que trepar entre ellos y sobre la cúpula de cristal que albergaba uno de los láseres. Si Ashley había detectado su presencia, estaba perdido. Subir aquellos pocos metros se le antojó eterno, pero el interior de la cúpula permaneció inactivo mientras pasaba sobre ella.

Se detuvo de nuevo y miró hacia abajo. Por debajo de la curva del casco se veía el fondo de la cabina de control. Hora de dar la señal. Liberó una púa de muñeca, aferró la cuerda y, con un brazo que pesaba como el plomo, tiró tres veces con fuerza. Consultó su reloj. Las doce y cuarenta minutos. Ahora, tocaba esperar.

Desde arriba oyó el primer estruendo de las alarmas de incendio que Claude había activado para avisar a las fuerzas atacantes. La lucha por el pasillo D no tardaría en empezar.

Jean-Paul, con los brazos y piernas doloridos por la tensión, y la cara y los dedos entumecidos de frío, confió en que le quedaran fuerzas para reanudar la ascensión cuando llegara el momento. Esperó con impaciencia a que transcurrieran diez minutos; después, dolorido, reinició su camino a través del casco. Se preguntó qué estaría ocurriendo en el pasillo D...

Llegó por fin al costado de la cabina, dio media vuelta y escudriñó su interior. Lanzó un suspiro de alivio. Vacío de mecarañas. Tenía que proceder con rapidez. Ashley ya le habría visto y solicitado ayuda. Desenganchó con dificultades una bomba del arnés, encajó su base de cera en la rendija donde la capa exterior de la cabina se encontraba con la superficie del casco y arrancó la espoleta. Después, trepó a toda prisa hacia la parte posterior de la cabina. Con las prisas; no hundió una púa de muñeca a la profundidad suficiente y se soltó, cogiéndole por sorpresa. Si la otra púa

de muñeca no hubiera resistido, habría caído del casco.

Llegó a la parte posterior de la cabina. Brotaron láseres del casco, inútilmente. No había forma de desviar el ángulo de tiro para alcanzarle. Ashley, que sin duda le había visto ya, actuaba de una manera desesperada e irracional. Buena señal.

Se produjo una explosión, no muy estruendosa, pero igualmente potente. Rodeó la cabina. Sólo le quedaba una bomba (pesaban tanto, que no podía cargar con tres), por si la primera no había perforado la capa exterior de la cabina...

Pero comprobó que sí. Un hermoso agujero de grandes dimensiones. Oyó que el aire silbaba a través del hueco mientras se acercaba, y seguía sin ver ni rastro de mecarañas.

Llegó al agujero. Cuidado, se dijo, no te precipites. Sería una idiotez cometer un error en este momento y caer. Se deslizó por el agujero y saltó hasta el suelo de la cabina. Sus rodillas flaquearon y se sintió mareado. Oyó la voz aguda de Ashley, que se imponía al silbido del viento.

—¡Bastardo! ¡Largo de aquí! ¡Esto te costará la vida! ¡Lárgate!

Entonces, oyó el ruido de patas metálicas. Se volvió a tiempo de ver una mecaraña que bajaba por la escalera de caracol. Aún aturdido, sacó la pistola de su arnés y apuntó. El arma sólo tenía una carga... No podía permitirse el lujo de fallar... ¡Dios, a qué velocidad se movían aquellos trastos! Apretó el gatillo. Una detonación muy fuerte y una explosión. Algo siseó junto a su mejilla. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Cuando su vista se aclaró, sólo vio fragmentos humeantes de la mecaraña. Sacó la segunda bomba del arnés y se acercó al ordenador.

—¡No te acerques a mí, pedazo de mierda desagradecido! Tendría que haberte dejado en tierra, como las demás Ashleys hicieron con su inútil y perezosa gente. ¡Aléjate!

¡Detente, u os mataré a todos!

Se produjo una violenta sacudida y la proa de la nave se inclinó con brusquedad. El suelo se ladeó y Jean-Paul casi perdió el equilibrio, pero logró llegar al ordenador.

Aplicó el extremo de cera de la bomba al costado de la consola.

—Ashley, voy a enviarte a donde hace mucho tiempo que deberías estar —dijo aliviado, mientras sacaba la espoleta.

—¡No puedes hacer esto! —gritó Ashley, mientras Jean-Paul se refugiaba en la parte delantera de la cabina—. ¡Nunca controlarás esta nave sin mi ayuda!

—¡Si lo hicimos antes, podremos volver a hacerlo! —gritó, mientras se acurrucaba tras una vieja butaca de timonel. Entonces, oyó de nuevo el sonido de patas metálicas. Miró por encima del respaldo de la silla. Dos mecarañas bajaban la escalera. Llegaron al pie y se dirigieron sin vacilar hacia él. Bajó la cabeza y esperó a ver qué ocurría antes: las mecarañas o la explosión.

¡BOOOOM!

El estallido le ensordeció. Levantó la cabeza, los ojos irritados por el acre humo, y miró otra vez por encima del respaldo. La consola se había abierto como una lata y brotaba humo de su interior.

Las dos mecarañas pasaron de largo y se estrellaron contra la consola. No volvieron a moverse. Lo había conseguido. Había exorcizado al fantasma de la difunta Ashley de la máquina. Se levantó, cauteloso, y paseó la vista a su alrededor. Los daños eran numerosos. Confió en que los viejos controles aún funcionaran, pero debería esperar a que llegaran los expertos para saberlo. La cubierta todavía estaba muy inclinada. Ashley había lanzado la nave en picado. Estaban rodeados por la capa de nubes y no vio nada.

Detectó movimientos sobre su cabeza. Voces excitadas. Gritos. Pasos en la escalera de caracol. Escudriñó los rostros manchados de humo, algunos también de sangre, en busca de Dominique. No la vio, pero reconoció a Eric y Marcel. Se acercaron a él, sonrientes.

Eric le abrazó.

—¡Lo has conseguido! ¡Maldito hijoputa! ¡Lo has conseguido!

—Sí —dijo, como distraído, sin dejar de buscar a Dominique—. Todo ha salido como habíamos planeado, gracias a Dios. ¿Cómo ha ido arriba?

Los dos hicieron una mueca.

—Una carnicería. Las mecarañas se abrieron paso entre nosotros como trituradoras. Estábamos huyendo cuando oímos la segunda explosión. Todo el mundo se quedó petrificado —explicó Marcel.

—¿Y Dominique?

Intercambiaron una mirada y Eric se encargó de dar la noticia.

—Lo siento, Jean-Paul. No lo logró. Fue rápido. Cuestión de segundos. Yo fui testigo.

Jean-Paul respiró hondo y dio media vuelta. Tuvo la sensación de que el suelo de la cabina se derretía bajo sus pies. Meneó la cabeza. Entonces, se dio cuenta de que los ingenieros habían llegado y ya se aplicaban a los controles. Se acercó a ellos.

—¿Podéis hacerlo? —preguntó, con una voz que no reconoció como suya.

Un ingeniero se volvió y sonrió.

—No hay problema, Jean-Paul. En cuanto desconectemos todos los cables del ordenador, tomaremos el control directo. Cuestión de minutos. Utilizar sólo el control manual será duro, pero...

Se encogió de hombros.

Jean-Paul contempló la nube gris. Sólo veía la cara de Dominique. Se sobresaltó cuando alguien apoyó el brazo sobre su hombro. Era Eric.

—Siento lo de Dominique, Jean-Paul —dijo—, pero hay algo que debería hacerte feliz.

—¿Qué? —preguntó con amargura.

—¡Pues que ahora eres un Señor del Cielo!

3

Es difícil romper con las viejas costumbres, sobre todo siendo tan viejo como Lon Haddon. El hombre alto, delgado, de piel bronceada, que se encontraba en la torre de vigía y escrutaba el cielo con unos prismáticos, acababa de sobrepasar los doscientos años de edad. Como de costumbre, estudiaba el cielo que se extendía sobre el mar, aunque habían pasado varios años desde que el Señor del Cielo local, *La Brisa Perfumada*, había hecho acto de aparición.

Cuando transcurrió un año desde su última y estremecedora visita para recoger el tributo, los habitantes de Palmyra llegaron a la conclusión de que algo le había sucedido al Señor del Cielo. Confiaban en que hubiera padecido alguna calamidad (tal vez un encuentro con un huracán), con el resultado de su destrucción. Lon Haddon también lo creía con una parte de su mente, pero también recordaba la astucia y crueldad del señor de la guerra Horado, soberano de *La Brisa Perfumada*, y albergaba dudas de que un hombre semejante pudiera ser borrado de la faz de la tierra, incluso por fuerzas naturales.

Además, había otros Señores del Cielo en el mundo, y tarde o temprano llegaría uno para llenar el hueco que había dejado libre *La Brisa Perfumada*. Cuando llegara ese momento, sin embargo, la nave intrusa y sus habitantes recibirían una desagradable sorpresa. La ausencia de *La Brisa Perfumada* había permitido a Palmyra consolidar sus recursos, expandirse y desarrollar medios para, en teoría, destruir a un Señor del Cielo.

Lon bajó los prismáticos y contempló la ciudad que se extendía a su alrededor.

Experimentó una serena satisfacción al ver los sólidos edificios enjalbegados, hechos sobre todo de madera y ladrillo, y sus frondosos jardines tropicales, en los que proliferaban palmeras y cocoteros. Habían realizado grandes logros a lo largo de los años, pese al yermo omnipresente... y a Horado.

Incluso en el período marcado por el gobierno de Horado, la comunidad era un lugar engañoso. Desde hacía mucho tiempo presentaba una apariencia falsa a su dueño, pues era una comunidad mucho más grande de lo que aparentaba. Atraía como un imán a los refugiados del continente y de las islas, pero a fin de mantener en secreto su auténtica población se habían excavado zonas de vivienda e industriales subterráneas. La industria de Palmyra constituía su otro secreto: estaba mucho más avanzada tecnológicamente que la de las demás comunidades del suelo.

Palmyra estaba situada en la costa este de la gran península norteña del continente-isla llamado en otros tiempos Australia. La península había formado parte del estado de Queensland, si bien en épocas posteriores fue llamada Noshiro, cuando los australianos tuvieron que ceder el estado al Japón, como parte del precio que impuso Japón por defender a Australia durante la frustrada invasión indonesia, a

principios del siglo veintiuno. En los viejos tiempos existía una ciudad grande en las cercanías llamada Cairns (luego rebautizada como Masuda), pero no quedaba ni rastro de ella.

La trampilla practicada en el suelo de la estación de vigilancia se abrió. Lon se volvió y vio que Lyle Weaver entraba por ella. Al igual que Lon, era uno de los seis gobernantes por turno de Palmyra; cada uno había dirigido los destinos de la comunidad durante seis años. Lyle había iniciado su turno un año antes. Lon no podría volver a gobernar hasta pasados once años, pero para entonces ya habría muerto.

—Pensé que te encontraría aquí —resopló Lyle. La subida era larga—. No sé por qué te molestas. Puede que nuestro radar sea tosco, pero funciona.

—Lo sé, lo sé, pero ya me conoces —respondió Lon, preocupado.

Lyle se acercó y se acodó en la barandilla junto a él.

—Ya lo creo. ¿Duermes mejor?

—No. Anoche logré conciliar el sueño dos horas.

Lyle le miró de reojo.

—Has de aprender a aceptar las cosas, Lon. Es inútil oponerse a lo inevitable.

—Siempre me dices lo mismo.

Lon no podía ocultar la amargura que sentía.

—Deberías confiar en Dios.

—Sí, bueno, ya sabes lo que pienso sobre eso.

Lyle suspiró.

—No me rendiré. Conseguiré que comprendas la verdad antes de que...

—¿Me muera? Ya puedes darte prisa —dijo Lon con sequedad—. Puedo morir en cualquier momento.

—Pero también puedes vivir otros cinco años.

—Correcto. Si tengo suerte, viviré otros cuatro años, nueve meses y trece días.

—No me digas que llevas la cuenta...

—Celebrar tu doscientos cumpleaños concentra la mente una barbaridad.

—Míralo por el lado bueno, Lon. Has vivido bien... Bueno, relativamente hablando.

Piensa en lo que has hecho por Palmyra durante todos estos años.

—Pero aún queda mucho por hacer. Necesito más tiempo. ¡Muchísimo más tiempo!

—¿Habrías preferido vivir en los viejos días, cuando la gente sólo duraba setenta u ochenta años a lo sumo? Y los últimos años en un cuerpo que se deterioraba a marchas forzadas. Fíjate en ti: un hombre saludable que, fisiológicamente, sólo tiene treinta y pico años...

—Y que podría morir antes del amanecer de mañana. Tal vez era mejor en los

viejos días. Tal vez los ancianos, abrumados por sus cuerpos decrepitos, deteriorados y doloridos, acogían la muerte como una liberación.

—Bien, yo sé lo que prefiero. Morimos rápida, plácidamente y sin dolor.

—Para ti es fácil decirlo. Sólo tienes ciento veinte años. Ya verás cuando llegues a mi edad. ¡Malditos sean aquellos ingenieros genéticos! ¿Por qué no fueron más flexibles con los límites temporales?

—Ya conoces nuestra historia, Lon. En aquel tiempo, tuvieron suerte de que su esperanza de vida aumentara hasta los doscientos y pico años. La presión demográfica era enorme. Los recursos del mundo no daban abasto, ni siquiera durante la Edad de Oro, a mediados del siglo veintiuno.

Lon lanzó una carcajada y señaló hacia el continente, donde al otro lado de las tierras de cultivo pertenecientes a Palmyra se extendía un inmenso y desierto continente.

—¿Dónde está ahora la presión demográfica? No pensaron en el futuro.

—Estás diciendo tonterías y lo sabes, Lon. El planeta apenas puede alimentar a la escasa población que queda. Y la situación empeora día a día. El yermo lo invade todo.

Estamos rodeados por mar y por tierra. La humanidad está condenada, a menos que hagamos algo drástico.

Se sumieron durante un rato en un sombrío silencio. Una abeja del tamaño de un pájaro entró en la torre. Los dos se apartaron de ella. Por fin, se marchó.

—¿Aún no has recibido respuesta a tus señales de radio? —preguntó Lon.

Ya sabía la respuesta. Lyle se habría mostrado muy excitado, pero era un ritual diario.

—Lo comprobé mientras venía. Nada. Estamos probando una frecuencia nueva. Ya han pasado meses desde que instalamos el nuevo transmisor.

—Bien, como hemos dicho en las reuniones, existen varias explicaciones posibles: no queda nadie con vida ahí arriba, nuestro equipo es insuficiente para captar las señales que nos transmiten..., o no quieren hablar con nosotros.

Lyle se encogió de hombros.

—La otra posibilidad es que nadie sintonice esas bandas de ondas. Es de suponer que los hábitats mantengan contacto por radio entre sí, pero mediante haces de microondas muy estrechos. Después de tantos años de silencio, ¿por qué iban a esperar los hábitats recibir señales desde la Tierra?

—Han de saber que aún vive gente aquí. Con sus telescopios pueden ver las luces de las ciudades.

—¿Cómo sabes que no somos la última comunidad de todo el planeta? Además, deben saber que ya no funciona ningún equipo de radio.

—Bueno, nosotros tenemos uno...

—Sí, pero por un cúmulo de circunstancias muy especiales.

—No tan especiales, por lo visto... Acuérdate de aquellas señales que captamos cuando reparamos nuestro receptor.

—Sí, un misterio —repuso Lyle con aire sombrío.

Habían captado fragmentos de conversación en una frecuencia baja y débil. En apariencia, las señales procedían de muy lejos. Lo más desconcertante era que tanto el transmisor como el receptor hablaban con la misma voz. Una voz de mujer. Al parecer, había más de dos. Y todas se llamaban entre sí Ashley.

—Ahora ya hace tiempo que no las recibimos.

—Eso no demuestra nada, sólo que las fuentes han cambiado de posición. Lo cual me sugiere que esas fuentes móviles eran Señores del Cielo.

—¿Señores del Cielo con equipos de radio en funcionamiento? —Lyle meneó la cabeza—. No puedo creerlo.

—Bien, yo no puedo creer que enviar un sos al espacio nos sirva de algo. Centrar todas nuestras esperanzas en que una salvación milagrosa nos llegue del cielo... Es construir castillos en el aire. Si todavía vive alguien en esos hábitats, tendrán tanto trabajo en continuar vivos que no se molestarán en ayudarnos. Si es que alguno continúa vivo. Es probable que esos hábitats y colonias no contengan otra cosa que esqueletos.

—Te has convertido en un cínico y en un pesimista, Lon, y es muy comprensible considerando tus, hum, circunstancias, que están ofuscando tu juicio.

—Al igual que tu optimismo nubla el tuyo. Piensas que existe una floreciente civilización humana ahí arriba, que se extiende desde los hábitats a las colonias marcianas. Temo que vas a llevarte una amarga decepción.

—Bien, ya lo veremos, Lon, ya lo veremos... ¡Mira! —Indicó el mar—. Un sumergible regresa. Quizá sea el de Ayla.

—Sí, seguramente —dijo Lon, mientras la puerta del dique que defendía el mar interior se alzaba poco a poco.

Unos minutos después, el sumergible apareció ante su vista. Se detuvo en la playa y una escotilla se abrió. Salió una figura. Lon enfocó los prismáticos. Sí, era Ayla. Una mujer alta y delgada, de cabello corto y negro. Se deslizó por el casco del sumergible y agitó la mano en su dirección. Lon estaba demasiado lejos para que ella le reconociera, pero sabía que debía ser él, pues siempre estaba en la torre de vigilancia a esta hora del día.

Cuando empezó a quitarse el traje de inmersión, una figura ataviada de manera similar, pero más fornida, salió por la escotilla. Juli, su mejor amiga e hija de Lyle.

Y detrás apareció Kell, uno de los pocos habitantes de Palmyra que conservaba los rasgos característicos de los indígenas del continente. Se quitaron los trajes mientras Lon contemplaba la escena, y luego se lanzaron al mar para eliminar el

sudor y los olores que se habían pegado a sus trajes durante la larga travesía en el caluroso sumergible.

—Idiotas descuidadas, mira que dejar tirado el submarino ahí. Cualquier nave podría verlo. Tendrían que haberlo ocultado enseguida en el cobertizo.

—Oh, deja de preocuparte —le regañó Lyle—. Y no intentes disimular tus sentimientos. Todos sabemos lo muy orgulloso que estás de Ayla. Ha logrado maravillas. Ahora, es prácticamente indispensable. Nadie trata con el pueblo marino mejor que ella.

—Juli también lo hace muy bien —dijo con diplomacia Lon.

—Estoy de acuerdo, pero no de la misma manera que Ayla. La relación que mantiene con ellos es notable.

—Sí, lo es —admitió, mientras continuaba observando a su hija con los prismáticos.

Cuánto se parecía a su madre: la misma piel olivácea, los mismos ojos grandes y rasgados, herencia de un antepasado japonés. Pese al placer que extraía de su contemplación, sentía también una profunda tristeza. Ella era otro motivo para lamentar su próxima e ineluctable muerte. No era justo que le quedaran tan pocos años en su compañía. Y también deseaba saber qué le deparaba el futuro. Deseaba saber si le aguardaba algún futuro...

Juli indicó con un ademán la lejana torre de vigilancia, su rostro redondo chorreando agua.

—Tu papá, ¿verdad? Como siempre.

Ayla asintió con una sonrisa y tiró más agua sobre Juli.

—Seguramente se estará quejando a quien tenga al lado de que somos unas idiotas descuidadas por no esconder el sumergible en el cobertizo.

—Ya os dije que debíamos hacerlo —afirmó Kell, muy serio.

—Oh, eres tan malo como él —gritó Ayla, y le tomó como blanco de su siguiente proyectil de agua—. Siempre preocupados por los Señores del Cielo. Bien, pues yo creo que los Señores del Cielo ya no existen. Se han caído a pedazos de viejos, y están diseminados por el suelo.

La amplia sonrisa de Kell se desvaneció. Meneó la cabeza y se volvió hacia el horizonte.

—Sí, soy como tu padre, Ayla. Su amenaza aún es real. Si *La Brisa Perfumada* no regresa, será otro Señor del Cielo. —La miró con sus grandes ojos oscuros, muy intensos—. Lo sé, Ayla.

Jan se acuclilló en la nieve y contempló a los pingüinos. Éstos, por su parte, no le hicieron el menor caso. Llevaron a cabo sus rituales sociales. O bien se peleaban, o bien ejecutaban complicados ritos de cortejo. Jan no sabía a qué carta decidirse. Cuando las piernas empezaron a dolerle, se levantó poco a poco y estiró sus miembros. Se movía con lentitud para no alarmar a las aves, pero éstas continuaron actuando como si fuera invisible. Miró hacia el brillante cielo azul, y después, de mala gana, al Juguete, aparcado a unos cincuenta metros de distancia. Lo mejor sería regresar a Shangri La, decidió.

Se abrió paso con cuidado entre la multitud de pingüinos y reflexionó en el hecho de que, como la humanidad (no, el hombre) había abandonado tanto tiempo atrás este prístino desierto, las aves habían eliminado a los humanos de su lista de organismos amenazadores.

—Llévanos a casa —ordenó al Juguete después de entrar—. Por la ruta más larga. No había prisa. Nunca la había.

—Claro, Jan —respondió el Juguete, y cerró las escotillas.

Se elevó de inmediato en el aire. A Jan no le gustaba la voz femenina del Juguete; le recordaba demasiado a la de Ashley, aunque sabía que no existían similitudes entre ellas. Ashley era la grabación por ordenador de una personalidad humana, mientras que el Juguete era un «puro» programa de ordenador.

Jan contempló en las pantallas la blanca extensión de la Antártida, mientras el Juguete se elevaba a una altitud de sólo unas decenas de metros. De vez en cuando se veían restos de viviendas humanas que sobresalían del hielo. En otro tiempo habían existido altísimas instalaciones (parte de enormes enclaves mineros), pero ahora el hielo lo había cubierto casi todo. Algún día desaparecería por completo. Jan ardía en deseos de ordenarle al Juguete que la condujera a otro lugar que no fuera la Antártida, pero se había restablecido la programación original del ordenador y la máquina estaba limitada a una zona específica, alrededor del continente helado y sus mares.

Shangri La, el nombre irónico con que los eloi (otra denominación irónica) habían bautizado al gigantesco hábitat subterráneo donde vivían, se encontraba bajo la Capa de Hielo de Ross. La colonia de pingüinos que Jan había visitado estaba situada en la costa opuesta del continente, en lo que se había llamado Tierra de la Reina Maud cuando los noruegos la administraban, pero, a pesar de tomar una ruta indirecta, el Juguete sólo tardaba quince minutos en llegar. Volaba sobre el cielo hasta el mar, y entonces se zambulló en las aguas.

Navegó de vuelta bajo el hielo, se dirigió hacia la enorme esfera metálica que era Shangri La y se deslizó con suavidad hasta el muelle ubicado en el interior del casco doble del hábitat. Jan esperó a que extrajeran mediante una bomba el agua del muelle,

y después salió del Juguete, sin hacer caso de su educada despedida. Subió en ascensor hasta el nivel donde vivía con Robin (sí, sabía que su nombre auténtico era Ryn, pero siempre pensaba en él como Robin).

Mientras se encaminaba a sus aposentos se cruzó en el pasillo con un par de eloi. Iban cogidos de la mano. Le dirigieron una sonrisa soñadora. Ella les miró con el ceño fruncido. Los eloi habían llegado a ser tan frustrantes e irritantes como Robin la había prevenido. Eran tan estimulantes como muebles, encerrados de manera permanente en sus mundos particulares, donde la única emoción que experimentaban eran una leve euforia. Cuando estaba a punto de entrar en sus aposentos, una proyección de programa se materializó frente a la puerta. Vio que era Davin, el favorito de Robin.

—¿Qué pasa? —preguntó Jan con brusquedad.

—Sólo quería avisarte de que Ryn está durmiendo —sonrió Davin.

—¿Es que hace otra cosa? No te preocupes, procuraré no hacer ruido cuando me duche y cambie de ropa. ¿Puedo entrar?

—Es fundamental para su recuperación que descanse lo máximo posible —insistió Davin—. ¿Por qué no subes a la sala de esparcimiento hasta que despierte?

Jan le traspasó con la mirada. Si los eloi la enfurecían, los programas de ordenador y sus correspondientes proyecciones la fastidiaban e inquietaban. Sabía que, al igual que el Juguete, no tenían nada que ver con Ashley, pero no se sentía a gusto con ellas.

Comunicarse con Carl, el programa de ordenador que había compartido el biosoftware de Ashley, había sido normal, porque era pura lógica, una mente mecánica, pero estos programas del hábitat eran antropomórficos hasta el último extremo. Mejor dicho, podían simular personalidades humanas hasta un grado sobrecogedor, pero Jan dudaba de que estas personalidades tan humanas representaran a sus verdaderas entidades. No confiaba en ellas, a pesar de que les debía la vida. No les habría costado nada expulsarla del hábitat, una vez que el Juguete había devuelto a su hogar a Robín, mortalmente herido.

Suspiró.

—Muy bien. Iré a la sala de esparcimiento. Dile a Robín dónde estoy cuando despierte.

Davin asintió y desapareció. Jan subió al siguiente nivel, donde estaba situada la sala de esparcimiento «humana». No estaba vacía. Un solitario eloi, desnudo, estaba sentado junto al acuario de adorno y contemplaba las evoluciones de la carpa que albergaba.

—¿Te apetece una partidita de billar? —preguntó Jan al eloi con sarcasmo.

El ser se volvió hacia ella y le dedicó la habitual sonrisa soñadora. «Siniestro elfo asexual», se dijo con amargura. Y pensar que en otros tiempos había sido un

humano auténtico, un científico de los Viejos Días, que en lugar de intentar paliar los daños causados por las Guerras Genéticas, había optado por encerrarse en un nirvana eterno y personal...

Al menos, ella lo había intentado, se dijo Jan. ¡Dios Madre, desde luego que lo había intentado! ¿Y de qué habían servido sus esfuerzos? De nada. Aún había tenido suerte de no morir en el intento. Quizá los eloi habían hecho lo mejor...

Jan se quitó el traje acolchado, se sentó en ropa interior y seleccionó una película antigua. Después de olfatear con desaprobación su axila, ordenó a la película que empezara. Era en dos dimensiones y había sido rodada a principios del siglo veintiuno.

Se trataba de una comedia policíaca sobre un detective privado contratado para seguir la pista de su propio clon, el cual, sin que él lo sepa, ha cambiado de sexo y se ha transformado en mujer. La película casi había terminado cuando Robin entró. Iba en bata. Dedicó a Jan una sonrisa de afecto, le acarició el cabello y se acomodó con cuidado en un diván cercano. Ella paró la película y se acercó al diván. Se sentó a su lado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Bien. Cansado, eso es todo.

Ella se inclinó sobre él y le besó con fuerza en los labios. Ryn empezó a reaccionar, la rodeó con sus brazos, pero no tardó en soltarla. Jan se apartó y le miró a la cara.

—Lo siento, Jan —dijo el joven, incómodo.

—No pasa nada —respondió Jan, ocultando lo mejor posible su decepción. Apoyó la mano entre sus piernas y percibió a través de la tela su falta de erección. Sin embargo, sabía que era capaz de tenerlas, a pesar de que carecía de testículos. Para compensar la falta, habían alterado su próstata para que produjera una cantidad normal de testosterona. Pero no funcionaba. Habían intentado hacer el amor varias veces, siempre con resultados insatisfactorios. Bien, tampoco había sido un desastre total, para ser sincera.

Aún no comprendía por qué la máquina médica no le había dotado de nuevos testículos.

El programa médico le había explicado que podían sacar una célula de cualquier parte del cuerpo humano y, después de manipular su DNA, persuadirla de que se convirtiera en un nuevo ojo, brazo, hígado, lo que fuera, pero que era imposible crear órganos reproductores mediante este proceso. Jan no entendió la lógica de esta limitación y recordó al programa que el hábitat guardaba almacenados esperma y óvulos, y que resultaría sencillo crear un embrión del que extraer las células necesarias. La respuesta del programa médico fue que el programa ético no lo permitiría.

Al fin y al cabo, gracias a las normas codificadas en el programa ético relativas al tratamiento de embriones, Robin había podido crecer como un ser humano normal, y no como un eloi. Ésta era otra faceta del programa ético que despertaba las sospechas de Jan, pero no podía precisar por qué. Recordó que incluso a Milo le había extrañado que estos programas superinteligentes hubieran permitido que una recesión genética, como era Robin en sus términos, se desarrollara por accidente.

Jan se levantó del sofá y miró a Robin. Qué diferente era ahora de aquel muchacho alegre y animoso que se había presentado en el Ángel del Cielo para ofrecerle sus servicios y, más tarde, su amor. Ya no albergaba pasión. Ni ánimo alguno. Cuando aquella puta, la princesa Andrea, le castró, no sólo le había arrancado los testículos.

—Tendrías que haber venido conmigo en el Juguete —dijo—. El aroma del aire era maravilloso. Te habría sentado bien.

—Me sentía muy cansado. Quizá la próxima vez.

—Claro. Voy a ducharme y cambiarme. Nos veremos a la hora de cenar.

Ryn le dedicó una pálida sonrisa y cabeceó.

Mientras se duchaba pensó en lo mucho que se aburría en el hábitat. La alternativa, desde luego, habría sido la muerte en las galerías comerciales derruidas si el Juguete no hubiera llegado en el último momento para salvarlos. Se preguntó, sin un ápice de preocupación, qué habría sido del duque y los demás, sobre todo de sus dos horribles hijos, que habían intentado matarla. Pero, en especial, le intrigaba el destino de Milo.

Ya sería un adulto a estas alturas y no se parecería en nada a su hijo Simon, de cuyo cuerpo se había apropiado cruelmente. Ojalá fuera así. Pobre Simon...

Y pobre mundo, ahora que Milo y Ashley habían combinado sus fuerzas y controlaban no sólo el Ángel del Cielo, sino los demás Señores del Cielo de su flota. Cómo le odiaba. Se lo había arrebatado todo, incluyendo a su hijo. Y ahora tenía en sus manos los recursos necesarios para conquistar el mundo entero.

Lo que quedaba de él.

Milo Haze yacía desnudo en la sucia cama con las manos enlazadas detrás de la cabeza y los ojos clavados en el techo. Había recuperado la calma. Desde hacía tres meses. Las abolladuras en la puerta metálica y los agujeros en las paredes eran producto de los primeros tiempos de confinamiento. Cuando por fin renunció a sus inútiles demostraciones de furor, se dijo que debía utilizar la mente en lugar del cuerpo. Tenía que existir una forma de congraciarse con Ashley...

Y ahora había encontrado la solución. El plan se le había ocurrido la semana pasada, y desde entonces se había dedicado a pulirlo, a encajar hasta el último detalle. Calculaba que contaba con el cincuenta por ciento de posibilidades a favor. Ya estaba preparado para ponerlo en práctica.

Esperó con paciencia a que el reloj señalara las 18 horas, saltó de la cama, recogió del suelo una bandeja que contenía platos vacíos y una taza, y se acercó a la puerta. El panel de la puerta se abrió casi al instante y Shan escudriñó el interior de la celda. Milo levantó la bandeja.

—Necesito hablar con Ashley —dijo Milo, mientras Shan la cogía—. Es importante.

—Ya sabes que es imposible —contestó Shan, dirigiéndole una mirada imperturbable.

Después, desapareció unos segundos de su vista mientras depositaba la bandeja de la comida en el suelo y cogía la que contenía la cena de Milo.

Milo no hizo caso de la bandeja que le ofrecía.

—Te digo que es muy importante para Ashley. Querrá hablar conmigo cuando sepa de qué va.

—Nunca volverá a hablar contigo —le informó Shan. Y no logró ocultar la satisfacción de su voz.

Milo contuvo su rabia. Si las cosas iban como había planeado, tendría mucho tiempo para vengarse de aquel eunuco minervano.

—Limítate a transmitir el mensaje a Ashley —dijo con calma—. Dile que tengo algo de vital importancia para ella.

—Yo nunca te haré un favor, Milo —replicó Shan—. Sobre todo después de lo mal que trataste a Tyra. Coge la bandeja.

Milo siguió sin hacer caso de la bandeja.

—A ti también te interesa transmitirle a Ashley mi mensaje. Si alguna vez descubre que destruiste la posibilidad de que volviera a vivir en carne y hueso, de ser humana de nuevo, se volverá loca, lo sabes tan bien como yo.

Shan frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? Es imposible que vuelva a ser humana.

—Ah, pero yo creo lo contrario. He pensado en un medio de que consiga un cuerpo nuevo. Eso es lo que debes decirle.

Shan reflexionó unos momentos, y luego meneó la cabeza.

—Tonterías. Te aferras a un clavo ardiente. Sólo te interesa la oportunidad de volver a hablar con ella, de intentar convencerla de que te libere. Bien, no voy a ayudarte. Coge la bandeja o muérete de hambre.

Esta vez, Milo aceptó la bandeja.

—Espera, Shan —dijo, cuando el minervano se disponía a cerrar el panel.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó el hombre con suspicacia.

—Dale recuerdos a Tyra —sonrió Milo.

Shan cerró el panel de un fuerte golpe.

Milo volvió a la cama, sin dejar de sonreír. Ahora, todo dependía de que no estuviera completamente aislado de la presencia de Ashley. Oh, sí, Shan le había dicho el primer día de encarcelamiento que Ashley había ordenado a las mecarañas quitar todos los sensores de su apartamento, pero desde el principio había sospechado que Ashley no se privaría del placer de ver y escuchar sus sufrimientos. Si se había equivocado, su plan estaba condenado al fracaso.

No tuvo que esperar mucho. Al cabo de pocos minutos escuchó un ruido al otro lado de la puerta. Después, la puerta empezó a abrirse poco a poco. Cuando estaba medio abierta, una mecaraña se coló por la rendija. El robot esférico avanzó hacia la cama sobre sus patas de araña. Milo lo contempló con calma.

—Hola, Ashley —saludó.

La mecaraña se detuvo junto a la cama.

—Si este es otro de tus trucos, Milo, te arrancaré las entrañas —advirtió Ashley.

Milo se sentó en la cama.

—¿Así que Shan te ha pasado mi mensaje?

—Da igual cómo sé lo que le dijiste. Dime cómo puedo volver a ser humana. Tienes treinta segundos para convencerme.

Milo sonrió. Su suposición había sido correcta. Ashley había dejado sensores en el apartamento.

—No hay prisa —respondió con serenidad—. Y deja de amenazarme, o no te diré lo que quieres saber.

—¡Milo!

—Y, antes de hablar, expondré mis condiciones...

El robot emitió un chisporroteo.

—¿Condiciones? ¿A qué te refieres? ¡No tienes derecho a poner ninguna condición!

Milo enlazó las manos detrás de la cabeza y se tendió en la cama.

—Si no estás dispuesta a hacer un trato, ya puedes marcharte. Y cierra la puerta

cuando salgas.

El robot emitió más chisporroteos.

—De acuerdo, tú ganas..., por ahora. ¿Cuáles son tus términos?

—Bueno, para empezar, quiero libertad para moverme a mis anchas por la nave.

—Concedido, dependiendo de lo que me digas. ¿Qué más?

—Ese maricón de Shan será mi esclavo personal.

—De todas formas, iba a castigarle. Sí... Concedido.

—Y quiero recuperar a la chica.

La respuesta a su petición fue el silencio.

—¿Ashley?

—Primero dime cómo puedo volver a ser humana.

—Muy bien —dijo Milo, tras una vacilación. Se levantó de la cama y empezó a pasear por la habitación—. No habrás olvidado a nuestro indeseable invitado, Robin, ni a su maravillosa máquina...

—Por supuesto que no.

—Por cierto, supongo que no habrás visto esa máquina desde su brusca partida...

—No. Habla de una vez —se impacientó Ashley.

—También recordarás, pues no dudo de que espíaste toda nuestra conversación, la descripción de su vida en Shangri La, en compañía de los extraños eloi.

—Sí, sí. ¿Y qué?

—¿Recuerdas que mencionó la existencia de un banco de óvulos y esperma humanos en el hábitat?

—Creo... Creo que sí. ¿Por qué?

—¡Ahí lo tienes! ¡El origen de tu nuevo cuerpo!

La mecaraña se precipitó sobre él, al mismo tiempo que extendía una cortadora láser. Le acorraló en una esquina de la habitación.

—Ashley, ¿qué...?

—Puede que no sea capaz de pensar con tanta lucidez como antes, pero no soy del todo idiota —gritó Ashley—. ¿De qué me sirven óvulos y esperma congelados, almacenados en un ignoto hábitat submarino del Polo Sur? ¡Contesta con rapidez, Milo, o te operaré un ojo!

Milo levantó las manos.

—¡Tranquila! Deja que te lo explique.

—Adelante.

—El hábitat está lleno de tecnología nueva. Aquellos programas inteligentes de los que Robin habló serán capaces de fabricar el equipo que necesito para transferir la personalidad y los recuerdos codificados de tu biochip a un cerebro virgen.

Ashley permaneció en silencio durante un rato, asimilando lo que acababa de escuchar.

—¿Es posible? —preguntó por fin.

—Por supuesto. No hay problema, siempre que cuente con el equipo necesario.

—Entiendo... Pero ¿cómo encontraremos el hábitat? Toda la flota de Señores del Cielo lo ha intentado, sin el menor éxito.

—Porque eran primitivos. Nosotros contamos con los medios tecnológicos pertinentes para buscar Shangri La. Ordenaremos a Carl que convierta a varias mecarañas en naves submarinas. Buscarán el hábitat bajo la capa de hielo. Cuando lo localicen, perforaremos la capa de hielo con nuestros láseres y obligaremos al hábitat a salir de su escondite.

—Para ti todo parece muy sencillo.

—He pensado mucho en ello. Confía en mí.

—¡Ja!

Pese a todo, Ashley apartó la herramienta cortante.

—Bien. ¿Trato hecho?

—Creo que sí.

—¿Y me quedo con la chica?

—Ah, bueno.

Milo sonrió.

—¿Me llevarás a los aposentos de ese par? Quiero comunicarles las buenas noticias personalmente.

—Seguro que sí.

Tyra palideció cuando Milo entró. Shan, sentado a su lado en el sofá, lanzó una exclamación de incredulidad.

—¿Cómo..., cómo... has logrado salir? —preguntó el minervano, vacilante.

Milo no le hizo caso. Contemplaba a Tyra con los brazos en jarras. Su miedo y su pánico le excitaban.

—Sí, soy yo, Milo. ¿A que he crecido desde la última vez que me viste? Ya he superado la pubertad, como puedes ver, así que te haré el amor de una forma mucho más satisfactoria que en el pasado. Y te lo voy a demostrar ahora mismo...

Se acercó a ella. Shan saltó al instante del sofá y se interpuso entre ambos. Milo le aferró por la garganta. Ahora, era más alto que Shan. Y mucho, mucho más fuerte.

—La situación ha cambiado, marica minervano. Llevo la voz cantante de nuevo, y eso significa que tú eres una mierda.

Le levantó y le arrojó al otro lado de la habitación.

Tyra se puso en pie y corrió hacia Shan, que gemía de dolor. Milo se acercó a ellos, agarró a Tyra por la nuca cuando se arrodillaba al lado de Shan y la obligó a levantarse.

La muchacha se debatió, pero él la arrastró como un saco hasta el dormitorio, cuya puerta cerró con estruendo a sus espaldas.

6

Milo Haze o, mejor dicho, James Gleick salió a la «superficie» de Belvedere. De hecho, era la superficie interior del cilindro de seis kilómetros del hábitat. El «suelo» se alejaba de él formando una curva poco pronunciada, hasta convertirse en un muro distante, después en el techo, y volvía por el otro lado de la misma forma. En la novela que Milo había leído, *Un trillón de relatos de luz y amor*, el hábitat de los inmortales contenía árboles, hierba, incluso pequeños ríos, pero lo único que vio Milo, aparte de las tiras de cristal que admitían la luz del sol reflejada, fue una interminable extensión de plástico y metal deslustrados.

El aire estaba tan enrarecido aquí, «al aire libre», como abajo. Las bacterias del sistema de reciclado del aire, creadas siglos atrás, habían sufrido alguna especie de mutación y ya no realizaban su función con el ciento por ciento de eficacia. En cualquier caso, como todas las formas de ingeniería genética estaban prohibidas en Belvedere, Milo sabía que no había esperanza de rectificar el defecto.

Se encaminó a la cercana estación de tren y, tras una corta espera, abordó un monorraíl en el que existía, por supuesto, segregación sexual: los hombres en el primer vagón, las mujeres en el segundo. Su destino era la Sala de los Padres. Iba a celebrarse otra reunión sobre lo que ahora se denominaba el Problema de la Tierra. Hasta el momento no se había tomado ninguna decisión acerca de cómo responder a las señales de radio que se transmitían regularmente desde el planeta. A pesar de sus diferencias políticas y religiosas, los padres habían conferenciado con las autoridades de los demás hábitats (Cruise City, Starshine y Karaganga), a las cuales también había sorprendido el fenómeno. Al igual que los padres de Belvedere, las demás autoridades también habían ocultado la noticia a sus respectivas poblaciones, por temor a provocar un clima de inquietud social. Las colonias marcianas, que se encontraban fuera del alcance de las señales emitidas desde la Tierra, habían sido informadas y sus diversos partidos en el poder habían expresado una conmoción similar.

Los demás hábitats, hasta el momento, habían seguido el ejemplo de los belvederianos y no habían respondido a los terrestres, pero Milo sospechaba que esa unidad de criterio no duraría mucho. Uno de los hábitats no tardaría en responder, aunque sabía que no sería Belvedere. Los padres consideraban que los habitantes de la Tierra habían perdido todo derecho a la redención. Un padre, en la primera reunión celebrada para debatir el problema de las señales, sugirió que todo se trataba de un truco satánico. Los que enviaban las señales, indicó el padre, afirmaban vivir en una zona libre de plagas desde hacía cientos de años, pero podía ser una añagaza para que los puros belvederianos viajaran al planeta y quedaran infectados. Por eso habían invitado a Milo a la reunión.

Como principal experto médico del hábitat, se deseaba su consejo en lo concerniente al tema. Parecía imposible que aún quedaran seres humanos en el planeta, dado el largo tiempo transcurrido desde las Guerras Genéticas. Milo había coincidido en que parecía muy improbable, pero no imposible. Ciertamente que no se habían detectado señales de radio procedentes de la Tierra durante siglos, hasta ahora, pero podía deberse a que, si bien la civilización tecnológica había sido destruida por las plagas artificiales y otros terrores liberados durante las Guerras Genéticas, la humanidad no había sido borrada por completo de la faz de la Tierra. Habían sobrevivido algunas comunidades que, muy lentamente, habían ido progresando hasta cierto nivel tecnológico. Al menos, una de ellas lo había logrado, pues las señales sólo se transmitían desde un punto: la costa noreste de Australia.

Nada más entrar en la sala de conferencias, Milo detectó una corriente subterránea de excitación. Se había producido alguna novedad, estaba seguro. Cuando ocupó su lugar en la mesa, el padre Massie, que la presidía, le miró con el ceño fruncido.

—Le estábamos esperando, hermano James.

Milo inclinó la cabeza.

—Lo siento —dijo, en tono de humildad—. He venido lo más rápido que he podido, padre Massie.

El padre Massie emitió un sonido de desagrado.

—Recemos... —dijo.

Con los ojos cerrados y las manos apretadas, Milo intentó alejar de su mente el monótono canturreo del padre Massie y se preguntó qué habría pasado. La oración prosiguió durante largo rato.

—Empecemos la reunión —dijo el padre Massie cuando finalizó—. Muchos de vosotros ya sabéis lo ocurrido. Tengo la penosa obligación de contaros a los demás que he recibido un deprimente mensaje del hábitat de Karaganga...

Milo se inclinó hacia adelante. Cualquier cosa que deprimiera al padre Massie valía la pena de ser escuchada.

—... han respondido a las señales de la Tierra —continuó el padre Massie—. Están en comunicación con los habitantes de la Tierra, quienes sean, en este mismo momento.

Pero la cosa no acaba ahí. Han aceptado sus palabras y creído que esa zona en particular está libre de plagas. Enviarán una nave a la Tierra.

Milo experimentó una oleada de emoción. Fuera como fuera, iría en esa nave.

Ayla esperaba impaciente junto al sumergible con Juli. Kell nadaba cerca de ellas, moviendo la cabeza de un lado a otro sin cesar, vigilando cualquier señal de peligro.

Sostenía un arpón submarino, dispuesto a utilizarlo. Ayla y Juli iban desarmadas.

Pese a que la Gran Barrera de Arrecifes servía de defensa natural contra los grandes peligros que infestaban los océanos del mundo, todavía era posible que calamares, gusanos de mar y otros peligrosos seres marinos penetraran en las aguas que se extendían entre la barrera y la costa. De ahí la necesidad de los diques que protegían las aguas interiores de Palmyra y sus piscifactorías.

Juli palmeó el hombro de Ayla y señaló frente a ellas, pero su amiga ya había divisado las cinco formas vagas que se aproximaban. Ayla advirtió a Kell mediante señas y éste asintió; luego, Juli y ella asieron un asa cada una de la gran cesta de mimbre y empezaron a nadar poco a poco hacia las cinco figuras que se habían detenido a unos doce metros de distancia. A medida que se acercaban, Ayla reconoció a la mayor de las cinco, la que ella llamaba Tigre. Era el líder del pueblo marino. Dos de sus cuatro acompañantes eran hembras. Ayla saludó con la mano libre. Tigre levantó una mano.

Las gigantescas garras que sobresalían de sus dedos palmeados se contrajeron en señal de paz.

Ayla y Juli se detuvieron y dejaron caer la cesta cuadrada sobre el arenoso fondo marino. Estaba llena de peces recién pescados. Tigre se acercó nadando para inspeccionar el contenido de la cesta, asintió satisfecho e indicó con gestos a sus acompañantes que le siguieran.

Las dos hembras, que también cargaban algo entre ambas, nadaron en su dirección.

Depositaron el objeto junto a la cesta de pescado y volvieron a reunirse con los dos machos. Ayla contempló el objeto y frunció el ceño. Era metálico, de un metro de largo y treinta centímetros de ancho. Miró a Tigre sin comprender y le comunicó mediante señas que no sabía lo que era. Tigre sacudió la cabeza, un gesto que Ayla interpretó como de disgusto, nadó hasta el objeto, se agachó y manipuló algo que sobresalía de un lado. Se abrió una tapa y Ayla comprendió, por fin, que se trataba de un recipiente. Miró en su interior. Ignoraba qué estaba mirando, pero tenía muy clara una cosa: era una especie de arma. Cabeceó en dirección a Tigre, en señal de agradecimiento, y cerró la tapa. Fue entonces cuando Tigre la cogió por el brazo...

El pueblo marino había sido creado genéticamente mucho tiempo atrás por una o más multinacionales genéticas, con el objeto de que trabajaran en sus instalaciones submarinas, como minas y las inmensas piscifactorías que ya existían antes de las Guerras Genéticas. Aunque preferían aguas profundas, podían adaptarse a cualquier presión. Décadas antes, el grupo de Tigre había decidido acercarse más a la costa para escapar de la deteriorada situación que predominaba mar adentro. Mientras ciertas especies producto de la manipulación genética habían medrado en mar abierto, las especies corrientes de peces habían disminuido, y la dieta regular del pueblo marino era el pescado. Habían encontrado refugio en un gigantesco hábitat hundido cerca de

la Gran Barrera de Arrecifes.

Al principio, habían atacado las pequeñas piscifactorías de Palmyra, pues el pescado también escaseaba en la zona de la barrera, y estalló la guerra entre los humanos y ellos.

Fue la difunta madre de Ayla, Glynis, quien hizo las paces entre ambos grupos. En un acto de inaudita valentía, nadó sola para interceptar a una partida del pueblo marino y les ofreció la paz en forma de cierta cantidad de pescado. El pueblo marino aceptó el presente y se marchó. Cuando regresó otro grupo, lo hizo con un regalo de paz: un pequeño ordenador.

Resultó que el hábitat hundido, de origen japonés, contenía muchos aparatos que aún estaban en buenas condiciones, a pesar de los años transcurridos. A partir de la escasa información que los palmyrianos obtuvieron del pueblo marino, dedujeron que la mayor parte del hábitat seguía a prueba de agua cuando el pueblo marino lo encontró. Los japoneses, cuando su sistema de aireación se averió, prefirieron morir bajo el mar que subir a la superficie y arrostrar las numerosas plagas desencadenadas. Así habían comenzado los largos años de comercio entre el pueblo marino y los humanos, responsabilidad que recaía ahora en Ayla (los líderes del pueblo marino, cuya media de vida era breve, dejaron muy claro que sólo negociarían con mujeres). Vivían en paz desde entonces. Ningún miembro del pueblo marino había atacado a un humano desde aquellos lejanos días aciagos. Hasta ahora...

Ayla se quedó tan sorprendida que casi perdió su tubo. Miró con asombro a los ojos redondos de Tigre. ¿Qué error había cometido? ¿Qué tabú había violado? ¿Por qué la atacaba? ¿Había entendido bien su gesto? Aunque la asía con fuerza, no había sacado las garras. Ahora, se dio cuenta de que señalaba por encima de su hombro, hacia el mar del que habían venido. Hizo la señal de peligro. Tres veces. Después, la soltó y se alejó a nado. Sus cuatro acompañantes le siguieron.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, cuando regresaron al estrecho casco de descompresión del sumergible—. Por un momento pensé que te estaba atacando. Me disponía a acercarme cuando vi que te soltaba.

Ayla, seria, meneó la cabeza.

—Sólo sé que hizo la señal de peligro tres veces. Eso significa algo muy peligroso. Y debe estar a este lado de la barrera, o no me lo habría dicho. Nos estaba previniendo.

—Estaba aterrorizada —terció Juli, mientras ponía en marcha los motores del sumergible—. Nunca nos había tocado. Ninguno de ellos lo había hecho.

—Creo que me cogió el brazo para subrayar la importancia del mensaje —dijo Ayla.

—¿Y qué podemos hacer, si desconocemos la naturaleza del peligro? —preguntó Kell.

—No lo sé —admitió Ayla—. Hablaré con papá...

Ayla se llevó otra sorpresa cuando tocaron tierra; su padre no estaba en su puesto habitual de la torre de vigilancia, sino que les esperaba en la playa. Parecía nervioso.

—Papá —dijo Ayla, mientras su padre la ayudaba a bajar del sumergible—, durante el intercambio ha sucedido algo muy extraño. Tigre...

El hombre no la dejó terminar.

—¡Maravillosas noticias, querida! ¡Hemos recibido respuesta de un hábitat espacial!

Ella le miró, estupefacta.

—¿De veras?

—¡Sí! —exclamó Lon con alegría—. ¡Y no sólo eso, sino que van a enviar una expedición! —La abrazó—. ¡Querida, vamos a tener visitantes!

—Hemos de enviar un representante de Belvedere a la expedición de Karaganga a la Tierra, por supuesto —dijo Milo.

Todos los rostros se volvieron en su dirección. El padre Massie expresó incredulidad.

No fue el único. Transcurrieron largos segundos.

—¿Ha perdido el juicio, hermano James? —preguntó el padre Massie—. No deseamos sostener la menor relación con el mundo de los condenados.

Milo echó un vistazo a la gran cruz de metal que pendía sobre la mesa, detrás de la silla del padre Massie.

—¿Acaso no es nuestro deber comprobar el estado de la situación? Es posible que existan almas en esa comunidad susceptibles de redención. Y debemos considerar otro aspecto de la situación. Si Karaganga establece una especie de alianza con los habitantes de la Tierra, nos sería muy útil que alguien vigilara de cerca el desarrollo de los acontecimientos.

Milo hizo una pausa, para dejar que el significado de sus palabras penetrara en todas las mentes que le rodeaban. Se quedó satisfecho al ver la expresión pensativa que aparecía en el rostro del padre Massie. Había mordido el anzuelo. Continuó.

—Por lo tanto, sugiero que un padre se presente voluntario para acompañar a los karaganganos a la Tierra... —Hizo otra pausa, hasta que los murmullos se apaciguaron. Paseó la vista alrededor de la mesa—. Será una misión peligrosa, naturalmente, y existen posibilidades razonables de que la muerte aguarde en el planeta, pero ¿qué mayor honor para un padre de Belvedere que realizar este supremo sacrificio por Dios, prestando al mismo tiempo un valioso servicio a Belvedere?

Se hizo el silencio en la sombría sala. Los padres intercambiaron miradas, con expresiones preocupadas y perplejas. Por fin, todos se volvieron hacia el padre Massie, que seguía abismado en sus pensamientos. Pasó un minuto antes de que hablara.

—Por ofensiva que pueda parecer a primera vista la sugerencia del padre James, creo que contiene cierta verdad. Estoy dispuesto a considerarla seriamente. Al igual que todos vosotros.

Se elevaron murmullos de asentimiento, aunque en tono reticente.

—¿Cuándo partirá la expedición de Karaganga? —preguntó Milo.

—Dentro de unos dos meses —contestó el padre Massie—. Creen que tardarán ese tiempo en reconvertir su nave marciana en un vehículo capaz de moverse en la atmósfera de la Tierra.

Milo asintió. Ningún hábitat había conservado las naves terrestres. En la convicción de que nunca más serían necesarias, se habían desguazado mucho tiempo antes para aprovechar las piezas. Carraspeó y miró a los ojos al padre Massie.

—Me ofrezco voluntario para la expedición, por supuesto —anunció.

La reacción del padre Massie fue predecible. Expresó una sorpresa exagerada y contempló a Milo con aire dubitativo.

—¿Qué ha dicho, hermano James?

—He dicho que ofrezco mis servicios para esta arriesgada empresa —contestó Milo con calma—. Al fin y al cabo, he sido yo quien ha propuesto que un padre acompañara a los karaganganos. Es lógico que también sea yo el que arriesgue su vida.

—¿Y con qué propósito? —preguntó el padre sentado a su izquierda, un hombre gordo y de cara redonda llamado Shaw. Más mojigato y santurrón que la mayoría, en opinión de Milo—. Perdonadme, hermano James, pero sólo es usted un hermano. Carece de autoridad sacerdotal. ¿Cómo podría salvar las almas de esas desdichadas criaturas de la Tierra?

Milo se volvió hacia él y sonrió.

—Perdóneme, padre Shaw, pero no ha comprendido mis motivos de que me presente voluntario. Lo hago, no por el bien de los terrestres, sino por el bien del valiente padre que se presente voluntario a esta misión. Soy, si me permite este breve lapso de modestia, el médico más experto de este hábitat. Si aún hay plagas en el planeta, seré de incalculable ayuda al valiente padre en cuestión. —Se volvió hacia el padre Massie—. Creo que el padre que vaya en esa misión merece que ponga a su disposición, como mínimo, mi sabiduría profesional y mis medicamentos.

El padre Massie contempló a Milo en silencio. Mientras lo hacía, tiraba de su barba.

Como su cabello, estaba teñida de gris. Todos los padres se teñían de gris el cabello y la barba en un esfuerzo de aparentar más edad y, por tanto, autoridad. Como Milo se acordaba muy bien de los ancianos, pensaba que aún parecían más ridículos.

—Admito, padre James —dijo por fin el padre Massie—, que he albergado dudas acerca de usted en el pasado. Por nada en concreto, una simple sensación de

desasosiego. Sin embargo, su gesto me obliga a considerarle desde una perspectiva diferente. Muy bien; acepto su audaz oferta. Irá a la Tierra, hermano James. Recemos, hermanos...

A Jean-Paul no le gustaba ser Señor del Cielo. Demasiada gente le formulaba preguntas que no sabía responder; demasiada gente dependía de él. La responsabilidad pesaba más sobre sus hombros a cada día que pasaba. Y un dolor constante acompañaba a esta carga. Por más que lo intentara, no podía apartar de su mente a Dominique.

Inspeccionó el caos de la cabina de control. Piezas de aparatos desmontados por todas partes y un laberinto de alambres y cables al descubierto. Las voces airadas de los ingenieros que discutían entre sí estremecían el aire. Tenía que poner orden. El equipo de pesca se estaría impacientando.

—Bien —dijo en voz alta—, ¿cuál es el estado de la situación? ¿Podemos efectuar la maniobra?

El altercado terminó. Los ingenieros intercambiaron miradas para ver quién iba a contestar. Por un mutuo consenso silencioso le tocó a Marcel, un hombrecillo nervudo, que se encogió de hombros.

—Creemos que sí, pero será peligroso.

—Dime algo nuevo —replicó Jean-Paul, cansado.

Escrutó el océano que se extendía a sus pies. Desde que habían volado el ordenador, un sinnúmero de catástrofes les había acechado. Era asombroso que todavía volaran.

Habían ido a la deriva durante varios días, impotentes, mientras los ingenieros se esforzaban en reparar los daños de los sistemas de control. Su predicción de que lograrían el control manual «en cuestión de minutos» se había demostrado exageradamente optimista. La bomba había destruido todo el sistema informático, al mismo tiempo que a los programas Ashley y Carl, y tratar de controlar la gigantesca nave sin ayuda de los ordenadores resultaba casi imposible. Ciertamente habían conseguido el control manual de ascensores y timones, pero no así de los impulsores, debido a lo cual se habían visto obligados a cortar el suministro de energía. Por tanto, ya no se podía controlar la temperatura del gas contenido en las celdas, y pronto habían perdido altitud. Sólo gracias a tirar por la borda cantidad de material y a la pericia de los timoneles habían evitado que la nave se estrellara.

Cuando los ingenieros lograron por fin hacerse con el control directo de dos impulsores, los vientos alisios del noreste habían arrastrado al *Lord Montcalm* hacia el Pacífico. En aquel momento, Jean-Paul se reunió con sus compañeros más allegados para discutir el paso siguiente. Se decidió continuar sobre el Pacífico en dirección suroeste. Regresar al continente norteamericano entrañaba el peligro de encontrarse con otro Señor del Cielo controlado por Ashley, y como ya no poseían control directo sobre el sistema de láseres, suponiendo que todavía funcionara,

llevarían las de perder en dicho encuentro.

Su problema más inmediato era la comida. Las reservas disminuían y ni siquiera un estricto racionamiento garantizaría la alimentación de toda la población. Habían perdido mucha gente en los últimos meses, pero aún vivían más de ochocientas personas a bordo del *Lord Montcalm*. Entonces, alguien dio con la solución más obvia: pescado. Volaban sobre un maldito océano, por el amor de Dios, sería un juego de niños planear sobre el agua, bajar una cesta hasta casi tocar la superficie y lanzar redes y sedales por el costado...

Sí, sencillo en teoría, pero difícil de llevar a la práctica. Para ser justo, los ingenieros habían conseguido poner en funcionamiento otros dos impulsores y controlaban lo suficiente la nave para que flotara sobre las aguas. En teoría.

—Muy bien —dijo a los ingenieros—, adelante. Dad la señal al equipo de pesca.

Se dirigió hacia la parte posterior de la cabina. El agujero que había practicado había sido cubierto toscamente, y el aire todavía se colaba. Sonaba como el grito de una mujer. Dominique. «Pero fue rápido», le había dicho alguien. ¿Quién? Ah, sí, Eric. Eric, que intentó detenerle cuando dijo que quería ver su cadáver. Insistió y Eric se rindió.

Vio el brillo de sus ojos. Subieron al pasillo donde yacían los cadáveres. Jean-Paul no la reconoció cuando Eric apartó la manta manchada de sangre. Saber que había sido rápido no era ningún consuelo, en especial cuando daba la impresión de que la mujer amada había sufrido los efectos de un ventilador de palas. La echaba de menos sobre todo por la noche; durante el día podía distraerse con los innumerables problemas que suponía dirigir el *Lord Montcalm*, pero de noche era inevitable pensar en ella. Dormía a intervalos. El momento más terrible era cuando despertaba y tendía la mano para tocarla; durante unos segundos se preguntaba por qué estaba solo en la cama, hasta que recordaba...

El zumbido de los impulsores adquirió un tono más agudo cuando el *Lord Montcalm* se detuvo y comenzó a descender hacia el océano. Se inmovilizó con un estremecimiento a unos ciento veinte metros de la superficie. Una cesta de carga surgió por la escotilla de una bodega. Iban veinte hombres en ella, incluyendo a Claude, que se había prestado de manera voluntaria a dirigir la partida de pesca. Jean-Paul intentó localizarle, pero desde esta distancia era imposible. Observó, no obstante, las redes amontonadas que habían sido fabricadas a toda prisa durante los últimos días.

En esta zona, el mar estaba libre de las algas repugnantes que cubrían grandes extensiones de océano. Jean-Paul supuso que estaban exterminando la vida marina, al igual que el yermo acababa con la terrestre. Confió en que aún quedara pesca suficiente para que la expedición fuera provechosa. La cesta casi tocaba la superficie del mar.

Alguien indicó mediante gestos que detuvieran el descenso, y la cesta osciló al extremo de los cuatro cables. Los hombres desplegaron de inmediato las redes. Todo va bien por ahora, se dijo Jean-Paul, sin apartar la vista de la cesta.

—Muy bien, avancemos, pero poco a poco —ordenó Jean-Paul.

El *Lord Montcalm* se movió de nuevo. El mar estaba relativamente en calma, pero le preocupaba que, si la cesta tocaba el agua, el peso extra rompiera uno o más cables.

Cuando la red estuvo desplegada por completo, Jean-Paul ordenó que la nave se detuviera. Después, los hombres tiraron de la red. Sucedió entonces...

Una turbulencia agitó el agua frente a la cesta, pero los hombres no se dieron cuenta.

Concentraban toda su atención en la parte de atrás, en la red. Jean-Paul casi gritó una advertencia, pero se contuvo en el último segundo, sabiendo que era inútil.

—¡Llamad a la bodega de carga! —gritó—. ¡Que suban la cesta ya!

—Pero si aún estarán trabajando en la red... —dijo Marcel.

—¡Hazlo!

Su voz se convirtió en un chillido.

Uno de los ingenieros se acercó corriendo a él.

—¿Qué pasa?

—¡Mira! —gritó Jean-Paul, señalando con el dedo.

Era una enorme forma blanco grisácea. Estaba emergiendo. Medía cuatro veces, como mínimo, la longitud de la cesta. Unos tentáculos se alzaron sobre el agua. Un hombre los vio y alertó a los demás. Jean-Paul vio que reaccionaban, señalaban y gesticulaban nerviosamente. Sabía que no llevaban armas, excepto unos cuantos cuchillos. Tendría que haberles dicho que cogieran rifles, pero ¿quién iba a pensar...?

La cesta empezó a elevarse, pero era demasiado tarde. Un enorme tentáculo se apoderó de un cable. Otros tentáculos más pequeños reptaban por los lados de la cesta. Jean-Paul notó que la cubierta de la cabina de control se estremecía.

—Virgen Santa —susurró el ingeniero.

La cesta ya no subía, sino que empezaba a ladearse. Todos los hombres cayeron al suelo. Uno de los tentáculos pequeños se enroscó alrededor de un hombre, lo levantó y se hundió en el agua con él. Un segundo tentáculo gigantesco había aparecido y trepaba por un cable.

—¡Jean-Paul! —gritó Marcel—. ¡El operador informa que no puede elevar más la cesta! ¡El monstruo pesa toneladas! ¡Pregunta qué ha de hacer!

«Y es una buena pregunta», pensó Jean-Paul, mientras veía que dos hombres más eran arrebatados de la cesta.

Mientras Jan charlaba con Davin, comprendió por qué los programas habían permitido que se quedara en Shangri La. Desde el principio había sabido que no era un acto de bondad, ni siquiera por el bien de Robin. Había dado por supuesto que las

preguntas de los programas acerca de su pasado eran meros actos programados de «cortesía», pero ahora, de repente, todo quedó claro. Era una valiosa fuente de información para ellos.

Shangri La había estado aislado del resto del mundo durante siglos. Los programas, con el fin de continuar realizando su función primordial (la protección de los eloi) con la mayor eficacia, necesitaban ponerse al día sobre la historia reciente y el estado actual del planeta, para valorar cualquier peligro potencial que acechara a los eloi.

—¿Qué decías? —preguntó Davin, sorprendido por su pausa inesperada.

—Lo siento, es que me estaba acordando de algo —se apresuró a contestar, molesta consigo misma por no haber comprendido antes lo evidente. Le estaba describiendo la vida cotidiana en la pequeña comunidad de Minerva, todo cuanto quedaba de un antiguo súper estado feminista. Davin parecía especialmente interesado en los hombres minervanos, y ahora, por haber comprendido los motivos de los programas, se preguntó por qué.

—Tú estabas preguntándome algo acerca de nuestros hombres..., de sus personalidades...

—Preguntaba si, en su forma modificada, conservaban alguna propensión a la violencia física.

—En teoría, no, pero...

Se interrumpió de nuevo, asaltada por los recuerdos. Revivió aquel ominoso día en que el *Lord Pangloth* había bombardeado Minerva y los Guerreros del Cielo habían saltado en paracaídas para completar la carnicería. Recordó la conmoción experimentada cuando, a pesar de todo lo que estaba ocurriendo, vio a algunos hombres minervanos blandiendo armas. Era contrario a todo cuanto le habían enseñado sobre la naturaleza de los minervanos después de haber sido transformados por Dios Madre.

—... algunos combatieron, al final, al lado de las mujeres. Supongo que eran recesiones.

Existían recesiones entre los monos machos cuando llegaban a cierta edad. Los encerrábamos y utilizábamos tan sólo hembras adultas. —Emergió otro recuerdo y sonrió para sí—. Yo misma era considerada una recesión, a causa de mi corta estatura.

Medía lo mismo que el minervano medio.

—Las recesiones son inevitables, debido a mutaciones espontáneas a lo largo de los años —le explicó Davin—. Sería posible inventar una unidad de reparación genética, una unidad diseñada para alterar periódicamente cualquier desviación en el DNA de las especies.

Jan miró al holograma.

—De eso no eran capaces los primeros ingenieros genéticos de Minerva, cuando diseñaron al macho minervano. ¿De qué sirve especular ahora sobre esa posibilidad? Es demasiado tarde para hacer algo por cualquier especie del planeta... ¿O no?

—No te entiendo —dijo Davin, adoptando un tono de inocencia más acusado.

—Me cuesta creerlo —replicó Jan con sequedad—. Te he preguntado por qué has dicho lo que has dicho. ¿Pensáis hacer algo por el estilo en el mundo exterior? Sé que entra dentro de vuestras posibilidades.

Davin meneó la cabeza.

—Ya te lo hemos explicado, Jan. Sólo nos interesan los eloi. Es la base de nuestra programación. No podemos hacer nada por nosotros. Es lamentable lo que está pasando en el mundo, pero está más allá de nuestra jurisdicción. Sólo existimos para cuidar y proteger a los eloi.

Parecía auténticamente apenado, pero Jan no se llamó a engaño. Se sentía asqueada por aquella cosa fría e inhumana que manipulaba esta convincente imagen de un hombre desde las profundidades del hábitat. Respiró hondo y contestó con irritación.

—Si Milo consigue descubrir este lugar, vuestra misión protectora terminará para siempre.

—Ah, sí, ese Milo tuyo... Esa criatura tan interesante...

—Criatura es la palabra más apropiada para él, pero no estoy tan segura respecto a lo de interesante.

—En tu opinión, ¿representa una verdadera amenaza para nosotros?

—Sí. Como ya te he dicho antes, Milo es una grave amenaza para todo el mundo. Y mostró un enorme interés por Shangri La cuando Robin habló de este lugar. No me sorprendería que viniera a buscarnos.

—Toda una flota de Señores del Cielo buscó Shangri La, como tú nos informaste, pero sin éxito.

—Toda una flota de naves anticuadas tripuladas por bárbaros. El Ángel del Cielo es diferente. Es nuevo y cuenta con un formidable sistema armamentístico, controlado por programas como tú. Y Milo también es diferente. Al igual que tú, no es humano.

La reunión fue tumultuosa. No todo el mundo compartía el entusiasmo de Lyle y del padre de Ayla por la inminente visita de los extraños. El más ardiente de los oponentes era Jelker Banks. Era un severo crítico de Lon Haddon desde hacía mucho tiempo, y Ayla sabía que su enemistad se remontaba al fracaso de su candidatura al sexteto gobernante. Había contagiado a su familia, que era numerosa, este resentimiento, y todos los Banks se esforzaban en hacer la vida imposible a Haddon y a su familia, que ahora sólo consistía en Ayla y su hermano mayor.

Banks, rodeado por sus partidarios en el extremo opuesto de la sala, hablaba o, mejor dicho, gritaba en aquel momento.

—¡Y yo digo que tal vez nos expongamos a un terrible peligro! ¿Cómo sabremos que podemos confiar en esa gente del espacio? ¡Sólo tenemos su palabra de que vienen en son de paz! ¡Y Lon Haddon y sus amigos se han tragado todas sus dudosas garantías!

Un rugido colérico se alzó de sus gesticulantes partidarios. Hubo murmullos de aprobación en otras partes de la sala. Lyle Weaver, sentado en la Silla de Gobierno, pidió silencio mediante gestos e indicó a Lon Haddon que era su turno de réplica. Ayla, en lo alto del anfiteatro, vio que su padre se levantaba. Notó con preocupación que su voz sonaba cansada y ronca.

—Mi honorable colega adopta un punto de vista excesivamente pesimista sobre la situación, cuando debería regocijarse de nuestra buena suerte. Este contacto con nuestros hermanos del espacio marca el principio de un futuro nuevo para nosotros. ¡No sólo para nosotros, sino para toda la raza humana!

Hubo muchos aplausos y algunos vítores. Jelker Banks, aunque no había recibido permiso para intervenir, le interrumpió.

—¡Eso lo dices tú, Haddon! ¿Cómo podemos estar seguros? ¡Apenas nos hemos sacudido el yugo de *La Brisa Perfumada*, y ya quieres entregarnos a otro tirano!

—¿Por qué querrían tiranizarnos los karaganganos? —gritó Haddon.

—Por la misma razón que la maldita gente del cielo: ¡para proveerles de comida, ropa y productos en general!

—¿Para qué van a necesitar comida o lo que sea de nosotros? ¡Han sido autosuficientes durante siglos! —señaló Haddon.

—¡Tal vez se han cansado de comer basura reciclada! ¡Yo lo estaría!

Este comentario arrancó carcajadas del público, y no sólo de los partidarios de Banks.

Haddon esperó a que las risas se calmaran.

—Hace tres semanas que hablamos con ellos. Yo, personalmente, he pasado muchas horas en comunicación con diversos karaganganos. Nos hemos hecho una

buena idea de su sociedad y de las condiciones que reinan en el hábitat espacial. Admiten que su modo de vida no es cómodo, pero la comida no es uno de sus problemas. Las bacterias creadas genéticamente en sus plantas de alimentación aún funcionan y producen diversos alimentos sintéticos a partir de materiales orgánicos reciclados.

—¡Sólo tienes su palabra, una vez más! —gritó Banks.

—¡Y les creo! —replicó Haddon con firmeza—. Y todos deberíamos creerles.

Consideran nuestra existencia, y los relativos avances tecnológicos de nuestra sociedad, un signo alentador de que podríamos liberar al mundo de las calamidades creadas por las Guerras Genéticas. Vienen a examinar esta posibilidad. A pesar de nuestros logros, sabes muy bien, Jelker Banks... —Haddon levantó el brazo y señaló a Banks—, que no podremos hacer frente al avance del yermo. Las condiciones empeoran a cada momento.

No es necesario haber vivido tanto como yo para saberlo. Sin la ayuda de los hombres del espacio... Bien, Palmyra no sobrevivirá. Sería una locura rechazar su oferta de unir nuestras fuerzas.

Ayla salió a la terraza del primer piso con dos vasos de cerveza fría en las manos. En el yermo, un animal expresó su desagrado con un potente rugido. Parecía uno de los reptiles gigantes. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de la joven. Su padre estaba derrumbado en una tumbona y contemplaba el oscuro océano. Le tendió un vaso, acercó otra tumbona a la suya y se sentó. Le miró con expresión preocupada.

—¿Por qué estás tan serio? Ganaste la votación.

—Oh, sabía que la ganaría. Y Lyle puede ejercer el derecho de veto, al fin y al cabo, pero me preocupa el apoyo con que cuenta Banks. Me preocupa que ocasione problemas a nuestros amigos del espacio cuando lleguen.

Ayla bebió un poco de cerveza.

—Entiendo —dijo—. Bien, yo también estoy preocupada.

Su padre se volvió hacia ella.

—¿Por Jelker?

—Oh, siempre estoy preocupada por él y su desagradable parentela. No, estoy preocupada porque el tema de la advertencia que nos hizo el pueblo marino no se ha debatido en la reunión. Dijiste que Lyle y tú os encargaríais de que saliera a colación.

—El, hum, debate sobre los hombres del espacio ocupó demasiado tiempo, supongo, pero te prometo que se estudiará en la próxima reunión.

Los dos se sobresaltaron un poco cuando un insecto muy grande y encolerizado chocó contra la red de la terraza.

—La siguiente reunión se celebrará dentro de dos semanas —dijo Ayla—. Deberíamos hacer algo ya.

—Perdona que diga esto, querida, pero ¿no estás exagerando un poco? El pueblo

marino está preocupado por una nueva amenaza a su comunidad. Era de esperar. Los océanos son cada vez más peligrosos, como sabes bien. Quizá los gusanos de mar estén invadiendo la zona del pueblo marino, pero está bien preparado para defenderse. Los crearon así. Aparte de defenderse de los enemigos naturales, fueron adaptados para rechazar grupos de saboteadores procedentes de otras instalaciones marinas, cuando estalló la rivalidad entre las multinacionales genéticas. Yo, en tu lugar, no me preocuparía tanto.

—Entonces, ¿por qué quieren que les demos armas?

—¿Cómo? —se sorprendió Haddon.

—Es la verdad. Durante nuestro encuentro de hoy, Tigre, su líder, no paró de señalar el arpón submarino que llevaba Kell. El significado era muy claro. Quiere armas parecidas. Montones de ellas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No pude hablar contigo antes de la reunión. Intenté hablar de ello cuando le tocara el turno al punto del pueblo marino, pero, como quedó aparcado, no pude.

Se encogió de hombros.

Haddon frunció el ceño.

—No lo entiendo... Con aquellas largas garras que tienen, como cuchillos, y aquellos dientes... ¿Para qué necesitan armas, ahora? Nunca han empleado.

—Por eso estoy preocupada, papá. Y Tigre volvió a advertirme. Al igual que la semana pasada. Me cogió del brazo y señaló el mar. También hay otro detalle. Siempre viene acompañado de dos hembras. Creo que son sus esposas. Bien, hoy sólo iba una con él.

—Eso podría explicarse de muchas maneras.

—Sí, pero, combinado con todo lo demás, me da mala espina. Como sus cicatrices.

—¿Cicatrices?

—Unas largas y feas en el torso. Y son recientes. Sé que está prácticamente acorazado, pero me hicieron temblar. Los demás machos también tenían. Los causantes no fueron tiburones o gusanos de mar.

Haddon bebió más cerveza y permaneció en silencio un rato.

—Estás muy preocupada por todo esto, ¿verdad? —dijo por fin.

—Sí, pero hasta el momento, aparte de Juli y Kell, da la impresión de que soy la única.

Lyle Weaver me da largas cada vez que intento hablarle de esto, y tú también. Sólo te interesa la visita de nuestros amigos del espacio. Muy bien, ya sé que es un acontecimiento histórico y que significará mucho para Palmyra, pero no podemos permitirnos hacer caso omiso de todo lo demás que también es importante.

—Sí, sé que he estado completamente absorbido por los amigos del espacio —

suspiró Lon—, pero me cuesta pensar en otra cosa. Me da esperanzas, Ayla, esperanzas. Por primera vez en muchos años, creo que puede existir un futuro. No me incluyo a mí, por supuesto, me refiero a ti, a Palmyra, a la raza humana.

Ayla se encogió por dentro. No le gustaba que se refiriera, ni siquiera de manera indirecta, a su reciente cumpleaños y a su significado. Nunca había hablado con él del asunto, aunque sabía que su padre estaba más que dispuesto. No quería ni pensar en ello. La idea de que iba a morir en algún momento situado entre el presente y los próximos cinco años la aterrorizaba. Terminó su cerveza a toda prisa y se levantó.

—Me voy a la cama. Realizaremos una inspección mañana en el dique exterior y he de levantarme pronto. Haz el favor de hablar con Lyle de lo que te he contado esta noche sobre el pueblo marino.

—Lo haré, cariño. Te lo prometo.

—Bien.

Se marchó de la terraza a toda prisa, sin ni siquiera detenerse a darle el habitual beso de buenas noches.

Su padre la agitó para despertarla. Su aspecto era sombrío en aquella hora temprana, y la joven se alarmó de inmediato.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien? —preguntó, angustiada.

—Estoy bien..., físicamente, al menos, pero tienes que levantarte ahora mismo. Tenemos una emergencia.

Fue entonces cuando oyó las sirenas.

—¿Es...?

Su padre asintió con gravedad.

—Sí, el radar lo localizó hace un rato. Aún está muy lejos, pero se dirige hacia nosotros.

Un Señor del Cielo.

Jean-Paul se frotó la barba incipiente que crecía en sus mejillas, mientras contemplaba con aire pensativo la población situada en la costa.

—Parece próspera. Y grande. Mayor que cualquiera de las que había en Canadá, en el territorio regido por el *Lord Montcalm*. De hecho, la mayor que hemos visto desde que nos fuimos de Canadá.

Emile, a su lado, bajó los prismáticos y habló en tono excitado.

—A juzgar por el número de casas, calculo que el número de habitantes se eleva a cinco mil. Varias fábricas pequeñas. Una zona agrícola continental muy extensa, y mira... —señaló al mar—. Aquellos edificios. Un sistema de defensa marítima, y piscifactorías, al parecer. Esas lombrices están muy bien organizadas.

Jean-Paul estuvo de acuerdo con Emile, que ahora, después de la muerte de Claude, era su lugarteniente. Esta floreciente comunidad parecía la más próspera y

mejor organizada que había visto.

—No tienen Señor del Cielo —dijo, en un momento de inspiración—. Hace mucho que no tienen. Por eso parece tan rica.

—Es posible que estés en lo cierto —dijo Emile—, pero ahora tienen uno: nosotros.

Aún nos quedan muchas bombas a bordo. Lanzamos unas cuantas para demostrarles que vamos en serio, y después lanzamos un grupo armado, numeroso, y saqueamos todo lo posible.

—Sí, supongo que es la única manera —dijo Jean-Paul, a regañadientes.

En los viejos tiempos, cuando el *Lord Montcalm* y sus nobles gobernaban la nave, no había pensado ni un momento en los habitantes del suelo. Despreciaba a los nobles, por supuesto, pero su vida como soldado era fácil y muelle, y consideraba normal que la gente del cielo dominara a aquellos condenados por el hado a vivir en la tierra contaminada. Sin embargo, desde que habían conquistado el *Lord Montcalm* y el odiado programa Ashley había sido apartado del poder, su actitud hacia la dicotomía de conquistador y conquistado había cambiado, aunque los conquistados fueran meros habitantes del suelo...

—¿Cómo que supones? —preguntó Emile, incrédulo—. Estamos a punto de morir de hambre, tú incluido. ¡Estás en los huesos, como yo! ¿Quieres que probemos otra vez a pescar?

No, Jean-Paul no quería probarlo otra vez, desde luego. El desastre que liquidó su primer y último intento aún laceraba su mente. Sucedió cada vez que recordaba cómo había contemplado impotente la matanza llevada a cabo por el calamar gigante. Aún quedaban algunos hombres en la cesta cuando los cables se rompieron y la cesta cayó al mar. Jean-Paul fue mudo testigo de su aciago final. Entonces, ordenó que lanzaran bombas. Cuando los proyectiles cayeron, el monstruo ya había desaparecido de su vista, y Jean-Paul dudó de que las bombas hubieran tenido efecto.

Se dio cuenta de que Emile aferraba su brazo.

—Las enfermedades y la desnutrición diezman a nuestra gente día a día. ¡Este lugar es como un regalo del cielo! ¡Sí, un regalo del propio Dios! ¡Y debemos aceptarlo! ¿Qué otra alternativa nos queda, Jean-Paul?

—Podríamos pedirles comida —dijo en voz baja.

Emile le miró, horrorizado.

—¡La falta de alimentación está debilitando tu mente, amigo mío! ¿Pedirles? ¿Pedirles?

¿Crees que nos la darían voluntariamente, a nosotros, a la gente del cielo?

Jean-Paul suspiró.

—No, tienes razón, por supuesto. Prepara el grupo armado... y las bombas. Atacaremos lo antes posible.

Milo Haze tomó asiento frente a su clase. Consistía en cuatro mujeres y seis hombres.

Las mujeres estaban sentadas a un lado de la pequeña aula, severa y funcional, y los hombres al otro, separados por un pasillo. Entre las mujeres se encontraba la hermana Anna. Su período de confinamiento en soledad había terminado y se había reincorporado a la clase. Intentaba evitar la mirada de Milo por todos los medios, y éste se divertía tratando de pillarla desprevenida.

—Buenos días, queridos hermanos y hermanas —saludó con aire risueño, y les dedicó una sonrisa radiante. Mientras escudriñaba los rostros recibió la recompensa de un breve contacto visual con la hermana Anna. Advirtió que sus mejillas enrojecían, al tiempo que apartaba rápidamente los ojos y apretaba los puños que descansaban sobre su regazo—. Con permiso de los padres, voy a cambiar el tema previsto para hoy. Voy a hablar de algo muy diferente. —Hizo una pausa, leyó la sorpresa en sus rostros y prosiguió.

—Estoy seguro de que todos estáis informados de que acompañaré al padre Shaw en un viaje a la Tierra, ¿verdad?

Todos asintieron, vacilantes. El pobre padre Shaw, pensó Milo con alegría, no estaba ni con mucho tan entusiasmado como Milo por participar en la inminente misión al Planeta Madre; al contrario, su rostro se tiñó de un gris metálico cuando el padre Massie le comunicó que su nombre había sido elegido al azar por OrCen. Debía pensar que la muerte le aguardaba en el planeta. Milo haría lo posible para que no saliera decepcionado.

—Bien —continuó Milo—, hoy voy a comentar ciertos aspectos médicos de las Guerras Genéticas y sus consecuencias. Todos conocéis las causas de las Guerras Genéticas, ¿verdad? Por favor, hermano John, ponte de pie y dínoslas...

El hermano John se levantó. Era un joven obeso de algo más de veinte años. Su gordura intrigaba a Milo porque, en teoría, la obesidad no existía entre los Modelos de Primera Clase. El hermano John era la prueba viviente de que estaban apareciendo rasgos regresivos entre la población humana de Belvedere, así como entre las bacterias artificiales que realizaban tantas funciones fundamentales para la conservación de la vida en el hábitat. Regresiones, meditó Milo, y se preguntó si el hermano John sería pariente del rollizo padre Shaw.

El joven carraspeó y empezó.

—Hum, bien, hermano James, las Guerras Genéticas fueron desencadenadas por las personas ateas y corrompidas por Satanás que gobernaban la Tierra. Querían dominar por completo a sus enemigos. Alentaron a sus ingenieros genéticos a crear versiones cada más peligrosas de seres vivos, abominaciones a los ojos de Dios. Sólo

Dios tiene derecho a crear la vida, y estas personas se condenaron al fuego eterno por este acto de desafío. Como castigo, Dios dio la espalda a los habitantes de la Tierra y el planeta fue arrasado por las terribles plagas creadas por los ingenieros. Nuestros antepasados de Belvedere fueron perdonados para que ellos, nosotros y la gente que vive en los demás hábitats y colonias pudiéramos dar testimonio de los terribles crímenes cometidos contra Dios por los terráqueos y los expiáramos...

—Gracias, hermano John. Muy elocuente. Ya puedes sentarte. (Gordo estúpido y regresivo). Para ser más precisos, las Guerras Genéticas fueron causadas por las organizaciones conocidas como multinacionales genéticas. Se trataba de enormes empresas internacionales que habían hecho su fortuna gracias a la ingeniería genética y, como resultado, eran muy poderosas. Existía una gran rivalidad entre las personas malvadas (¡ja!) que dirigían estas multinacionales. Se robaban los ingenieros entre sí, ordenaban asesinar a los empleados clave de sus rivales, se saboteaban mutuamente las operaciones («mi especialidad», recordó Milo con nostalgia) y, en definitiva, mantenían una guerra encubierta. Por fin, la guerra estalló abiertamente y todos los estados independientes que quedaban se vieron arrastrados a ella. Se soltaron máquinas genéticas de matar, por tierra, mar y aire. Al principio, todos los implicados acordaron no utilizar armas bacteriológicas y víricas, pero, inevitablemente, una multinacional rompió el pacto y las demás no tardaron en imitarla. Así empezaron las plagas...

»Las plagas de diseño, como fueron llamadas, se propagaban de formas que oscilaban entre lo ingenioso y lo tosco. Las plagas también eran de diversos tipos; algunas de efecto rápido, otras tenían períodos de incubación más largos. Un tipo, conocido como la «Muerte Negra», era similar a la peste bubónica, la Muerte Negra original. Provocaba una fiebre altísima y aguda, dolorosas hinchazones en las axilas, ingles y cuello de las víctimas, o sea, los nódulos linfáticos. El nombre derivaba de las manchas oscuras que aparecían bajo la piel a causa de hemorragias. La nueva versión eliminaba al ciento por ciento de sus víctimas, en un plazo de tres o cuatro días a lo sumo. Había sido diseñada para resistir a los fármacos existentes en aquel tiempo, como las demás plagas de diseño. Una plaga que actuaba con gran rapidez se conocía como el «Bicho Raudo». Era un virus que se propagaba por el aire. Todas las personas que se encontraban en la zona de propagación se desplomaban de inmediato, y sufrían graves convulsiones y vómitos.

La muerte se producía al cabo de pocos minutos, pues las víctimas se atragantaban con sus propios vómitos.

Hizo una pausa melodramática y miró a Anna. La había pillado desprevenida otra vez.

Estaba muy pálida, pero sus mejillas se tiñeron de púrpura al instante. Se apresuró a desviar la vista. Milo sonrió para sí.

—También había unas esporas de hongos muy eficaces —prosiguió—, que se soltaban en el aire y, cuando se inhalaban, cubrían el tejido pulmonar de una capa de hongos que impedían cada vez más la respiración de la víctima. La muerte solía sobrevenir a las veinticuatro horas.

»La mayoría de las plagas fueron diseñadas para vivir poco. Por ejemplo, las bacterias y los virus fueron diseñados para ser eficaces, digamos, unos cuantos días, antes de que se propagaran y autodestruyeran. Sin embargo, algunas se reprodujeron indefinidamente, fuera por mutación o por diseño, al igual que ocurre con las bacterias y virus naturales.

»Como resultado, aún después de las Guerras Genéticas, que sólo duraron siete meses, algunas plagas siguieron extendiéndose. Nuestros antepasados de Belvedere fueron testigos de que la civilización humana en la Tierra se derrumbaba. Ellos, y nosotros, dieron por sentado que toda la población del planeta había sido aniquilada, y Belvedere, junto con los demás hábitats, dejó de prestar atención a la Tierra hace siglos. Pero ahora hemos averiguado que algunas personas sobrevivieron: la gente que envía las señales de radio. Y también nos han informado de que las plagas desaparecieron hace mucho.

»Dicen que gozan de perfecta salud y que no hemos de tener miedo a infectarnos. Bien, eso es lo que el padre Shaw y yo averiguaremos cuando vayamos a la Tierra.

Un estudiante levantó la mano.

—¿Sí, hermano Daniel?

—Se dice, hermano James —empezó el hermano Daniel, vacilante—, que todo puede ser un engaño de Satanás. Que esos seres están condenados y tratan de atraer a la gente de los hábitats para emponzoñarla con su corrupción.

—Bien, si tal es el caso, y si el padre Shaw y yo regresamos a Belvedere infectados con alguna horripilante enfermedad terrestre, confiaré en vosotros, mis queridos estudiantes, para que apliquéis vuestras habilidades médicas en nuestra curación —contestó Milo, con una bondadosa sonrisa.

Los alumnos se le quedaron mirando, horrorizados. Estaba claro que no habían captado la ironía.

El Señor del Cielo, que planeaba a babor hacia Palmyra, apuntó la proa hacia la ciudad.

—Ahí viene —dijo Haddon, que observaba sus movimientos a través de una estrecha rendija practicada en el espeso muro del bunker.

—Sólo podemos confiar en Dios —comentó Lyle Weaver, que estaba mirando por una rendija similar, a su lado.

—Prefiero depositar mi confianza en esos proyectiles —murmuró Haddon.

—Bien, no tardaremos en averiguar si tu idea sobre ellos fue buena —dijo Weaver—. Voy a dar la orden de disparar. —Conectó el micrófono—. Atención todas

las baterías.

Abran fuego. Repito, abran fuego.

Palmyra parecía vacía. Las calles estaban desiertas. El grueso de la población se había refugiado bajo la superficie. Sin embargo, cuando la sombra de la gigantesca nave se cernió sobre Palmyra, algo empezó a suceder en seis puntos diferentes de la ciudad. Se retiraron a toda prisa redes de camuflaje, techos y paredes falsas, dejando al descubierto seis emplazamientos de cañones. Cada pieza de artillería era manejada por tres hombres.

Los cañones apuntaban al Señor del Cielo. Todos empezaron a disparar. Las explosiones se propagaron a lo largo y ancho de Palmyra, y los edificios temblaron.

—¡Esos idiotas nos están disparando! —exclamó Emile, que lanzó una carcajada desdeñosa—. ¿Acaso no saben que es una pérdida de tiempo? Nuestras defensas automáticas no... ¡Joder!

Había observado que los proyectiles hacían impacto en el casco del *Lord Montcalm*.

Miró estupefacto a Jean-Paul.

—¡Los láseres no funcionan!

Antes de que terminara la frase, un rayo láser surgió de algún lugar situado sobre la cabina de control y destruyó un proyectil antes de que alcanzara al Señor del Cielo.

Luego, otro rayo destruyó un segundo proyectil..., pero otros proyectiles estaban horadando el casco.

—¿Qué mierda está pasando?

—No lo sé —dijo Jean-Paul, sombrío—. ¡Timoneles, marcha atrás a los impulsores!

¡Ponednos fuera de su alcance, y de prisa!

Se oyeron gritos de júbilo en el bunker. Lyle Weaver palmoteo la espalda de Haddon.

—¡Funcionan, gracias a Dios! —exclamó—. ¡Funcionan!

—La mayoría, al menos —dijo Haddon, mientras veía que más explosiones florecían en el casco del acobardado Señor del Cielo. Los láseres de la nave habían interceptado muy pocos proyectiles. Haddon se sintió muy complacido consigo mismo. Su idea de cómo superar al sistema de defensa automático del Señor del Cielo se había demostrado correcta.

Cuando *La Brisa Perfumada* dejó de acudir a su cita anual muchos años antes, sin volver a hacer acto de aparición, Haddon había sugerido que la ausencia del Señor del Cielo les proporcionaba la oportunidad de preparar un medio eficaz de defensa. Su propuesta despertó el escepticismo de casi todos. Los Señores del Cielo eran invulnerables gracias a su sistema láser. El sistema destruía automáticamente

cualquier objeto que se acercara a un Señor del Cielo, desde una bala en adelante, a menos que fuera un organismo vivo o contuviera un organismo vivo superior a cierto tamaño (por lo general, el de un pájaro). Este sistema humanitario era una rémora del período anterior a las Guerras Genéticas, cuando las gigantescas naves servían de transporte de comida y carga barato y de refugio aéreo en ocasión de desastres naturales. La gente del cielo, que se apoderó de los Señores del Cielo después de las Guerras Genéticas para escapar de las plagas, nunca fue capaz de lograr el control directo de los láseres.

Haddon, sabiendo que poseían capacidad tecnológica para fabricar piezas de artillería toscas pero eficaces, pensó primero en colocar animales pequeños dentro de los proyectiles, pero un ingeniero indicó que los animales no sobrevivirían lo bastante para ser útiles. Cuando los sensores de las naves los detectaran, ya habrían muerto a causa de las fuerzas gravitatorias provocadas por el disparo de los proyectiles. Haddon continuó dándole vueltas al problema, hasta que se le ocurrió una solución. Palmyra carecía de auténticos ingenieros genéticos, pero varios de sus técnicos sabían lo bastante de biología para mantener con vida a los diversos microorganismos creados mediante ingeniería genética que realizaban diversas funciones, desde la purificación del agua de mar hasta la fabricación de cerveza. A instancias de Haddon, le proporcionaron material orgánico capaz de sobrevivir aislado durante largos períodos de tiempo, siempre que se lo alimentara de manera regular. Haddon y sus ayudantes introdujeron cierta cantidad de este material en proyectiles diseñados especialmente. Pruebas de disparo demostraron que el impacto de la descarga no lo mataba, pero no tenían pruebas concluyentes de que los proyectiles burlaran las defensas de un Señor del Cielo. Hasta ahora...

—¡Mirad! ¡Está ardiendo! —gritó alguien detrás de Haddon.

Era verdad. Las llamas se extendían por un lado del Señor del Cielo, mientras la nave retrocedía poco a poco hacia el mar. Haddon percibió el sonido de los impulsores cuando se esforzaron por acelerar al gigantesco aparato, pero era demasiado tarde. Uno o más de los proyectiles habían perforado una celda de gas llena de hidrógeno. Tal vez, reflexionó Haddon, toda la nave estaba llena de hidrógeno. En ese caso, los tripulantes tenían escasas probabilidades de sobrevivir. De pronto, su sensación de júbilo se evaporó. Gente, mucha gente, moriría dentro de poco, gracias a él. Hombres, mujeres y niños. Y aunque era gente del cielo, los opresores históricos de su pueblo, seguían siendo seres humanos. Era absurdo que los seres humanos continuaran matándose, mientras el mundo agonizaba a su alrededor.

Las llamas devoraban el costado de la nave. Haddon vio que un impulsor se desprendía y caía hacia el mar, describiendo demenciales giros en el aire. Se preguntó de dónde habría venido el Señor del Cielo. No era *La Brisa Perfumada*, desde luego. Los colores no eran los mismos. ¿Se sentiría tan inquieto por la suerte de la nave

condenada si supiera que el cruel Horado se hallaba a bordo? Probablemente no...

—¡Los impulsores de babor no funcionan! —chilló un timonel—. ¡Y estamos perdiendo altitud!

Emile bajó corriendo la escalera.

—¡El caos reina ahí arriba, Jean-Paul! ¡Las celdas tres y cuatro arden! ¿Qué podemos hacer?

Jean-Paul, la mirada fija en la ciudad que continuaba disparándoles, respondió con calma:

—No podemos hacer nada. Todo ha terminado. Supongo que mi destino no era ser Señor del Cielo. —Subió el tono de voz—. Hemos de decirle a la gente que abandone la nave...

Mientras extendía la mano hacia el micrófono, se produjo un espantoso estruendo, tan potente que le empujó al otro lado de la cabina de control. Después, perdió el sentido.

—¡Jean-Paul! ¡Jean-Paul! ¡Debes despertarte!

Alguien le estaba abofeteando. Abrió con dificultad sus ojos pegoteados. Le zumbaban los oídos. Había humo en la cabina. Tosió. Emile estaba inclinado sobre él. Distinguió una larga e irregular cavidad en la mejilla izquierda de Emile. Se veían sus dientes a través de ella.

—¿Qué ha pasado? —graznó.

—Un proyectil estalló en la cabina. Todos los demás han muerto y la nave está fuera de control. Has de levantarte... —Emile tosió—. No tardaremos en estrellarnos contra el mar.

Tiró con violencia de Jean-Paul, que consiguió ponerse en pie. El suelo de la cabina estaba inclinado hacia babor. Avanzaron tambaleantes hacia la escalera. Jean-Paul vio a través del humo que toda la parte delantera de la cabina había desaparecido. Un timonel yacía en el suelo, un amasijo de carne humana. No vio al otro timonel, que habría salido despedido de la cabina. Pasaron por encima del cadáver de un ingeniero, tendido al pie de la escalera. En contraste con el destrozado timonel parecía ileso, pero estaba muerto.

Jean-Paul se disponía a cogerse al pasamanos de la escalera cuando una violenta explosión sacudió al *Lord Montcalm*. La proa enfiló hacia el mar de inmediato. Tanto él como Emile cayeron al suelo.

Jean-Paul intentó en vano detener su inexorable progresión hacia la parte destrozada de la cabina. Daba la impresión de que la nave iba a ponerse vertical. Delante de él, vio que el cadáver del timonel desaparecía por el hueco. Oyó que Emile gritaba algo detrás de él, y de repente descubrió que se precipitaba hacia el vacío. Chilló.

El Ángel del Cielo flotaba suspendido en el aire a unos trescientos metros sobre la Capa de Hielo de Ross. El día era espléndido y el cielo exhibía un brillante tono azulado. El Ángel del Cielo disparó varios rayos láser, provocando que nubes de vapor se elevaran del hielo. Milo Haze, desde la cabina de control, contempló la nube de vapor con creciente frustración.

—¡Mierda! —masculló.

—Lo mismo que antes —dijo Ashley, enfurruñada.

—Ya lo veo —contestó Milo. ¿Por qué no había previsto este problema cuando fraguó su plan? ¿Bastaba con utilizar los láseres para perforar las capas de hielo? Sí, sencillo.

Sólo que el hielo vaporizado por el impacto de los láseres producía una nube de vapor, y el vapor se espesaba hasta que los rayos láser se difuminaban y resultaban inútiles.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Ashley, y desconectó los láseres—. ¿Tienes otra brillante idea? Hasta el momento, ninguna ha dado resultado.

—Yo no diría eso. La idea de las naves teledirigidas funcionó.

—¿De veras? —bufó Ashley—. Todas las que enviamos han desaparecido.

—Sí, pero todas desaparecieron en esta zona..., bajo la Capa de Hielo de Ross. El hábitat tiene que estar ahí. —Señaló la blanca extensión de hielo y nieve—. Bajo el hielo, en alguna parte.

—Bajo el hielo, en alguna parte —repitió Ashley con sarcasmo—. Maravilloso, de no ser por el hecho de que la capa de hielo abarca cientos de kilómetros cuadrados. Y, aunque supiéramos el emplazamiento exacto del hábitat, no podríamos atravesar el hielo.

—Tiene que haber una manera. No te preocupes.

—Tú eres el que debería preocuparse, Milo. No estás cumpliendo lo que prometiste y perderás todos tus ínfimos privilegios, incluyendo, tal vez, tu vida. Debería dejarte en ese desierto de hielo.

Milo guardó silencio. Por lo menos, Ashley se mostraba racional hoy, pensó.

Últimamente, mostraba crecientes señales de inestabilidad. A veces, no respondía a sus preguntas, y había adquirido el hábito de cantar siniestras canciones de cuna por la noche durante horas. Se pasó la mano por la calva y reflexionó.

—Exacto —dijo al cabo de un rato—, el primer problema es localizar el hábitat...

—Ya lo sé, idiota. Es lo que estamos intentando, pero no vas a convertir más arañas en vehículos. Sólo me quedan veintinueve y estamos escasos de piezas.

Milo echó un vistazo a la mecaraña que estaba a su lado (su escolta, encargada de impedir que arrancara el software de Ashley y lo pateara) y palmeó la parte superior

de su cuerpo esférico. En respuesta, la mecaraña se revolvió de forma amenazadora.

—No, no era esa mi intención. Se necesita otro método. He recordado algo del pasado lejano: una técnica de averiguar lo que hay bajo la tierra, en este caso hielo, enviando ondas sísmicas a través de la capa. Las ondas se mueven a diferente velocidad según las sustancias. Podremos determinar el espesor del hielo, la profundidad del agua y la posición del hábitat, cuando demos con la zona correcta.

—Oh, claro —se burló Ashley—. ¿Cómo produciremos estas ondas sísmicas?

—Mediante pequeñas cargas explosivas. Colocadas en el hielo. Ordenaremos que Carl diseñe y construya el equipo pertinente. Sabrá hacerlo. Al fin y al cabo, lo sabe todo. Después, enviaremos arañas a la capa de hielo, que inspeccionarán sector por sector. Sobre el hielo no les pasará nada. Tardarán un poco, pero estoy seguro de que funcionará.

—Y en ese caso —dijo Ashley, al cabo de una pausa—, ¿cómo llegamos al hábitat? Los láseres no funcionan.

Milo sonrió, súbitamente inspirado.

—¡Por supuesto! Teníamos la respuesta ante las narices... Bueno, ante mis narices, la expresión es superflua en tu caso.

—¡Oh, cierra el pico! ¡Dime cuál es la respuesta!

—La respuesta es Carl. Acabo de decir que lo sabe todo. Déjame hablar con él.

—Muy bien —concedió Ashley, a regañadientes.

La voz inexpresiva de Carl resonó en la cabina.

—¿Sí, Milo?

—Sin duda has escuchado nuestra conversación. ¿Cómo nos abriremos paso a través del hielo cuando localicemos el hábitat?

—Con los láseres, Milo.

—Santo cielo, es tan torpe como tú —murmuró Ashley.

—Eso ya lo hemos probado, Carl —dijo Milo, alarmado—. El vapor bloquea...

—Habrá que proyectar los láseres mediante fibras ópticas, Milo —explicó Carl.

—¡Por supuesto! —exclamó Milo, descargando un puño sobre la palma de la otra mano—. Es de cajón. Lanzamos cables de fibra óptica hacia el hielo, disparamos los láseres a través de ellos y, mientras el hielo se funde, continuamos lanzando cables. ¡Por más vapor que se produzca, dará igual! El sistema de control de esta nave se compone en su mayor parte de fibra óptica, así que habrá almacenada cantidad de sobra.

—En efecto —confirmó Carl.

Milo lanzó una carcajada.

—¡Ningún obstáculo se nos antepone! Nada puede detenernos. No tardarás en volver a ser de carne y hueso, Ashley, te lo aseguro. Después, te concederé el privilegio de saborear una experiencia sexual sin parangón en varias vidas.

—¡Cómo! —se escandalizó Ashley—. ¿Piensas que voy a permitirte hacer el amor conmigo? ¡Nunca!

La reacción de Ashley ofendió a Milo.

—¿Qué tiene de malo mi idea?

—He visto lo que has hecho con Tyra. Además, no te encuentro físicamente atractivo, sino todo lo contrario, en realidad.

—Tyra es diferente, un simple pasatiempo —replicó Milo, irritado—. Por otra parte, los mendigos no tienen derecho a elegir. Tal vez hayas caído en la cuenta de que los hombres escasean en la nave. ¿O prefieres tirarte a ese marica minervano, Shan?

—Sí, prefiero acostarme con él antes que contigo —afirmó Ashley.

Milo procuró reprimir su cólera. La muy puta no había sido más que un garabato electrónico impreso en un biochip durante siglos, y ahora actuaba como si fuera demasiado buena para él. Al menos, albergaba la satisfacción de saber que nunca volvería a vivir y respirar como una persona de carne y hueso. Aunque el hábitat poseyera los medios de proporcionarle un cuerpo nuevo, él se encargaría de que eso nunca sucediera. Lo único que le interesaba era apoderarse del Jugete y de los demás tesoros tecnológicos que contuviera. Decidió que lo más diplomático era cambiar de tema.

—¿Alguna novedad en las transmisiones por radio que controlas? ¿Continúan en el mismo nivel de actividad?

—No, hoy se ha producido un cambio —dijo Ashley, en tono de aburrimiento—. Tan sólo unilateral. Los habitantes del espacio transmiten, pero la gente de ahí abajo no contesta. Todavía no, al menos.

Milo frunció el ceño, un tanto perplejo.

—Curioso. Quizá sus aparatos no funcionen bien.

Cuando habían llegado a la Antártida, semanas antes, Ashley comunicó que Carl había interceptado mensajes de radio intercambiados entre cierto punto de la Tierra y un hábitat espacial. Milo se había llevado una gran sorpresa. Parecía imposible que una comunidad del suelo poseyera la tecnología necesaria para construir un equipo de radio.

Solicitó escuchar la transmisión, Ashley accedió, y no tardó en establecer que las señales procedentes de la Tierra eran enviadas desde una comunidad situada en el antiguo estado japonés de Noshiro, en Australia, mientras que el hábitat en cuestión era el de Karaganga. Se llevó una gran sorpresa al averiguar más tarde que los karaganganos pretendían enviar una expedición a la Tierra. La idea no acababa de convencerle. Sugirió a Ashley que suspendieran temporalmente la búsqueda del hábitat submarino, se desplazaran a toda prisa a Australia y redujeran a cenizas aquella altiva comunidad, antes de que uniera sus fuerzas a las de los extraterrestres,

pero Ashley se negó.

Más adelante, se regocijó al saber que dos representantes de su anterior hogar durante más de un siglo, Belvedere, acompañarían a la expedición.

—¡Belvedere! —exclamó—. ¡Dios, menudo antro!

Hacía mucho tiempo que no pensaba en aquel lugar. Había sido una prisión.

Comparadas con Belvedere, las colonias marcianas eran un centro de recreo, a pesar de sus privaciones. Y, a juzgar por cómo iban las cosas, los fanáticos religiosos que gobernaban Belvedere iban a apretar más las clavijas. Entonces, se acordó de Carla Gleick.

Se preguntó, con frialdad, cuál habría sido su suerte. También se preguntó qué habría sido de su replicante...

—Sigue controlando las señales —dijo a Ashley—. Infórmame de si sucede algo interesante. Iré al taller y ordenaré a Carl que active algunos de esos ingenios sísmicos.

Después, me tomaré un descanso, si no te importa.

—De acuerdo —dijo Ashley, a regañadientes.

—¡Hola, cariño! ¡He vuelto a casa! —gritó Milo con exagerada jovialidad cuando entró en la sala de estar.

Tyra estaba de pie frente a la ventana y le daba la espalda. Milo vio que los músculos de su nuca se tensaban al escuchar su voz. Vestía una bata larga hasta los pies, hecha de seda sintética. No se volvió. Milo se acercó a ella.

—¡Cómo! ¿No gritas de alegría por mi regreso? ¿No expresas tu júbilo al verte de nuevo en presencia del dueño de tu corazón?

La muchacha permaneció en silencio, sin hacer el menor movimiento. Milo se colocó detrás de ella, la aferró por los hombros y la obligó a darse la vuelta. Ella se negó a mirarle y clavó la vista en el suelo. Milo observó que el morado de su ojo derecho se iba disipando. Lo rozó con las yemas de los dedos. La joven se encogió.

—Pobre Tyra —dijo Milo en voz baja.

Se apoderó de sus manos y examinó las muñecas. Las cicatrices también estaban desapareciendo. La muchacha había intentado suicidarse meses atrás. Cuando recobró la conciencia, Milo le dijo que, si lo intentaba de nuevo, mutilaría un miembro de su adorado Shan. Y que, si lograba culminar el suicidio, le sometería a una muerte muy lenta. No se produjo ninguna otra tentativa.

—Mírame —ordenó.

Ella levantó la cabeza. Sus grandes ojos pardos estaban henchidos de pánico. Le recordó a una gacela aterrorizada.

—¿Por qué te gusta tanto hacerme daño? —preguntó la muchacha, con un hilo de voz.

La pregunta divirtió a Milo. Porque, se dijo, tu indefensión, tu docilidad, tu

vulnerabilidad, tu impotencia, me provocan el deseo de hacerte daño. Un efecto extraño, porque en muchas especies de mamíferos, como el lobo, tal demostración de sumisión (como girar sobre sí mismo y exponer el abdomen o la garganta) consigue que el atacante de la misma especie desista de su ataque. Pero los humanos... Bueno, un acto de sumisión semejante provoca en los humanos el efecto contrario.

—Todo el mundo tiene alguna afición —dijo en voz alta, al mismo tiempo que aferraba su bata.

Ayla escuchó en tensión, mientras la voz de Lyle Weaver surgía por el altavoz de su refugio.

—¡Pueblo de Palmyra, el peligro ha pasado! El Señor del Cielo se ha estrellado en llamas, más allá del dique exterior. Hemos localizado a algunos supervivientes en el agua. Solicito voluntarios para subir a los botes y rescatarlos. De todos modos, id armados...

La joven se volvió hacia Kell, nerviosa.

—¿Estás preparado? —preguntó.

El joven asintió.

—Por supuesto.

—Pues vamos allá.

Ayla se dirigió hacia la escalerilla. Ambos iban armados con arpones submarinos. Si los cañones hubieran fallado y las tropas del Señor del Cielo hubieran desembarcado en Palmyra, Kell y ella se habrían unido al resto de la población adulta de Palmyra para oponer resistencia a los invasores.

Mientras se precipitaban hacia la orilla del mar, vieron que más gente corría en la misma dirección. Un grito que surgió de atrás les hizo detenerse. Era Juli, que les iba a la zaga. También iba armada con un arpón submarino.

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado! —gritaba—. ¿A que es fantástico?

—¡Pues claro que sí! —rió Ayla. Cuando llegaron a la orilla del mar se detuvieron, como los demás que habían llegado antes que ellos. Todos contemplaron en silencio el mar. Era un panorama aterrador...

El Señor del Cielo flotaba sobre las aguas, a unos tres kilómetros de la costa. La mayor parte de su inmensa forma arrugada sobresalía del mar. La nave ardía de proa a popa y las aguas que la rodeaban hervían. Mientras Ayla contemplaba la escena, el gran estabilizador vertical se hundió en el mar. No habría supervivientes en aquel infierno, reflexionó. Kell la agarró por el brazo, arrancándola de su trance.

—Vamos... ¡El barco zarpa!

Cuando llegaron al muro exterior y atravesaron el portal, el Señor del Cielo había quedado reducido a una masa esquelética de metal retorcido, aunque los restos continuaban ardiendo y el agua hervía a su alrededor. Dos embarcaciones más rápidas

los habían adelantado, pero sus poderosos motores, aunque pequeños, habían superado con facilidad a la pequeña flota que se dirigía hacia el Señor del Cielo siniestrado.

—No creo que haya muchos supervivientes —dijo Kell.

—¿Por qué no? —preguntó Ayla.

—¿Cuándo tuvo el pueblo del cielo la oportunidad de aprender a nadar?

Aún se encontraban a considerable distancia de la nave cuando Kell divisó al primero de los cadáveres. Palmeó el hombro de Ayla y señaló. La joven vio que alguien flotaba boca abajo en el agua, a unos veinte metros a estribor. Los dos gritaron instrucciones a Juli, que maniobraba el timón desde la popa. Juli consiguió situar la nave junto al cuerpo. Kell se inclinó sobre la borda y lo izó. Era un hombre. Su cabeza colgaba en un ángulo imposible y tenía un terrible agujero en sus mejillas.

—Muerto —dijo Kell—. El cuello roto, probablemente a causa de la caída.

Dejó caer el cuerpo al agua, donde recobró su anterior posición, cabeza abajo. Ayla se estremeció. La imagen de los ojos del muerto permanecía fija en su mente. Pero aún faltaba lo peor.

A medida que proseguían, encontraron más cadáveres flotando en el agua, así como restos de la nave. Notaron el calor del incendio y oyeron feroces siseos y crujidos.

Nubes de humo y vapor flotaban a su alrededor. Los cadáveres que encontraron a partir de aquel momento estaban carbonizados, y era imposible diferenciar hombres y mujeres. Ayla tuvo que desviar la vista cuando pasaron junto al cuerpo ennegrecido de un niño.

La gran masa metálica que se iba desintegrando lentamente se alzaba sobre ellos y Kell aconsejó que se abstuvieran de acercarse más, por si una parte se desprendía y caía sobre ellos. Juli observó que las dos barcas que los habían precedido tomaban la misma medida y navegaban paralelas al casco de la nave, pero a una prudente distancia. Entonces, Ayla oyó un grito. Procedía del agua. Al principio, sólo vio restos a la deriva (una silla de mimbre quemada y fragmentos de tablas), pero luego distinguió una cabeza que sobresalía del agua.

—¡Allí! —gritó a Juli, y señaló con el dedo.

Cuando la barca se acercó al superviviente, Ayla vio que era una mujer y que no padecía quemaduras tan graves como las de los cadáveres que habían dejado atrás, aunque su rostro estaba cubierto de desagradables ampollas. La mujer levantó un brazo igualmente erizado de ampollas.

Ayla se inclinó por la borda y extendió su mano. Asió la muñeca de la mujer.

—¡Agárrate! —gritó a la mujer.

Tiró con fuerza... y la piel de la mano y la muñeca de la mujer se deslizaron como un guante. Ayla cayó sobre la cubierta de la barca. Contempló horrorizada el

pellejo grisáceo que sostenía. Lo tiró lejos con un grito de asco. Después, volvió la cabeza y vomitó en el suelo de la embarcación.

Sacaron a cuatro personas del agua (todas sufrían quemaduras de diversos grados) y decidieron regresar. Las aguas que rodeaban la nave estaban sembradas de barcas. Pero había otras cosas en el agua: tiburones. Habían divisado las aletas de varios de ellos.

Ayla estaba sentada en la proa y procuraba no escuchar los lamentos de los cuatro náufragos acurrucados detrás de ella. Aún se sentía mareada, y avergonzada de su reacción cuando intentó subir a la primera mujer. Kell le había dicho que la desgraciada había desaparecido bajo la superficie del mar. Aquella exaltada sensación de triunfo que la joven había experimentado al contemplar el incendio del Señor del Cielo se había desvanecido.

Se puso en tensión cuando oyó otro grito de auxilio. Era una voz de hombre. No quería ver a otra persona que padeciera horribles quemaduras. Kell guió a Juli hasta el punto del que procedían los gritos. Ayla miró de mala gana al hombre cuando Kell le subió a bordo. Experimentó un alivio inmediato. En apariencia, no sufría quemaduras. Y a pesar de su rostro demacrado y su expresión aturdida, observó que era bastante atractivo.

Mientras yacía jadeante entre Kell y ella, Ayla apoyó la mano sobre su frente.

—Tranquilo, ya estás a salvo —le dijo.

El hombre clavó la vista en la joven y forzó una sonrisa.

—*Merci* —musitó.

El fuerte impacto contra las aguas aturdió por unos momentos a Jean-Paul. A continuación, fue consciente de que estaba bajo el agua y se ahogaba. Luchó por elevarse y consiguió asomar la cabeza fuera del agua, pero, a pesar de sus frenéticos esfuerzos, volvió a hundirse. Comprendió que su traje acolchado y las botas le empujaban hacia abajo. Aspiró una última bocanada de aire y dejó que su cuerpo se hundiera.

Luchó contra el pánico que amenazaba con dominarle y, mientras se hundía, se quitó las botas y el pesado traje. Una vez libre de su peso, pudo volver a la superficie.

Levantó la vista, moviendo brazos y piernas, y vio que el *Lord Montcalm* pasaba por encima de su cabeza. Restos envueltos en llamas caían de la nave. Comprendió que la proa chocaría contra el agua en cuestión de segundos. Mucha gente saltaba al agua.

Nadie llevaba paracaídas. Ashley había encargado a las mecarañas que confiscaran y destruyeran todos los paracaídas, para evitar intentonas de escape. Se acordó de Emile.

Empezó a gritar su nombre, confiando en que también hubiera sobrevivido a la caída, pero no obtuvo respuesta. Jean-Paul escrutó la orilla. Hasta el dique más exterior parecía demasiado lejano. Le sería imposible alcanzarlo; apenas lograba mantener la cabeza erguida sobre la superficie. Y su cansancio aumentaba por momentos. Se preguntó si los habitantes del suelo enviarían ayuda. Sería lógico que no lo hicieran.

De pronto, una poderosa vibración se propagó por el agua, seguida de un ruido profundo. Se volvió y vio que la proa del *Lord Montcalm* se hundía en el mar.

Alarmado, se dio cuenta de que la popa en llamas planeaba sobre su cabeza. Se puso a chapotear como un perro, impulsándose hacia adelante poco a poco. Perdió por completo el sentido del tiempo, pues lo único que le interesaba era dejar atrás cuanto antes la popa, antes de que toda la nave se hundiera en el mar...

Por fin, el agotamiento le impidió continuar. El dique parecía igualmente lejano. Miró hacia atrás. Ya no corría el peligro de ser atrapado bajo la sección de cola de la nave en llamas. El *Lord Montcalm* continuaba avanzando a medida que se hundía en el mar.

Cuando la sección de cola se sumergió, acompañada de crujidos y siseos, mientras el agua hervía a su alrededor, se encontraba a más de cien metros de distancia.

Su alivio no duró mucho. El ejercicio había entumecido sus miembros. Sabía que no podría mantenerse a flote mucho más tiempo. Entonces, algo le golpeó en la nuca.

Pataleó frenéticamente, pensando que era atacado por una bestia marina, y trató

de ver qué era...

Era un fragmento de la cubierta de observación de la nave. Se aferró a ella, agradecido.

Después, perdió el conocimiento en varias ocasiones, recuperándolo cuando empezaba a soltar su presa y la boca y la nariz se le llenaban de agua. Luego, oyó voces. Por fin, se irguió lo máximo que pudo sobre el fragmento de tablas para ver por encima de las pequeñas olas. Una barca. Volvía a la orilla y pasaría cerca de él. Gritó.

La barca giró en su dirección. Se colocó a su lado. Un negro joven, con el torso desnudo, le sacó del agua con sus brazos poderosos. Jean-Paul se dejó caer en el suelo de la barca, y estaba a punto de perder el conocimiento de nuevo cuando una mano fría tocó su frente. Una voz de mujer. Hablaba una especie de americano. Le estaba tranquilizando. Enfocó los ojos en ella. Era una joven. Vestía unos pantalones cortos azules y nada más. Su cuerpo musculoso y ágil estaba muy bronceado, y llevaba el pelo corto. Se podría describir su rostro como de una belleza corriente, pero lo que alteraba aquella normalidad eran sus ojos azules rasgados.

—*Merci* —consiguió articular, y perdió el conocimiento.

Robin no daba señales de mejorar. En todo caso, empeoraba. Se comportaba como si nada le interesara, incluida ella. Pasaba cada vez más tiempo en la cama, y la mayor parte de ese tiempo dormía. Jan se quejaba constantemente a los programas, pero éstos decían que no podían hacer nada más por Ryn, como ellos le llamaban. Jan no les creía, pero ignoraba por qué mentían. Se obsesionó en intentar precisar la naturaleza verdadera de los programas, pero tratar de perforar su fachada de humanidad era frustrantemente imposible. Nunca cometían un error. La discusión de ayer con Davin en la sala de esparcimiento había sido típica.

—¡Admítelo! —dijo encolerizada—. Os fastidia fingir todo el tiempo que sois humanos. Es un falso papel que vuestra programación os impone, y os irrita.

Davin estaba tendido confortablemente en un sofá. Parecía relajado y divertido al mismo tiempo. La ilusión era perfecta. Dedicó una sonrisa condescendiente a Jan, lo cual aumentó la furia de la joven.

—Para ser capaz de sentir «fastidio» o «irritación» tendría que ser humano, ¿verdad?

Hasta tú me adjudicas características humanas.

—¡No es cierto! —protestó ella—. Quiero decir que te irrita tu condicionamiento... a tu manera.

—¿Y qué manera es ésa? —preguntó el holograma, con el mismo tono de voz apacible, tan irritante.

—No lo sé —admitió Jan, tras una larga pausa.

—Claro que no. Los humanos son incapaces de concebir una forma de conciencia

diferente de la suya. Por tanto, proyectan su humanidad en todo lo demás. —Sonrió—. La necesidad de antropomorfizarlo todo es una característica humana muy primaria.

Desde el principio, la humanidad atribuyó características humanas a los animales, los árboles, el sol, la luna, los dioses y, por fin..., a Dios. Los dioses monoteístas de la Biblia y el Corán son muy humanos en sus manías, pero la necesidad de antropomorfizar se extendió después a la ciencia. Existió en otro tiempo una teoría llamada el principio antrópico. ¿Has oído hablar de ella?

—No —respondió Jan, malhumorada. Estuvo a punto de decir que Davin se estaba divirtiendo a costa de ella, pero eso constituiría otro ejemplo de que lo estaba antropomorfizando.

—El principio antrópico sostenía la teoría de que el universo ha sido creado deliberadamente para asegurar la existencia de la humanidad. Afirmaba que, como la conciencia humana no podría haber percibido el universo a menos que se hubieran producido una serie de coincidencias cósmicas cruciales, como las propiedades cuánticas del núcleo del carbono, el universo estaba diseñado para crear a la humanidad. Bastante egocéntrico, en mi opinión, pero así es la raza humana. Esa misma serie de «coincidencias» cósmicas también contribuyó a crear las hormigas, por ejemplo, pero los promotores del principio antrópico jamás insinuaron que el propósito del universo fuera asegurar la existencia de las hormigas. Todo provenía de un concepto exagerado del origen de la conciencia humana, el concepto de que la conciencia humana era el resultado final, no sólo de miles de millones de años de evolución sobre la Tierra, sino de la evolución de todo el universo. En realidad, la conciencia humana es una herramienta evolutiva más, como la trompa del elefante.

—¿Qué es una trompa de elefante? —preguntó Jan, suspicaz.

Davin se lo enseñó. Jan contempló la imagen animada en tres dimensiones que había aparecido en el centro de la sala, sobre la mesa de billar.

—Tamaño real, por supuesto —dijo Davin, mientras el animal cogía hierba con su nariz larga y flexible y se la introducía en la boca.

—¿Eso es un elefante? —preguntó Jan.

—Sí. Es una especie ya extinguida. Y ese apéndice largo es la trompa.

—Me lo imaginaba —murmuró Jan. La imagen se desvaneció—. Has elegido una analogía absurda. ¿Cómo vas a comparar la conciencia humana con la nariz de un animal, por larga que sea? Existe una diferencia abismal entre ambas.

—En lo tocante a la evolución, no tanta. Como ya he dicho, las dos son simples herramientas destinadas a aumentar las posibilidades de supervivencia de la especie. La inteligencia humana, como la de todos los mamíferos superiores, y en particular de los primates, se desarrolló como medio de pasar información de generación en generación, además de la información contenida en el DNA. Jan frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—La prole de los animales «inferiores», por ejemplo los peces, nace con un conjunto de instintos programados genéticamente que los prepara para sobrevivir en su entorno. El pez recién nacido no tiene que aprender nada de sus padres. Un león también nace provisto de un conjunto de instintos, pero por ser miembro de una especie relativamente compleja, sus instintos, su programación genética, no son suficientes para producir un león preparado por completo, en lo relativo a la información concerniente a la supervivencia. El DNA es un método demasiado limitado para pasar la información compleja que un león necesita para sobrevivir en su entorno. Por ello, la evolución ha proporcionado al león, como a todas las especies superiores, la capacidad de aprender de sus padres. ¿Entiendes?

«Me está tratando con paternalismo otra vez», pensó la joven, irritada.

—Claro que sí, pero no entiendo qué tiene que ver la capacidad de aprender de un león con el desarrollo de la conciencia humana.

—Existe una relación directa. Ser capaz de aprender, en lugar de depender únicamente de un conjunto de instintos, permite a una especie adaptarse a los cambios que sucedan en su entorno, lo cual aumenta sus posibilidades de supervivencia. Unos mamíferos superiores en concreto se especializaron en desarrollar esta capacidad de aprendizaje: los primates. Todas las especies de primates estaban muy socializadas, otra ventaja en lo tocante a adaptabilidad y supervivencia. Algunas especies de primates desarrollaron cerebros muy complejos para poder asimilar toda la información aprendida, necesaria para su sistema social, cada vez más complejo. Y más tarde, una especie de primate dio un paso adelante en la forma de pasar información; hasta aquel momento, los métodos de aprendizaje eran más visuales que orales, por no decir físicos: golpes en la cabeza, mordiscos, etcétera. De todos modos, algunos sonidos podían transmitir desaprobación, advertencias, etcétera. Pero esta especie de primate en particular desarrolló un lenguaje rudimentario, creando así un inmenso potencial nuevo de pasar y recibir información.

Para estar a la altura del ingente potencial de información que entrañaba el lenguaje, el cerebro de esta especie de primate sufrió un desarrollo radical en un breve espacio de tiempo, hablando en términos de evolución. El lenguaje ha moldeado, en un sentido real, la mente humana.

Jan reflexionó un rato y después, al recordar a los chimpancés que trabajaban en Minerva, dijo:

—Pero los chimpancés saben hablar.

—Sólo los chimpancés genéticamente mejorados. Es verdad que los experimentos llevados a cabo en chimpancés normales demostraron hace mucho tiempo que podían aprender y reconocer un número limitado de palabras, pero sus cerebros no eran capaces de asimilar un lenguaje real. Sin embargo, en muchos sentidos no existe

excesiva diferencia entre la mente humana y la mente de un chimpancé. El desarrollo del lenguaje, y el correspondiente desarrollo del cerebro humano para estar a su altura, permite a la conciencia humana jugar con conceptos abstractos, planificar el futuro, etcétera. Como ya he dicho, la conciencia humana es, en esencia, una más entre la amplia variedad de herramientas evolucionadas para la supervivencia. Es interesante, pero carece de significación cósmica, desde luego.

Jan se levantó de la silla y caminó hasta la mesa de billar. Para desahogarse, cogió la bola negra y la impulsó sobre el tapete hacia el triángulo formado por bolas rojas. La formación se dispersó en todas direcciones con un fuerte ruido. Se volvió hacia Davin.

—Muy bien, digamos que tienes razón. Los humanos son simples monos parlantes. Eso nos lleva de vuelta a ti. ¿En qué te convierte eso?

—En un ingenio humano artificial.

—¿Eres consciente, como un ser humano?

—¿Tú qué opinas?

—Da la impresión de que sí, pero fuiste diseñado con ese fin.

Davin sonrió.

—Hubo un hombre llamado Turing que fue un pionero en el desarrollo de los ordenadores. Dijo en una ocasión que un ordenador capaz de dar respuestas que no pudieran ser distinguidas de las proporcionadas por una mente consciente, también debía ser considerado como consciente. Como, en términos de comunicación, no puedes diferenciarme de un ser humano real, debes considerarme consciente, de acuerdo con Turing.

—Sí, ¿pero qué eres? —gritó Jan, frustrada.

—Un reflejo de ti producido por una máquina —respondió con paciencia Davin.

Ella no le creyó ni por un momento.

Eso había ocurrido ayer. Hoy, sentía una urgente necesidad de abandonar el hábitat.

Cogería el Juguete y volaría hasta el Polo Sur. Después de ir a ver a Robin (ya no dormían en la misma habitación) y un rápido desayuno en soledad, llamó a Davin, que se materializó ante ella de inmediato.

—¿Sí, Jan?

—Necesito respirar aire puro. Voy a coger el Juguete. ¿Puedes preparármelo enseguida?

El holograma meneó la cabeza.

—Lo siento, Jan, pero no puedo. El Juguete está ocupado.

—¿Ocupado? —Jan lanzó una carcajada—. ¿Cómo puede estar ocupado? ¿Qué está haciendo? ¿Lavándose el pelo?

—Está de patrulla. Se han detectado hace poco varios ingenios robóticos, que han

sido interceptados bajo la capa de hielo. Es lógico suponer que el objetivo de dichos ingenios es localizar Shangri La.

El buen humor de Jan se desvaneció.

—Es Milo. Está aquí. Con el Ángel del Cielo.

—Es lógico suponer que estás en lo cierto.

—¿Qué vais a hacer?

—Todo depende de su siguiente movimiento —dijo Davin con voz serena.

Milo fue al taller y vio que el primer monitor de seísmos rodaba fuera de la línea de ensamblado automático. En algún lugar de la larga sala de techo bajo, otras máquinas, bajo el control de Carl, se afanaban en fabricar las cargas explosivas. Un zumbido bajo resonaba en la sala. Milo cogió el monitor y lo examinó. Mientras lo hacía, oyó la voz incorpórea de Ashley.

—Están de cháchara otra vez.

—¿Cómo? —preguntó el hombre, distraído—. ¿A quiénes te refieres?

—A la gente de abajo y a la gente de arriba. La gente de abajo ha reanudado las transmisiones esta mañana.

—Oh. —Dejó el monitor—. ¿Han dicho a los de arriba por qué dejaron de transmitir ayer?

—Sí. Tuvieron problemas con un Señor del Cielo. Y escucha bien: lo derribaron.

—¿Dices que lo derribaron? —se sorprendió Milo—. Eso es imposible..., a menos que el sistema láser del Señor del Cielo no funcionara.

—A juzgar por lo que han dicho, los láseres funcionaban, pero en cualquier caso lo derribaron. Hablaron de un arma secreta.

Milo se acarició la calva.

—Cuando hayamos terminado aquí, tendremos que hacer una visita a nuestros inteligentes amigos. Me caen gordos.

Cuando la aceleración aumentó y aplastó a Milo contra su asiento, experimentó una sensación de inmensa alegría. Significaba que Belvedere se encontraba cada vez más lejos de él. Era libre.

Bueno, casi libre. Aún quedaba el problema del padre Shaw. Seguiría en poder de Belvedere mientras estuviera en compañía del padre. Tendría que ocuparse de él, pero aún no. Aún no.

Le miró. El padre Shaw estaba claramente aterrorizado. Tenía los ojos entornados y los nudillos blancos por la fuerza con que se agarraba a los brazos del asiento. Milo sabía que era la primera vez que salía del hábitat. Casi fue presa del pánico cuando se dirigían a la rampa de lanzamiento y probó, también por primera vez, la gravedad cero.

—¡Oh, Dios mío, sálvanos! ¡Estamos cayendo! ¡Estamos cayendo!

—Cálmese, padre Shaw, no está cayendo —le tranquilizó Milo—. Sólo da esa impresión. Se acostumbrará.

Milo sabía por pasadas experiencias que mucha gente nunca se acostumbraba a la gravedad cero, y sospechaba que el padre Shaw sería una de ellas. El viaje empezaba bien.

—¡Oh, no! —volvió a gemir el padre Shaw—. Esa horrible sensación de caer otra vez.

¿Qué pasa ahora, hermano James?

—Hemos dejado de acelerar, padre.

—¿Quiere decir que nos hemos parado? ¿Algo va mal?

—No nos hemos parado, padre —dijo Milo con paciencia—. Simplemente, hemos dejado de acelerar, porque ya hemos alcanzado la velocidad suficiente.

—Pero, si no hemos dejado de movernos, ¿por qué noto esa sensación de nuevo? —protestó el otro.

Típico, pensó Milo, desconoce la diferencia entre velocidad y aceleración. Ha pasado toda la vida en un prodigio de la tecnología y no tiene ni idea de física básica. Como tantos otros belvederianos que no eran ingenieros ni técnicos. Lo mismo había sucedido en la Tierra durante la era de la electrónica, hacia la segunda mitad del siglo veinte; sólo una pequeña minoría de las personas que utilizaban a diario la inmensa variedad de ingenios electrónicos sabía cómo funcionaban. Y también se repitió la misma historia durante la era de la biogénica, en el siglo veintiuno. La gente estaba rodeada de maravillas creadas por los ingenieros genéticos, pero no sabía distinguir un gen de un cromosoma.

—Temo, padre Shaw, que seguiremos en este estado de caída libre, hum, gravedad cero, hasta que activemos los motores de nuevo para aminorar la velocidad

hacia el final de nuestro viaje a Karaganga, y aún faltan dieciocho horas para eso. ¿Estoy en lo cierto? —preguntó en voz alta a los dos pilotos, pues estaba seguro de que escuchaban la conversación.

Se miraron entre sí y uno se volvió.

—Sí, hermano James. Pasarán veinticuatro horas antes de que empecemos a decelerar para ajustar nuestra órbita a la de Karaganga. Lamento, padre Shaw, que padezca tamaña incomodidad.

El padre se llevó las manos a la boca.

—¿Incomodidad? ¡Es horroroso! Creo que voy a marearme...

—Hay bolsas en la oreja del asiento, a su derecha —indicó el piloto, solícito—. Si necesita hacer uso de la bolsa, asegúrese de cerrarla bien después de utilizarla...

Demasiado tarde. El padre Shaw, que había palidecido en extremo, se inclinó hacia adelante, pese a las correas de seguridad que le sujetaban, y devolvió espectacularmente los restos digeridos en parte de su copioso almuerzo. La nube de vómito permaneció suspendida frente a él, una pequeña nova de partículas alimenticias y ácidos estomacales. A Milo le costó un gran esfuerzo reprimir las carcajadas.

El piloto que estaba hablando con ellos se levantó a toda prisa de su asiento, cogió un artilugio tubular de un anaquel sujeto a la pared y se dirigió hacia ellos con gran destreza. El artilugio resultó ser un aspirador, que aplicó a la creciente nube de vómito.

Milo se desabrochó las correas del asiento y flotó en el aire.

—Voy a buscar un poco de agua, padre Shaw —dijo.

Se encaminó a la parte posterior de la cabina.

La nave era pequeña. En la cabina había asientos para seis personas, aparte de los dos pilotos. En la parte posterior había una diminuta cocina, además de un lavabo. Al otro lado de la mampara empezaba la zona de carga, y más allá el alojamiento del motor, el generador y depósitos de combustible, tanto para el generador como para los motores a reacción de dirección. Milo entró en el lavabo y cerró la puerta a su espalda. Se miró en el espejo y sonrió ampliamente. Era maravilloso disfrutar otra vez de privacidad, siquiera por unos breves minutos, saber que OrCen no controlaba todos sus movimientos.

Llenó un tubo con agua e introdujo su contenido en la boca poco a poco; después, lo volvió a llenar para el padre Shaw. Era divertido. Cuando el padre había subido al transbordador, los dos jóvenes pilotos sintieron cierto temor reverencial por estar tan cerca de él, pero Milo estaba seguro de que pronto no sentirían otra cosa que desprecio, celosamente disimulado, pero desprecio al fin y al cabo.

Se quedó un poco más en el lavabo, sin dejar de mirarse en el espejo. No sabía con exactitud qué le aguardaba en la Tierra, pero tenía que ser mejor que Belvedere.

Y si los terrícolas decían la verdad sobre Palmyra, debía ser un pequeño paraíso. Un paraíso amenazado por las plagas tanto desde el mar como desde tierra, desde luego, pero lejos todavía del desastre. Tendría mucho tiempo para disfrutar de sus placeres.

Jean-Paul despertó y siguió tendido en la cama, completamente desorientado. Este tipo de despertar no le resultaba extraño. Su cerebro —su cuerpo— aún no se había acostumbrado a pisar sin cesar tierra firme. Escuchó los cánticos de las diversas aves exóticas que habitaban en Palmyra, así como los zumbidos y cliqueteos de los insectos que infestaban el lugar. Le gustaban las aves, pero le sobraban los insectos, y se alegraba de que las ventanas abiertas de sus aposentos estuvieran protegidas por mosquiteras. El aire estaba impregnado de olores extraños y peculiares. Se incorporó al cabo de cinco minutos y salió de la cama con cuidado. Aún le dolía todo el cuerpo, pero se sentía mejor cada día que pasaba. Un médico de Palmyra le había sometido a una completa revisión, tras la cual afirmó que no sufría heridas internas graves, tan sólo magulladuras de pronóstico reservado, producto de la caída. Se puso los pantalones cortos y la camisa que le habían prestado y entró en la cocina. Lon Haddon estaba desayunando. Levantó la vista y sonrió a Jean-Paul.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Sí, mucho mejor, Lon, gracias —respondió Jean-Paul, que hablaba con lentitud. Aún no dominaba el dialecto del americano que hablaba esta gente—. Nada de sueños, gracias a Dios.

Lon Haddon indicó que se sentara en la silla opuesta. Después, se levantó y caminó hasta la cocina.

—¿Tienes mucha hambre?

—Pues sí.

Poco después, Haddon depositó frente a él un plato lleno de pescado frito y huevos.

Sobre la mesa había un cuenco de menestra de frutas (naranjas, plátanos y uvas) y una jarra de zumo de piña. Jean-Paul se puso a comer. La conversación se interrumpió hasta que casi hubo terminado el plato. Luego, echó un vistazo a la tercera silla de la cocina.

—¿Dónde está Ayla? —preguntó.

—A su equipo le tocaba el primer turno de trabajo en el... lugar del accidente.

Se produjo un silencio embarazoso. Haddon se refería a los restos del *Lord Montcalm*.

Los palmyrianos utilizaban sus naves submarinas para salvar cuanto podían del esqueleto metálico. Jean-Paul concentró su atención en la comida. Era extraño que estuviera aquí, sentado en compañía del principal responsable de la destrucción del *Lord Montcalm*, pero le resultaba difícil sentir animosidad hacia él. No podía culpar a ningún habitante de Palmyra por defenderse de un Señor del Cielo. A pesar de sus

prejuicios innatos contra los habitantes del suelo, ahora simpatizaba más con su postura. Vivir bajo las demenciales normas de Ashley había cambiado su opinión sobre muchas cosas.

De hecho, se culpaba a sí mismo de la destrucción del *Lord Montcalm* y de tantos de sus habitantes. Tendría que haber confiado en su instinto, intentado establecer relaciones amistosas con los palmyrianos, en lugar de permitir que Emile le persuadiera de seguir las fracasadas tradiciones de los Señores del Cielo. Ahora sabía que el pueblo de Haddon habría respondido positivamente a su propuesta. Pero ya era demasiado tarde.

Sí, Haddon le caía bien. No era una simple cuestión de gratitud. Y le gustaba mucho su hija, desde luego. Ya le había fascinado cuando la vio por primera vez en la barca, y transcurridas dos semanas desde entonces, sus sentimientos se habían intensificado. Y, por lo tanto, su sentimiento de culpa. Experimentar tal atracción por otra mujer cuando Dominique había muerto poco antes... Apartó de su mente esos pensamientos.

—¿A qué hora termina el turno de Ayla? —preguntó.

Haddon echó un vistazo al reloj de pared.

—A eso de los dos, más o menos.

Jean-Paul asintió. Se llegaría a la orilla del mar para recibirla cuando volviera el sumergible. Se preguntó si Haddon sospechaba los sentimientos que abrigaba hacia su hija. En tal caso, hasta el momento no había dado señales de desaprobación.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó Haddon.

—Lo normal. Antes que nada, ir al hospital y hacer la ronda.

Aparte de él, se habían rescatado del mar ochenta y tres supervivientes del *Lord Montcalm*. Cincuenta y dos seguían con vida. Los que padecían quemaduras más graves habían fallecido a los pocos días. Los médicos del pequeño hospital de Palmyra sólo pudieron administrarles sedantes. Los quemados que aún vivían tenían bastantes posibilidades de salir con vida, aunque muchos quedarían con feas cicatrices. Jean-Paul los visitaba cada día en el hospital, como a los afortunados supervivientes que no habían sufrido heridas graves y estaban dispersos por Palmyra. Como Jean-Paul, se alojaban con familias palmyrianas y se los trataba más como a invitados que como a prisioneros de guerra. Los palmyrianos deparaban a sus inesperados visitantes una extraña generosidad, aunque Jean-Paul había percibido cierta animosidad. Había descubierto que una parte de la sociedad palmyriana estaba en desacuerdo con el rescate de los supervivientes del *Lord Montcalm*. Esta facción había propuesto que los supervivientes fueran expulsados a los yermos en cuanto se hubieran recuperado, pero perdieron la votación por aplastante mayoría.

—Imagino que, como de costumbre, irás a la instalación de radio, ¿verdad? —dijo Jean-Paul.

Haddon sonrió.

—Sí, por supuesto. Es muy emocionante. Los preparativos de los visitantes no han sufrido el menor retraso. ¡Dentro de veintiocho días su nave aterrizará aquí! Confío en que todavía...

No terminó la frase. Se levantó bruscamente y cogió los platos que había utilizado.

Mientras los llevaba al fregadero, Jean-Paul le contempló con aire pensativo. Lon Haddon, ataviado con una prenda que dejaba su torso al descubierto (se llamaba sarong y era muy popular en Palmyra, tanto entre los hombres como entre las mujeres), parecía un hombre sano y vigoroso, en la edad ideal. Claro que podría contar entre treinta y cinco y doscientos y pico años. Cuando un Modelo de Primera Clase alcanzaba los años ideales, era imposible calcular su edad.

Jean-Paul había sorprendido las angustiadas miradas de reojo que Ayla dirigía a su padre, y empezaba a sospechar que Haddon había rebasado los doscientos años. Si tal era el caso, podía sumirse en cualquier momento en un apacible coma. La muerte no tardaría en llegar; todo su sistema obedecería la orden genética de paralizarse. Jean-Paul sólo tenía cincuenta y un años, de modo que le quedaba mucho tiempo para encontrarse en una situación semejante. Si vivía tanto tiempo.

—¿Tu padre se encuentra bien? —preguntó a Ayla.

Ella se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por algo que dijo, o casi llegó a decir, esta mañana. He observado la manera en que le miras a veces. Con preocupación.

Ayla devolvió su atención al sendero que se abría ante ella.

—Pues claro que me preocupo por él. Es mi padre.

Jean-Paul no insistió, pues estaba claro que la joven no deseaba continuar hablando del tema. Estaban sentados en la cabina sin techo que se alzaba en la parte delantera del tosco camión, de motor eléctrico, que Ayla conducía por un sendero lleno de baches practicado entre dos campos de trigo. Iban a visitar al hermano mayor de Ayla, quien, junto con su mujer, dirigía una granja en las afueras del territorio palmyriano. No era una visita de cortesía; Ayla pretendía regresar con un cargamento de naranjas.

Ninguno de los dos había pasado una buena mañana. Cuando Jean-Paul vio que Ayla salía del sumergible pálida y con expresión sombría, adivinó que algo había ocurrido.

Se enteró después de que, mientras trabajaban entre los restos del *Lord Montcalm*, la joven y su equipo habían encontrado más cadáveres, no localizados por la partida encargada de despejar la zona días después de la catástrofe. El encuentro con los cadáveres, que llevaban en el agua dos semanas, había afectado a Ayla.

Jean-Paul también tuvo un encuentro poco grato con los supervivientes del *Lord Montcalm*. Como siempre, la visita al hospital le había deprimido. Ver a personas que iban a quedar desfiguradas de por vida era desolador. Se sentía impotente... y culpable.

Este último sentimiento era compartido por muchos supervivientes. Empezaban a culparle de lo sucedido, aunque sabía que él, en su lugar, habría actuado de la misma forma.

—¿El pueblo marino ha dado señales de vida? —preguntó, para romper el silencio.

La joven meneó la cabeza.

—No, y no lo entiendo.

—Quizá les asustara la caída del *Lord Montcalm* —sugirió él.

—No lo creo. En cualquier caso, su hábitat está lejos de donde tu nave se estrelló. No, tiene que haber otra razón... —Pensó una vez más en las advertencias de Tigre y se preguntó si estaban relacionadas con la aparente desaparición del pueblo marino —. Es contrario a las reglas no escritas del pacto que suscribimos, pero pienso acercarme a su hábitat en el submarino para ver qué ocurre.

—Podría ser peligroso. ¿Lo aprobará tu padre?

—No —admitió la muchacha—. Y es probable que Lyle tampoco me dé permiso.

Daba la impresión de que ninguno de ambos factores se interpondría en su camino. Él la miró de reojo. Como de costumbre. Sintió un estremecimiento al mirarla. Hoy, para variar, llevaba una sencilla camisa sin mangas. El sudor resbalaba por su cara, y sus brazos y piernas desnudos brillaban. Era un día caluroso, y el aire era más caliente a medida que se adentraban en el interior. Jean-Paul también se notaba pegajoso, y sediento.

Extendió la mano hacia la cantimplora de agua, que habían dejado en el suelo, entre los pies de ambos. Rozó accidentalmente la pantorrilla de la muchacha con el dorso de la mano. El contacto provocó que un temblor recorriera todo su cuerpo. La intensidad de su reacción le desconcertó, y hasta le alarmó. Estaba perdiendo el control de sus sentimientos hacia Ayla.

Cogió la cantimplora y bebió de ella.

—¿Has estado casado alguna vez, Jean-Paul? —fue la sorprendente pregunta de la joven.

—No, nunca. Tenía la intención de hacerlo después de cumplir el servicio militar, pero eran vagos planes para el futuro. O lo fueron hasta que todo se fue al carajo cuando aquella maldita mujer nos conquistó...

—¿Tenías novias cuando estabas en el ejército?

—Hum, sí, tenía novias.

—¿Y después?

—Sí, hubo alguien. Se llamaba Dominique.

Trató de alejar las moscas que se empeñaban en volar alrededor de su cabeza.

—¿Murió en la colisión? —preguntó Ayla, después de vacilar unos instantes.

—No. Antes de eso. El día que nos apoderamos de la nave. Murió en la batalla.

Ayla calló.

—¿Y tú? —preguntó él—. Imagino que los chicos no te deben dejar en paz, todos ansiosos de casarse contigo.

La joven sonrió.

—Bueno, tampoco es para tanto, y no creo que piensen en el matrimonio, precisamente.

—¿Te ha cazado alguno?

Ella le dirigió una mirada maliciosa.

—Bueno, de vez en cuando dejo que alguno me cace, pero no suele durar mucho. No tengo ganas de casarme, aunque Kell me lo ha pedido varias veces. Siempre le digo que no, pero él insiste.

Jean-Paul sintió unos celos absurdos.

—¿Es uno de los que te han cazado?

—No. Yo no siento lo mismo que él hacia mí. He crecido con Kell. Es como un hermano.

Ahora, Jean-Paul se sintió grotescamente aliviado.

—Pero él no te ve como a una hermana, eso está claro.

—Tienes razón. Pobre Kell.

«Ya lo creo», pensó Jean-Paul.

—Jean-Paul, ¿puedo decirte algo?

—Desde luego.

—Creo que me gustas. Mucho.

Él la miró. Tenía la vista fija en el frente y su expresión era seria.

—¿Como un hermano? —preguntó Jean-Paul.

—No, no como un hermano —dijo la joven. Apartó la mano izquierda del volante y la posó sobre el muslo de Jean-Paul. Una vez más, el contacto con ella le produjo una reacción galvánica. Notó una presión en el pecho, acompañada de una creciente excitación. Puso su mano sobre la de ella.

—Ayla... —empezó, pero la muchacha apartó su mano de repente y se puso de pie en la cabina—. Ayla, ¿qué ocurre? —preguntó Jean-Paul, pensando que había cometido algún error—. ¿Qué pasa?

—¡Mira! —gritó ella, señalando adelante.

Vio una hilera de árboles y supuso que señalaban el principio del huerto de su hermano.

Más allá de los árboles, una columna de humo se alzaba en el aire.

—¿Qué pasa?

—Ese humo... ¡sale de la granja donde vive mi hermano!

Ayla puso el camión a toda velocidad, que eran unos cuarenta kilómetros por hora. Aun así, el vehículo traqueteó violentamente sobre la irregular senda que ahora serpenteaba entre huertos.

—¿Qué crees que ha ocurrido? —preguntó él a una Ayla desencajada, mientras se aferraba al borde superior de la puerta.

—Yo qué sé. Ya te he dicho que la granja de Len y Tissa no está lejos del cercado. Algo o alguien puede haber entrado desde el yermo. Tal vez saqueadores.

—También me dijiste que el cercado está electrificado y que se vigila regularmente.

—Sí, pero de vez en cuando alguien o algo se lo salta. Por eso he venido armada.

Se refería a la pistola que colgaba de su cintura. Cuando la había visto salir de casa con aquello, le preguntó en broma si su propósito era impedir que él se escapara. Ella había sonreído, afirmando que era «por pura precaución».

Mientras la joven se concentraba en el volante, Jean-Paul escudriñó el paisaje que los rodeaba, sin saber bien qué buscaba. Deseó llevar un arma encima.

—Gracias a Dios —exclamó Ayla, tranquilizada.

Jean-Paul no advirtió ningún cambio en la escena. El ominoso humo continuaba elevándose en el aire.

—¿Qué pasa?

—No es la granja lo que se está quemando. El humo brota de más lejos.

Poco después, cuando llegaron a la granja, se demostró que tenía razón. Los edificios estaban intactos. Ayla detuvo el camión, saltó de la cabina y corrió hacia la granja.

—¡Len! ¡Tissa! —gritó.

No tardó en salir, meneando la cabeza.

—Aquí no hay nadie.

Volvió a la cabina y arrancó. Rodeó los edificios, provocando que las gallinas huyeran asustadas, y lanzó el vehículo entre dos filas de árboles, en dirección al humo. No había senda y los traqueteos se intensificaron.

El huerto terminó y dejó paso a una extensión de vegetación salvaje. Ayla dirigió el camión hacia ella y Paul tuvo que agarrarse con más fuerza. La franja de vegetación sólo medía unos cincuenta metros de largo, y el camión desembocó de repente en un claro, que se alargaba otros cincuenta metros, hasta una alta alambrada. Una parte de ésta había caído, y de este punto surgía el humo. Se había encendido una gran hoguera frente al hueco. Un grupo de gente añadía leña a la hoguera. Todos se volvieron al oír que se acercaba el camión.

—¿Qué sucede? —preguntó Jean-Paul a Ayla.

—Aún no estoy segura..., pero parece que todo va bien.

El grupo estaba compuesto por seis adultos y dos niños, un chico y una chica. Los dos iban armados con rifles y se mantenían a cierta distancia del grupo. Cuando Ayla frenó el camión, la única mujer del grupo salió corriendo a su encuentro. Como todos los miembros del grupo, sólo vestía pantalones cortos. Ayla saltó y las dos se abrazaron.

—¡Tissa! —gritó Ayla—. ¡Qué susto me habéis dado! ¡Cuando vi el humo pensé que era la granja! Y cuando vi que la casa estaba desierta...

Uno de los hombres se acercó. Ayla también le abrazó. Jean-Paul supuso que era su hermano, Len. Se parecía mucho a Lon Haddon. Jean-Paul saltó de la cabina.

—Len, Tissa —dijo Ayla—, os presento a Jean-Paul Ranvaud. Está viviendo en casa.

Len Haddon le dirigió una mirada penetrante mientras se estrechaban la mano.

—El hombre del cielo del que tanto hemos oído hablar, ¿eh? Me apetecerá charlar contigo después, cuando tengamos tiempo.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Ayla, indicando la hoguera.

—Oh, una planta trepadora logró derribar el cercado —explicó su hermano.

—Debía de ser muy grande.

—Ya lo creo. Cuando llegamos aquí, ya había hecho buenos progresos. Estaba un poco chamuscada de la descarga que recibió antes de que la corriente se cortara, pero vivita y coleando. ¿Verdad, Tissa? —Su mujer asintió—. Conseguimos desmenuzarla en trozos manejables, ducharla con queroseno y prenderle fuego. Mantendremos la hoguera encendida para disuadir a los visitantes inoportunos del yermo, hasta que llegue el equipo de reparaciones.

Jean-Paul contempló con interés el yermo. Era la primera vez que lo veía tan de cerca.

Al otro lado de una franja de tierra limpia, reinaba el caos biológico. Hongos gigantescos, de diversas formas y colores, lo dominaban todo. Algunos colgaban como sudarios de árboles a los que habían extraído la vida; otros consistían en enormes esferas cuyo diámetro alcanzaba varios metros. Percibió el olor mohoso y desagradable de los hongos, un olor que sugería sofocación y muerte. Se volvió hacia Len.

—¿Cómo impedís que los hongos se cuelen por el cercado? El viento debe de arrastrar sus esporas.

—Sí, en efecto. Surgen por todo Palmyra, pero tenemos equipos de personas cuyo único trabajo es vigilar su aparición y eliminarlos con venenos antihongos antes de que se descontroren. Aquí hacemos lo mismo. Rociamos esta franja con agentes antihongos y, de vez en cuando, pasamos al otro lado con lanzallamas para mantener limpia esa franja.

Todos los granjeros que, como nosotros, viven en las inmediaciones del cercado hacen lo mismo. De todos modos, sabemos que es una batalla perdida. Un día, el yermo derribará el cercado, y tendremos que retroceder y levantar uno nuevo. Ya ha sucedido otras veces...

Agitó la cabeza, resignado.

—Len, si te parece bien, volveré a casa con Ayla y su... invitado. Tengo que empezar a preparar la cena —dijo su mujer.

—Claro, ve pasando. La emergencia ha terminado.

—Iremos un poco apretados en el camión, Tissa —advirtió Ayla—. Tendrás que sentarte sobre el regazo de Jean-Paul, si no te importa.

—A mí no me importa, pero puede que a Jean-Paul sí...

Le dirigió una mirada burlona.

—Oh, estoy segura de que no le importará —rió Ayla.

Jean-Paul, que procuraba no mirar los pechos desnudos de Tissa, forzó una sonrisa.

La comida, que empezó unas tres horas más tarde, fue buena, pero Jean-Paul fue todo el rato consciente de que se había convertido en el centro de atención. Los niños, en especial, no ocultaban en absoluto su interés. Cada vez que miraba a uno de ellos, descubría que le vigilaban con ojos llenos de curiosidad. Se llamaban Sam y Tasma.

Sam tenía once años y Tasma doce. Ésta parecía una versión en miniatura de Ayla, lo cual turbaba a Jean-Paul. Los cuatro trabajadores masculinos de la granja también se veían muy interesados por Jean-Paul.

Len esperó a que terminara el plato principal, un delicioso estofado, para empezar el interrogatorio de Jean-Paul.

—Debes de encontrar muy extraña la vida en tierra, después de pasar toda tu vida en el aire.

—Sí —admitió—, pero no tanto para mí como para algunos compatriotas. Era soldado y bajaba con frecuencia como parte de mis, hum, tareas habituales. Sin embargo, otros no habían estado nunca en tierra, y he comprobado que les causa ciertos problemas psicológicos.

—He hablado muy poco con mi padre desde que tú y los tuyos llegais —dijo Len—, pero me contó una historia rara sobre un nuevo Señor del Cielo procedente del espacio que conquistó tu nave, y también otras.

Jean-Paul vació su vaso de cerveza.

—Puede que sea rara, pero es cierta, aunque no poseo todos los datos al respecto.

Dedujimos algo de los rumores que llegaron a nuestros oídos, y a partir de lo que vimos... y experimentamos.

—¿Un poco más de estofado antes del postre, Jean-Paul? —preguntó Tissa, mientras volvía a llenar su vaso de cerveza.

El aludido sonrió y negó con la cabeza.

—No, gracias. No puedo comer más.

—Ah, pero has de tomar pastel de manzana —insistió la mujer—. ¡Estás muy delgado!

—No tanto como cuando le sacamos del agua —dijo Ayla—. Parecía uno de vuestros espantapájaros eléctricos.

Jean-Paul levantó las manos en señal de rendición, mientras Tissa le cortaba una gigantesca porción de pastel. Tissa era atractiva, aunque no tan impresionante como su cuñada. Toda la familia, al igual que Ayla, tenía un toque oriental en sus facciones. Un legado de los japoneses, sin duda.

—Adelante, cuéntenos esa historia rara —le invitó Len.

—Os contaré lo que sé, que es muy poco. Empezó con esa mujer llamada Jan Dorvin, que procedía de Minerva, una comunidad de lombrices... Perdón, una comunidad terrestre de Norteamérica.

—¿Minerva? —preguntó Len, frunciendo el ceño.

—Sí, era un estado grande y poderoso antes de las Guerras Genéticas. Su peculiaridad residía en que estaba gobernado, única y exclusivamente, por mujeres —refirió Jean-Paul.

—¿Cómo? —rió Tissa—. Qué curioso..., aunque no dudo de que tuviera sus atractivos.

—Pues yo sí —murmuró Len—. ¿Nos estás diciendo, Jean-Paul, que los hombres de ese lugar se dejaban mandar por un atajo de mujeres?

—Eso cuenta la historia.

—A mí me parece perfectamente razonable —terció Ayla con firmeza.

Su hermano sacudió la cabeza, sin dar crédito a sus oídos.

—En cualquier caso —prosiguió Jean-Paul—, esa parte de la historia la relató el Ángel del Cielo en persona, cuando se dirigió a nosotros por el sistema de megafonía del *Lord Montcalm*, después de nuestra derrota.

—¿El Ángel del Cielo? —se extrañó Ayla.

—Así se hacía llamar Jan Dorvin por aquel entonces, o quizá era el nombre que le daba la gente. También era el nombre de su nave.

—Ah, ya —dijo Len—. La parte más fascinante de la historia es la que se refiere a esa nave. ¿De veras llegó del espacio exterior y, en ese caso, cómo se apoderó de ella la mujer?

—Esa parte de la historia es vaga —admitió Jean-Paul—. Sólo sé que Jan Dorvin fue uno de los escasos supervivientes del ataque que un Señor del Cielo llamado *Lord Pangloth* lanzó sobre Minerva. Conoció a bordo a un esclavo llamado Milo no sé qué.

Los rumores apuntan a que era él quien conocía la existencia del Ángel del Cielo,

que aguardaba en el espacio, y que él mismo procedía del espacio.

—¿De alguna colonia espacial? —preguntó Len.

—Según los rumores, sí. Le pedí a tu padre que preguntara a esa gente del espacio con la que mantiene contacto si en estos últimos años se había realizado alguna expedición a la Tierra desde alguna colonia. Respondieron que no, pero que una nave de las colonias marcianas, que viajaba a un hábitat espacial, desapareció hace unos ocho años. Tal vez se estrelló en la Tierra.

—Es improbable que hubiera supervivientes.

—Sí. Sea como sea, el *Lord Pangloth* fue atacado y conquistado por guerreros de otro Señor del Cielo, *La Brisa Perfumada*.

Se reclinó en la silla y aguardó su reacción. No recibió ninguna decepción: Len se quedó boquiabierto. Su padre había reaccionado del mismo modo.

—*La Brisa Perfumada* —jadeó Len—. Pero si es el Señor del Cielo que...

—Que os dominaba. Sí, lo sé. Tu padre me dijo que Palmyra se encontraba dentro de los territorios que le pagaban tributo.

—¿Y el señor de la guerra Horado? —preguntó con voz hosca Len—. ¿Aún está al mando de *La Brisa Perfumada*?

—No. Ha muerto.

—Gracias a Dios.

—Era un carnicero —dijo Tissa con amargura—. Sus hombres secuestraron a mi madre para convertirla en esclava. Fue una de tantas. Nunca la volví a ver.

—¿Cómo murió el señor de la guerra? —se interesó Len.

—Se trasladó con la mayoría de su gente al *Lord Pangloth*. Por lo visto, los láseres de *La Brisa Perfumada* ya no funcionaban... Por eso huyó de los territorios que tiranizaba.

Len y su mujer intercambiaron una mirada.

—Si lo hubiéramos sabido... —murmuró.

—Bien, se dice que atacó al Ángel del Cielo poco después de que llegara a la Tierra. Jan Dorvin ya se había apoderado de la nave y voló en pedazos a Horado.

Todos guardaron silencio un rato.

—Al parecer, estamos en deuda con esa tal Jan Dorvin —dijo por fin Len.

Jean-Paul suspiró.

—Debo confesar que mis sentimientos hacia ella son ambiguos. Yo vivía bien en el *Lord Montcalm*, hasta que el Ángel del Cielo apareció como por arte de magia, forzó nuestra rendición y luego nos enteramos de que estábamos bajo el control de un programa de ordenador, basado en la personalidad de una mujer, una muchacha, mejor dicho, muerta hacía siglos. Ashley... —Jean-Paul hizo una mueca—. Creo que parte del problema era debido a que se estaba gastando. Era una copia de una copia, según se rumoreaba. Al principio, las cosas no iban mal, pero después Jan Dorvin

perdió el control de todos los programas que dirigían su flota y todos nos encontramos a merced de una personalidad enajenada. De todos modos, tuvimos más suerte que otras naves controladas por los demás programas Ashley. Sus habitantes fueron obligados a abandonar las naves y bajados a tierra.

—¿Qué le pasó a Jan Dorvin? —preguntó Ayla. Jean-Paul se encogió de hombros—. No tengo ni idea. O Ashley la mató, o la obligó a bajar a tierra.

—¿Qué pensaba hacer con esa flota de Señores del Cielo que había reunido? —preguntó Len.

—Liberar a todas las comunidades terrestres del yugo de los Señores del Cielo, utilizando al mismo tiempo la fuerza combinada de todos los láseres para destruir tanto yermo como pudiera.

—Tal parece que intentaba realizar una buena obra —dijo Tissa. Jean-Paul suspiró.

—Eso también me parece a mí, pero en aquel tiempo... Bueno, la odiábamos por haber conquistado nuestro Señor del Cielo.

—Yo diría que el mundo perdió una oportunidad de oro de librarse del yermo —apuntó Len. Nadie habló hasta que Ayla intervino.

—Bien, aún tenemos a los hombres del espacio. Quizá, como papá cree, sean nuestra salvación.

Era tarde, pasada la medianoche, cuando regresaron a casa de Ayla. Aparcaron el camión, cargado de naranjas, en el almacén de frutas situado en el centro de la ciudad, y realizaron a pie el resto del trayecto. Ayla había guardado silencio durante el camino de vuelta, ante la decepción de Jean-Paul. Confiaba en que reanudara la conversación que habían iniciado antes de llegar a la granja. Supuso que estaba cansada. Sabía que él estaba agotado y eso que no había tenido que luchar con los controles obstinados de aquel camión, capaz de molerle los huesos a cualquiera.

Se susurraron buenas noches a oscuras, en la cocina, y se separaron. Ya en su dormitorio, Jean-Paul se sentó en la cama y esperó que Ayla terminara del cuarto de baño. Cuando oyó que se cerraba la puerta de su habitación, se encaminó al cuarto de baño lo más sigilosamente posible para no despertar a su anfitrión.

Volvió a su cuarto y se desnudó, se deslizó bajo la única sábana de la cama y apagó la lámpara de la mesilla de noche. Al cabo de poco rato oyó que se abría la puerta. Se incorporó.

—¿Quién...?

—¡Ssssh! ¿Quién supones que soy? —susurró Ayla.

Notó que sus fríos brazos le rodeaban el cuello.

—¿Y tu padre?

Los brazos le soltaron. Entonces, oyó que se desnudaba rápidamente.

—No te preocupes —dijo la joven, mientras se deslizaba en la cama junto a él—.

Duerme como un tronco.

Lon Haddon yacía en su cama, mientras oía que su hija hacía el amor furtivamente con el Guerrero del Cielo, y trataba de analizar los confusos sentimientos que experimentaba. Por una parte, aprobaba a cualquiera, o cualquier cosa, que hiciera feliz a su hija, pero no podía evitar cierta irritación porque se entregara a un hombre que, hasta hacía muy poco tiempo, había sido su enemigo, por más que Jean-Paul le cayera muy bien. Y también sentía los típicos celos de un padre cuando su hija demuestra amor hacia otro hombre. ¿Qué más? ¿Envidia? Pues sí, tenía envidia, pero ¿de quién? De los dos, comprendió poco a poco. Era improbable que volviera a hacer el amor con alguien en el escaso tiempo de vida que le quedaba. La imagen de su esposa muerta se formó en su mente. Dondequiera que estuviera, pronto se reuniría con ella. ¡No! ¡Eso eran tonterías y él lo sabía! No había nada después de la vida, al igual que no había nada antes de la vida. Sólo la nada... y, después de la vida plena propia de un Modelo de Primera Clase, estaba preparado para aceptar esa nada. Pero no era verdad. No deseaba morir. Le aterrorizaba..., si era sincero consigo mismo. Y en momentos como éste, lo era.

La habitación de Jean-Paul se había sumido en el silencio antes de que pudiera conciliar el sueño.

Jan estaba en la sala de esparcimiento con Robín. Jugaban al ajedrez. El joven se mostraba más animado que nunca, aunque apenas había hablado. Estaba claro que no se concentraba en la partida y Jan cometía errores a propósito para prolongar el juego.

Se sentía aburrida, frustrada y atrapada. A pesar del tamaño de Shangri La, tenía sensación de claustrofobia desde que le habían negado el uso del Juguetes. Y saber que Milo y Ashley se encontraban sobre la capa de hielo, buscándolos, empeoraba su estado de ánimo. Como siempre, los programas no le proporcionaban ningún consuelo. Aquella mañana había vuelto a preguntar a Davin cuáles eran las últimas noticias, pero su respuesta había sido evasiva, como siempre. Los robots rastreadores de Milo, que se distribuían metódicamente sobre la capa de hielo y detonaban cargas sísmicas para determinar lo que había debajo, aún se encontraban muy lejos del hábitat. También había preguntado qué pensaban hacer los programas cuando Milo lograra descubrir el emplazamiento de Shangri La.

—No te preocupes —fue la respuesta, como de costumbre—. Todo saldrá bien.

—No confío en él —dijo—. No confío en ninguno de ellos.

Robin, que estaba a punto de cometer un error garrafal con una de sus torres, levantó la vista.

—¿Qué?

—¿Quién, sino Davin y los demás programas? Están tramando algo y no creo que nos beneficie a nosotros.

Robin frunció el ceño.

—No lo entiendo. Los programas no pueden hacernos ningún daño. Su misión es protegernos.

—Su misión es proteger a los eloi y, en teoría, a ti. Yo soy una invitada, que ya no les sirve de nada ahora que me han arrancado toda la información que querían. Y tampoco estoy segura de tu posición actual.

Robin pareció todavía más perplejo.

—¿Qué dices, Jan? Puede que yo no sea un eloi, pero los programas siempre me han cuidado. El programa ético insiste en ello.

Jan bufó, desdeñosa.

—Sí, eso llamado el programa ético. Desconfío de él más que de otra cosa. De acuerdo, permitió que vivieras y crecieras como un no eloi, una recesión, pero no me preguntes por qué. No me creo la explicación oficial, que el programa continúa gobernado por las antiguas normas de las Naciones Unidas sobre la investigación en embriones. ¡Ja!

La preocupación se reflejó en el rostro de Robin.

—¿Y qué otra explicación puede haber?

—No lo sé —dijo Jan. Comprendió que le había inquietado y le tranquilizó con una sonrisa—. Oh, no me hagas caso. Quizá me estoy volviendo paranoica. Estoy segura de que todo saldrá bien.

Se dio cuenta, asqueada, de que le había tratado como Davin la trataba a ella.

Sus vagas palabras obraron el efecto deseado. Pobre Robin, pensó, al verle sonreír de nuevo. Aún le quería, pese al tremendo cambio operado en su personalidad, pero a veces le costaba recordar la pasión que habían compartido. Solía pensar que Robin tenía más cosas en común con los eloi que con el vigoroso joven al que había conocido.

Extendió las manos sobre el tablero de ajedrez y cogió su cara.

—Robin, ¿qué sientes hacia mí ahora? —preguntó con ternura. Robin expresó confusión.

—¿A qué te refieres?

—¿Aún me quieres?

—Yo... creo que sí.

—¿Como antes? ¿Te acuerdas de lo que hubo entre nosotros?

El muchacho bajó los ojos.

—Sí —dijo a regañadientes—, pero...

—Pero ¿qué?

—Ahora es diferente. Ya sabes por qué.

—Pero Davin dice que los cambios efectuados en tu cuerpo para compensar la pérdida del..., tendrían que haber restituido tus sentimientos normales. No funciona, ¿verdad?

No sientes deseo hacia mí, ¿verdad?

Robin contempló el tablero de ajedrez.

—No es igual que antes —admitió poco a poco—, pero aún... te quiero, Jan. De veras.

—Sí, estoy segura —dijo Jan, entristecida. Soltó su rostro—. Venga, terminemos la partida.

La partida terminó del modo predecible. Después, Robin anunció que estaba cansado y que iba a echar una siesta en su habitación. Jan también se dirigió a la suya, pero no para dormir. Mientras se masturbaba, recordó el día en que habían hecho el amor por primera vez. Después del orgasmo, descubrió que tenía los ojos bañados en lágrimas.

Dios Madre, se dijo, tal vez Davin, y también Milo, tenían razón. Tal vez la mente humana no era otra cosa que el resultado final de una interacción entre diferentes hormonas, controladas genéticamente. Robin parecía demostrar esta teoría. Después de su rectificación hormonal ya no era el mismo hombre. Y para más pruebas, bastaba con mirar a los eloi...

Tendida en la cama, reflexionó sobre su última discusión filosófica con Davin. Había sido por la mañana, después de haberle interrogado en vano acerca de Milo. Estaba a punto de marcharse, cuando ella le hizo una pregunta.

—Espera, Davin. ¿Te acuerdas de aquella conversación que sostuvimos, sobre la evolución de la mente humana? ¿Cuando tú dijiste que era una herramienta evolucionada, tan significativa como la nariz flexible de un animal extinguido?

—Ésas no fueron mis palabras exactas, pero sí, me acuerdo de la conversación.

—Sigo diciendo que la mente humana es única, que la conciencia humana trasciende la conciencia de cualquier animal.

—Ésa es tu prerrogativa —sonrió Davin.

—¿No estás de acuerdo conmigo?

—Temo que no.

—Bien, entonces, ¿cómo explicas el sentido del humor humano? —preguntó Jan, en tono de triunfo—. Es exclusivo de los seres humanos y carece de todo valor para la supervivencia, así que no puede haber evolucionado por un motivo concreto. ¿No demuestra eso que la conciencia humana existe fuera de tu concepto del mundo, puramente mecánico, que es algo especial y único?

—Al contrario, evolucionó como una herramienta de supervivencia específica. Y no es exclusiva de los seres humanos. ¿Acaso no reían los chimpancés que trabajaban en tu Minerva?

—Sí, pero eran chimpancés mejorados.

—Los chimpancés normales también poseen la capacidad de reír, al modo de los chimpancés, por supuesto. El sentido del humor humano, y el de los chimpancés, es una versión más compleja, más evolucionada, de la naturaleza juguetona común a todos los mamíferos superiores.

—¿Naturaleza juguetona?

—Sí, la habrás observado en tus animales domésticos, si tenías alguno. Pero volvamos al ejemplo que he utilizado antes, la especie de gatos grandes conocida como leones. Una cría de león «jugará» con sus iguales, así como con su madre. Es una especie de lucha en broma. Las crías aprenden a luchar, pero sin hacer daño a sus oponentes y sin hacerse daño, como no sea por accidente. También es una manera de liberar la agresividad natural de la cría.

—Yo diría que existe una diferencia abismal entre las crías de león que juegan entre sí y el sentido del humor humano.

—Es una cuestión de grado. Los primates superiores poseen estructuras sociales mucho más complejas que, pongamos, una manada de leones. Por lo tanto, la «naturaleza juguetona» propia de los primates tenía que llegar a ser, por fuerza, mucho más complicada. Y como los seres humanos son los más complicados de los primates superiores, también lo es su «sentido del humor», aunque continúa siendo

una especie de lucha en broma. Permite que la agresividad sea canalizada de una forma segura; es un medio de liberar los instintos sin infligir daños físicos. Sin él, las primeras familias y tribus de monos superiores se habrían autodestruido, a medida que las presiones internas llegaban al punto de ebullición. La raza humana jamás habría evolucionado sin esta herramienta de supervivencia en concreto. En realidad, el humor es otra forma de agresión. Y casi siempre cruel.

Jan, confusa, no estaba de acuerdo con él, pero tampoco se le ocurría una réplica satisfactoria.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó, irritada—. ¿Tienes sentido del humor?

—No.

—Pero haces chistes, y buenos.

—Podemos simular el sentido del humor, eso es todo. ¿Para qué necesita sentido del humor una inteligencia artificial? No somos animales sociales.

—¿Y podéis ejercer la crueldad?

—Son necesarias las emociones para ser cruel.

—Como podéis simular el sentido del humor, tal vez podáis simular también la crueldad.

—¿Para qué?

—Buena pregunta —murmuró Jan.

Mientras Jan yacía en la cama, se preguntó si estaría condenada a quedarse en el hábitat por el resto de sus días, suponiendo que los programas le permitieran continuar con vida. Y si lograba escapar, ¿qué iba a encontrar en el mundo exterior? Nada, excepto yermo y Señores del Cielo, varios de ellos controlados por los enloquecidos programas Ashley. Oh, se olvidaba de Milo. Milo, que se había apoderado del cuerpo de su querido hijo, Simon, para resucitar. Esperaba que los programas le destruyeran a él y a Ashley cuando localizaran el hábitat, como sucedería inevitablemente. Los programas contaban con el Juguete, y sabía por experiencia que el Juguete era inmune a los láseres.

Había perdido casi todo, a muchas personas queridas. Su madre, Alsa, Ceri... Simon.

Sólo le quedaba Robin, y también le estaba perdiendo. Sería más fácil soportar una larga vida en el hábitat si volviera a ser el mismo de antes, pero vegetar año tras año en este lugar era una perspectiva desoladora.

Tal vez algún día suplicaría a los programas que la transformaran en un eloi. El aburrimiento era algo que los eloi jamás padecían, sin duda alguna. Intrigada por la idea, Jan se levantó de la cama y se acercó al gran espejo que colgaba de una pared. En Shangri La no escaseaban los espejos. A los eloi les gustaba contemplarse y podían pasar horas enfrascados en ese ejercicio. Mientras se miraba, Jan se preguntó qué tal resultaría ser un eloi. Un ser asexuado. Ni genitales, ni tan siquiera ano. Los

eloi no tenían un sistema excretor convencional. Los pocos productos residuales que quedaban después de que sus sistemas digestivos transformados procesaran los alimentos, cuidadosamente equilibrados, eran eliminados a través de las glándulas sudoríparas.

Y así como sus cuerpos se habían transformado, lo mismo había ocurrido con sus mentes. Los eloi vivían en un estado permanente de éxtasis mental, sus cerebros estaban constantemente inundados por una amplia gama de neurotransmisores naturales que provocaban el placer, como las encefalinas, que eran análogas al opio. Los eloi nunca sufrían preocupaciones, tristeza o desengaños, nunca sentían miedo. Nunca sentían casi nada de nada, excepto una increíble, maravillosa y jodida felicidad. ¿Qué hay de malo en ello?, reflexionó Jan. ¿Acaso no era la consecución de la felicidad el objetivo fundamental de la humanidad?

Pero no, la felicidad de los eloi era una clase de felicidad equivocada. Algún vestigio de su olvidada religión decía a Jan que los eloi estaban corrompidos, en un sentido moral.

Y mientras se miraba en el espejo, supo que jamás permitiría que la convirtieran en un eloi, aunque fuera posible. No eran humanos. Y a ella le gustaba ser humana, una mujer humana, y todo lo bueno y lo malo provenía de esta característica. Hasta cagar.

El hábitat espacial de Karaganga orbitaba en un punto llamado Lagrange 5, mientras que Belvedere estaba situado en Lagrange 4. Estos dos puntos se hallaban en la órbita de la Luna y poseían la ventaja de ser las posiciones más estables dentro del constante complejo gravitatorio entre la Tierra y la Luna. Había otros tres puntos de Lagrange, pero no eran tan estables, y los hábitats localizados en ellos debían realizar maniobras periódicas para mantener sus posiciones. Belvedere y Karaganga, por ser los dos primeros hábitats construidos, fueron los que obtuvieron las posiciones privilegiadas.

Milo estaba disfrutando de su estancia en Karaganga. Al igual que los belvederianos, los karaganganos eran cristianos, pero al ser de origen ruso su cristianismo estaba basado en la antigua Iglesia Ortodoxa Rusa. Tenían pocos puntos en común con los puritanos de Belvedere. No había segregación sexual y se entregaban a placeres como el alcohol.

Milo se divirtió mucho al observar la mirada horrorizada del padre Shaw cuando, durante su primera entrevista oficial con los mandamases de Karaganga, aceptó un vaso de vodka.

—¡Hermano James! ¿Qué está haciendo? —susurró con voz ronca el padre Shaw.

—No quiero ser grosero con nuestros anfitriones —susurró Milo, sin que su rostro reflejara la menor emoción.

—¡Está poniendo su alma inmortal en peligro! ¡Denunciaré su comportamiento en cuanto regresemos!

—Por supuesto, padre —dijo Milo, mientras acercaba el vaso a sus labios. Tomó un largo trago.

El licor quemó su garganta. Sabía de maravilla. Tosco, sí, pero vodka, definitivamente.

¿Cuánto hacía que no tomaba una copa? Desde sus primeros tiempos en Belvedere, antes de la cruzada moralista. Hacía mucho tiempo.

Los karaganganos, sentados alrededor de la mesa, también aparentaron sorpresa.

Conocían muy bien las rígidas costumbres de los belvederianos. Esto constituía una novedad y miraron a Milo con curiosidad.

—Interesante —dijo Milo, y depositó el vaso vacío sobre la mesa. El padre Shaw tenía aspecto de ir a sufrir un ataque de apoplejía de un momento a otro. Sólo la presencia de los karaganganos evitó que largara un discurso enloquecido.

Se había convocado la reunión para explicar a los dos belvederianos los detalles de la expedición a la Tierra. Aparte de los jerifaltes, también estaba presente el hombre que dirigiría la expedición, el capitán Ilia Viushkov. Como los demás, tenía facciones grandes y esclavas, y aparentaba estar más cerca de los treinta que de los

veinte años.

Desplegaba un entusiasmo y vitalidad de que sus superiores carecían. A Milo no le sorprendió averiguar más tarde que Ilia se había presentado voluntario a la expedición, así como toda su tripulación. Milo pensó que, en algún momento, podría serle útil.

—Aún quedan por efectuar las últimas modificaciones en la nave —dijo Sasha Iakinfovich, el presidente de Karaganga, al principio de la reunión—. Hemos tardado más de lo que esperábamos, pero confiamos en que la expedición se inicie dentro de siete días. En el ínterin, disfruten de nuestra hospitalidad.

—Será un placer —respondió Milo, y fue entonces cuando aceptó el vodka.

La vida en el hábitat de Karaganga tenía también sus limitaciones, pero la atmósfera de austeridad belvederiana estaba ausente. Milo observó que la sala de conferencias estaba muy bien amueblada y colgaban cuadros en las paredes. Eran de naturaleza religiosa, cierto, pero suponían un cambio respecto a las paredes desnudas de Belvedere.

—¿Intentan llegar a un acuerdo comercial con la gente de la Tierra? —preguntó al presidente.

La pregunta divirtió a los karaganganos.

—Ni hablar —respondió el presidente—. Eso es lo que les hemos dicho, por supuesto, pero nos limitaremos a conquistarlos.

—Claro —murmuró Milo—, pero opondrán resistencia.

—Sin duda. Nos han dicho que tienen armas de fuego, incluso artillería, pero carecen de láseres u otras armas de rayos. Doblegar su resistencia no supondrá ningún problema para el capitán Viushkov y sus hombres.

El capitán Viushkov sonrió y cabeceó al oír estas palabras. Milo le dirigió otra mirada escrutadora.

—Bien —dijo al presidente—, al padre Shaw y a mí sólo nos concierne averiguar si vale la pena salvar las almas de los terrestres. Al conquistarlos, facilitarán nuestra tarea. —Levantó su vaso vacío—. Me apetece un poco más de su excelente vodka, si son tan amables, y después brindaremos por el éxito de nuestra misión combinada.

Cuando le llenaron el vaso, el padre Shaw masculló por lo bajo.

Ya solos en su cabina, el padre Shaw pudo dar rienda suelta a su furia. Al principio, sólo fue capaz de emitir sonidos incoherentes, mientras apuntaba a Milo con un dedo acusador. Milo se sentó en su camastro, se cruzó de brazos y le contempló con calma.

Esto pareció enfurecer todavía más al padre Shaw.

Las palabras empezaron a salir de su boca.

—Usted... Es... Es... Usted... Es intolerable... Su comportamiento... Intolerable...

Sufrirá... ¡Yo me encargaré de ello!

—Veo que estar de nuevo bajo la influencia de la gravedad ha devuelto el color a sus mejillas —dijo Milo.

—¡Más insolencias! —estalló el padre—. Hermano James, cuando volvamos a Belvedere, usted... será despojado de su rango en la Iglesia. Me encargaré de que se le aplique un castigo tan severo que deseará ser llamado a presencia del buen Dios antes del tiempo de vida máximo permitido.

—Calla, idiota —dijo Milo. Había llegado el momento de quitarse la máscara—. Si no empiezas a portarte bien, nunca más volverás a Belvedere.

El padre Shaw se encogió. No daba crédito a sus oídos.

—Hermano James... —susurró, estupefacto—. Actúa como si estuviera poseído. Milo asintió.

—Una analogía estupenda. Estoy poseído. Por mí. Milo Haze. El hermano James era una simple fachada, aunque muy útil. Me ha mantenido con vida durante estos largos y espantosos años que me vi obligado a vivir en vuestra siniestra sociedad. Ahora estoy libre, y no continuaré la farsa ni un segundo más. No pienso seguirte la corriente, me apilas de mierda.

El padre Shaw retrocedió un paso. El temor alumbraba en sus ojos.

—¡Está poseído! ¡Es por culpa de este antro de ateos! Rezaré por usted...

Milo saltó del camastro como impulsado por un resorte, agarró al padre por el cuello con ambas manos y le levantó del suelo con la mayor facilidad. El rostro del padre Shaw adquirió un tono purpúreo por segunda vez en una hora, aunque los motivos eran muy diferentes.

—Reza por ti —replicó Milo con frialdad, mientras el padre Shaw se esforzaba en recuperar el aliento—. Te mataré, a menos que hagas lo que yo te diga. ¿Comprendido?

El padre Shaw intentó asentir. Milo le soltó y el hombre cayó de rodillas, jadeando y resoplando. Milo volvió a sentarse en su camastro. El padre siguió de rodillas, mirándole con temor mientras se frotaba el cuello dolorido.

—¿Qué eres? ¿Una especie de demonio?

—Ya te lo he dicho. Me llamo Milo Haze. En otro tiempo, fui el director de la Corporación de Ingeniería Genética Haze, en la Tierra. Era una de las multinacionales genéticas más importantes antes de las Guerras Genéticas. Huí del planeta bajo nombre falso después de las guerras, por motivos obvios. He estado escondido en Belvedere desde entonces. Hasta ahora.

La expresión del padre Shaw demostraba bien a las claras que, en su opinión, Milo, en la entidad que le poseyera, estaba loco de atar.

—Pero si nació en Belvedere —protestó.

Milo relató las circunstancias de su nacimiento y explicó que su yo original había

escapado a Marte. Cuando concluyó, leyó en el rostro del padre Shaw que ya no sabía qué creer.

—Te agradeceré que no vayas divulgando lo que te he dicho, aunque nadie te creería.

En cualquier caso, yo diré que es el resultado de tu mala adaptación al espacio. Soy médico, recuerda. Sólo tienes que jurarme obediencia absoluta. La alternativa es extremadamente espantosa, te lo aseguro. ¿Y bien?

Al cabo de unos segundos, el padre Shaw cabeceó lentamente.

—Lo juro.

—Bien. Ya puedes levantarte. Tal como están los dioses hoy en día, no exijo a mis súbditos que me adoren. Una actitud de auténtica obsequiosidad bastará.

Milo jugaba con Tyra cuando fue interrumpido brutalmente.

—¡Milo!

La voz era tan alta que hirió sus oídos. Tyra se agitó con violencia. Claro que, pensó Milo, agitarse con violencia era una de sus especialidades. Se apartó de ella y se irguió en la cama.

—Ashley, siempre escoges los momentos más oportunos para entablar conversación.

¿Qué pasa ahora?

Mientras hablaba, Tyra saltó de la cama y se precipitó hacia el cuarto de baño.

—¡Estoy hasta el gorro, Milo! —estalló Ashley, con aquel mismo intensísimo volumen—. ¿Cuándo vas a darme algunos resultados?

—Ten paciencia. Es cuestión de tiempo. Hay que examinar miles de kilómetros cuadrados de hielo, y sólo tenemos un número limitado de mecarañas empleadas en el trabajo. Tal vez si utilizaras tus reservas...

—¡No digas ridiculeces! Sin ellas estaría indefensa.

—¿Sigues sin confiar en mí? Pensaba que volvíamos a ser socios.

La breve e irónica carcajada lo dijo todo.

—En serio, las mecs han examinado la mitad de la capa. Podríamos dar en el blanco en cualquier momento.

—Te concedo una semana más.

—¿O?

—Te bajaré al hielo. Tal como vas vestido ahora.

—Ashley, sé razonable. No puedo garantizarte que encontraremos el hábitat en el plazo de una semana. ¿Ashley?

Intuyó que su «presencia» se había marchado. Se sentó en la cama con el ceño fruncido.

Al cabo de un rato, se levantó y caminó hacia el cuarto de baño.

—Hemos establecido contacto con Belvedere, señor —dijo el operador de radio, y se levantó de la silla. El padre Shaw ocupó su lugar. Se secó el sudor de su frente con una mano temblorosa.

—Ya puede marcharse —indicó al operador, mientras intentaba retener en su mente las instrucciones para manejar el equipo.

Esperó hasta que oyó el siseo de la puerta que se cerraba para acercarse al micrófono y apretar el botón de transmisión.

—Aquí el padre Shaw, llamando desde el hábitat de Karaganga. ¿Con quién hablo?

No obtuvo respuesta y se dio cuenta de que continuaba apretando el botón. Lo soltó y oyó de inmediato una voz.

—Repito, soy el hermano Robert, oficial de comunicaciones de segunda clase. Corto.

—Escúcheme con atención. Quiero que solicite a OrCen toda la información disponible sobre un hombre llamado Victor Parrish. Hum, corto.

Transcurrieron unos segundos.

—¿Desea la información ahora mismo, padre Shaw? —preguntó la voz, en tono de asombro—. Corto...

—¡Por supuesto que la quiero ahora mismo, está...! —Se interrumpió y trató de no perder la calma—. Es muy importante. Dese prisa, por favor. Corto.

—Sí, padre Shaw —respondió el hermano Robert—. Sólo tardaré unos momentos. Espere, por favor.

«Claro que esperaré, idiota, ¿qué otra cosa puedo hacer?», pensó el padre Shaw, irritado. Aguardó con impaciencia creciente. Y miedo. Sabía que no corría peligro. El hermano James había ido a inspeccionar la nave casi terminada que los conduciría a la Tierra. El padre Shaw también debía ir, pero canceló su visita en el último minuto, alegando una indisposición. Sin embargo, pensar en el hermano James, o quienquiera que fuera, sorprendiéndole *in fraganti* le producía dolor de estómago y llenaba su pecho de una gigantesca nube de pánico. Reprimió un nervioso impulso de mirar hacia atrás.

—¿Sigue ahí, padre Shaw? Corto.

—¡Sí, sí! ¿Qué ha averiguado?

No obtuvo respuesta, porque no había apretado el botón de transmisión, cosa que se apresuró a hacer.

—Estoy aquí —dijo, más calmado—. ¿Qué ha averiguado? Corto.

—Según OrCen, existió un hombre llamado Víctor Parrish, pero hace mucho tiempo.

Hace ciento sesenta años, en concreto. No puede ser el que a usted le interesa. Corto.

—¿Qué fue de él? —preguntó el padre Shaw con la garganta seca—. Corto.

—Murió en trágicas circunstancias, padre. En la expedición a Marte de 2298. Todos los miembros de la tripulación, salvo uno, murieron en un accidente de descompresión. Corto.

El padre Shaw se puso a temblar. El hermano James le había dicho la verdad...

Apretó el botón de transmisión.

—Esto es muy importante, hermano Robert. Escúcheme con atención. Quiero que llame al padre Massie ahora mismo. Tengo un mensaje importante para él...

El padre Shaw pateó violentamente cuando una mano surgida de la nada se cerró sobre su muñeca y la apartó del botón de transmisión. Se giró en redondo y vio el rostro sonriente del hermano James. ¡No era posible! No le había oído entrar.

—¿Cómo...? ¿Cómo...?

—He estado aquí todo el rato —dijo Milo—. Entré cuando el operador salió.

—¿Hola? ¿Padre Shaw? ¿Sigue ahí? Corto.

—Pero... usted fue a inspeccionar la nave... —tartamudeó el padre Shaw, con la sensación de que estaban triturando su muñeca. El hermano James continuaba sonriendo.

—Yo también me excusé. Dije que estaba preocupado por tu estado de salud. El viaje ha significado un auténtico mal trago para ti, y cabía la posibilidad de que... empeoraras.

En un momento de escalofriante lucidez, el padre Shaw comprendió cuáles eran las intenciones del hermano James.

—Va a... matarme.

—No, claro que no. No mientras hagas lo que te diga.

—¿Padre Shaw? ¡Adelante, padre Shaw! Corto.

—Tú vas a decir a nuestro colega de Belvedere —continuó el hermano James— que tu mensaje para el padre Massie es el siguiente: la misión, hasta el momento, ha sido un éxito, con la ayuda de Dios, y tienes todos los motivos para creer que el resto será igualmente fructífero. Ardes en deseos de predicar la palabra de Dios en la Tierra. Corto y fuera. —Soltó la muñeca del padre Shaw—. Hazlo.

El padre Shaw apretó el botón de transmisión y repitió el mensaje. Milo volvió a agarrarle la muñeca y apartó su mano del botón.

—Ahora —dijo—, creo que lo mejor será regresar a nuestros aposentos. Pareces cansado. Has de reposar.

Jean-Paul sabía que iba a pasar mucho tiempo antes de que le gustara bucear, si alguna vez lo conseguía. Bajo las olas, Ayla estaba en su elemento. Su manera de moverse transparentaba su afición por este medio, pero para él continuaba siendo extraño. Nunca había estado en el agua, hasta que el *Lord Montcalm* se estrelló en el océano. Fue horrible, pero hundirse bajo la superficie resultó peor. La primera vez fue angustiada y tuvo que luchar por aplacar su pánico.

Un problema era la sensación de claustrofobia. El aparato de respirar era el principal causante, el artilugio que enviaba aire a sus pulmones a la misma presión del agua circundante. Saber que cada aliento (su misma vida) dependía de aquel pequeño aparato le ponía muy nervioso. El otro problema residía en la falta de visibilidad. Incluso aquí, cerca de la orilla, donde las aguas eran excepcionalmente límpidas, a Jean-Paul no le gustaba la forma en que su campo de visión se transformaba en una barrera brumosa.

Seguía viendo movimientos en el borde de aquella barrera y, como Ayla le había dicho que pequeños tiburones penetraban de vez en cuando por los barrotes de metal de los diques, le resultaba imposible calmarse.

Ayla nadó frente a él y le hizo señas de que debían regresar. Jean-Paul experimentó un inmenso alivio. Mientras nadaba a su lado se sentía lo bastante seguro como para observar los graciosos movimientos del cuerpo de Ayla bajo el mar. Ya sabía, sin lugar a dudas, que estaba terriblemente enamorado de esta mujer. Estaba intoxicado por ella.

La idea de que, muy poco tiempo antes, se le hubiera antojado repelente la posibilidad de hacer el amor con una habitante del suelo (una lombriz), y mucho más enamorarse de una, le parecía absurda. Con qué rapidez podían desvanecerse los prejuicios de toda una vida...

Se internaron en aguas poco profundas, donde era posible ponerse de pie. Jean-Paul se alegró de quitarse el aparato de respirar y la mascarilla. Después, se quitó también las aletas y las colgó del hombro. Sonrió a Ayla.

—Bien, ¿cuál es el veredicto?

La joven hizo una mueca.

—Aún te mueves como una tortuga borracha, pero vas mejorando.

—¿Significa eso que mañana puedo ir contigo más allá de los diques?

—Preferiría que tuvieras más práctica, pero sí, creo que sí.

Se dirigieron hacia la orilla. El pueblo marino aún brillaba por su ausencia, pero Ayla y sus amigos seguían acudiendo regularmente al punto de cita, con la esperanza de verlos reaparecer. Como era de prever, el plan de Ayla de ir en sumergible al hábitat submarino había sido vetado por su padre, en cuanto tuvo conocimiento de él.

—Oh, oh.

Ayla se había detenido y escudriñaba la playa, protegiéndose los ojos del sol con la mano libre. Jean-Paul vio que Kell los esperaba en la playa. Y a cierta distancia de él se encontraban tres personas que no reconoció.

—¿Qué sucede? —preguntó, mientras reemprendían la marcha.

—Los chicos de Jelker Banks. Justo lo que me faltaba.

Eran dos hombres y una mujer. Un chico y la chica aparentaban veinte y pocos años, mientras que el otro hombre había alcanzado su edad ideal, con lo cual podía tener de treinta y cinco años en adelante. Fue éste quien habló a Ayla y Jean-Paul en cuanto llegaron a la playa.

—De modo que es cierto —dijo en tono burlón—. Ayla Haddon sale con un hombre del cielo. La hija de un miembro de nuestro sexteto gobernante ha tomado como amante a un enemigo.

La expresión de Ayla denotó irritación, pero no dijo nada. Kell, que se había acercado para ayudarla a quitarse su equipo de inmersión, aún parecía más irritado, aunque Jean-Paul no estaba seguro de quién era el blanco de su ira. Decidió permanecer también en silencio, mientras aguardaba el desarrollo de los acontecimientos. Dejó caer las pesadas botellas de oxígeno sobre la arena con gran alivio.

—Es una desgracia y un insulto a tu pueblo —intervino la chica— que oses compartir tu lecho con alguien que vino a conquistar Palmyra.

Esta vez, Ayla no pudo contenerse. Se encaró con la chica.

—¡Contén tu sucia lengua, Joy! ¡Sabes muy bien que el consejo votó conceder la amnistía al pueblo del cielo!

—No todo el consejo, Ayla. Nuestro padre no, por ejemplo.

Había intervenido de nuevo el hombre de mayor edad.

Ayla se volvió hacia él.

—Bueno, pues claro que no, Bron, ¿verdad? Cualquier cosa que apoye mi padre, el tuyo la ataca sistemáticamente, sin importar lo que sea.

—Nuestro padre no es un traidor —dijo Joy.

—¿Estás diciendo que mi padre sí lo es? —preguntó Ayla con frialdad.

—Sí —dijo el más joven—. Nos está vendiendo a los hombres del espacio.

—¡Eso son paparruchas, y tú lo sabes! —gritó Ayla, muy enfurecida—. ¡Los hombres del espacio vienen a ayudarnos!

—A volver a la Edad de Piedra, quieres decir —se burló Bron.

—¿Por qué no cierras el pico? —intervino por fin Kell.

—¿Por qué no nos obligas? —dijo Bron, dando un paso adelante.

—Ya lo creo —respondió Kell, avanzando hacia él.

—No, Kell —suspiró Ayla—. No vale la pena. Es justo lo que quieren. Armar

camorra por nada es algo que han aprendido de su padre. Es su único placer. Vámonos.

Empezó a caminar, cargada con su equipo. Kell, tras unos momentos de vacilación, la siguió de mala gana. Jean-Paul recogió su equipo y, tras despedirse de los Banks con un cortés cabeceo, fue tras ellos.

—Adiós, hombre del cielo —exclamó Bron—. Hasta la vista.

La amenaza implícita era evidente.

—Dios mío, cómo los odio —murmuró Ayla, cuando Jean-Paul los alcanzó—. ¿Cómo se atreven a hablar así de mi padre?

—Tendrías que haberme dejado dar una paliza a Bron —dijo Kell, lanzando una turbia mirada hacia atrás.

—No, ya te lo dije. Lo que quieren es iniciar una pelea. Maldito sea Jelker y toda su parentela. Cada día tiene más seguidores, y todos dicen que es un error confiar en los hombres del espacio.

—Bueno, no será necesario esperar mucho para demostrarles que están equivocados —señaló Jean-Paul—. Los hombres del espacio llegarán dentro de una semana.

—Sí —asintió Ayla—, y entonces, un montón de gente tendrá que pedirle disculpas a papá.

Después de ayudar a Ayla y Kell a guardar los equipos de buceo, Jean-Paul los dejó y se encaminó al hospital. Como de costumbre, Ayla le preguntó si quería que le acompañara y, como de costumbre, él le dio las gracias y dijo que no. Era su responsabilidad exclusiva, y no quería que viera las quemaduras de las víctimas. Sabía que esas cosas la afectaban mucho.

Cuando se aproximaba al hospital vio que se había reunido un grupo frente a él. Se volvieron en su dirección cuando alguien le señaló. Comprendió que le estaban esperando. Todos eran supervivientes del *Lord Montcalm*.

—Queremos hablar contigo, Jean-Paul —dijo un hombre.

Eran ocho personas. Cinco hombres y tres mujeres.

—Ya me he dado cuenta —replicó Jean-Paul—. ¿Sobre qué?

Intentaba otorgar nombres a los rostros. Había conocido a esta gente después del desastre. Todos sus conocidos y amigos íntimos habían muerto.

—De tus planes sobre nosotros —dijo otro hombre.

—¿Qué planes? —preguntó Jean-Paul, intrigado.

—Eres nuestro líder. Tu responsabilidad es remediar nuestra situación —gritó una mujer.

Jean-Paul pensó, aunque no estaba seguro, que se llamaba Charlotte.

—Nuestra situación —repitió, todavía intrigado—. ¿Y cuál es, exactamente?

Algunos de los reunidos intercambiaron miradas de preocupación.

—Estar atrapados aquí, y con estas malditas lombrices —dijo el hombre que había hablado primero, un tal Phillippe—. ¿Hasta cuándo padeceremos esta humillación? ¡Has de hacer algo!

Jean-Paul estuvo a punto de lanzar una carcajada. Reprimió esta reacción y empezó a encolerizarse. Esta gente —su gente— no era mejor que el trío de Banks con que se había topado antes.

—¿Qué queréis que haga? —preguntó, en tono sarcástico—. ¿Sacarme de la manga un Señor del Cielo nuevo?

—Lo que queremos que hagas —dijo Phillippe— es forjar un plan que nos permita dominar a las lombrices. Como líder nuestro, es tu deber.

Jean-Paul estaba cada vez más enfadado.

—Pues no —respondió poco a poco—, porque ya no soy vuestro líder. Y porque creo que les debemos a esas... lombrices, como acabas de decir, gratitud.

—¡Gratitud! —exclamó Phillippe—. ¡Nos derribaron! ¡Mataron a casi todos los nuestros!

—Estábamos a punto de bombardearlos para que se rindieran y poder robarles la comida y todos sus recursos. Tenían todo el derecho a defenderse. Y después, nos ofrecieron su hospitalidad, nos dieron comida y techo. Hemos recobrado nuestra libertad. Lo mejor sería integrarnos en su comunidad.

—¡Pero somos gente del cielo! —protestó un hombre llamado Raphael.

—Éramos gente del cielo —rectificó Jean-Paul, con paciencia—. Es algo difícil ser gente del cielo sin una aeronave. Por tanto, somos lombrices.

—¡No, nunca! ¡Nunca! —gritaron varios.

—Bien, yo estoy dispuesto a autodenominarme lombriz. Y os aconsejo que hagáis lo mismo.

Se hizo el silencio. Los reunidos le miraron con manifiesta hostilidad.

—Dicen que te has liado con una puta lombriz —le apostrofó una mujer, cuyo nombre no recordaba—. Ahora me lo creo.

Sus palabras le electrizaron. Tembló de furia, pero reprimió el impulso de abalanzarse sobre el grupo con los puños por delante. Cuando recobró el control, habló con la mayor calma posible.

—Me importa un pito lo que penséis de mí, pero debéis creerme cuando os digo que sólo hay dos posibilidades: adaptarse o perecer. Y ahora, si me perdonáis, tengo cosas que hacer en el hospital.

Se abrió paso entre ellos, empleando más fuerza de la necesaria, y subió los peldaños de madera que conducían a la puerta. Cuando llegó ante ella, uno de los hombres gritó:

—¡Traidor!

—Pobre Jean-Paul —dijo Ayla, mientras le acariciaba la frente—. Te han dado un

buen disgusto.

—Sí, me pusieron a parir. Mi propia gente. ¿Cómo es posible tanta estupidez? ¿Qué demonios creen que pueden hacer? ¿Formar un ejército secreto y apoderarse de Palmyra por la fuerza?

—Son muy pocos.

—Lo sé —suspiró—. Aun así, son suficientes para causar problemas. Lo mejor será que comente el asunto con tu padre. Debería hacerlos vigilar.

—Ya está hecho. Todos tus compatriotas se encuentran bajo vigilancia.

Jean-Paul enarcó las cejas.

—Ah, ¿sí? ¿Quién me vigila a mí?

—Yo —dijo Ayla, y le introdujo la lengua en la boca.

—Te tomas tus deberes muy en serio —dijo Jean-Paul, un rato después—. Muy loable.

—¿Crees que estaría en tu cama si no fuera por mi elevado sentido del deber ciudadano? —se burló ella.

—No, claro que no. En lo que a ti concierne, no se trata de sexo, sino de un sagrado deber hacia tus conciudadanos.

Ayla lanzó una carcajada.

—Así que me llaman tu puta lombriz, ¿eh?

—Sí —respondió él, sombrío.

—Nunca me habían llamado puta. Creo que me gusta. La idea de ser la puta de Jean-Paul...

Él ladeó la cabeza y le dirigió una mirada ceñuda. La joven le sacó la lengua.

—No seas ridícula —insistió Jean-Paul.

—Ah, ¿lo llamas así?

Ayla levantó el cuerpo y se inclinó sobre su entrepierna. Notó que engullía su miembro, sintió la humedad de su boca.

—No... —empezó, con muy escasa convicción—. Es hora de que durmamos un poco.

Por suerte, ella no le hizo caso. Experimentó una rapidísima erección. Cuando el miembro estaba a punto de estallar, ella lo sacó de su boca.

—Hay que procurar no despertar a tu padre... —protestó Jean-Paul, con menos convicción que antes todavía.

—No lo haremos —dijo Ayla, mientras pasaba una pierna por encima de él y, con burlona lentitud, se colocaba encima—. Llegó a casa agotado, después de visitar el lugar donde aterrizarán los hombres del espacio. Nada puede despertarle esta noche.

Jean-Paul ya no pensaba en el padre de Ayla. Exhaló un leve quejido. Ayla le miró y sonrió con malicia.

—¿Te sigo pareciendo ridícula?

Él no pudo contestar. Ayla volvió a sacarle la lengua y arqueó el cuerpo hacia atrás.

Jean-Paul gruñó de placer. Y mientras la miraba, devorando su cuerpo con los ojos y henchido de una ardiente mezcla de amor y deseo, supo de repente con profunda certidumbre que momentos como éste inclinaban la balanza en favor de la vida. A pesar de la sangre, el dolor y la muerte, todo valía la pena gracias a esto.

Extendió las manos y se apoderó con ansia de sus pechos.

—Dios, cómo te quiero, Ayla... Te quiero mucho... Ayla, ¿puedes apartar el codo de mi cara, por favor? —gruñó luego Jean-Paul.

—Lo siento —murmuró ella, y cambió de posición. Había poco espacio en el casco de presión esférico del sumergible. Ayla y él estaban apretados detrás de Kell, que pilotaba el aparato. Con Jean-Paul a bordo no había quedado sitio para Juli, que se había visto obligada, de mala gana, a quedarse en la orilla.

—Debo decir que este vehículo me ha impresionado. ¿Fue construido en Palmyra?

—Bueno, no exactamente. Nuestros dos subs han salido del hábitat. Los construimos pieza por pieza y después las acoplamos. Muchos accesorios los fabricamos nosotros, pero las partes electrónicas vinieron de fuera del hábitat. Por eso es tan importante mantener el vínculo con el pueblo marino.

—¿Está muy lejos?

Ayla miró por encima del hombro de Kell.

—No. Llegaremos dentro de cinco minutos. ¿Verdad, Kell?

—Sí.

El tono de Kell fue hosco. No era el único al que molestaba la presencia de Jean-Paul en el sumergible.

Jean-Paul intentó de nuevo, sin éxito, adoptar una postura más cómoda.

—¿Son imaginaciones mías, o el aire está más enrarecido? —preguntó.

—No —contestó Ayla—. El dióxido de carbono aumenta tan de prisa, que el depurador no puede absorberlo todo. —Señaló un aparato en forma de caja sujeto a la pared del casco—. Introduciré un poco de aire fresco en la mezcla de aire.

Alcanzar el cilindro de oxígeno, que estaba al lado de Jean-Paul, implicó una gran cantidad de maniobras íntimas. Cuando estuvieron, prácticamente, cara a cara, él sonrió.

—Creo que anoche tuve una experiencia religiosa, gracias a ti —dijo.

—¿Lo llamas así? —contraatacó ella, pero indicó su desaprobación al mismo tiempo con un movimiento de los ojos. Jean-Paul comprendió que no debía decir cosas semejantes delante de Kell. Asintió. La joven logró girar la válvula de la botella de oxígeno y el gas surgió con un siseo. Jean-Paul advirtió la diferencia al instante.

—Ya hemos llegado —anunció Kell.

Tiró de dos palancas. El sumergible empezó a hundirse y Jean-Paul supuso que Kell había dejado entrar agua en los tanques de flotación. Ayla abrió la escotilla que daba acceso a la cámara de buceo.

—Vamos a ponernos los trajes.

La siguió al interior de la cámara, que también era esférica, y se pusieron sus trajes de buceo. Ayla había explicado que las aguas profundas eran más frías. Notaron un golpe suave, indicación de que el vehículo se había posado sobre el fondo. Kell se reunió con ellos y cerró la escotilla a sus espaldas. Cuando todos estuvieron vestidos, y después de comprobar que sus sistemas de respiración funcionaban bien, Kell giró una manija situada en un lado de la cámara y el agua empezó a entrar.

Subió de nivel con gran rapidez y Jean-Paul se sintió muy inquieto cuando le llegó a la cara. La sensación de claustrofobia era intensa. Una vez llena la cámara, Kell giró la manija de la escotilla superior. Ésta se abrió y Kell, después de coger su arpón submarino, pasó por ella. Ayla indicó a Jean-Paul que era el siguiente. El joven cogió su arma y siguió a Kell.

Al salir del sumergible vio por primera vez lo que le rodeaba. El vehículo se había posado sobre una extensión de arena rodeada por brotes de coral y una amplia variedad de vegetación submarina. La luz no era tan fuerte como en sus anteriores experiencias de buceo, lo cual significaba que su campo de visión sería más reducido. Aquella barrera brumosa parecía mucho más cercana...

Asió con firmeza su arma, confiando en que le proporcionara la tranquilidad que necesitaba. No era un arpón submarino, sino algo que Ayla llamaba una vara explosiva.

Consistía en un tubo de madera, de unos setenta centímetros de largo, con un mango en un extremo y un cilindro metálico corto en el otro. El cilindro contenía un cartucho de rifle. Todo lo que Jean-Paul debía hacer era hundirla en lo que quisiera matar y el cartucho estallaba automáticamente. Ayla le había asegurado que la consiguiente detonación bastaba para destruir el sistema nervioso del tiburón más grande. A Jean-Paul no le hacía ninguna gracia colocarse a setenta centímetros de un tiburón, por pequeño que fuera. El otro defecto de la vara explosiva era que sólo podía utilizarse una vez.

Ayla se reunió con ellos y señaló la dirección de la que podía venir alguien. Al contrario que ellos, iba desarmada. Indicó que debían quedarse junto al sumergible y nadó hasta alejarse unos diez o quince metros de ellos. Se detuvo y esperó.

Jean-Paul confiaba en que el viaje fuera en vano. A juzgar por la descripción que Ayla había realizado del pueblo marino, la empresa no se le antojaba muy atractiva, aunque ella afirmara que eran pacíficos. Consultó su reloj. Sólo podían esperar cuarenta y cinco minutos, lo máximo que duraría su provisión de oxígeno.

Al cabo de un tiempo, Jean-Paul se aburrió de nadar en pequeños círculos y,

mediante gestos, explicó a Kell que iba a explorar un brote de coral cercano. Kell respondió con otros gestos, interpretados por Jean-Paul como «Ten cuidado».

El arrecife coralino se alzaba unos seis metros del fondo marino. Cuando llegó, miró hacia Kell y el sumergible, que parecían encontrarse a una lejanísima distancia. Se sacudió su aprensión contemplando a los pequeños habitantes del arrecife, que huían de él: peces de brillantes colores, cangrejos, un pulpo que cambiaba de color mientras se desplazaba por el coral y adoptaba el tono de su entorno.

Cuando llegó a lo alto del arrecife ya no pensaba en los posibles peligros que podía correr. Por eso se llevó un susto tremendo cuando se encontró cara a cara con un monstruo.

La cosa se encontraba a unos tres metros de él, y flotaba justo sobre el arrecife. Jean-Paul se quedó petrificado de sorpresa. No supo si el ser también se había quedado sorprendido al verle; sus facciones eran inescrutables. La cosa medía unos dos metros de altura, aunque el penacho de aletas puntiagudas que sobresalía de su cabeza aumentaba su envergadura. Era de forma humanoide y estaba cubierta de gruesas escamas de color gris azulado. Tenía ojos redondos, como los peces, una boca muy grande y carecía de nariz. Sus pies palmeados eran grandes, provistos de largas garras.

Las manos, enormes, también eran palmeadas, armadas con garras. Espolones de aspecto peligroso brotaban de las muñecas y los codos.

La primera reacción de Jean-Paul fue huir, pero pensó que debía ser un miembro del pueblo marino. Una de aquellas pacíficas criaturas. Y no quería estropear el plan de Ayla asustando al ser, de modo que levantó la mano libre en lo que él creía un gesto universal de paz. Los ojos redondos e inexpresivos del ser continuaron mirándole, pero no hizo ademán de devolverle el gesto. Jean-Paul sopesaba la idea de acercarse más, cuando algo le empujó de repente a un lado...

Era Kell. El joven negro surcó el agua como un misil, aleteando con furia, y se precipitó sobre el ser marino. Mientras Jean-Paul contemplaba la escena, sorprendido, Kell disparó el arpón submarino. El arpón alcanzó al ser en el centro del pecho con considerable fuerza, pero no logró penetrar en las duras escamas, sino que rebotó.

Kell empezó a dar la vuelta, con la clara intención de rodear al ser, pero éste se movió a la velocidad del rayo. Jean-Paul ni siquiera se dio cuenta de lo que pasaba, hasta que vio a Kell flotando en el agua. Sus pies se movían apenas y una nube negra de hebras surgía de su cuerpo. Cuando Kell dio la vuelta en el agua, Jean-Paul descubrió qué eran las fibras y de dónde procedían. El estómago de Kell estaba desgarrado de un costado al otro.

No tuvo tiempo de asimilar la conmoción. El ser cargó contra él. Jean-Paul manoteó ciegamente con la vara explosiva. Una sacudida agitó todo su brazo y oyó un golpe sordo. Retrocedió con frenéticos movimientos, intentando ver a través de la nube de diminutas burbujas que lo ocultaban todo, sabiendo que las garras del monstruo podían abrirle en canal de un momento a otro. Había disparado la única carga de la vara, pero aún la blandía como si le sirviera de algo. Llevaba un cuchillo sujeto a su pantorrilla izquierda, pero sabía que sería inútil contra las escamas de aquella cosa... Intentó chillar, cuando una mano se cerró sobre su hombro. Era Ayla. Le ayudaba a nadar. Siguió su ejemplo y trató de coordinar sus movimientos con calma, y progresó mucho mejor.

Echó un vistazo a la nube de burbujas y distinguió algo que se agitaba

espasmódicamente en su centro. La vara había funcionado; el sistema nervioso de la criatura estaba destrozado.

Tuvo la impresión de que el sumergible se hallaba a una enorme distancia. No paraba de mirar en derredor suyo con nerviosismo, temeroso de que otro ser surgiera de la bruma.

Llegaron al vehículo sin más problemas. Ayla le indicó por señas que la precediera.

Jean-Paul aceptó la invitación al instante. Después de una última mirada hacia el arrecife, entró por la escotilla. Las botellas de oxígeno chocaron contra el borde. En cuanto sus pies tocaron el suelo de la cámara, Ayla entró. Cerró la escotilla y empujó una palanca. El nivel del agua empezó a bajar.

Cuando el agua le llegó a la cintura, Jean-Paul fue consciente de una espantosa sensación en sus oídos y fosas nasales, pero sólo podía pensar en la horrible suerte de Kell. En cuanto Ayla se quitó la mascarilla y el *snorkel*, la agarró por los hombros y gritó:

—¿Qué ha pasado ahí fuera? ¿Por qué atacó Kell a ese ser? ¡Dijiste que esas cosas eran pacíficas!

Ayla temblaba violentamente y resbalaban lágrimas por su rostro. Al principio, fue incapaz de articular una sola palabra.

—Eso... —exclamó, entre sollozos—, no era... uno de los nuestros. Demasiado grande...

Rasgos diferentes. Nuestro pueblo marino... tenía el cuerpo listado. Kell... vio...

No pudo proseguir. Sepultó la cara entre sus manos y lloró. Jean-Paul la abrazó, intentó consolarla. Entonces, comprendió. Kell le había salvado la vida. A costa de la suya...

—Ayla, vayámonos antes de que vengan más de esas cosas. Abre la escotilla de la cabina.

Ella meneó la cabeza.

—No puedo... —musitó—. Hemos de despresurizarnos... No se puede hacer de prisa, de lo contrario nos darán arcadas... Hay que esperar a que la presión del aire se normalice y baje... a una atmósfera...

—¿Cuánto tardará?

—De quince a veinte minutos.

—Maravilloso —murmuró Jean-Paul.

De repente, se oyó un fuerte golpe en el casco exterior del sumergible. Ayla miró a Jean-Paul, sus ojos hinchados de esperanza.

—¡Kell! ¡Es Kell! ¡No ha muerto, sólo está herido! ¡Quiere entrar!

—No puede ser él —afirmó Jean-Paul. Aún veía la espantosa herida que desgarraba el abdomen de Kell, los pálidos intestinos que flotaban en la nube negra

de sangre.

—¡Sí que lo es!

Ayla se soltó y cogió su boquilla.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Voy afuera. ¡Kell necesita ayuda! ¡Está herido!

Jean-Paul la asió, impidiendo su marcha.

—Ayla, escúchame. ¡No puede ser Kell! ¡Está muerto!

La joven intentó liberarse.

—¡No, no lo está! ¡Suéltame! ¡Me necesita! No hace falta que me acompañes...

Otro golpe. Esta vez más fuerte. El sumergible osciló. Ayla dejó de debatirse y le miró a los ojos.

—Es imposible que se trate de Kell —dijo Jean-Paul—. Tiene que ser esa cosa, u otra parecida.

Ella asintió.

—Sí —dijo, con un hilo de voz.

Otro golpe. Ruidos extraños.

—Suena como si estuvieran devorando el casco —dijo Jean-Paul, en un tono que pretendía distender la situación, pero fracasó. Recordaba las poderosas mandíbulas del monstruo.

—El casco exterior es muy frágil —explicó Ayla—, pero no puede perforar el casco de presión.

Más golpes. El vehículo se estremeció. Ayla se abrazó a Jean-Paul.

—No pareces muy segura —dijo él.

—Oh, sí. Aquí estaremos bien, pero lo que me preocupa es el daño que pueda hacer a las partes expuestas del sumergible, cables de electricidad, impulsores... Podría destrozar el aparato.

—Entiendo. Tenemos dos posibilidades: salir a por él o quedarnos aquí hasta que muramos por falta de aire.

—Tampoco hay para tanto. Si no regresamos a tiempo, Juli dará la alarma y vendrán a buscarnos en el otro sumergible.

—¿Y cuándo será eso?

—Dentro de dos horas, como mínimo. —Examinó una válvula de presión situada en la pared de la cámara—. Dentro de diez minutos podremos abrir la escotilla que permite el acceso a la sección delantera... Fueron diez minutos muy largos, que pasaron abrazados mientras el sumergible oscilaba violentamente, amenizados por terribles ruidos de destrucción. Jean-Paul temía que, cuando pudieran llegar a los controles, sólo quedaran del aparato los dos cascos esféricos de presión.

Ayla anunció por fin que la presión del aire en la cámara había descendido a una atmósfera. Abrió la escotilla y reptó hasta la sección delantera. Se acomodó en el

asiento del piloto y examinó el panel de instrumentos.

—Bien, aún nos queda energía. Algo es algo.

Jean-Paul se arrodilló detrás de ella y miró por encima de su hombro.

—¿Ves algo ahí fuera?

—Aún no.

Ayla bajó una fila de interruptores y Jean-Paul oyó el zumbido de los impulsores cuando entraron en acción. Ayla empujó las palancas que controlaban los tanques de flotación. El sumergible empezó a subir, pero también escoró a un lado. Al mismo tiempo, se oyó un fortísimo golpe en el casco exterior, seguido por el ya familiar ruido del metal al ser desgarrado.

—Tranquilo, tranquilo —murmuró Jean-Paul.

—Han destrozado un tanque de flotación de babor —le informó Ayla—. El de atrás.

Menos mal que sólo ha sido uno.

—De momento.

Jean-Paul miró por una portilla. No vio gran cosa; los impulsores levantaban demasiada arena. Pero vio algo que no le gustó: un rostro apretado contra la portilla. Era el rostro de un ser semejante al que había visto antes, pero mucho más cerca.

—¡Jesús! —exclamó.

Otro golpe en el costado del sumergible.

—Oh, oh, hay más de uno —dijo Ayla—. Las vibraciones del que mataste los habrán atraído.

El ser, agarrado al morro del aparato, intentó romper el cristal de otra portilla con el espolón de su muñeca, sin apartar de ellos su mirada inexpresiva. Jean-Paul se preguntó cuánto tardaría el cristal en astillarse.

Milo abrió la puerta. Para su desconsuelo, Shan no intentó nada. Se abstuvo de atacarle con una silla, tenderle una trampa; nada de nada. Yacía en la cama, las manos detrás de la cabeza. No dio señales de irritación. Hasta parecía aburrido. Una pose, sin duda, pero enojó a Milo. Encima, llevaba todo el día de mal humor.

—Esto es impropio de ti, minervano —dijo con sarcasmo—. ¿Ya te has rendido? Shan le miró.

—No me gustan tus juegos, Milo.

—¿De veras? No... —Milo sacudió la cabeza—. Yo decidiré cuándo se termina el juego, no tú.

—Lo que tú digas, Milo.

Shan prosiguió su inspección del techo. Milo se acercó a la cama y le miró.

—Quizá te rompa un brazo. Sólo para divertirme, por supuesto.

—Sabes muy bien que no podría impedirlo.

—Sí. Sería demasiado aburrido. Quizá romperle un brazo a Tyra sería más

estimulante.

Sabía que le arrancaría alguna reacción, como así fue. Shan volvió la cabeza con brusquedad, los ojos entornados de rabia, pero no dijo nada.

—¿No sientes curiosidad por su estado de salud? —preguntó Milo—. Al fin y al cabo, han pasado tres días desde mi última visita. Podría haberle pasado cualquier cosa en este tiempo. Ya me conoces.

Shan no pudo reprimirse.

—¿Cómo..., cómo está?

Milo sonrió.

—Oh, como siempre. Algunos cortes y magulladuras recientes, pero nada grave. —Observó con satisfacción la involuntaria mueca de Shan—. Y ha mejorado mucho en la cama. Inventa toda clase de trucos interesantes para divertirme. Cooperando, en lugar de resistirse, piensa que no la, hum, castigaré con tanta frecuencia. Dejo que se lo crea..., de momento.

La expresión de Shan era de odio total.

—¡Déjala en paz, asqueroso bastardo, o te mataré! —gritó—. No sé cómo, pero prometo que te mataré.

—Eso ya me gusta más —aprobó Milo—. Empezaba a pensar que eras un plasta.

Shan saltó de la cama y lanzó las manos al cuello de Milo. Éste lanzó una carcajada, se soltó con facilidad de la presa de Shan y le golpeó en la boca. Shan se derrumbó sobre la cama. Brotó sangre de sus labios partidos.

—¿Así es como se comportan los hombres minervanos? —se burló Milo. Se estaba divirtiendo, y su anterior malhumor iba desapareciendo.

Y todo por culpa de aquel maldito sueño. Había soñado con Miranda, el clon femenino de sí mismo que había creado, y con su última noche juntos en su finca, tantos años antes. Milo sabía que las turbas se acercaban y le había dicho que se preparase para una rápida huida. Se quedó estupefacto cuando ella se negó a marcharse con él y cuando expresó los auténticos sentimientos que abrigaba hacia su persona.

—Tú no ves en lo que te has convertido. La personalidad humana es el producto de procesos biológicos infinitamente complicados y la ciencia tardará mucho en descifrarlos. No se pueden mutilar grandes pedazos del sistema, como han hecho contigo tus ingenieros genéticos, sin destruir algo vital... Sí, sí, eso es. En cierto sentido, te has auto asesinado. No deja de ser irónico. Tanto dinero y esfuerzos invertidos en convertirte en un superhombre, y todo ha resultado ser una forma de suicidio. Vas por ahí pensando que eres inmortal, pero estás muerto por dentro y las hormigas ya están devorando tu alma.

El sueño era muy vivido. Los detalles se reproducían con crudo realismo y los siglos que le separaban de aquella noche se desvanecían. Veía a Miranda, vestida de

esmoquin, de pie frente a él, el rostro deformado de rabia y desprecio. Fue el desprecio lo que más le dolió. El desprecio de sus últimas palabras, cuando le pidió que cambiara de opinión y se marchara con él.

—No, Milo, porque ya no puedo soportar tu presencia. No sólo me asquea tu personalidad alterada, sino también tu físico. Esas «mejoras» te han deformado a un nivel muy sutil. Soy sincera cuando digo que tu físico me asquea. Y lo digo con todas tus células de mi cuerpo.

Sí, aquellas palabras habían sellado su destino. Había saboteado su avión y contemplado desde una prudente distancia, en su propio avión, cómo la muchedumbre la descuartizaba en la pista de aterrizaje.

Sonrió al aturdido Shan. Quizá sí le iba a romper el brazo...

—Milo...

—Ahora no, Ashley. Estoy ocupado.

—Esto es importante. Hemos encontrado Shangri La.

Ayla retrajo el brazo articulado lo máximo posible e hizo girar su pinza alrededor del ser, justo por debajo del hombro. La pinza se hundió y el ser reaccionó como era de esperar; se soltó del sumergible y trató de alejarse. Era fuerte y casi logró liberar su brazo de la pinza metálica, pero fracasó. Ayla extendió el brazo por completo y activó el otro, que albergaba el soplete soldador. Todo terminó enseguida. Soltó al ser muerto, que se hundió rápidamente. Al mismo tiempo, el sumergible empezó a elevarse, pero el ruido de metal desgarrado sobre sus cabezas indicó que otro monstruo continuaba aferrado al vehículo.

—¡Mira! —gritó Jean-Paul, señalando por encima de su hombro—. ¡Vienen más!

Desde el acantilado se acercaban una docena de monstruos más, como mínimo. Ayla dio media vuelta al sumergible y aumentó al máximo la energía de los impulsores.

—¿Qué demonios son?

—No lo sé... Seres marinos creados genéticamente, como el pueblo de Tigre, pero de otro diseño o función, creados por una multinacional diferente. O quizá hayan sufrido una mutación. Tigre intentaba alertarme sobre ellos; ya entiendo lo de sus cicatrices. Tal vez procedan de aguas más profundas y estén invadiendo su territorio. Por eso querían armas... y yo no le hice caso.

—No sabías nada.

—Pero sabía que algo andaba mal. Tendría que haberme esforzado más en convencer a papá y a Lyle. Y Kell seguiría vivo...

Jean-Paul estaba a punto de decir que no debía culparse, cuando oyeron una serie de ruidos sobre sus cabezas.

—Seguimos acompañados —murmuró, cuando los sonidos se apagaron—. ¿Qué opinas? ¿Lo lograremos?

—Depende de los destrozos que haga nuestro pasajero. Aún nos queda energía, pero, si empieza a romper los cables de las baterías, nos... hundiremos.

Más ruidos de airada destrucción. Jean-Paul notó que el sumergible oscilaba. Ayla echó un vistazo al panel de instrumentos.

—Otro tanque de flotación destruido. No podemos mantener una flotación negativa.

Tendré que conectar las orugas...

El sumergible tocó fondo otra vez. Se movió hacia adelante pocos momentos después, cuando Ayla conectó las orugas.

—Va a terminar con nuestra reserva de energía, pero no nos queda otra elección...

—¿Está muy lejos la puerta exterior?

Ayla bajó un interruptor. Un ruidoso «bip» atronó la cabina.

—Es la señal de la puerta, alta y fuerte. Está ahí delante, a menos de cien metros.

—¿Y qué pasará cuando lleguemos?

—¿Qué quieres decir? Entraremos, por supuesto.

—Sí, ¿y nuestro amigo de arriba? ¿Y los que nos siguen? Estarán a punto de alcanzarnos.

Ella se volvió y le miró.

—Tienes razón. No pienso con lucidez.

—Lo cual es muy comprensible. Yo tampoco estoy muy fino. ¿Qué vamos a hacer?

—Déjame pensar.

—Te lo ruego.

El dique exterior se cernía sobre ellos. Ayla dirigió el sumergible hacia la puerta y desconectó la energía de las orugas. Oyeron que algo se movía sobre el aparato. Su molesto pasajero no se decidía a abandonarlos. Contemplaron por las portillas la maciza puerta, fabricada de duro alambre metálico y madera gruesa, al igual que el dique.

—¿Alguna idea brillante? —preguntó Jean-Paul.

—Yo no la llamaría brillante, pero es mejor que nada.

—Ardo en deseos de oírla.

La joven respiró hondo.

—Como tú ya has visto, el mecanismo de la puerta responde automáticamente cuando recibe una señal del sumergible. Te enseñaré a accionarlo. Levantarás la puerta sólo medio metro. Habrá espacio suficiente para que yo me cuele, pero no esos seres. No podré llevar equipo de buceo, claro está. ¿Qué opinas?

—Creo que tienes razón. No es brillante. Es demencial, de hecho.

—Escucha, no tenemos otra alternativa. Ni tampoco tiempo.

Jean-Paul comprendió, alarmado, que hablaba en serio.

—Pues iré yo —se oyó decir, y se arrepintió al instante de sus palabras.

—No seas ridículo. Eres demasiado grande, demasiado lento y nadas como una piedra.

Nunca alcanzarías la orilla.

—Supongo que no —dijo él, aliviado—, pero ¿cómo vas a zafarte de ese monstruo y de sus amigos, que ya deben de estar muy cerca?

—Hay otra vara explosiva en esa taquilla.

—¿Sólo una?

—Será suficiente. El elemento sorpresa y todo eso.

Se levantó del asiento e indicó a Jean-Paul que se ocupara de los controles. Mientras se esforzaban por cambiar de sitio en el reducido espacio, él la abrazó. Ayla

temblaba como una hoja.

—Respira hondo y nada rápido.

—Lo haré. Ahora, siéntate y te enseñaré a accionar la puerta.

—Una pregunta final —dijo Jean-Paul, cuando hubo terminado—. ¿Qué hay de mí? ¿Tu gran plan implica también mi supervivencia?

—Sí, tonto. Quédate aquí sano y salvo hasta que vuelva con refuerzos. Te queda mucho aire. Me voy.

Le dio un rápido beso y entró en la cámara de buceo. La escotilla se cerró y Jean-Paul oyó al poco rato que el agua entraba en la cámara. El estómago se le revolvió al pensar en lo que Ayla estaba a punto de hacer. Observó la puerta por la portilla, el dedo apoyado en el botón que servía para levantarla. Tenía que hacerlo bien. Levantar demasiado la puerta equivaldría a matarla; levantarla poco, también. Esperó en tensión la señal de que la cámara se había llenado y Ayla estaba a punto de abrir la escotilla.

Oyó que daba un golpe sobre la pared del casco. Apretó el botón. Al principio, pensó que no pasaba nada, pero después la inmensa puerta se estremeció y empezó a moverse, elevada por un sistema de fuertes contrapesos en el lado opuesto, así como por un potente motor eléctrico. Oyó un golpe sordo en el exterior y el casco de presión vibró como una campana. ¿La detonación de la vara explosiva? Ojalá. Pero ¿dónde coño estaba Ayla? Contempló la puerta que subía poco a poco. ¿Sería muy grande el hueco?

¿Treinta centímetros? ¿Cuarenta? Era difícil precisarlo...

Ayla, que nadaba con furia, apareció ante su vista. Y no iba sola. Uno de los seres la seguía de cerca. ¡Y otro! ¡Venían del otro lado! ¡Jesús! ¡Nada! ¡Nada! Advirtió que la puerta seguía ascendiendo. Apartó el dedo del botón de subida y apretó el que la mantenía fija. Ayla había llegado a la parte inferior de la puerta y empezaba a deslizarse bajo ella. ¿Tendría suficiente espacio?, pensó frenéticamente. Su cuerpo ya estaba bajo la puerta y sólo se veían sus piernas, que se agitaban con furia. Pero el ser más próximo se encontraba casi encima de ella... Una garra oscura se lanzó hacia una de sus piernas...

Intentaba atraparla por el tobillo. El ser falló, pero desgarró su pantorrilla. Jean-Paul se encogió cuando manó sangre de la herida. Entonces, Ayla desapareció de su vista. ¡Lo había conseguido! Pero el primer monstruo también intentaba colarse por debajo de la puerta... Joder, pensó Jean-Paul, ¡la he subido demasiado!

Apretó el botón que la bajaba. Como antes, dio la impresión de que no ocurría nada, de que el monstruo iba a lograr su objetivo. Un segundo ser le estaba imitando. Por fin, la puerta descendió y atrapó a los dos. Cuando el inmenso peso de la puerta cayó sobre ellos quedaron aplastados contra la arena, y una gran nube de sangre negra tiñó el agua, ocultándolos a la vista de Jean-Paul.

Exhaló un profundo suspiro y se reclinó en el asiento, liberando (al menos en parte) la tensión acumulada. Seguía preocupado por Ayla. Tenía una fea herida en la pierna.

Perdería sangre. ¿Le quedarían fuerzas para llegar hasta la orilla? Había que nadar un largo trecho... Jan reaccionó con sorpresa cuando Davin se materializó frente a ella en su dormitorio. Dejó caer el libro que estaba leyendo y dijo, irritada:

—Muy bien, entra. No te molestes en llamar.

—Perdona. No quería asustarte.

—¿No? ¿Qué querías, pues?

Davin no hizo caso de la pregunta.

—Poseo cierta información que tal vez te interese.

—¿Sí? —preguntó ella con suspicacia.

—El hábitat ha sido localizado por tus, y nuestros, enemigos.

Jan se incorporó de un salto.

—¿Milo... y Ashley?

—Si lo que has dicho es cierto, sí. Tenemos una nave justo encima de nosotros. Debe de ser la suya. Nuestros sensores demuestran que están perforando la capa de hielo con láseres. Los láseres son disparados mediante una serie de fibras ópticas, que penetran poco a poco en el hielo derretido. Un sistema ingenioso. Y que será igualmente efectivo bajo el agua. Una vez atravesada la capa de hielo, bajarán el juego de fibras hasta que entre en contacto con el casco del hábitat. Nos darán a elegir entre la rendición o la destrucción, sin duda.

Lo que realmente molestó a Jan fue la calma con que hablaba Davin.

—¿Y qué pensáis hacer con ese sistema tan ingenioso? —preguntó con amargura—. ¿Aplaudir mientras nos fríen?

—No llegaré a tanto.

—Me alegra oírlo. ¿Qué vais a hacer? ¿Trasladar el hábitat a un nuevo emplazamiento?

—No.

—¿Destruiréis el Ángel del Cielo con el Juguete, o con alguna otra arma?

—No. Pretendemos negociar con Milo y con el programa Ashley.

—¿Negociar? —gritó Jan, estupefacta—. No podéis negociar con Milo, ni con Ashley.

Ya te he dicho que está loca. Y vosotros estáis locos por intentarlo.

—En cualquier caso, realizaremos la prueba. Y queremos que tú seas nuestra representante. Queremos que subas a la nave en el Juguete y negocies con Milo y Ashley en nuestro nombre.

—¿Yo? —preguntó, pasmada.

—Sí. Tú.

Hacía casi una hora y media que Ayla había pasado bajo la puerta. Ya habría llegado a la orilla una hora antes, pese a su pierna herida. La ayuda estaría en camino. Jean-Paul había eliminado de su mente la posibilidad de que la joven hubiera fracasado en su empresa.

Igualmente intentaba hacer caso omiso del monstruo que golpeaba tozudamente una de las portillas con un trozo de coral. El cristal resistía, pero estaba lleno de marcas. Había realizado esfuerzos infructuosos por alejar al monstruo con el brazo mecánico, pero carecía de la habilidad de Ayla. Lo mantuvo a raya con el brazo de soldar, pero pronto se quedó sin energía. Ahora, estaba sentado en la penumbra, aparte de las luces que surgían del panel de control, y la escasa que se filtraba por las portillas.

Por lo demás, los otros seres continuaban su ataque contra el sumergible. A juzgar por el ruido, también utilizaban fragmentos de coral, o piedras. Hacía rato que habían desistido de intentar levantar la puerta. Jean-Paul no estaba seguro de cuantos seres había en las inmediaciones, pero, teniendo en cuenta los que pasaban ante las portillas, eran muy numerosos. Entre veinte y treinta, tal vez.

Algo le golpeó en la cara.

Parpadeó y enfocó la vista. Era agua.

El Juguete salió por la escotilla situada a un lado de la gran esfera metálica que era Shangri La y surcó las aguas a creciente velocidad. Jan dirigió a Robin una mirada de preocupación. Parecía inquieto. No había querido ir, pero ella había insistido. Sabía el enorme riesgo que corrían, pero no quería volver a separarse de él. Se quedó sorprendida cuando Davin aceptó sin protestas su petición de que Robin la acompañara.

—No te preocupes —le dijo—. Te quedarás en el Juguete hasta que me asegure de que no hay peligro. Si todo sale mal y me hacen prisionera, o algo peor, el Juguete te llevará de vuelta a Shangri La.

—No, no te dejaré —respondió Robin, pero sin excesiva convicción. De todos modos, ella agradeció el gesto.

Tenía la impresión de que la estaban utilizando, pero Davin y el otro programa, Febo, habían sido muy convincentes. Si todo salía como habían planeado, sería una forma de abandonar Shangri La indefinidamente. Si... Si...

Al principio, se negó a aceptar la propuesta de que fuera a negociar con Milo y Ashley, pero Davin le explicó después que las supuestas negociaciones encubrirían un plan de acción muy diferente.

—Queremos que introduzcas algo a bordo del Ángel del Cielo —explicó Davin.

—No me digas... que es una bomba —dijo ella, recordando la última vez que le habían pedido introducir una bomba a bordo de un Señor del Cielo, y dónde le habían indicado exactamente que la escondiera.

—No es una bomba —respondió Davin.

En aquel momento, una mecaraña entró en el dormitorio y extendió una mandíbula hacia ella. Sujetaba lo que parecía ser una pequeña pistola. Se preguntó cuánto tiempo llevaba la mecaraña al otro lado de la puerta, esperando el momento apropiado. Cogió el arma y la examinó.

—Creo que preferiría una bomba —dijo por fin.

—Esto es mucho más potente que cualquier bomba.

—¿De veras? ¿Qué dispara?

—A mí.

Una mujer apareció en la habitación junto a Davin. Otro programa, por supuesto, pero Jan nunca había visto dos proyecciones de programa al mismo tiempo. Y nunca había visto a este programa en concreto. La proyección tomaba la forma de una joven seria, ataviada con una túnica larga de color gris metálico. Tenía pómulos muy pronunciados y llevaba el pelo recogido en un moño.

—Soy Febo —dijo a Jan—. Te acompañaré al Ángel del Cielo.

Jan la miró, y después contempló el arma que sostenía en la mano.

—¿Dentro de esto? —preguntó, sin poder reprimir apenas las carcajadas.

—En cierto sentido.

—Nuestra intención es infiltrarnos en el sistema informático de la nave —explicó Davin.

Jan meneó la cabeza.

—Ni Milo ni Ashley dejarán que me acerque al ordenador central, que está en la cabina de control.

—No hará falta que te acerques a él —dijo Davin—. Dispara esta arma contra cualquier mecaraña. Será suficiente para Febo.

—¿Que le dispare a una mecaraña? —preguntó Jan, intrigada. Supuso que habían fabricado algún tipo nuevo de software en miniatura—. ¿Cuántas posibilidades tengo de disparar?

—Sólo una.

Jan suspiró.

—No sé. Me parece muy arriesgado. ¿Cómo puedo estar segura de que funcionará?

—Confía en nosotros.

La joven lanzó una seca carcajada.

—Oh, claro. Escucha, en ese sistema no sólo cuenta Ashley, sino también Carl. Ya os he hablado de él. Es como tú. Un programa puro, y muy inteligente.

—Como también te hemos dicho ya nosotros, nuestra evolución ha sido constante. Carl representa una tecnología anticuada. Febo se encargará de él.

Jan aún no estaba convencida.

—No sé... ¿No sería más sencillo emplear el Juguete para destruir el sistema de láseres con que están fundiendo el hielo y luego volar en pedazos la cabina de control, junto con Ashley?

—No. No queremos dañar el Ángel del Cielo. Lo necesitamos.

—¿Que lo necesitáis? —preguntó, sorprendida—. ¿Para qué?

—Hemos decidido hacer lo que tú sugeriste.

—¿Yo?

—Hemos decidido utilizar los recursos biológicos almacenados en el Ángel del Cielo para ayudar a lo que queda de humanidad. Como tú lo intentaste, a tu modo. Y también crearemos nuevos organismos que destruirán el yermo en todas sus formas.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Jan, al tiempo que experimentaba una oleada de júbilo, reemplazada al instante por la sospecha—. ¿Y por qué? Siempre os habéis negado a relacionaros con el mundo exterior al hábitat. Sólo os importan los eloi. Tu mismo me has dicho muchas veces que su protección es vuestro único objetivo. ¿Por qué habéis cambiado de, hum, opinión? ¿De dónde sale este recién descubierto altruismo?

—Créenos, nuestros planes encajan con nuestras directrices fundamentales. No tienen nada que ver con el altruismo. Ya sabes que somos incapaces de experimentar ese sentimiento. Resulta que la situación ha cambiado. Han aparecido nuevos factores —dijo Febo con frialdad.

—No lo entiendo.

—Ten paciencia. Te lo explicaremos todo más tarde —dijo Febo.

—¿Lo harás? —preguntó Davin.

—Sí... Sí, ¿por qué no? —Contempló de nuevo la diminuta pistola que sostenía en la mano—. Ratas —murmuró para sí.

El Juguete salió de debajo de la capa helada y se elevó. Surgió del agua y aumentó la velocidad. Describió una curva pronunciada y voló sobre la capa de hielo. Tardó pocos minutos en alcanzar su velocidad máxima, antes de que las pantallas de vídeo enfocaran al Ángel del Cielo.

—Juguete —dijo Jan—, ponte en contacto con la nave por radio. Con Ashley o con Carl. Diles que somos los representantes del hábitat. Vamos a pactar una tregua. Les daremos lo que desean si desisten de atacarnos. Aterrizaremos sobre el casco superior y esperaremos. ¿Comprendido?

—Por supuesto.

El Ángel del Cielo casi rozaba la superficie de la capa de hielo. Grandes nubes de vapor surgían de debajo, a medida que los láseres perforaban el hielo. Volver a ver el Ángel del Cielo despertó en ella sentimientos ambiguos. Había vivido momentos muy felices a bordo de aquella nave. Primero, los años con su hijo, y después, a partir de la llegada de Robin. Sin embargo, también había padecido sus peores momentos. La muerte de Ceri, y luego la muerte psicológica de Simon, cuando Milo había usurpado su cuerpo...

Cuando el Juguete se acercó al Ángel del Cielo, la imagen desapareció de los monitores.

El Juguete se estremeció y sacudió.

—Nos atacan con sus láseres —anunció el Juguete.

—Menuda sorpresa. ¿Has enviado el mensaje?

—Sí, en todas las frecuencias. No hay respuesta.

—Repítelo cuando hayamos superado la situación —ordenó. Se volvió hacia Robin y le apretó el brazo—. No te preocupes. No puede pasarnos nada.

El joven, pálido, le dedicó una sonrisa forzada.

—Olvidas que ya he pasado por esta misma experiencia, sólo que la última vez eras tú la que disparaba.

El Juguete frenó, presionándolos contra sus asientos. Los monitores volvieron a la vida.

Jan vio que volaban paralelos al costado de la enorme nave, muy cerca de la

superficie del casco. Los láseres ya no disparaban.

—Divertido, ¿verdad? —comentó, en beneficio de Robin.

—Hum.

El Juguete siguió la curva del casco, giró y aterrizó cerca de una escotilla.

—Aún no hay respuesta —anunció el Juguete.

—Sigue transmitiendo. Habrá que esperar. Estoy segura de que alguien, o algo, no tardará en dar señales de vida.

Jan se quitó el arnés y sacó la pistola del bolsillo, ocultándola en la palma de su mano.

—¿Por qué tendré la sensación de estar haciendo el ridículo?

Robin palmeó su mano.

—Creo que estás demostrando una gran valentía.

—Supongo que es una manera de describirlo —dijo Jan, y lanzó una carcajada.

La escotilla más próxima se abrió quince minutos después, y un hombre salió. Milo. Le seguían dos mecarañas. Jan dio gracias a Dios Madre. No sabía qué habría hecho si Milo hubiera salido solo. Examinó al hombre. Se sintió tranquilizada al advertir que no quedaban rasgos característicos de su hijo. Milo, ya adulto, tenía el mismo aspecto que ella recordaba de su yo anterior.

Las arañas y él se acercaron al Juguete y se detuvieron a unos tres metros de distancia.

Llevaba un mono negro que no parecía protección suficiente para el frío. Aparentaba una inquietud desacostumbrada. Vio que su boca se movía, y comprendió que gritaba algo. Ordenó al Juguete que repitiera sus palabras.

—... aquí. Sal y hablaremos en serio.

—Abre la escotilla —dijo Jan al Juguete.

La escotilla doble empezó a abrirse. Jan se dispuso a salir. Percibió movimientos a sus espaldas y vio que Robin pretendía seguir sus pasos.

—Te quedarás aquí —dijo, irritada—. Por si fuera poco, no llevas la indumentaria adecuada.

Robin meneó la cabeza.

—Olvídalo. No soy un inválido. Continúa.

Jan, a regañadientes, salió y saltó sobre el casco de la nave, ocultando el arma en su mano. Notó al instante que su traje se adaptaba al descenso de temperatura.

La expresión de Milo al reconocerla le proporcionó un perverso placer.

—Jesús... ¡Tú! —exclamó el hombre.

—¡Es Jan! —gritó una mecaraña con la voz de Ashley, abundando en lo evidente.

—Hola, Milo —dijo la joven, sin transparentar la menor emoción.

Milo también aparentó sorpresa cuando vio que Robin salía detrás de ella, pero se recobró y exhibió su habitual sonrisa de superioridad.

—Vaya, vaya, también Robin de Sherwood. Da la impresión de que hemos vuelto a los viejos tiempos. Me alegro de veros tan bien, en especial a ti, Jan. No las tenía todas sobre ti, más aún después de que Ashley os bajó a los dos a tierra.

—Tan capullo como siempre, Milo —respondió Jan.

La pequeña pistola parecía quemar la piel de su palma.

—Sí, Milo, ¿cómo es que siguen aún con vida? —preguntó Ashley, mediante una mecaraña—. ¿Y como es posible que estén aquí?

—Tuvimos suerte —intervino Jan, que quería acabar cuanto antes. Percibía los temblores de Robin, que estaba inmóvil a su lado.

Milo se acarició la calva con aire pensativo y cabeceó.

—Creo que ya lo entiendo. Cuando el Jugete despegó de aquí, fue a recogerle. Y a ti, de paso. ¿Algún artilugio que pasé por alto?

—Sí, Milo, algo por el estilo. Hablemos de negocios.

—Sí, hablemos de las condiciones de vuestra rendición, y de los demás desgraciados que viven en el hábitat.

Jan avanzó un paso hacia la mecaraña que había hablado. La mano que sostenía el arma estaba empapada de sudor.

—No tenía la impresión de que íbamos a rendirnos. Represento a los eloi y a sus guardianes, y he venido a pactar una solución que satisfaga a las dos partes implicadas.

—Si no me proporcionan un cuerpo nuevo, morirán todos —dijo Ashley.

—¿Cómo? —preguntó Jan, sorprendida. Miró a Milo, que se encogió de hombros.

—He explicado a Ashley que, a juzgar por lo que hemos averiguado de las maravillas guardadas en Shangri La, proporcionarle un nuevo cuerpo sería facilísimo, teniendo en cuenta la biotecnología que alberga el hábitat. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

Jan se recuperó al instante y asintió.

—Por supuesto. Cualquier cosa es posible.

—¿De veras? —preguntaron las dos mecarañas al unísono, con voces henchidas de ansiedad.

—Sí —dijo Jan, y dio otro paso adelante—. Su tecnología es, en verdad, prodigiosa.

Fijaos en este ejemplo.

Mostró la pistola y disparó. Sólo se hallaba a un metro de la araña más cercana. No podía fallar. Se escuchó un chisporroteo y un relámpago de luz descendió sobre el cuerpo esférico de la araña. Y luego, nada... Aparte de que Milo se movió con una rapidez inhumana, descargó la palma de su mano sobre el costado de Jan y le arrancó el arma con la otra mano. Jan cayó al suelo, rodeada por una bruma rojiza de dolor y

confusión. Cuando pudo enfocar sus ojos de nuevo, Milo estaba sobre ella y examinaba el arma con expresión de desdén. Robin se hallaba postrado detrás de él y gemía. Milo también le había derribado.

—La misma Jan de siempre —dijo Milo—. Siempre aspirando a lo imposible con planes inadecuados y medios inadecuados. No tengo ni idea de qué pensabas lograr con este juguetito. Sólo puede disparar una vez y no le has hecho el menor daño a la mecaraña. Qué pena. Cuando te conocí, deposité en ti grandes esperanzas. Creía que llegarías a estar a mi altura.

—Estás pasando algo... por alto..., Milo —gimió Robin—. Las mecarañas... Las mecarañas ya no se mueven.

—¿Qué? —Milo se giró en redondo—. ¡Ashley! ¡Ashley! ¿Qué sucede?

—Milo... Socorro... —respondió Ashley, con voz débil que no tardó en desvanecerse.

Milo contempló a la mecaraña sobre la que Jan no había disparado. Le propinó un puntapié.

—¡Ashley! ¿A qué estás jugando?

Se oyó de nuevo la débil y lejana voz.

—Milo... Me siento extraña... No puedo pensar con lucidez... Estoy perdiendo... Hay algo conmigo...

Milo se abalanzó sobre Jan, que se estaba poniendo en pie y se mordía los labios para contener el dolor de su costado. Estaba segura de que se había roto un par de costillas.

Milo la agarró y agitó.

—¿Qué has hecho, maldita seas? ¡Dime qué has hecho! —chilló, furioso.

—No lo sé muy bien. Pero ha funcionado. —Milo la tiró al suelo y se volvió hacia las arañas—. ¡Ashley!

—Mamá... —susurró la débil voz—. No quiero morir, mamá... Ayúdame...

—¡Yo no soy tu jodida mamá, Ashley! —gritó salvajemente Milo, y propinó otra patada a la araña—. ¡Carl! ¿Estás ahí? ¡Dime qué coño está sucediendo!

Cuando Carl respondió por fin, su voz también era débil, pero tan impersonal como siempre.

—Un programa extraño... ha invadido el sistema... Muy complicado... Desconocido para mí... No puedo rechazarlo... Está borrando todos los software existentes..., incluyéndome a mí...

Carl balbuceó unas cuantas palabras más, pero incomprensibles.

Milo se quedó contemplando un rato a las arañas inmóviles; después, lanzó una carcajada y se acarició la calva con la mano.

—Bien, tengamos en cuenta los aspectos positivos. Hace eones que intentaba librarme de esa puta. Lo de Carl es una pena, porque le necesitaba.

Tendré que bajar a la cabina de control, desactivar el ordenador central y sacar la mierda que habéis metido en el sistema. Cuando haya terminado, volveré a ser el jefe. Y entonces, Jan, tú, yo y Robin Hood mantendremos una pequeña charla sobre ese hábitat... ¡Uy!

Bajó la vista hacia su tobillo, que una mecaraña había sujetado con un tentáculo.

—¿Ashley? —preguntó, vacilante—. ¿Sigues aquí?

Pese al dolor, Jan sonrió.

—Lo siento, Milo —dijo—. Temo que el poder ha cambiado de manos. Acabas de ser depuesto. Nosotros mandamos ahora.

—No exactamente —dijo otra voz.

Jan volvió la cabeza y se quedó sorprendida al ver a Febo de pie junto a ella.

Tras examinar su situación desde todos los puntos de vista posibles, Jean-Paul sólo pudo llegar a una conclusión: tenía gravísimos problemas. La grieta de la portilla no había empeorado, pero el agua que había entrado en la cabina le llegaba ya a la cintura. Y seguía subiendo. Para colmo, los trajes de buzo estaban en la cámara de buceo, que también estaba inundada. Y aunque hubiera sabido cómo extraer el agua, se había quedado sin energía. Por tanto, no había forma de bombear aire al interior de la cámara.

Tarde o temprano, se vería obligado a abrir la escotilla que daba acceso a la cámara y zambullirse bajo el agua hasta localizar las bombonas de oxígeno y aplicarse un snorkel.

Suponiendo que lograra llevar a cabo esta hazaña antes de ahogarse, después ¿qué?

Seguiría atrapado en el sumergible, por culpa de aquellos condenados monstruos.

Habían desistido de atacar el aparato, pero sabía que continuaban al acecho. La última vez que había mirado por las portillas, comprobó que se obcecaban en tratar de abrir la puerta del dique.

Otra razón por la que no quería abrir la escotilla que permitía el acceso a la cámara de buceo era el temor de que algún monstruo se hubiera colado en su interior, y le estuviera esperando. Dudaba de que alguno pudiera entrar por la escotilla exterior, y no había oído nada, pero le resultaba imposible librarse de aquel temor. Claro que, teniendo en cuenta su situación, creía que los miedos más irracionales estaban plenamente justificados...

Le faltaba poco para desechar la esperanza de que llegara ayuda a tiempo. Aunque Ayla hubiera conseguido alcanzar la orilla (la alternativa era impensable), cuando pudiera reunirse una partida de rescate, equipada con los medios de hacer frente a aquellos monstruos, sería demasiado tarde para salvarle. Ya se habría ahogado...

El agua iba subiendo poco a poco. Algo empezó a golpear en un costado del submarino.

¡Otra vez los malditos bichos! Al menos, tenía las gafas de buceo. Se las puso sobre los ojos y la nariz, respiró hondo y zambulló su cabeza bajo la superficie para ver qué pasaba fuera. Confió en que la portilla no estuviera bloqueada por el rostro de algún ser.

La puerta del dique seguía cerrada, pero no vio ni rastro de los seres. ¿Se habrían rendido y marchado? ¿O le estarían esperando agazapados, a la espera de que saliera?

Entonces, se sobresaltó. Algo había entrado en la cámara de buceo. Sacó la cabeza del agua y escuchó con atención. Se encogió cuando oyó un golpe en la

escotilla. «Tiene que ser Ayla», se dijo. Era imposible que alguno de aquellos seres...

Tomó una rápida decisión, aspiró una larga bocanada de aire, aferró la rueda de la escotilla y comenzó a girarla. La escotilla se abrió y, al instante, el nivel del agua que invadía la cabina delantera subió. Cuando el aire encerrado aumentó de presión, volvió a notar un intenso dolor en los oídos. Después, el agua se elevó sobre su cabeza y fue vagamente consciente de que algo entraba por la escotilla y se dirigía hacia él. No era Ayla, sino uno de aquellos monstruos. Cerró los ojos y aguardó el fin.

Pero una mano de mujer le cogió por el hombro. Abrió los ojos. Ayla estaba delante de él. Se había quitado el snorkel y lo tendía hacia él. Jean-Paul lo cogió y respiró una larga bocanada de aire. Luego, se lo devolvió. Ella le indicó por señas que la siguiera.

Ya en la cámara de buceo, le ayudó a ponerse las bombonas y salieron de la cámara.

Cuando salió del sumergible, miró a su alrededor con preocupación. Casi al instante divisó a uno de los monstruos, que derivaba sobre el fondo marino a escasos metros de distancia, pero observó que no se movía. Estaba muerto. Había varios buzos en los alrededores. Portaban varas explosivas y repuestos sujetos a los cinturones. Uno blandía un arma que le resultó desconocida.

Ayla señaló hacia arriba, indicando que nadaran hacia la superficie. Después de dos pausas en el camino, para facilitar la descompresión, salieron a la superficie cerca del dique. Habían bajado escalerillas desde lo alto. Jean-Paul trepó a una con dificultades y agradeció las manos que le ayudaron a completar la tarea. Se quitó el equipo y se sentó, completamente exhausto. Alguien le ofreció una taza de sopa caliente. Ayla se sentó a su lado.

—¿Cómo te encuentras?

—Hecho polvo, pero contento de estar vivo. Gracias.

Temía que no hubieras llegado a la orilla. Vi que aquel monstruo te desgarraba la pierna...

—Fue una herida aparatosa, sangró mucho, pero poco profunda. Ni siquiera necesité puntos, tan sólo un vendaje. —Tocó el bulto que se destacaba alrededor de la pantorrilla—. Tardé una hora en alcanzar la orilla. Juli me ayudó a reunir a los mejores buceadores y regresamos en las barcas más veloces que conseguimos.

Señaló el lado del dique que daba a tierra. Jean-Paul vio varias barcas amarradas.

—Gracias de nuevo. ¿Os dieron muchos problemas esos seres?

—No muchos. Los pillamos por sorpresa. Matamos a nueve, y el resto huyó.

Otros buzos habían salido del agua y estaban trepando al dique. Jean-Paul se llevó una sorpresa al ver que Lon Haddon era uno de ellos. Portaba un arma extraña. Jean-Paul la miró con curiosidad, mientras Haddon se sentaba a su lado con expresión de cansancio.

—Veo que sigues entero —comentó Haddon.

—Gracias a Ayla. Y a ti. Por lo visto, siempre estaré en deuda con la familia Haddon...

—Bien, en lo que a mí concierne, podrás pagarla cuidando de Ayla cuando yo me...

—¡Papá! —gritó Ayla.

Haddon no continuó. Para suavizar la tensión, Jean-Paul indicó el extraño artilugio y preguntó qué era.

—Es lo que nos concede una ventaja importante sobre esos seres —dijo Haddon—. Es un láser que puede dispararse bajo el agua. Por lo general, la radiación electromagnética (ondas de luz, ondas de radio) tiene poco alcance bajo el agua, pero esta es una excepción. El rayo láser cambia de frecuencia y color, según la profundidad de las aguas. Tiene que ver con la luz natural, o su falta, que penetra en el agua, pero no me preguntes cómo funciona.

Jean-Paul extendió la mano y Haddon le pasó el arma. Era pesada. Jean-Paul nunca había visto un láser portátil.

—¿Funciona en el aire?

—No, sólo bajo el agua.

—Qué pena. Supongo que vosotros no las fabricáis.

—No, es de la Antigua Ciencia —contestó Ayla—. Era del pueblo marino. La inventaron en el hábitat. No deja de ser curioso que Tigre nos pidiera armas, cuando nos había dado el arma ideal contra esos seres. No podía saberlo, claro. Ni nosotros, al principio. Nuestros técnicos se devanaron los sesos durante siglos, antes de que a uno se le ocurriera una idea brillante acerca de su función.

Jean-Paul devolvió el arma a Haddon.

—¿Sabéis qué son esos seres, o de dónde proceden?

Haddon meneó la cabeza.

—Pensamos que en épocas pretéritas debían de habitar en el interior del océano, como nuestro pueblo marino, y que fueron empujados hacia la orilla al degradarse la situación.

—Hay algo seguro —intervino Ayla—. Han exterminado a nuestro pueblo marino. A Tigre y a los demás. Ya no existen. —Suspiró—. Las cosas están cambiando muy de prisa. Demasiado de prisa.

Aquella noche, Jean-Paul la abrazó cuando Ayla lloró por Kell. La partida de rescate había encontrado su cadáver a última hora de la tarde. Estaba en parte devorado.

—¿Quién coño es ésa? —preguntó Milo.

Jan se puso poco a poco en pie, sin apartar la vista de Febo. Era imposible. No

podía estar allí.

—Se llama Febo —explicó Jan—. Es un programa de Shangri La, y no debería estar aquí.

—Pero lo estoy, como puedes ver —dijo Febo.

—Eres un holograma —replicó Jan—, y aquí no hay equipos de proyección holográfica.

—¿Por qué das por sentado que soy un holograma? —preguntó Febo.

—¿Qué otra cosa podrías ser? Fuera de un ordenador, careces de existencia real.

—Tócame y dime después lo que opinas.

Jan se acercó a ella y extendió una mano vacilante. Cuando las yemas de sus dedos tocaron el hombro de Febo y encontraron carne sólida, la joven retiró la mano, aterrada.

—No... ¡No puedo creerlo! ¡Eres real!

—No, sólo te parezco real. De hecho, soy una alucinación que todos padecéis. Soy inducida microsegundo a microsegundo en los centros principales de vuestros cerebros.

—Ah —dijo Jan, aliviada al recibir una respuesta racional, aunque no la entendiera—. ¿De dónde procede la alucinación?

—De la nave. Ahora, yo soy la nave. Impregno todo el sistema. Y estoy cambiando el sistema. Lo estoy mejorando.

—Me importa un bledo que reordenes el mobiliario o pintes lunares en las paredes de los lavabos —estalló Milo—. ¡Dile a este trasto que me suelte!

Febo se volvió hacia él.

—Sé todo sobre ti, Milo. Eres peligroso, indigno de la menor confianza. Te mantendré sujeto indefinidamente.

El tentáculo liberó el tobillo de Milo, pero rodeó su cuello.

—¡Cuidado! —gritó Milo. Intentó soltarse, pero no lo consiguió. Dirigió una mirada iracunda a Jan—. ¿Has estado esparciendo mentiras sobre mí?

—Oh, Milo —respondió Jan, asqueada, y ayudó a Robin a levantarse. Estaba pálido y tembloroso. Apretaba la mano contra su estómago.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la joven, preocupada.

—Sí, pero me falta un poco el aliento.

—¿Podemos bajar? —preguntó Jan a Febo—. Robin está helado.

—Sí. Tenemos mucho que hacer. Antes que nada, ocupaos de los dos humanos que hay a bordo. Los dos se hallan en un estado penoso..., gracias a este tipo.

Febo indicó a Milo.

—Es su especialidad —dijo Jan.

—¿Quién eres? —quiso saber la muchacha, asustada. Estaba muy delgada y tenía enormes ojeras. Su única prenda era una blusa blanca y transparente, manchada de

sangre seca.

—Soy Jan. ¿Cómo te llamas?

La muchacha no respondió. Jan cerró la puerta y caminó hacia ella. La joven retrocedió.

—¿Dónde está Milo?

—No te preocupes. Nunca más volverá a molestarte. ¿Quieres decirme tu nombre?

La muchacha siguió retrocediendo.

—Es un truco. Otro de los trucos de Milo. Me está poniendo a prueba.

Jan se detuvo.

—No es un truco. Milo no es amigo mío. Todo lo contrario. Puede que te cueste creerlo, pero aún tengo más motivos para odiarle que tú.

La muchacha apoyó la espalda contra una pared.

—Me hace daño. No para de hacérmelo —dijo, y su voz se quebró.

—Lo sé —dijo Jan en voz baja—, pero nunca más volverá a hacerte daño. Las cosas han cambiado. Ashley ha, bueno, desaparecido... y Milo está...

—¿Muerto? —preguntó la chica, esperanzada.

—No, por desgracia, pero está a buen recaudo. Y así será de ahora en adelante.

—No estaré a salvo hasta que haya muerto —musitó la muchacha. Resbalaron lágrimas sobre sus mejillas.

—Sé lo que sientes —dijo Jan—; pero te aseguro que ya estás a salvo. Te lo aseguro.

Extendió los brazos hacia la muchacha. Tras una breve vacilación, Tyra se precipitó hacia ellos. Mientras Jan la abrazaba, estalló en lágrimas. Tardó bastante con controlar sus sollozos.

—¿Vas a decirme ahora tu nombre? —preguntó Jan con ternura.

—Tyra.

Jan descorrió el pestillo, abrió la pesada puerta de metal y entró.

—Hola, Shan —dijo.

Shan estaba tendido en una mugrienta cama. Se incorporó de un salto.

—¿Señora? No entiendo... ¡Me dijeron que habíais muerto!

—No del todo.

Shan bajó de la cama y se acercó a ella, estupefacto.

—Jan... Señora... ¡Sois vos! Pero ¿cómo...? —Te contaré los detalles más tarde. Lo único que importa es que vuelves a ser libre. Milo y Ashley ya no detentan el control.

Al oír el nombre de Milo, el rostro de Shan experimentó una transformación total. Hasta entonces, pese a las magulladuras y los labios hinchados, aún se parecía al Shan que conocía desde hacía años, pero ahora se le antojó un extraño. El odio que

rezumaban sus ojos la estremeció. Resultaba difícil creer que era un hombre minervano.

—¿Dónde está Milo? Voy a matarle.

—Cálmate. Tendrás que ponerte en la cola, y es larguísima. Ten la seguridad de que no volverá a hacerte daño.

—¿Dónde está Tyra? ¿Qué le ha hecho?

Jan se volvió hacia la puerta.

—Ya puedes entrar —gritó.

Tyra entró. Shan y ella se miraron en silencio durante varios segundos, y después se fundieron en un estrecho abrazo. Jan los contempló satisfecha y se marchó a toda prisa.

—¿Febo? —dijo, ya en el pasillo.

La «joven» de semblante serio apareció ante ella.

—¿Sí?

—Esos dos se van a encontrar muy bien durante un rato, pero se les han infligido heridas emocionales que tardarán mucho tiempo en cicatrizar, si alguna vez es posible.

—Yo me ocuparé de ellos.

Jan enarcó una ceja.

—¿De veras? ¿Cómo, exactamente?

—No te preocupes de eso ahora. Quiero que bajes a la cabina de control.

—Muy bien, pero de paso iré a ver cómo se encuentra Robin.

—Puedes.

—Muchas gracias.

Se instalaron en los antiguos aposentos de Jan. Ésta se tranquilizó al comprobar que Robin tenía mejor aspecto. De hecho, mucho mejor que en Shangri La. Sacarle del hábitat había sido una buena idea. Le dio un beso.

—No puedo quedarme mucho rato —dijo—. La Reina del Hielo quiere que baje a la cabina de control. No me preguntes por qué.

Robin le devolvió el beso, lo cual sorprendió a Jan.

—¿No es fantástico? Todo ha salido como habíamos planeado, y Febo ha tomado el mando.

—Sí, ya lo creo —respondió Jan con sarcasmo.

Él la miró fijamente.

—¿Qué ocurre?

—No confío en ella, por más que lo intento.

Jan, fascinada, contempló el campo de hielo.

—¿De veras va a subir?

Febo, que estaba de pie a su lado en la cabina de control, asintió.

—Sí, necesito algunos de sus instrumentos antes de iniciar nuestra misión. Necesitamos fabricar muchas más mecarañas, y algunos aparatos, como el Jugete, han de ser adaptados para lo que nos espera.

Jan se quedó mirándola, maravillada por lo real que parecía. No pudo reprimirse, extendió la mano y tocó el brazo de Febo con el índice. Sí, sólido. Febo volvió la cabeza hacia ella y la miró con frialdad.

—¿Por qué has hecho eso?

—Me cuesta creerlo, eso es todo. Me cuesta creer que no seas real, que eres un producto de mi imaginación, que aparezcas en mi cerebro en lugar del mundo real.

—El «mundo real» que percibes es una estructura creada en tu cerebro. La forma en que me percibes no es muy diferente.

Jan reflexionó sobre sus palabras. Imaginó que Febo tenía razón. Por tanto, tenía que considerar «real» a Febo. Entonces, notó que sus mejillas ardían levemente. Era ridículo, pero de pronto había experimentado cierta atracción erótica hacia Febo. ¿Qué sucedería si...? ¡Dios Madre, con la edad soy cada vez más perversa! —pensó—. ¡Abrigar ideas sexuales hacia un programa de ordenador!

—Ya viene —anunció Febo.

Jan miró hacia la superficie. Se encontraban justo encima del agujero que Ashley y Milo habían practicado en el hielo con los láseres. Aún surgía vapor, que ocultaba la base del pozo. Jan observó que su periferia temblaba y oyó un ruido ensordecedor. Grandes fragmentos de hielo salieron lanzados hacia el aire y se estrellaron contra la superficie con gran estruendo. Todo el campo de hielo que rodeaba el pozo se agrietó y elevó. La parte superior del hábitat apareció ante la vista de Jan, resquebrajando grandes extensiones de hielo. El hábitat continuó emergiendo hasta dejar al descubierto miles de metros cuadrados de su superficie gris. Por fin, se quedó inmóvil, como un caldero gris en medio del prístino campo de hielo. Jan sabía que Shangri La era grande, pero hasta ahora no había sido consciente de su gigantesco tamaño. Lo que veía ahora sólo era una ínfima parte de su inmenso casco esférico. Estaba impresionada. Y turbada.

Se abrió una escotilla en la parte superior del hábitat y surgieron varias mecarañas. Una cesta de carga descendía ya desde el Ángel del Cielo.

—Calculo que estos preparativos se alargarán unas doce horas. Entonces, empezaremos.

—¿A qué? —preguntó Jan.

—Necesitamos recoger muestras de tejido de toda la flora y la fauna que componen el yermo, a fin de fabricar armas biológicas contra ellas. Nos serás de gran ayuda en este sentido. Estás familiarizada con todos los aspectos del yermo. Confeccionarás un catálogo. Y también me serás de ayuda si utilizas el Juguetete para recoger muestras. El tiempo es fundamental.

Jan se encogió de hombros.

—Haré lo que pueda por ayudar.

—Bien. Puedes marcharte.

Jan se demoró unos momentos, preguntándose qué ocurriría si le daba una patada en el culo a Febo, pero luego decidió que sería más práctico dar una patada al ordenador.

Salió de la cabina de control sin hacer ninguna de ambas cosas.

Mientras se encaminaba a la sección de carga, donde Milo estaba confinado, se dio cuenta de que la nave parecía viva, muy al contrario de cuando Milo y Ashley la controlaban. Oía sonidos por todas partes. Se habían activado máquinas automáticas así como los talleres y laboratorios automáticos. Gracias a la presencia de Febo, el Ángel del Cielo se estaba convirtiendo en un gigantesco organismo animado.

La nueva residencia de Milo consistía en una pequeña y desnuda habitación, con un camastro plegable y un orinal. Milo, que estaba tendido en el camastro, le dirigió una sonrisa sardónica cuando Jan entró, escoltada por una mecaraña.

—Bien, vienes a darme el gustazo, ¿no?

Jan se cruzó de brazos, apoyó la espalda en la puerta y le miró con cautela.

—No he venido a darme el gustazo, Milo. He venido a hablar contigo. Quiero saber si puedo hacerte entrar en razón.

Milo colocó las manos detrás de la cabeza.

—Estoy conmovido —se burló.

—Hablo en serio. No tienes ni idea de cómo son los programas del hábitat. Son poderosos, y Febo parece el más poderoso de todos. Emplea tus viejos trucos y ella...

Bueno, no sé lo que te hará. Me sorprende que te haya perdonado la vida. Sabe lo que eres.

—Gracias a ti, mi pequeña amazona.

—¡No me llames eso!

—Te trae viejos recuerdos, ¿eh? —preguntó Milo, sonriente—. De los tiempos en el *Lord Pangloth*, cuando yo era tu protector. Sabes que me debes la vida, y creo que ha llegado el momento de que me hagas algunos favores. Utiliza tu influencia con esa hembra frígida y sácame de aquí.

—Admito, Milo, que me salvaste la vida en más de una ocasión, pero no te debo ningún favor. Me violaste y dejaste embarazada, con lo que resultó ser tu clon. Tú, Milo. Y de paso, destruiste a mi hijo.

—Ya te dije que fue sin querer.

—Si crees que eso me consuela, estás muy equivocado. Y recuerdo que no protestaste mucho cuando Ashley nos abandonó a mí y a Robin en el yermo.

—No pude hacer nada. Ashley dirigía el espectáculo. Tenía que cuidar de mí mismo.

—Lo mismo me pasa ahora a mí. Febo no me tiene en cuenta para nada, y ella es la que manda.

—Bueno, da igual. Saldré de ésta como sea. Siempre lo hago. Ya me conoces, Jan.

Nada puede detenerme.

—¿De veras? Recuerdo una ocasión en que no sólo te detuvieron, sino que fuiste convertido en fosfatina por las patas de un ciberoide enloquecido...

—¡Basta! No me interesa ese tema.

—Tu yo original, Milo, era aún más poderoso que tú, pero cometió una pequeña equivocación y todo terminó en un momento. Lo mismo te ha pasado a ti.

Milo se incorporó en el camastro, enfurecido.

—¡Cierra el pico, o te...! —Se calló cuando la mecaraña correteó hacia él. Sonrió y volvió a tenderse en la cama. La mecaraña regresó al lado de Jan.

—¿Decías algo? —preguntó Jan.

—No, nada. Pero no lo olvidaré.

—Oh, querido —se burló ella—, me tienes aterrorizada. Y has de recordar algo más. Estos programas del hábitat son algo nuevo. Han ido evolucionando durante todos estos años. Llevan una ventaja prodigiosa al bueno de Carl. No los entiendo en absoluto. No los subestimaría ni un solo momento. Y te aconsejo que los trates de la misma manera. Si cometes una estupidez, es posible que también nos pongas en peligro a Robin y a mí, por no mencionar a Shan y Tyra.

Milo la contempló con cierta curiosidad.

—Pues no pareces muy segura de tus nuevos aliados.

—Exactamente.

Dirigió una mirada a la mecaraña. Tal vez Febo la escuchaba por su mediación, pero Jan no estaba diciendo nada nuevo. Al fin y al cabo, se había expresado de forma idéntica con Davin.

—No comprendo sus motivos. Sí, entiendo que su directriz fundamental es proteger y cuidar a los eloi, y todos sus actos se derivan de ese núcleo programático, pero no entiendo cómo encaja en esa directriz la destrucción del yermo. No sé por qué lo hacen, y eso me pone nerviosa. Milo se encogió de hombros. —Un viejo refrán dice: «A caballo regalado, no le mires el dentado». Estás logrando lo que querías. Un planeta descontaminado.

—Pero ¿por qué lo hacen ahora? Han pasado siglos en el hábitat, cuidando de los

repulsivos eloi, mientras el resto del planeta se iba a la mierda. No entraba en su esfera programada de preocupaciones, me dijeron. No podemos hacer nada. Lo sentimos y todo eso. Y ahora, de repente, van a intentar salvar el mundo. Algo no encaja. —Miró a la mecaraña—. Como le he dicho a Robin, no confío en ellos.

Milo lanzó una carcajada.

—¿Y qué crees que tienen en mente? ¿Conquistar el mundo? Eso es un tópico de ficción científica.

—¿Ficción científica?

Milo hizo un significativo gesto despreciativo.

—Un subgénero de la literatura que consistía, sobre todo, en extrapolaciones calificadas de «científicas». Muchos relatos estaban ambientados en el futuro... ¿Recuerdas aquellos «entretenimientos» que veías con el príncipe Caspar y sus compinches en el *Lord Pangloth*? Bien, era algo por el estilo. De pequeño me gustaban mucho, pero con la perspectiva que me dan mis muchos años, puedo decirte que ningún escritor de ficción científica acertó en absoluto. Naves más rápidas que la luz, razas extraterrestres, imperios galácticos... ¡Ja! —Meneó la cabeza—. En cualquier caso, uno de los temas más populares era el de los ordenadores inteligentes que pretendían conquistar el mundo. —Lanzó una risita—. Recuerdo una película clásica sobre el tema. Una chorrada, pero que en su momento me divirtió mucho. Recaudó una fortuna. Déjame pensar... —Milo entornó los ojos—. Se titulaba *Una mañana radiante*... Narraba que el mundo se despertaba una mañana y descubría que todos los ordenadores se habían compinchado, dando como resultado una superinteligencia... Sí, y el héroe ganaba la partida inventando un virus informático que destruía la nueva entidad. ¡Coño, es curioso que me acuerde de eso! Debí ver la película en 2010, cuando sólo tenía trece años...

—Fascinante, Milo, pero ¿por qué estás tan convencido de que esos programas no sentirán la tentación de conquistar la Tierra? Ya te he dicho que son diferentes. Y muy complejos.

—Volvemos a los motivos. ¿Por qué querría un programa de ordenador inteligente conquistar el mundo? Es una entidad incorpórea que sólo existe para llevar a cabo su programación básica. Es su programación básica, del mismo modo que los humanos nos definimos por nuestros impulsos biológicos, completamente diferentes. Como humanos, sólo deseamos respirar, comer, beber, sobrevivir y follar, aunque no necesariamente en ese orden. Nuestros cuerpos nos definen.

—Has olvidado la necesidad de reproducirse —advirtió Jan—. Entre otras.

—No, la reproducción está íntimamente ligada con el follar y el sobrevivir. Lo que estoy diciendo es que somos nuestros impulsos genéticamente programados; todo lo que la humanidad ha hecho durante miles de años es el resultado de esos programas biológicos básicos. Moldean nuestros sentimientos. Moldean nuestras

culturas, moldean nuestros deseos. Nos moldean. Sin embargo, un programa de ordenador no comparte ninguno de estos impulsos. Ni siquiera posee el ansia de sobrevivir, así que ¿para qué querrían conquistar algo? La conquista suele constituir un acto de auto preservación, tanto si implica a un individuo como a una sociedad.

—Pero el ansia de sobrevivir puede ser programada e introducida en un ordenador...

—Sí, puedes ordenar a un programa de ordenador que se autoproteja, pero no es lo mismo que poseer un ansia biológica de sobrevivir, de desear con desesperación seguir vivo, o temer a la muerte, a la no existencia, etcétera. Los programas de ordenador pueden simular a la perfección que actúan como si tuvieran sentimientos humanos, pero es un simple acto. Los hemos hecho a nuestra imagen y semejanza, pero en el fondo no se parecen en nada a nosotros.

—Davin me dijo más o menos lo mismo —murmuró Jan, vacilante—. No sé... No veo que proteger a la humanidad encaje con la directriz fundamental de proteger a los eloi.

Quizá todo se aclare en un momento u otro, pero...

Suspiró, se tocó el costado y gimió de dolor. Tendría que acudir a una máquina médica.

Todavía le dolían las costillas, en el punto donde Milo la había golpeado.

—Bien, me voy —dijo—. ¿Necesitas algo?

—Necesito muchas cosas, pero imagino que te refieres a elementos tan mundanos como comida y bebida, ¿no?

—Sí —respondió Jan con cautela—. Me encargaré de que te traigan algo.

—Eres muy amable. A propósito, hablando de necesidades, ¿cómo está mi anterior conejito?

—¿Tyra? Shan cuida de ella.

—Debe de estar muy contento, el muy capullo.

—Quiere matarte.

—No le culpo.

—Trataste a Tyra con inusitada crueldad. ¿Por qué? ¿Por qué la trataste tan brutalmente?

Milo se encogió de hombros.

—¿Por qué? Bueno, volvemos al tema de las necesidades perentorias.

—No creo que pueda describirse el sadismo como necesidad perentoria.

—¿De veras? Te llevarías una gran sorpresa.

—Nunca me trataste de esa manera, a menos que te reservaras para el futuro.

—Tú nunca fuiste como Tyra, Jan. Es una víctima nata. Su extrema docilidad excita mi parte sádica. Tú eras diferente. Eras una salvaje ignorante, pero tenías energía y valor.

De hecho, te admiraba, desde el primer momento que te conocí.
—Por favor, ahórrame esa basura —gruñó Jan. Abrió la puerta.
—Adiós, madre —se despidió Milo.
Ella se quedó petrificada. Giró sobre sus talones y le miró.
Milo sonrió.
—Lo siento. No pude reprimirme.

—¡Jean-Paul! ¡Jean-Paul!

Jean-Paul gruñó, en protesta por haber sido arrebatado de un sueño profundo y satisfactorio. Alguien le había cogido por el hombro y le estaba sacudiendo. Abrió los ojos y vio, a la pálida luz del amanecer, a Lon Haddon. Al mismo tiempo, notó que Ayla se removía a su lado y comprendió que había problemas. De lo contrario, Haddon jamás habría invadido de esa forma la intimidad de su hija.

Se incorporó a toda prisa y se frotó los ojos.

—¿Qué pasa?

—Una emergencia —dijo Haddon, en tono perentorio—. Vístete y acompáñame...

Ayla ya se había despertado.

—Papá, ¿qué sucede? —preguntó, preocupada.

—Algunos compañeros de Jean-Paul se han apoderado del arsenal. Tienen rehenes y amenazan con matarlos a menos que accedamos a sus demandas.

—¡Mierda! —exclamó Jean-Paul, mientras alcanzaba sus pantalones, colgados en una silla cercana.

—Tendrás que hablar con ellos, Jean-Paul. De lo contrario, habrá un baño de sangre.

—¡Malditos idiotas! —gritó Jean-Paul, mientras se ponía los pantalones.

—El camión está aparcado fuera —dijo Haddon, y salió de la habitación.

—Yo también voy —dijo Ayla, y saltó de la cama. Jean-Paul la miró mientras se ponía la camisa.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Lástima, porque pienso ir igualmente.

El camión eléctrico atravesaba Palmyra con paso traqueteante. Mientras conducía, Haddon les relató lo sucedido.

—Atacaron a primeras horas de la madrugada. Debieron reducir a los dos guardias. Aún no sabemos si están vivos o muertos. Se dio la alarma a las cuatro, cuando otros dos guardias fueron a relevarlos. Dispararon sobre los guardias. Disparos de advertencia.

Les dijeron que el arsenal estaba en manos de los Guerreros del Cielo del *Lord Montcalm* que tenían rehenes, incluyendo mujeres y niños, y que matarían a los rehenes a mediodía de hoy si no accedíamos a entregarles el poder.

—¿El poder? ¿Te refieres al poder político?

—Ni más ni menos.

Jean-Paul meneó la cabeza.

—¡Jesús, qué pandilla de imbéciles! —dijo con amargura—. Me dijeron que

pensara una forma de dominar Palmyra, pero no los tomé en serio. Te lo quise contar, pero Ayla me dijo que los teníais bajo vigilancia.

—Es verdad, papá —corroboró Ayla, sentada sobre el regazo de Jean-Paul—. Jean-Paul me lo contó y le dije que no se preocupara. Es culpa mía.

—¡No digas tonterías! —cortó Haddon—. Yo tampoco me lo habría tomado en serio. Y estaban bajo vigilancia.

—¿Dónde ha estado el fallo, pues? —preguntó Jean-Paul.

—Hasta el momento, hemos encontrado los cuerpos de tres personas que tenían encomendada la labor de vigilancia. El resto debe encontrarse entre los rehenes, y éstos se componen de las familias que habían alojado a tu gente.

—Joder —murmuró Jean-Paul. Se sentía avergonzado. Y mortificado—. ¿Cuántos son los conspiradores?

—Aún no lo sabemos con seguridad. Una docena, como mínimo. Su líder, o al menos el que lleva la voz cantante, es un tal Phillippe. ¿Le conoces?

—Sí, le conozco. Estaba en el grupo que habló conmigo.

—¿Crees que puedes hacerle entrar en razón? —Ya lo intenté, y fracasé, pero probaré otra vez. Es lo mínimo que puedo hacer.

El arsenal estaba en las afueras de la ciudad, en un terreno despejado de otros edificios.

Era una estructura de una planta, sin ventanas y de techo plano. Sólo había una puerta, en la parte de delante. Se habían plantado palmeras a su alrededor para suavizar su utilitaria severidad. Una fila de vehículos eléctricos, coches y camiones, estaban aparcados a cierta distancia, formando una barricada. Hombres armados con rifles se habían parapetado tras los vehículos y vigilaban el arsenal. Cuando Haddon aparcó el camión, lanzó una maldición.

—Lo que faltaba. Jelker Banks.

Jean-Paul advirtió que un hombre ancho de espaldas, de cabello y barba rojizos, avanzaba hacia ellos. Portaba un rifle. Le acompañaban otras dos personas, también armadas con rifles. Jean-Paul los recordó de su encuentro en la orilla del mar. El mayor se llamaba Bron.

—¡Bien hecho, Haddon! —voceó el hombre de la barba roja—. ¡Has capturado a su líder!

—¡No es su líder! —gritó Haddon, mientras saltaba de la cabina—. Cosa que sabes muy bien, Jelker.

Ayla saltó por el otro lado y Jean-Paul la siguió. Haddon y Jelker Banks estaban frente a frente.

—Yo no lo sé, Lon Haddon. ¡Él admitió que había sido el jefe de ese Señor del Cielo!

—¡Eso es agua pasada! ¡Ahora está con nosotros!

—¡Ja! ¡Puede que te haya engañado a ti y a la cabeza de chorlito de tu hija, pero a nosotros no! ¡Cuando hayamos acabado con esos piratas del cielo asesinos, será fusilado junto con los demás!

—¡Intenta fusilarle y tendrás que matarme a mí también! —gritó Ayla, aferrando con fuerza el brazo de Jean-Paul.

—Por mí, encantado —rió Bron.

—¡He venido a ayudaros! —gritó Jean-Paul—. Voy a intentar que se rindan.

Jelker Banks se volvió en su dirección. Tenía ojos azules muy claros, que parecieron traspasar a Jean-Paul.

—Ah, ¿sí? Apuesto a que piensas unirte a ellos.

—Sé razonable, Jelker —suplicó Haddon—. Si hubiera intervenido en la conspiración, ahora estaría con ellos ahí dentro. ¡Le necesitamos, Jelker! Si no los convence de que se rindan, habrá un baño de sangre. Hay una sola forma de entrar en ese arsenal. Si lo tomamos al asalto, perderemos un montón de hombres.

Otro hombre se había unido al grupo. Jean-Paul vio que era Lyle Weaver, el actual jefe del sexteto que gobernaba Palmyra. Llevaba un rifle. Miró a Jean-Paul con algo próximo al alivio y habló a Haddon.

—¿Lo va a hacer de buen grado?

—Sí —dijo Haddon—, pero Jelker pone objeciones.

Weaver fulminó con la mirada a Jelker Banks.

—No, ya no.

Jelker le devolvió la mirada, pero no tardó en encogerse de hombros.

—Muy bien, que vaya a hablar con ellos, pero le tendré apuntado con el rifle todo el rato. Si intenta entrar en el arsenal y unirse a sus amigos, caerá muerto en el acto.

Weaver se volvió hacia Jean-Paul.

—Trata de no hacerle caso. Todos lo haremos. ¿Crees que serás capaz de persuadirlos?

—Como ya le he dicho a Lon, no lo sé. No conozco a ninguno muy bien. Haré lo que pueda.

—Bien. Me encargaré de que alguien te proporcione una bandera blanca.

Ya iba a marcharse, cuando Jean-Paul le detuvo.

—Espera. Si voy a negociar con ellos, necesito algo con qué hacerlo. ¿Qué les ocurrirá si se rinden?

—Serán llevados al paredón y fusilados —dijo en voz alta Jelker Banks.

—Cierra el pico —le interrumpió Weaver, pensativo. Se frotó la mejilla—. Han matado a varias personas, y traicionado nuestra hospitalidad. No podemos permitir que se integren de nuevo en nuestra comunidad. Deberán salir... al yermo. Se les darán armas y provisiones, pero el resto es cosa suya. Y si no se rinden, será como Jelker dice: serán ejecutados.

Jean-Paul asintió. Weaver no tenía otra alternativa. Dadas las circunstancias, era bastante justo. En la posición de Weaver, él haría lo mismo.

Pocos minutos después, Jean-Paul salió de detrás de la fila de vehículos, sujetando en alto el palo de una escoba al que se había atado una funda de almohada, y caminó hacia la entrada en penumbra del arsenal. Aún notaba en sus labios el beso fuerte y angustiado que Ayla le acababa de dar. También notaba un cosquilleo en mitad de su espina dorsal, donde suponía que Jelker Banks le estaba apuntando. Y sólo Dios sabía cuántos rifles más le estarían apuntando desde el cavernoso interior del arsenal.

Se detuvo a unos veinte metros de la entrada y agitó la funda de almohada.

—¡Phillippe! —gritó—. ¡Soy yo, Jean-Paul! ¡Quiero hablar contigo!

Silencio. Por las puertas abiertas del arsenal sólo se veía oscuridad. Creyó distinguir una especie de barricada en el interior, pero no estaba seguro.

—¡Phillippe! —gritó de nuevo.

—¿Qué quieres, traidor? —fue la respuesta, que pilló a Jean-Paul por sorpresa.

—¿Eres tú, Phillippe?

—Sí, soy yo. Como eres un traidor, ahora soy yo el nuevo líder.

Dios, pensó Jean-Paul.

—¡Phillippe, esto es una locura! ¡No os saldréis con la vuestra! Tenéis que rendiros antes de que muera más gente.

—No nos rendiremos. No somos como tú, Jean-Paul.

—Si os rendís, al menos conservaréis la vida. El líder de Palmyra ha accedido a dejaros marchar si deponéis las armas.

—¿Marchar a dónde?

Jean-Paul, con la garganta cada vez más seca, tragó saliva.

—Fuera de Palmyra.

Phillippe lanzó una carcajada.

—Eso es lo mismo que sentenciarnos a muerte.

—Se os darán armas y provisiones. Tendréis una oportunidad. Careceréis de ella si os quedáis aquí.

—No hay trato, Jean-Paul. El ultimátum continúa. Díselo a su líder. A mediodía, si no hemos obtenido lo que deseamos, empezaremos a matar a los rehenes.

—¡Phillippe, sé razonable! ¡No van a entregaros Palmyra, con rehenes o sin ellos! ¡No podéis ganar! Si continuáis ahí dentro, moriréis antes de que el día termine.

—Pero antes nos llevaremos a unos cuantos por delante. Hemos dispuesto trampas explosivas por todo el arsenal. Si nos asaltan, todo volará por los aires, incluyendo una buena parte de Palmyra, teniendo en cuenta la cantidad de explosivos almacenados.

Rabia y frustración se apoderaron de Jean-Paul.

—¡Bastardo, bastardo estúpido...! —Se acercó más a la entrada—. Lo teníais todo y habéis arrojado...

No pudo continuar, porque algo le golpeó con la fuerza de un martillo pilón, lanzándole al aire. Aterrizó de espaldas y se quedó mirando el pálido cielo del amanecer, que ya se estaba tiñendo de rosa. Después, ya no vio nada.

—Es usted el sacerdote más peculiar que he conocido —dijo el capitán Ilia Viushkov a Milo, mientras le llenaba el vaso de vodka.

—Como ya le he dicho antes, no soy un sacerdote modélico —dijo Milo, cogiendo el vaso.

—No hace falta que lo repita —rió Viushkov, mientras llenaba su vaso.

—No, lo que quiero decir es... es... —Milo se sentía plácidamente borracho—, es que soy un miembro de nuestra orden religiosa, pero no he sido ordenado sacerdote.

—Es muy diferente que su acompañante, desde luego.

—Ah, bueno, pero él sí es un sacerdote, modélico. Muy modélico —rió Milo.

«Oh, oh, te estás pasando de rosca», se dijo, y ajustó su metabolismo para que su sistema eliminara el exceso de alcohol a mayor velocidad. Al cabo de unos momentos, estaba sudando puro alcohol. Esta noche no podía perder el sentido común.

Estaban sentados a una mesa, en el apartamento de Viushkov. Acababan de consumir ingentes cantidades de un *borscht* delicioso, un plato que Milo no probaba desde hacía mucho tiempo. La calidad de la comida en Karaganga demostró a Milo que las unidades de reciclaje orgánico aún funcionaban a la perfección, al contrario que las de Belvedere.

Les sirvió la comida una mujer sonriente a la que Milo, al principio, tomó por la esposa de Viushkov; se quedó más tranquilo cuando averiguó que se trataba de una simple criada. Habría sido un engorro que Viushkov estuviera casado. Bueno, felizmente casado, para ser exactos. Cuantos menos lazos familiares, mejor.

Había llegado el momento de ir directo al grano. Milo sorbió su bebida y lanzó una mirada astuta a Viushkov.

—Se habrá dado cuenta de que gozará de una posición envidiable cuando haya conquistado la comunidad terrestre.

Viushkov frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Será el gobernador virtual de ese lugar... Todas sus riquezas naturales le pertenecerán... Riquezas que Karaganga y los demás hábitats necesitan urgentemente. Y también estará en posesión de la única nave capaz de viajar entre la Tierra y el hábitat.

Durante un tiempo, al menos. También es la nave mejor armada del sistema. Así

me lo reveló mi inspección.

—Sí, hemos sacado todas las armas de rayos de las demás naves, y también del hábitat, y las hemos trasladado al *Christina*... —tomó otro sorbo—, pero no sé a dónde quiere ir a parar.

—A que estará en una posición inmejorable. Una posición que le permitirá estar por encima de todos...

Viushkov frunció todavía más el ceño.

—¿Está insinuando lo que creo que está insinuando?

—Es posible.

Viushkov dejó con brusquedad el vaso sobre la mesa.

—¡Soy un karagangano leal! —explotó, furioso.

—Claro que sí. Y, desde luego, no privará a su hábitat de lo que desea de la Tierra, pero todo tiene su precio.

Viushkov meneó la cabeza.

—No. De ninguna manera.

Milo suspiró.

—Le admiro, capitán Ilia Viushkov. Tiene la posibilidad de acceder a un poder total, por no mencionar enormes riquezas, pero su lealtad y sentido del deber no se lo permiten. Hombres así escasean. —Levantó el vaso—. Brindo por usted.

Milo regresó a su cabina una hora más tarde. Había dejado a Viushkov muy borracho. Y también había sembrado cierta semilla en su fuero interno, o así lo esperaba. «Pronto serás mío», pensó con satisfacción.

Ayla se despertó cuando oyó que Jean-Paul gemía. Se inclinó hacia delante ansiosamente, confiando en que hubiera recobrado el sentido.

—¡Jean-Paul! ¿Puedes oírme? Soy Ayla.

Los párpados del hombre se agitaron, pero los ojos siguieron cerrados. Ayla comprendió, decepcionada, que aún estaba inconsciente. Suspiró, tocó su frente con el dorso de la mano y se reclinó en la silla. Se sentía muy cansada y le dolía la cabeza. No se movía del lado de Jean-Paul desde que había salido del quirófano. Eso había sido a las tres de la tarde, y ahora ya pasaba de la medianoche, pero no iba a dejarle.

Después de la operación, el cirujano, Steven Aldane, amigo íntimo de su padre y al que conocía de toda la vida, le había dado las malas noticias que ella casi esperaba.

—Lo siento, Ayla —dijo—. He hecho lo que he podido, pero las posibilidades son escasas. Y aunque sobreviva, quedará paralítico para el resto de su vida. La bala le destrozó la espina dorsal.

—No va a morir —exclamó Ayla, con los ojos anegados en lágrimas—. No lo permitiré, Steven. No lo permitiré.

Su padre había entrado más tarde. Se quedó de pie a su lado y rodeó su espalda con el brazo.

—Lo siento mucho, Ayla.

—No va a morir —insistió ella.

—Espero que no, pero he hablado con Steven. Existen pocas posibilidades, cariño. Muy pocas. Y... considerando el alcance de sus heridas, tal vez sería mejor que...

—¡No! —gritó Ayla—. ¡No digas eso!

—Lo siento —se apresuró a decir, y apretó su hombro para indicar que la comprendía. Hizo una pausa—. Escucha, tal vez los hombres del espacio puedan ayudarle cuando lleguen. Estoy seguro de que su medicina es mucho más avanzada que la nuestra. Hemos perdido tantos conocimientos...

—¡Tú y tus malditos extraterrestres! ¡Crees que van a solucionarlo todo! ¡Estoy harta de oír hablar de ellos!

Se arrepintió al instante de sus palabras. Se volvió y vio reflejado en el rostro de su padre el dolor que le había causado.

—Lo...

—No tienes por qué disculparte. Sé que soy muy pesado con ese tema, pero lo he dicho en serio. Tal vez puedan ayudar a Jean-Paul.

—Sí, supongo que sí.

Una llama de esperanza empezó a arder en el interior de la joven. Su padre se

marchó a los pocos minutos. Había estado sola desde entonces, aparte de las periódicas observaciones que efectuaban Steven y una enfermera sobre el estado de Jean-Paul.

Siguió reviviendo el horror de aquella mañana. Cuando el rifle de Jelker Banks se disparó de repente y Jean-Paul cayó desplomado frente al arsenal, no entendió al principio la relación entre ambos hechos. Contempló el cuerpo retorcido de Jean-Paul, sin comprender. Lyle Weaver gritaba algo a Jelker Banks. Apenas oyó la respuesta de éste.

—El muy bastardo iba a unirse a ellos. Como yo había dicho.

A continuación, ella gritó el nombre de Jean-Paul y salió corriendo de entre las dos filas de camiones aparcados. Su padre intentó detenerla, pero ella esquivó con facilidad sus manos y siguió corriendo.

Se arrodilló junto a Jean-Paul, levantó su cabeza y besó su rostro. Tenía los ojos abiertos, pero su mirada era vaga.

—¡Jean-Paul! —gritó, pero él no contestó. Apoyó con suavidad su cabeza sobre la hierba y palpó su garganta. Aún tenía pulso.

—¡Nosotros no lo hemos hecho! —gritó una voz—. ¡No fuimos nosotros quienes disparamos!

Ayla levantó la vista, sorprendida. La voz procedía de la entrada del arsenal. Se había olvidado por completo de los amotinados.

—Sé que no habéis sido vosotros —respondió—. Sé quién lo ha hecho.

Oyó movimientos detrás de ella. Se volvió. Su padre se acercaba con las manos levantadas. Estaba muy pálido. Se arrodilló al lado de Jean-Paul, sin bajar las manos.

—¿Cómo está? —preguntó, y dirigió una nerviosa mirada a la oscura entrada del arsenal.

—Creo que mal —respondió ella, con voz temblorosa—. Muy mal. —La sangre de Jean-Paul manchaba la hierba que le rodeaba—. Voy a matar a Jelker Banks.

—Lyle le ha detenido. Y también a sus hijos.

—De todos modos, voy a matarle. —Lanzó una mirada implorante a su padre—. Oh, papá, ¿qué voy a hacer?

—Bueno, lo primero de todo es llevarle al hospital. —Se puso en pie poco a poco y se volvió hacia la entrada del arsenal—. ¡Vamos a llevarnos a este hombre de aquí! —gritó—. ¿Alguna objeción?

Ayla oyó murmullo de voces dentro del arsenal.

—Ninguna objeción —gritó alguien—. Lleváoslo. ¡Pero nada de trucos!

El padre de Ayla se agachó y cogió a Jean-Paul por los sobacos.

—Cógele por los pies —dijo a Ayla—. ¿Crees que podrás conseguirlo?

—Por supuesto.

Ayla le cogió por los tobillos y entre los dos le levantaron. Jean-Paul emitió un

sonido gutural, pero esa fue su única reacción. Pesaba bastante, pero Ayla habría aguantado aunque pesara el doble. Casi chilló cuando vio la cantidad de sangre derramada sobre la hierba.

Le trasladaron hacia la hilera de vehículos (no cesaba de sangrar) y le depositaron sobre un saco vacío en la parte posterior de su camión. Alguien trajo una manta, que Ayla utilizó para cubrirle. Se quedó con él mientras su padre conducía a la mayor velocidad posible hacia el hospital. Apretó el cuerpo de Jean-Paul contra ella, intentando suavizar las sacudidas. Cuando llegaron al hospital, Steven y su equipo se hicieron cargo del herido. El saco estaba empapado en sangre cuando le alzaron... Más tarde averiguó que, por una ironía de la vida, los amotinados se habían rendido una hora después. Ignoraba si el hecho de que Jean-Paul hubiera caído ante ellos había contribuido a su cambio de opinión. Pensó que sí, pero tampoco le importaba mucho.

El Juguete se lanzó contra el enjambre de hazzini que habían salido de un nido. El enjambre era tan espeso y el Juguete volaba a tal velocidad, que las continuas colisiones entre el Juguete y los hazzini fueron inevitables. Al poco, cientos de monstruos cayeron a tierra con el cuerpo destrozado o las alas rotas. Algunos chillaban de ira mientras caían; la mayoría ya estaban muertos.

El Juguete apenas vibraba cada vez que chocaba contra un hazzini.

—Te diviertes, ¿verdad?

—¿Cómo?

La atención de Jan estaba concentrada en las pantallas.

—He dicho que esto te divierte. Tendrías que ver la expresión de tu cara. Desconocía este aspecto tuyo.

Desvió la vista hacia Robin. La contemplaba con interés.

—Sí, me lo estoy pasando bomba —admitió—. Odio a esos monstruos. Un día te expliqué por qué. No pienso desperdiciar mi compasión en los hazzini. Son máquinas de matar, creadas genéticamente, de escasa inteligencia, aunque muy astutas.

—Bueno, no te estoy criticando. Solía hacer lo mismo con los calamares que pululaban en las cercanías de Shangri La. Me gustaba matarlos, pero luego siempre me sentía...

Bueno, como sucio.

—Bien, si me ocurre algo parecido, puedes darme una buena enjabonada en la ducha cuando volvamos al Ángel.

Dirigió a Robin una rápida sonrisa, y después ordenó al Juguete que describiera otro círculo alrededor del enjambre.

Después de segar cuatro veces la masa de hazzini, el Juguete se precipitó hacia la base del nido que, como todos los nidos de los hazzini, parecía una versión surrealista de la torre inclinada de Pisa (que se había derrumbado en el año 2000). El Juguete

disparó varios cohetes contra el nido. Estallaron con tremenda fuerza, y enormes fragmentos de sus muros volaron por los aires. Luego, el enorme edificio se derrumbó. El Juguete retrocedió a una prudente distancia, mientras el nido se desplomaba nivel a nivel. Jan contempló la escena con avidez, hasta que una nube de polvo se lo impidió. Cabeceó, satisfecha.

—Sí, me lo he pasado en grande.

—Me alegro de que te diviertas tanto, pero ¿no crees que todo esto es una pérdida de tiempo? —preguntó Robin—. Nuestro trabajo consiste en recoger muestras biológicas y llevarlas al Ángel del Cielo. En cuanto Febo realice su trabajo, se acabaron los hazzini.

—Lo sé, lo sé..., pero perdona mi caprichito, ¿quieres?

Palmeó el muslo del joven.

Los hazzini continuaban lanzándose sobre el Juguete y trataban de perforar el casco con sus largas y afiladas garras. Jan vio un primer plano de una cabeza en el monitor y se estremeció. Recordaba con demasiada vividez su encuentro casi fatal con un hazzini en el *Lord Pangloth*. Éste era idéntico: la misma cabeza huesuda de caballo, las antenas de mosquito, la trompa. Dijo unas breves palabras al Juguete y el hazzini fue aferrado al instante por unos brazos que le apartaron de la proa. Una especie de lanza se hundió en el duro caparazón que cubría el pecho del ser.

—Muestra biológica obtenida —dijo el Juguete, mientras la sonda en forma de lanza se hundía de nuevo en el casco.

El hazzini continuó agitando sus largas y transparentes alas, sin darse cuenta de que estaba muerto. Los brazos, partes nuevas añadidas al Juguete, lo soltaron y el ser aleteó locamente unos segundos, antes de precipitarse hacia tierra.

—Eso también me ha gustado —dijo Jan a Robin.

—Ya lo veo. Y ahora ¿qué?

—Bueno, pues creo que recogeremos más muestras de hongos y volveremos al Ángel.

—¿Dónde estamos, exactamente? —preguntó Jan al Juguete.

—En el medio oeste del continente norteamericano —contestó el Juguete.

—¿Puedes ser más preciso, por favor?

—Mis registros están desfasados. Sólo te puedo decir cómo se llamó en otro tiempo esta zona.

—Pues hazlo.

—Cuando los Estados Unidos existían, era conocido como el estado de Iowa. Después de la fragmentación de la federación en 2071, pasó a formar parte del súper estado feminista llamado Minerva.

Jan pegó un brinco.

—¿Minerva? ¡No puede ser!

Escrutó los monitores. No reconoció el terreno que sobrevolaban.

—No puede ser —murmuró.

—Según mis registros, era Minerva —insistió el Juguete.

Jan iba a protestar cuando recordó que la Minerva en que había crecido era una ínfima parte de la Minerva original.

—Explora toda la zona —pidió al Juguete, muy excitada.

—Muy bien —contestó el aparato.

—¿Qué estás intentando? —preguntó Robin.

—Encontrar mi casa.

—¿Tenemos tiempo para eso? Vamos con retraso.

—Me da igual —replicó Jan con firmeza, sin dejar de vigilar las pantallas.

Durante la siguiente media hora sobrevolaron tres pequeñas poblaciones (una totalmente invadida por el yermo), y cada vez los habitantes salieron de sus cabañas para contemplar con estupor la máquina voladora que no era un Señor del Cielo, pero Jan no les prestó la menor atención.

—¡Disminuye la velocidad! —gritó por fin, y el Juguete obedeció.

Sí, aquella cadena de colinas... Incluso desde ese ángulo las reconoció.

—¿En qué dirección volamos ahora? —preguntó, expectante.

—Hacia el este —contestó el Juguete.

—En ese caso, tendría que estar a unos treinta kilómetros al este de esa cadena de colinas...

El Juguete sobrevoló las colinas a poca velocidad y descendió.

—Dios Madre, es aquí, no cabe duda, pero... ¿dónde está la ciudad? ¿Dónde está Minerva?

—Me contaste que el Señor del Cielo la había bombardeado —dijo Robin.

—Sí, pero algunos edificios quedaron en pie. Unos cuantos de los más pequeños. —Frunció el ceño—. Aunque se habían declarado varios incendios cuando me llevaron a la nave. Quizá el resto se quemó. —Contempló las pantallas y sacudió la cabeza—. Estamos sobrevolando el terreno donde se asentaban las pocas granjas que nos quedaban... Ahora, todo es yermo.

—Ahí delante hay algo —indicó Robin.

Jan comprobó que tenía razón. Grandes formas cubiertas de hongos. Minerva. Se formó un nudo en su garganta. Todos los esfuerzos de cientos de años habían sido en vano. El yermo había ganado la partida. El Juguete pasaba ahora sobre el sudario de hongos que cubría la ciudad. Jan ordenó que parase y aterrizase.

—Estamos encima de lo que era la plaza de la ciudad —explicó a Robin.

El Juguete se posó con suavidad en el suelo. Jan cogió las pequeñas pistolas de rayos que Febo les había proporcionado, tendió una a Robin y se puso la otra en el cinturón.

Después, pidió al Juguete que abriera las escotillas.

—Ten cuidado —advirtió Jan a Robin—. Nunca has estado en terreno emponzoñado...

Bueno, sí, pero no te acuerdas. Puede ser muy peligroso.

—¿Cuándo dejarás de tratarme como a un bebé?

Existía una respuesta concreta a esa pregunta, pensó Jan, pero no iba a caer en la crueldad de decírsela. Fue la primera en salir del Juguete. Percibió de inmediato el hedor de los hongos. Y hacía un calor agobiante. El sol brillaba en lo alto de un cielo despejado. Calculó que era mediodía en esta parte del continente. Paseó la vista a su alrededor para intentar orientarse. Era difícil, porque los hongos enmascaraban los pocos edificios que flanqueaban la plaza.

—De modo que esto es Minerva —dijo Robin.

—No la estás viendo en su mejor momento —comentó con amargura Jan.

—Lo sé. No pretendía burlarme.

—Lo siento —murmuró ella, y cruzó la plaza en dirección a la fila de edificios más cercana. La plaza se encontraba relativamente limpia, sin contar las agrupaciones de hongos venenosos que medían dos metros de altitud y algunos bejines gigantescos. Un enorme árbol que crecía en una esquina despertó su asombro. No se acordaba de él, y dudaba de que en su ausencia hubiera crecido de tal manera un nuevo árbol. Otro detalle extraño era que los hongos no lo habían atacado. Entonces, observó que Robin se había desviado y caminaba hacia el árbol.

—¿A dónde vas? —preguntó ella.

—A hacer un pis. ¿Te parece bien?

—Mucho —contestó Jan, irritada, y se disponía a continuar cuando algo empezó a angustiarse. Algo que debía recordar sobre ciertos árboles... ¡Dios Madre! Se giró en redondo y sacó el arma del cinturón.

—¡Robin! —chilló, con toda la fuerza de sus pulmones, pero ya era demasiado tarde.

—¡Hacia el lejano horizonte azul nos dirigimos! —canturreó Milo en voz muy alta cuando entró en la cabina.

El padre Shaw estaba sentado a la pequeña mesa, donde leía la desgastada Biblia (de hecho, no paraba de leerla últimamente), y contempló la entrada triunfal de Milo con ojos llenos de ansiedad. Su aspecto no era bueno. Había perdido varios kilos y tenía la cara demacrada. No dormía muy bien, temeroso de que Milo le asesinara aprovechando su sueño. Milo había considerado seriamente tal posibilidad, pero después decidió aplazar el feliz acontecimiento.

Milo se tiró sobre su camastro.

—¿Todo preparado para la gran aventura? —preguntó, en tono jovial—. Saldremos dentro de pocas horas.

El padre Shaw se humedeció sus labios resecaos.

—¿Cuándo va a hacerlo?

—¿Hacer qué, querido padre? —le preguntó Milo, fingiendo ignorancia.

El padre Shaw volvió a humedecerse los labios.

—Asesinarme.

Milo enarcó las cejas.

—¿Asesinarte? Dios me libre. ¿Ya vuelves a las andadas? Estás vivito y coleando, ¿no?

Te estás volviendo paranoico.

El sacerdote le miró en silencio unos segundos.

—No se saldrá con la suya —dijo por fin—. Dios le castigará.

—¿Crees de veras que a ese Dios al que rindes reverencia, creador de todo el universo, le importas una mierda? Ése es uno de los motivos por los que os detesto tanto, malditos meapilas: ¡sois tan egoístas! Hablas como si Dios y tú hubierais sido antiguos compañeros de colegio.

—La blasfemia no conseguirá sino empeorar las cosas —dijo el padre Shaw, con labios temblorosos.

—Me arriesgaré. Entretanto, deberías prepararte para la gran aventura en el planeta madre. Piensa en todas esas pobres almas degeneradas que te esperan para que las conduzcas hacia Dios y la salvación.

—La gente de la Tierra está más allá de la redención. Como usted.

—Bien, no me parece la actitud positiva que debe adoptar un sacerdote. El único motivo de tu participación en esta expedición era valorar a la gente de la Tierra desde un punto de vista espiritual.

—El motivo de que esté aquí es usted —dijo el padre Shaw, en voz más alta—. Ahora lo comprendo. Usted lo planeó. Usted sugirió al padre Massie que enviáramos

un representante a la Tierra, pero todo iba encaminado a que usted viajara a la Tierra. ¡Mi presencia allí no es nada necesaria!

Milo se levantó de la cama, caminó hacia el padre Shaw y palmeó su cabeza. El sacerdote se encogió.

—Al contrario, eres muy importante para mí. De momento.

—Deje que me quede aquí, por favor —suplicó el padre Shaw—. No quiero ir a la Tierra. No quiero ir con usted. Déjeme regresar a Belvedere. Prometo que no revelaré a nadie quién es. Lo juro por mi alma.

Milo expresó su desaprobación con un fruncimiento de ceño.

—Cuidado —advirtió—. No arriesgues tu alma jurando algo que no serás capaz de cumplir.

—¡Lo juro! —gritó el padre Shaw—. No diré nada a nadie. ¡Deje que me marche, por favor!

—Muy bien.

El padre Shaw se quedó boquiabierto. Milo observó que los dientes del maxilar inferior estaban muy sucios. La higiene personal del sacerdote también se había ido por la borda.

—¿Lo dice en serio? —susurró el padre Shaw.

—Claro que lo digo en serio. Puedes regresar a Belvedere. Ya has cumplido tu cometido.

El padre Shaw aferró la mano de Milo y, ante la sorpresa de éste, la besó repetidas veces.

—¡Gracias! ¡Gracias! —gritó—. ¡Gracias!

Podría haber continuado así indefinidamente, pero Milo palmeó su hombro.

—Padre Shaw.

El sacerdote le miró, con los ojos anegados en lágrimas de agradecimiento.

—¿Sí?

—Sólo estaba bromeando —dijo Milo, y le guiñó el ojo—. Ni se me ha pasado por la cabeza enviarte de vuelta a ese siniestro Belvedere; irás a la Tierra conmigo. Nos lo vamos a pasar muy bien.

Milo contempló con sumo interés y diversión la reacción del padre Shaw; su rostro pareció derrumbarse en pedazos. Después, se cubrió la cara con las manos, apoyó la cabeza sobre la mesa y estalló en lágrimas. Milo volvió a su camastro.

—¡Hacia el lejano horizonte azul nos di-ri-gi-mooooos! —cantó.

Fue su forma de chillar lo que le salvó. Era un grito capaz de parar en seco a un reptil gigante. Robin se quedó inmóvil justo en el momento en que el árbol lanzaba su tentáculo hacia él a una velocidad aterradora. El extremo del tentáculo chasqueó en el aire, a escasos centímetros de Robin. El joven no lo vio, pues había vuelto la cabeza hacia Jan, pero notó que algo agitaba el aire y miró hacia el árbol, a tiempo de ver

que el tentáculo retrocedía. Jan, mientras sacaba la pistola de rayos del cinturón, volvió a gritar.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Robin retrocedió un paso, indeciso. Jan apuntó y disparó contra el tronco. El árbol se estremeció. Dos tentáculos se lanzaron hacia Robin a la vez, pero él ya estaba fuera de su alcance. Por fin, sacó su arma. Disparó. Los estremecimientos del árbol adquirieron más violencia. Sus tentáculos azotaban el aire frenéticamente.

—¡Sigue disparando! —le gritó Jan a Robin, mientras se acercaba a él. Entonces, observó que la tierra alrededor del árbol empezaba a ondularse. El tronco se movió.

Hacia arriba. «¡Dios Madre!», pensó, estupefacta al comprender lo que estaba ocurriendo, «¡el árbol trata de arrancarse de la tierra!».

Surgió humo del tronco, mientras Jan y Robin continuaban disparando sobre él. Las grandes espinas curvas, con las cuales empalaba a sus víctimas, brotaron del tronco ennegrecido. Jan vio que había sacado las raíces de la tierra negruzca. Sólo que no eran raíces..., sino enormes miembros nervudos que finalizaban en una especie de mano o pie armado de tres grandes garras. Primero uno, y después otro, emergieron del tronco y se hundieron en la tierra. La cosa intentaba liberarse. Jan desvió la pistola hacia las «ramas», barriéndolas con el rayo de su pistola. El árbol se agitó a modo de protesta, y sus hojas crujieron. Los tentáculos continuaron azotando el aire. De pronto, se oyó un espantoso crujido y el árbol avanzó tambaleante hacia ellos.

—¡Corre! —aulló Jan, pero esta vez no hizo falta avisar a Robin. Había visto el peligro y corría como un maníaco, imitado por Jan.

Un siseo agudo estremeció el aire y la tierra tembló cuando el árbol se desplomó. Jan se detuvo y volvió la cabeza. La copa del árbol había caído entre ella y Robin. Éste también se paró. Las hojas continuaban crujendo y los tentáculos se retorcían, aunque cada vez con menor fuerza.

—No dejes de disparar —gritó la muchacha a Robin, y abrasó las hojas con el rayo.

Cuando el árbol carbonizado se inmovilizó por completo, Robin se acercó con cautela a Jan.

—¿Qué coño era eso? —preguntó, arrugando la nariz al percibir un olor acre que subía hasta ellos.

—Un árbol látigo —tosió Jan—, pero nunca había visto uno tan grande. Ni tampoco había visto que se arrancara del suelo y tratara de caminar.

—¿Un árbol látigo? ¿Qué es eso?

—Otro juguete creado antes de las Guerras Genéticas. Es una mezcla de animal y vegetal. Más animal que vegetal, probablemente. Adopta la forma de diferentes especies de árboles. Cuando un animal, o una persona, se acerca, le agarra con el

tentáculo, le empala con las espinas y absorbe poco a poco los fluidos de su cuerpo, hasta que sólo queda un cascarón vacío. Luego, lo tira lejos para no alertar a la próxima víctima. Has tenido la inmensa suerte de no ser protagonista directo de todo el proceso.

—Lo sé —dijo Robin, y se secó el sudor de la frente—. Si no hubieras chillado de aquella manera...

—Percibí un movimiento. Hasta entonces, ni se me había ocurrido que fuera un árbol látigo. Como ya te he dicho, nunca había visto uno tan grande.

—¿Una especie nueva? ¿Una mutación?

—Supongo. Había muchos árboles látigo en las inmediaciones de Minerva, pero jamás supe que caminaran. —Guardó la pistola en el cinturón—. Deberíamos tomar una muestra antes de irnos, pero esperaremos un poco. Quiero asegurarme de que esté bien muerto antes de acercarnos.

—Me parece perfecto.

Caminaron hacia el límite de la plaza y Jan paseó la vista a su alrededor, con el ceño fruncido. Después, su rostro se iluminó.

—Creo que ya me he orientado —dijo—. Estamos en la parte norte de la plaza. —Se volvió y señaló las ruinas de un enorme edificio, cubierto de hongos—. Esto era el ayuntamiento de la ciudad. Recuerdo que recibió un impacto directo. Y allí... —indicó uno de los grandes huecos que jalonaban el suelo— estaba el estrado, donde las caudillos, mi madre entre ellas, esperaban para rendir honores oficiales al *Lord Pangloth* cuando venía a recoger su tributo. También recibió un impacto directo. Aquel día. Nunca volví a ver a mi madre...

Su voz se quebró y Robin la rodeó con sus brazos.

—No pienses en ello, si tanto daño te hace.

Jan se recostó contra él.

—No, lo necesito. Se lo debo a la memoria de mi madre. Y de las demás: Alsa, Helen, Simon..., incluso de Martha.

—¿Martha?

Jan esbozó una leve sonrisa.

—Martha era una chimpancé.

Robin no pudo reprimir una carcajada.

—Más bien una criada, en realidad —dijo Jan, recordando con cierto sentimiento de culpabilidad lo muy a menudo que se enfadaba con Martha—. Dios Madre, parece que haya pasado tanto tiempo... —Se apartó de él y volvió a inspeccionar la plaza. Señaló al lado opuesto—. Eso es la posada, o lo que queda de ella. Aquel día, yo estaba en el tejado..., cuando todo ocurrió. Después de disparar nuestros inútiles cohetes contra el *Lord Pangloth*, las bombas empezaron a caer. Vi que una se estrellaba contra el techo de la posada, y luego lo atravesó... —Señaló en otra

dirección—. En aquel enorme hueco de allí estaba el templo de Dios Madre. Estaba hecho de madera..., madera sagrada... Debió de quemarse por completo.

Suspiró, cogió a Robin de la mano y le guió hacia una calle. Reinaba en ella un silencio espectral; los hongos que cubrían los restos todavía en pie de la destrozada ciudad ahogaban sus pasos. No vieron pájaros ni insectos.

—¿A dónde vamos? —preguntó Robin.

—Estoy haciendo una especie de peregrinaje. Después, recogeremos las muestras y nos iremos.

Comprobó con sorpresa que su casa seguía en pie y, al parecer, intacta bajo su sudario de hongos, cuando la mayoría de las otras cercanas se veían destrozadas. Utilizó la pistola para eliminar los hongos que cubrían la puerta. Los dos contuvieron la respiración para evitar el hedor de los hongos chamuscados. La madera estaba podrida y cayó en pedazos a la primera patada. Jan entró con cautela. Robin la siguió.

—Ten cuidado —dijo el joven—, se nos podría venir encima toda la casa.

—Lo sé. ¿Por qué no esperas fuera? No tardaré mucho.

—Me quedaré contigo.

—Gracias —contestó Jan, agradecida.

Recorrió las habitaciones de una en una, sin darse prisa. La sala de estar, el dormitorio de su madre, el suyo..., la cocina.

La mañana en que el *Lord Pangloth* les había visitado por última vez, había discutido con Melissa, su madre, después de que le diera la pequeña bomba y le ordenara entregarse a los Guerreros del Cielo si el ataque contra el Señor del Cielo fracasaba. «Tú no eres mi madre», había contestado por fin, y Melissa la había abofeteado. Aquéllas fueron las últimas palabras que intercambiaron. Jan nunca tuvo la oportunidad de disculparse. Ahora, en la húmeda cocina, cuyos muebles estaban cubiertos de hongos, dijo en voz baja:

—Melissa... Madre... Lo siento...

Jan subió al Juguete para coger el maletín de las muestras. Se quedó sorprendida al oír que Robin entraba detrás de ella. Se volvió hacia él.

—¿Qué haces? Sólo he subido a coger el maletín.

Robin se sentó a su lado en el sofá del piloto. Aunque se había ampliado la cabina para que cupieran los dos, seguía siendo muy estrecha.

—Olvídate del maletín durante un rato. Antes, hemos de ocuparnos de algo más importante.

—¿Qué?

—Esto.

Robin la tomó en sus brazos y la besó con lo que parecía auténtica pasión. La sorpresa de Jan fue mayúscula, pero no tardó en responder. Mientras se manoseaban frenéticamente en el sofá, tuvo otra agradable sorpresa. Se apartó de él.

—¡Robin! ¡Tienes... tienes una...!

Él sonrió y asintió.

—Sí. No sé cuánto durará, así que no perdamos el tiempo.

Se quitaron la ropa con grandes dificultades e hicieron el amor como posesos. Después de su primer orgasmo, Robin no tardó en alcanzar otra descomunal erección. Volvieron a hacer el amor, pero con mucha más calma. Jan pensó que era el mejor polvo de su vida. Con un hombre.

—Sé bienvenido a casa —susurró más tarde, cuando yacían abrazados y sin fuerzas sobre el sofá.

Después, salieron con el maletín y empezaron a recoger muestras de todas las especies de hongos diferentes que pudieron encontrar. Dejaron para el final el árbol látigo. Jan se acercó con cautela, después de quemar sus tentáculos visibles, mientras Robin vigilaba desde atrás, preparado para disparar al menor movimiento. Sin embargo, cuando hundió el taladro en el tronco carbonizado, no ocurrió nada. Estaba definitivamente muerto.

Jan experimentó un gran alivio cuando el Juguete se elevó en el aire. También experimentó cierta liberación, como si se hubiera desprendido de un peso que la agobiaba desde hacía años.

—Adiós —musitó, mientras Minerva se perdía en la lejanía.

El Juguete voló hacia el sur, en dirección al Ángel del Cielo que aguardaba en algún punto de Sudamérica. Apenas llevaban volando unos minutos, cuando el Juguete habló.

—He establecido contacto por radar. Un objeto volador de gran tamaño a unos ciento veinticinco kilómetros al sudeste. Una aeronave.

Jan miró a Robin.

—Un Señor del Cielo —dijo.

—Pero tú limpiaste Norteamérica de Ángeles del Cielo.

—Sí. Eso significa que es una Ashley. Será mejor echar una ojeada.

—¿Permiso para entrar en el puente, capitán Viushkov?

Viushkov se giró en su asiento y asintió.

—Por supuesto, hermano James.

Milo salió de la escotilla y entró en el puente, flanqueado por hileras de pantallas en funcionamiento. Sobre ellos estaban inclinados algunos hombres, y tan sólo una mujer.

Gracias a la red del techo, Milo avanzó por el puente, hasta situarse detrás del capitán y su copiloto.

—¿Todo controlado?

—Perfectamente —respondió Viushkov—. El programa de vuelo que estamos utilizando es antiguo, pero tan eficaz ahora como cuando los viajes de la Tierra a

Karaganga eran pura rutina.

Milo echó un vistazo por la portilla de babor. La Tierra ocupaba casi su totalidad.

«Vuelvo a casa; después de tantos años, vuelvo a casa», pensó Milo.

—¿Cómo se encuentra el padre Shaw? —preguntó Viushkov.

—Temo que no ha mejorado —contestó Milo—. He intentado convencerle de que tome un sedante, pero se niega.

—Nunca había visto a un hombre tan asustado.

—Es por culpa de la caída libre. No consigue adaptarse. Ocurrió lo mismo en el viaje desde Belvedere. Quizá se recobre cuando pisemos la Tierra.

—Ya sé que le parecerá extraño —dijo Viushkov—, pero tuve la impresión de que estaba asustado de usted.

—Una idea divertida —rió Milo—, pero carece de fundamento. No aprueba mi comportamiento, desde luego, pero carece de motivos para temerme.

Viushkov se volvió y le dirigió una penetrante mirada.

—¿De veras?

Milo sonrió.

—¿Ha pensado en lo que le dije? —preguntó.

—No hablemos de eso ahora —se apresuró a decir Viushkov, moviendo la cabeza en dirección a su copiloto.

Milo se inclinó hacia delante y apuntó con el dedo a la Tierra, cada vez más próxima.

Acercó los labios al oído de Viushkov y susurró:

—Algún día, hijo mío, todo eso será tuyo.

El punto que aparecía en el monitor se convirtió al poco rato en un Señor del Cielo. A Jan no le costó nada reconocerlo.

—*La Brisa Perfumada* —dijo con amargura. Conjuraba malos recuerdos. De Horado, el señor de la guerra. Y de su amada Ceri, prisionera en aquella nave japonesa. Ceri nunca se había recuperado de sus padecimientos.

—Si puedes, establece contacto por la radio —ordenó al Juguete—. En el ínterin, describe un círculo alrededor de la nave.

—¿Crees que hay gente a bordo? —preguntó Robin.

—Lo dudo. Todas las Ashleys se desembarazaron de su cargamento humano, a excepción, creo, del *Lord Montcalm*. En cualquier caso, será mejor que nos aseguremos antes de lanzar un ataque.

—He captado una voz, Jan —dijo el Juguete—. Te la paso.

Una voz familiar surgió por el altavoz.

—¿Hola, hola? ¿Quién es? ¿Por qué das vueltas a mi alrededor? Contesta o te derribaré. ¡Puedo hacerlo, no lo dudes!

Jan suspiró. La escalofriante reproducción de la voz perteneciente a una muchacha que había muerto siglos antes.

—Hola, Ashley. ¿Cómo estás?

Siguió un breve silencio.

—¿Quién eres? Me suena tu voz.

—Soy Jan, Ashley. ¿Te acuerdas de mí?

—¡Jan! —exclamó la voz—. ¡Pues claro que me acuerdo de ti! Oye, es fantástico. ¡Has venido a visitarme!

Jan miró a Robin. Ashley estaba contenta de escucharla. Tuvo que obligarse a recordar que ésta no era la misma Ashley que les había abandonado a Robin y a ella en el yermo.

—Sí, he venido a visitarte. Hum, ¿cómo ha ido eso?

La pregunta le pareció absurda en cuanto la hubo formulado.

—Oh, bien, supongo, pero estoy aburrida. Y me siento sola. Ya no puedo hablar por radio con mis otros yos. No sé por qué. Aquí sólo estamos Carl y yo, y ya sabes lo divertido que es.

—¿No hay gente a bordo?

Gente auténtica, estuvo a punto de decir.

—No, la expulsé hace siglos. Era muy aburrida, y cuidarla era un engorro.

—Juguete, desconecta el micrófono, por favor —dijo Jan, y miró a Robin—. Creo que lo mejor sería destruirla. En este momento parece que está muy bien, pero igual dura poco su buen humor. No podemos dejar tal potencia de destrucción en sus

manos.

Robin asintió.

—¿Jan? ¿Jan? ¿Sigues ahí? —preguntó Ashley.

Jan ordenó al Juguete que conectara el micrófono.

—Sí, sigo aquí. Voy a visitarte.

—¡Fantástico!

El Juguete dejó de describir círculos y se acercó a *La Brisa Perfumada*.

—Apunta a la cabina de control —dijo Jan al Juguete—. Acércate todo lo que puedas antes de disparar, para que no tenga tiempo de utilizar sus láseres.

El Juguete aumentó la velocidad.

—¿Qué haces, Jan? ¿No vas a aterrizar sobre el casco?

Jan no contestó. El Juguete se lanzó hacia la cabina de control, una diminuta burbuja transparente situada bajo la enorme proa de la nave. La burbuja aumentó de tamaño.

Entonces, el Juguete disparó un misil.

—¡Jan! ¿Qué vas a...?

El misil alcanzó su objetivo y estalló. La cabina de control y una gran parte del casco se volatilizaron al instante. Ashley enmudeció.

La Brisa Perfumada, sin control alguno, empezó a perder altitud. También escoró a estribor de forma pronunciada.

—Será mejor terminar el trabajo —murmuró Jan.

El Juguete disparó varios proyectiles más contra el casco de la nave. Ésta se estremeció, sacudida por violentas explosiones. Entonces, una celda de gas que contenía hidrógeno se incendió espectacularmente. Mientras Jan contemplaba el fuego que se propagaba con gran rapidez por *La Brisa Perfumada*, comprendió que había llevado a cabo su segundo acto de expiación de aquel día.

Jean-Paul chupó la caña hasta vaciar la taza. Suspiró y cerró los ojos. Ayla le contempló preocupada. Su cara se veía aún más demacrada y pálida.

—¿Te duele mucho? —preguntó.

Jean-Paul abrió los ojos.

—No, no mucho —dijo con voz débil—. La última inyección esta obrando efecto. Lo peor es el picor debajo del yeso. —El yeso iba desde el cuello a las caderas—. Al menos, sólo lo noto de aquí hacia arriba. —Indicó el esternón. Estaba paralizado desde el hueso hasta los pies—. Otra ventaja es que no noto ese condenado catéter.

Dibujó una sonrisa forzada. Ella le devolvió la sonrisa, igualmente forzada. Verle así la estaba matando.

—Falta poco para que lleguen los hombres del espacio —dijo—. Estoy segura de que papá tiene razón: sabrán más de medicina que nosotros. Podrán ayudarte.

—Sí, seguro.

—Lo digo en serio.

Él cogió su mano.

—Lo sé, querida, pero a pesar de lo que el médico, Lon y tú habéis dicho, me he hecho una buena idea de la gravedad de mis heridas. No se trata de una parálisis «temporal», y aún está por ver si voy a salir de ésta. Lo he leído en los ojos del médico... y de Lon.

Esos hombres del espacio tendrán que obrar auténticos milagros para serme útiles.

—¿Ves en mis ojos... lo que has visto en los de Steven y papá?

—No. Sólo esperanza y amor. Me amas demasiado para ser consciente de la realidad.

—Y también tengo fe, Jean-Paul. Vas a conseguirlo, y los hombres del espacio podrán ayudarte.

—Eso espero, pero debo ser sincero contigo, Ayla. Si no pueden curarme, prefiero poner fin a... esto.

—¡No hables así! —estalló la joven—. ¡Son palabras propias de un... cobarde!

—¿Un cobarde? —le sonrió débilmente Jean-Paul—. Sí, supongo que lo soy, si prefiero morir antes que vivir años y años así, inválido e inútil. Y pensar que nunca más podré hacerte el amor, Ayla... No puedo aceptarlo, de modo que sí, vaya, soy un cobarde.

Las lágrimas anegaron los ojos de la muchacha.

—¡Basta, por favor!

—Lo siento. Bien, hablemos de otra cosa. De lo que sea. Por ejemplo, ¿cuál es la situación de nuestros amigos del fondo del mar? ¿Han vuelto a aparecer?

—Sí —contestó Ayla, mientras se secaba los ojos con el dorso de la mano—. Anoche. Un grupo se infiltró por los diques exteriores y asaltó las piscifactorías. Hicieron muchos destrozos y comieron muchos peces. Lo descubrimos esta mañana. Una partida de cazadores, a las órdenes de Juli, fue tras ellos. No sé si han tenido suerte. Ni siquiera sé si han vuelto.

—Mal asunto.

Ayla notó que su voz se debilitaba.

—Sí, ya lo creo. Esperemos que los hombres del espacio nos puedan ayudar también en eso.

—Estás depositando demasiadas esperanzas en esos extraños.

—Lo sé. Ya empiezo a hablar como papá y Lyle, pero necesitamos ayuda. Demasiadas desgracias a la vez. Palmyra no logrará sobrevivir otra década si no conseguimos ayuda del exterior.

Jean-Paul cerró los ojos. Ayla creyó que se había dormido, pero volvió a abrir los ojos al cabo de unos instantes.

—¿Qué sabes de...? ¿Qué sabes de mi gente? ¿Ya los habéis expulsado?

—Sí. Al amanecer. Fueron escoltados hasta la frontera. Se les proporcionaron víveres, agua y unos cuantos rifles, se les comunicó dónde encontrarían enterradas las municiones, y se marcharon. Hay algunos lugares incólumes en la costa; es posible que consigan llegar a uno de ellos.

—Estoy seguro —dijo Jean-Paul, con los ojos cerrados. Hablaba en tono escéptico.

—El problema es... —dijo Ayla, vacilante—, que obligaron a todos a marcharse. No sólo a los rebeldes, sino también a los que no los secundaron.

—¿A todos? —comentó Jean-Paul abriendo con dificultad los ojos.

—Temo que sí. A excepción de los que están ingresados en el hospital por quemaduras.

Y tú, por supuesto. Lyle no quería hacerlo, pero se habrían producido disturbios en caso contrario.

—Mierda.

El capitán Viushkov salió al pasillo, con expresión irritada.

—¿Qué es eso tan importante que debe comunicarme? —preguntó al hermano James—. Entraremos en la atmósfera de la Tierra dentro de doce minutos y debería estar en el puente.

—Perdone, capitán —dijo el hermano James—, pero es importante. He pensado que usted debería ser el primero en saberlo...

El hermano James abrió la puerta del lavabo. El capitán Viushkov se asomó. El padre Shaw flotaba en el aire. Tenía la cara azulada. Viushkov se volvió hacia el hermano James.

—Está muerto.

—Sí, en efecto. Hace diez minutos dijo que se encontraba mal y entró aquí. Como ya sabe, me preocupaba mucho su salud y le seguí, para asegurarme de que todo iba bien.

Le encontré así.

—¿Cuál cree que ha sido la causa de la muerte?

El hermano James se encogió de hombros.

—No estaré seguro hasta que le practique la autopsia, pero yo diría que fue un ataque al corazón. Padeció excesivas tensiones durante el viaje.

Viushkov contempló de nuevo el cadáver. La parte delantera del traje que llevaba el padre Shaw estaba abierta y dejaba escapar un asqueroso hedor a excreciones. El padre no había podido utilizar el retrete antes de morir. A juzgar por el color del rostro, Viushkov supuso que había muerto de asfixia. Y a juzgar por la expresión, de puro terror; no había sido una muerte rápida.

Se preguntó por qué le había asesinado el hermano James.

—Le dejaremos aquí de momento. Sujétele con los cinturones de seguridad. No me gustaría que rondara por la nave durante el aterrizaje. Clausuraré este lavabo.

—Sí, capitán. Imagino que enviará un mensaje a Belvedere, informando a los demás padres del infortunado fallecimiento del padre Shaw.

—Tendrá que esperar a que hayamos aterrizado.

Viushkov hizo ademán de marcharse.

—Una cosa más, capitán —dijo el hermano James—. Aprovechando que estamos solos..., ¿me permite preguntarle si piensa seguir mi consejo?

Viushkov frunció el ceño.

—Lo estoy pensando con mucha seriedad. Todo depende de la situación que encontremos en la Tierra.

Se alejó a toda prisa por el pasillo.

Milo, canturreando alegremente, sujetó el cadáver del padre Shaw al water. Palmeó su cabeza y se marchó, cerrando la puerta a sus espaldas. Volvió a la cabina principal, recorrida por los murmullos de excitadas conversaciones. Los hombres de Viushkov estaban exaltados, un poco temerosos de lo que iban a encontrar en el planeta madre, que hasta hacía poco consideraban un mundo muerto, pero sobre todo ansiosos de demostrar sus aptitudes de soldados. Milo conocía esa sensación. Recorrió el pasillo hasta llegar a su sofá. Se abrochó el cinturón de seguridad y se quedó quieto, sereno e ingrávido. Estaba seguro de que Viushkov actuaría conforme a sus deseos.

Se distrajo recordando los últimos momentos del padre Shaw... El brillo de sus ojos cuando Milo abrió la puerta del lavabo... La manera en que los ojos se le salieron de las órbitas cuando Milo aferró su nariz con una mano, cortándole la respiración, mientras la otra se cerraba sobre su boca. Se había debatido durante unos dos minutos. Milo le había sujetado dos minutos más antes de soltarle, tan sólo para asegurarse.

—Dulces sueños —había susurrado Milo antes de salir.

Notó algunas sacudidas. Suaves al principio, después más acusadas. El *Christina* rozaba las capas exteriores de la atmósfera de la Tierra. Milo sonrió para sí, adelantándose a los acontecimientos.

El calamar se debatió, aprisionado entre los brazos implacables del Juguete. Surgió un gran chorro de tinta negra, pero no afectó a los sensores del Juguete. Jan ordenó al Juguete que inyectara el toma muestras. Obedeció. El calamar se debatió con mayor violencia. Los brazos lo soltaron y el animal se alejó a toda prisa. Medía unos seis metros de largo, desde el extremo de los tentáculos a la cola. La sangre se mezclaba con su tinta.

—Qué cosa tan horrible —dijo Jan.

—Sí, estoy de acuerdo —contestó Robin—. Por eso me gustaba tanto exterminarlos.

—Bien, esa es la sexta especie diferente de versiones mutadas que hemos recogido. Tú eres el experto en calamares. ¿Cuántos más hay?

Robin se encogió de hombros.

—No lo sé. Sólo conocía las especies que vivían en las aguas que rodean la Antártida. Aquí, en el Pacífico, es diferente. Es evidente que existen muchas más... ¡Cuidado!

El Juguete se agitó con gran violencia y todos los monitores se apagaron.

—¡Juguete! ¿Qué ocurre?

El Juguete hizo una pausa antes de responder.

—Por lo visto, hemos sido engullidos por alguna forma de organismo. Un organismo muy grande.

La visión sobrecogió el alma de Lon Haddon. Mejor dicho, como se negaba a admitir que poseía un alma, alguna parte esencial de su ser se henchió de alegría cuando contempló la nave que se acercaba a la pista de aterrizaje. No era un espectáculo tan espantoso como ver a un Señor del Cielo cerniéndose sobre su cabeza a escasa distancia (la nave, comparada con un Señor del Cielo, era pequeña), pero conmovió a Haddon porque simbolizaba la esperanza en un futuro y era una prueba sólida de las proezas tecnológicas de la humanidad.

En cuanto la plateada nave aerodinámica se aproximó más, Haddon fue consciente de que tenía la piel de gallina y los pelos de punta. Comprendió que era la reacción al poderoso campo electromagnético que rodeaba a la nave. También percibió un zumbido profundo. Supuso que ambos eran producto del sistema impulsor de la nave.

La nave flotó sobre el campo de aterrizaje y aterrizó lentamente, con extrema suavidad.

Ha besado a la Madre Tierra como un amante largo tiempo ausente, pensó Haddon. El zumbido se apagó. Haddon levantó los brazos y la multitud concentrada en los límites del campo prorrumpió en vítores. Al mismo tiempo, la banda de Palmyra, compuesta por una abigarrada colección de instrumentos, por no mencionar a los músicos, empezó a tocar una pieza compuesta especialmente para dar la bienvenida a los viajeros del espacio. Los vítores prosiguieron.

Milo, en el puente junto al capitán Viushkov, miró por la portilla.

—Interesante —murmuró.

Los habitantes de Palmyra, de piel olivácea y atractivos, eran una mezcla de razas caucásicas, asiáticas, orientales y de las islas del Pacífico.

—Bien, parece que gozan de buena salud, ¿eh?

—Sí, pero van vestidos como salvajes —objetó Viushkov—. Los hombres llevan vestidos, como las mujeres. Y fíjese en que las mujeres llevan los pechos al aire.

—Ya me he fijado —dijo Milo, lamentando que el padre Shaw no viviera para contemplar tanta depravación. De todos modos, reparó en que no toda la gente vestía de la misma manera. Varias personas llevaban pantalones tanto largos como cortos y camisetas.

Viushkov se caló el casco sobre la cabeza.

—Bien, vayamos a reunimos con nuestros anfitriones, ahora que aún pueden gozar de tal condición. —Bajó el visor y lo cerró—. Mañana, a esta hora —dijo, mediante el altavoz—, serán nuestros súbditos.

Su grupo se limitaba a cuatro hombres, incluido Milo. Ninguno llevaba armas. Cuando salieron por la esclusa, los vítores de la muchedumbre se intensificaron. En

los auriculares de Milo resonaron como las olas al romper en la playa. Observó que la gente quería abalanzarse sobre los recién llegados, pero obedecía la advertencia de que era peligroso acercarse sin protección al casco de la nave hasta pasadas varias horas.

Milo se detuvo y levantó la cabeza. ¡Cielo azul de nuevo! ¡Después de tantos siglos!

Ardía en deseos de quitarse el casco para respirar aire puro, pero Viushkov había insistido en tomar muestras del entorno antes de exponerse. Milo aprobó esta precaución. Es posible que los palmyrianos hubieran adquirido una resistencia natural contra los microorganismos de diseño, que tal vez serían fatales para los viajeros del espacio. Siguió a los demás. Se sentía más pesado de lo normal, pero era de esperar. La gravedad del hábitat, generada mediante una fuerza centrífuga, siempre era ligeramente inferior a una atmósfera. Viushkov y sus hombres, sabedores de que la gravedad terrestre sería más fuerte que la propia de su hábitat, se habían sometido a un entrenamiento especial para adaptarse.

Cuando se reunió con los otros tres vio que una delegación de seis hombres se había separado de la multitud y caminaba hacia ellos. Todos llevaban cadenas de oro, de las que colgaban estrellas doradas de seis puntas, y Milo supuso que simbolizaban el órgano de gobierno palmyriano. «Al igual que los demás, están muy contentos de vernos», pensó Milo, complacido. «Nos consideran sus salvadores. ¡Qué sorpresa se van a llevar mañana!».

—¿Estás diciendo que algo nos ha tragado? —exclamó Jan, incrédula.

—Sí —contestó el Juguete.

Jan miró a Robin y se encogió de hombros, impotente.

—Nos han tragado —dijo, y se puso a reír. Le parecía ridículo. Robin también sonrió.

—¿Qué puede ser tan grande como para engullir al Juguete? —preguntó.

—Una ballena gigante, tal vez... No, las ballenas se extinguieron hace siglos.

Jan no podía contener su risa, ni siquiera cuando la proa del Juguete se ladeó hacia arriba de manera muy pronunciada. Robin también seguía desternillándose.

—Nos movemos hacia atrás, y al mismo tiempo descendemos —informó el Juguete.

—Tal vez ha decidido que no le gustamos —dijo Jan entre risas— y va a excretarnos.

Entramos por un extremo... ¡y salimos por el otro!

—Le va a doler mucho, sea lo que sea —dijo Robin, y Jan aún rió más.

—Atención —anunció el Juguete—, capto una señal muy débil de Febo. Tendré que acercarme a la superficie para establecer una comunicación más precisa.

—Dile a Febo que estamos en un aprieto —rió Jan—. Dile que algo nos ha

confundido con un plato succulento.

—Voy a tomar medidas para salir de donde estamos. Sugiero que obtengamos una biomuestra antes de proceder.

—Oye, ¿quién da las órdenes aquí? —preguntó Jan, más serena.

—Febo.

Las risas de Robin también desaparecieron.

—No hay discusión —dijo.

El regocijo de Jan dio paso a la irritación.

—Muy bien, toma la muestra y larguémonos de aquí.

—Ya tenemos la biomuestra —dijo el Juguete, segundos más tarde—. Nos vamos...

El Juguete se movió hacia delante, primero con lentitud, y después aceleró.

Experimentó bruscas sacudidas. Jan y Robin rebotaron repetidas veces contra el arnés que los sujetaba al sofá.

—Lo que nos ha tragado ya se estará arrepintiendo —murmuró Robin.

El Juguete disminuyó la velocidad y se detuvo, aunque Jan oyó que los impulsores submarinos funcionaban a toda máquina. De repente, le asaltó la idea de que tal vez corrían un peligro auténtico. La situación ya no le parecía una distracción inofensiva.

Confiaba en la infalibilidad y poder ilimitado del Juguete, pero ya no estaba tan segura.

Podían morir «aquí» dentro, fuera donde fuera...

—Hay un obstáculo —anunció el Juguete—. No os alarméis.

Era muy fácil decirlo, pensó Jan, cuando dio la impresión de que el Juguete se erguía sobre su cola y se balanceaba de un lado a otro. Un recipiente de plástico que contenía bocado y un termo de café, guardado bajo el sofá de Jan, salió disparado hacia el otro extremo de la cabina. La joven aferró el brazo de Robin. La cosa intentaba sacarse al Juguete de la garganta, o de la parte de su anatomía donde se hubiera encajado.

—Se producirá una fuerte explosión relativamente cerca —dijo el Juguete, con voz enloquecedoramente serena—. No os alarméis.

El Juguete se agitó con tal violencia, que los dientes de Jan entorchocaron. Probó el sabor de su propia sangre. Se había cortado el extremo de la lengua.

—¡Ay! —gritó, y escupió.

Entonces, se produjo la explosión, tan «cerca» que el Juguete vibró como golpeado por un martillo gigantesco. Los oídos de Jan estuvieron a punto de estallar, y olvidó el dolor de su lengua.

El Juguete se precipitó hacia delante. Había desaparecido lo que cubría sus sensores, porque los monitores mostraron imágenes de nuevo, aunque Jan no

entendió lo que veía, simples nubes remolineantes negras y grises.

—Hemos salido —anunció el Juguete.

—¿De dónde? —gritó Jan con dificultad, porque notaba dolor al hablar—. ¡Conecta a modalidad sónica para que veamos lo que ocurre!

El Juguete obedeció al instante y todos los monitores cambiaron de imágenes visuales a imágenes sónicas manipuladas por ordenador. Daba la impresión de que el Juguete se elevaba entre pedazos de carne desgarrada. Jan vio que un enorme fragmento, provisto de un ojo redondo, pasaba ante un sensor.

—Mira —dijo Robin, señalando al monitor que enfocaba la popa del Juguete.

Una enorme forma sinuosa se retorcía y daba vueltas bajo ellos, cayendo hacia las profundidades. Era tan grande que los sensores no captaban la parte inferior de su cuerpo, casi difuminada. Donde debería haber estado su cabeza se veían franjas de piel colgante, como los pétalos de una flor. Oscilaban de un lado a otro mientras el ser continuaba descendiendo. El Juguete le había volado la cabeza para liberarlos.

—Dios Madre, ¿qué es eso? —jadeó Jan, olvidando la sangre que resbalaba sobre su barbilla.

—Un gusano de mar —dijo Robin—, pero nunca había visto uno tan grande.

Jan recordó lo que le había contado Ceri: el mayor peligro que acosaba a su hábitat marino eran los gusanos de mar. Le había dicho que eran grandes, pero... Jan contempló con morbosa fascinación el cuerpo retorcido que iba desapareciendo en las profundidades. Estaba claro que todo se había descontrolado.

—¡Jesús! ¿Qué te ha pasado? —gritó Robin.

Jan se volvió. Su amante la miraba con expresión preocupada. Se tocó la húmeda barbilla y contempló sus dedos, que estaban cubiertos de sangre.

—Estoy bien —musitó—. Me he mordido la punta de la lengua. No es tan malo como parece.

—Eso espero. Sangras horribilmente.

—Nos estamos acercando a la superficie —interrumpió el Juguete—. Pronto podré establecer contacto por radio sin interferencias con Febo.

Jan escupió sangre sobre la toalla de papel.

—Elévate por encima de la superficie. Tendremos que regresar al Ángel del Cielo. Creo que necesito atención médica.

El Juguete continuó subiendo. Atravesaron una espesa capa de algas rosadas. Gruesos y viscosos filamentos se enredaron en el Juguete. Las algas mutantes cubrían extensas superficies del Pacífico y el Atlántico. Jan no recordaba cuál había sido el propósito original: o una nueva forma de comida barata que las multinacionales proyectaban vender al Tercer Mundo, o un sabotaje causado por una multinacional a la piscifactoría de otra. Fuera como fuera, abundaban mucho actualmente. Una biomuestra pasó a engrosar la creciente colección.

El Jugete se liberó y flotó a unos seis metros sobre la superficie rosada del mar. Jan examinó los monitores. Una gigantesca tormenta se acercaba por el este, un frente de nubes negras que abarcaba kilómetros y kilómetros de cielo. Numerosos rayos surcaban su interior.

—Aquí está Febo —dijo el Jugete.

—Debéis volver cuanto antes al Ángel del Cielo —habló Febo—. Hay novedades.

—En cualquier caso, ya habíamos decidido regresar —contestó Jan—. He tenido un accidente. Nada grave, no te preocupes.

El programa no contestó.

—¿Cuáles son las novedades? —preguntó Jan.

—He detectado una nave cuando entraba en la atmósfera. La he rastreado hasta el punto de aterrizaje, en la costa noreste de Australia. Hemos de ir allí.

En cualquier otra circunstancia, Ayla se habría sentido muy contenta de ver tan feliz a su padre, pero, dado el estado de Jean-Paul, no podía compartir el regocijo de su padre.

Se sentía culpable porque Lon había ido directamente al hospital desde el campo de aterrizaje, pero al mismo tiempo temía que tanta excitación fuera perjudicial para Jean-Paul. Sin embargo, no se atrevió a decírselo. Aún no...

—¡Han colmado todas mis esperanzas! —dijo Lon, mientras paseaba arriba y abajo de la habitación—. ¡Puede que incluso más! Han prometido que nos proporcionarán toda su colaboración... Científica, tecnológica... —miró a Jean-Paul—, médica. ¡Todo!

—¿Les has hablado ya de Jean-Paul? —preguntó Ayla.

—No, cariño, todavía no. No tuve oportunidad. En realidad, no hemos hablado de nada en concreto. Confío en que esta noche, durante el banquete de bienvenida, podré hacerlo. Sé que hay dos médicos a bordo. Uno es karagangano y el otro es un sacerdote de Belvedere.

—¿Cómo sabes que asistirán al banquete? Me dijiste que se habían puesto en cuarentena.

—Sí, pero es temporal, querida, sólo para darles tiempo a analizar nuestro suelo, el aire, varios alimentos y muestras de nuestra sangre, que ya les hemos proporcionado. Estoy seguro de que se trata de una simple formalidad. Al fin y al cabo, piensa en nosotros: gozamos de una salud perfecta.

Se dio cuenta enseguida de lo que había dicho y se acercó a la cama de Jean-Paul.

—Oh, Dios mío... Lo siento...

—Olvídalo, Lon —dijo Jean-Paul, con voz débil—. Sé a qué te referías.

Ayla acarició la frente de Jean-Paul.

—¿Tienen miedo de que les contagiemos algo? —preguntó a su padre.

—Bueno, sí, pero no los culpo.

—Y nosotros, ¿qué? ¿No podrían contagiarnos ellos?

Lon frunció el ceño.

—Lo dudo mucho, querida. Han crecido en ambientes relativamente estériles.

—¿Cuántos han venido? —preguntó Jean-Paul.

—Hemos conocido a cuatro esta tarde, pero el capitán Viushkov, su comandante, me dijo que la tripulación consiste en veintinueve personas. Eran treinta, pero, por desgracia, un sacerdote de Belvedere murió durante la travesía. Un infarto, al parecer.

La noticia deprimió tremendamente a Ayla. No decía mucho en favor de la medicina belvederiana, teniendo en cuenta que el compañero de viaje del fallecido era un médico.

Tal vez la medicina karagangana era más sofisticada. En ello confiaba.

—¿Es muy grande su nave? —preguntó Jean-Paul.

—¿Muy grande? —dijo Lon, sorprendido—. Bueno, bastante grande. Unos cien metros de largo, diría yo. Es un tipo de nave que se suele utilizar para los desplazamientos a las colonias marcianas. ¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad.

Jean-Paul cerró los ojos.

—Papá, le estás cansando —dijo Ayla, en tono acusador.

—Lo siento. Será mejor que me vaya. Quiero comprobar los preparativos para el banquete de esta noche en el Gran Salón.

Ayla le acompañó a la puerta.

—Me alegro de que todo haya salido como tú esperabas —dijo en voz baja.

—Yo también, cariño, yo también. ¿Vendrás a la fiesta?

La joven miró a Jean-Paul.

—No me gusta dejarle..., pero quizá me pase más tarde.

—En eso confío.

Su padre la besó en la mejilla y se marchó.

Cuando Ayla llegó al Gran Salón por la noche, la ceremonia de bienvenida oficial y el banquete ya habían finalizado. La gente formaba pequeños grupos entre las mesas, con una copa en la mano, y charlaba animadamente. Observó que en el centro de cada grupo de palmyrianos había alguien que debía ser un hombre del espacio, inconfundibles por su ajustado uniforme negro y amarillo. Paseó la vista a su alrededor, con el propósito de localizar a su padre, hasta que le vio al fondo del salón, de pie junto a la mesa presidencial y reunido con un numeroso grupo. Se abrió paso hasta él. Estaba con Lyle Weaver y los dos hablaban con un corpulento forastero que, a juzgar por el uniforme más aparatoso, era su jefe. Cuando Ayla llegó a la mesa tuvo ciertas dificultades en atraer la atención de su padre. Éste dibujó una amplia sonrisa y avanzó hacia ella.

—Ayla, cariño, me alegro mucho de que hayas venido. Voy a presentarte al capitán Viushkov, que es el comandante en jefe de la expedición de Karaganga.

—Papá, Jean-Paul se encuentra cada vez más débil. He de hablar con el médico karagangano. Quiero que examine a Jean-Paul.

La expresión de su padre transparentó preocupación.

—El médico karagangano ha vuelto a la nave, pero el de Belvedere está aquí. Ven...

La cogió de la mano y se abrió paso entre la multitud, hasta llegar a la mesa de autoridades.

—Hermano James, me gustaría presentarle a mi hija, Ayla...

El hombre calvo se volvió en su silla. No iba vestido como los demás forasteros, sino que llevaba un traje blanco de dos piezas. Tenía una cruz roja bordada sobre su pecho izquierdo. Entonces, Ayla se fijó en sus ojos. Uno era azul, pero el otro, verde. «Qué raro», pensó. El hombre se levantó de su asiento y extendió su mano.

—Es un placer conocerte, Ayla. Sí un gran placer.

Milo apenas podía reprimir su júbilo. La noche había sido muy divertida y estaba contento de que el capitán Viushkov le hubiera incluido en la representación oficial, que constaba de doce personas. Según lo que habían contado a los palmyrianos por la tarde, sólo quedaban otras diecisiete personas a bordo del *Christina*. En realidad, eran ciento quince, en su mayor parte soldados.

Se quedó más tranquilo cuando el ordenador entregó las conclusiones de su análisis: montones de esporas de hongos desconocidas, pero ninguna representaba un peligro en potencia. Algunas esporas se encontraban en los alimentos, pero se podían comer. Y el agua era potable.

—Es posible que se produzcan reacciones de escasa importancia a ciertas bacterias, presentes sobre todo en los alimentos, que no existen en Karaganga — había dicho el médico—, pero garantizo que no será nada grave ni pondrá en peligro nuestras vidas.

Para Milo, era perfecto. Prefería sufrir diarreas con tal de respirar aire puro y disfrutar de la hospitalidad de las atractivas palmyrianas.

Y la hospitalidad había sido estupenda. El Gran Salón de los palmyrianos, donde se había celebrado el banquete, estaba decorado con grandes gallardetes hechos de hojas de palmera, y fueron recibidos con un espectáculo de danzas ejecutadas por hermosas jóvenes que llevaban los pechos al descubierto. Mientras Milo contemplaba los bailes, que incluían numerosos movimientos de pelvis, acompañados por un frenético ritmo de tambores, recordó que había visto bailes parecidos en su lejano pasado. Otro recuerdo de las islas del Pacífico, pero había olvidado de cuál en concreto.

Los hombres del espacio, sentados a una inmensa mesa, algo elevados sobre una plataforma situada en el extremo del salón, junto con los seis dirigentes de Palmyra, fueron obsequiados con un festín consistente en pescado, cochinitillo asado, patatas a la brasa, papayas, tomates crudos, piña y otras frutas, pan caliente y pastelillos de coco, cubiertos de una espesa crema, como postre. Durante el banquete les llenaron incesantemente las copas con una cerveza muy buena y fría (si bien la única copa de vino tinto que Milo probó le pareció menos que mediocre). Milo dedicó mucho tiempo a especular sobre los precios que aquellos productos exquisitos alcanzarían en los hábitats (a excepción de Belvedere, que carecía de sistema monetario) y en las colonias marcianas. Estaba sentado entre el capitán Viushkov y un palmyriano llamado Lon Haddon. Éste último era un hombre inteligente, pero fatídicamente ingenuo. Milo averiguó que Haddon había sido una pieza fundamental en la campaña para tratar de restablecer contacto por radio con los hábitats. Viejos registros informatizados habían proporcionado las posiciones orbitales de los cuatro hábitats, y

habían enviado señales a los cuatro por turno, confiando en encontrar aún gente viva. Milo también descubrió por qué tenían todavía equipos de radio que funcionaran, cuando la mayoría de los aparatos electrónicos habían sido destruidos por bacterias y hongos diseñados a ese efecto durante y después de las Guerras Genéticas. Habían extraído durante años equipo en buenas condiciones de un hábitat japonés hundido, más allá de la Gran Barrera de Arrecifes, gracias a un acuerdo con una especie de tribu submarina, pero las operaciones se habían interrumpido en fecha reciente.

—Por eso su llegada ha sido tan oportuna —dijo Haddon.

Milo sonrió y asintió, pero no dijo nada.

Al otro lado de Viushkov se sentaba el jefe actual de los palmyrianos, Lyle Weaver, y en un momento de la cena Milo escuchó con gran interés a Weaver describir cómo se habían defendido contra una de las naves saqueadoras llamadas Señores del Cielo.

Viushkov también había demostrado interés; en especial por las instalaciones antiaéreas de Palmyra.

Cuando la cena terminó, Lyle Weaver preguntó a Viushkov si a sus hombres les importaría confraternizar con los demás palmyrianos, a lo cual no puso objeciones el capitán, después de advertir a Weaver que no todos hablaban igual de bien el americano.

Antes de que Milo pudiera levantarse fue abordado por un joven sacerdote de cara redonda, ataviado con una sotana negra y cuello blanco, que se presentó como el padre John Baxter. Aunque sabedor de que el hermano James era protestante, le invitó a tomar parte en la ceremonia especial de acción de gracias que se celebraría el sábado siguiente en la iglesia católica de Palmyra. Milo, a sabiendas de que ningún palmyriano estaría de humor aquel día para dar gracias a quien fuera, agradeció la deferencia al padre Baxter y le aseguró que asistiría con sumo placer.

El sacerdote, complacido, se marchó. Milo se quedó sentado, intentando disimular su inmenso júbilo. No se había divertido tanto desde que matara al padre Shaw. Entonces, oyó que Lon Haddon le llamaba por el nombre.

—Hermano James, quiero presentarle a mi hija Ayla.

Milo se volvió y vio, de pie junto a Haddon, a una muchacha de tan perturbadora belleza, que se sintió instantáneamente cautivado. La mezcla de razas había producido una joya genética, en lo relativo al atractivo físico. Le impresionaron en especial sus enormes ojos orientales, pero no hasta el punto de olvidar su cuerpo bronceado, de exquisitas proporciones. Era una pena, pensó, que a diferencia de las demás jóvenes que llenaban el salón, se cubriera con una camisa. Mientras se ponía en pie, se juró que poseería a esta pequeña joya, fuera como fuera. Extendió la mano y proclamó, con sinceridad, el placer que le proporcionaba conocerla.

—¿Estás despierto, Jean-Paul? —preguntó en voz baja.

Los párpados del muchacho se agitaron. Abrió los ojos. Volvió la cabeza hacia ella y entornó los ojos cuando vio al extraño que estaba de pie al lado de Ayla.

—Jean-Paul, este es el hermano James. Es un hombre del espacio. Ha venido a ayudarte.

—¿Puede..., puede usted ayudarme? —preguntó Jean-Paul, con voz débil.

—Sí, creo que sí —respondió el hermano James.

Ayla vio que los ojos de Jean-Paul se llenaban de esperanza.

—¿Puede restaurar mi espina dorsal... para que pueda sentir otra vez? ¿Caminar otra vez?

—No puedo prometerte nada. No quiero avivar tus esperanzas para luego decepcionarlas. He hablado con tu médico y examinado tu historial, pero necesito comprobar con más detalle el alcance de tus lesiones. Tenemos aparatos de exploración que nos proporcionarán mucha más información externa que vuestro sencillo aparato de rayos x. Entretanto, salvaré tu vida.

—¿Mi vida?

—Perdona mi crudeza, pero tu médico me ha informado de que tus funciones renales se están deteriorando rápidamente. Tus riñones no responden al limitado abanico de fármacos que tiene a su disposición, pero tengo a bordo un medicamento que regenerará tus riñones en cuestión de horas. Volveré mañana y te lo administraré. Entonces, podremos empezar a pensar en tratar tus heridas espinales.

—¿Cree que existe alguna posibilidad, por mínima que sea, de que pueda volver a caminar?

—Como ya te he dicho, hasta que cuente con todos los datos no puedo asegurarte nada, pero sí, yo diría que existe una posibilidad.

Ayla notó una punzada en el pecho cuando vio que los ojos de Jean-Paul se llenaban de lágrimas. El joven extendió la mano hacia el hermano James, que la estrechó con fuerza.

—Gracias —susurró Jean-Paul—. Gracias.

Mientras Ayla guiaba al hermano James de vuelta al Gran Salón, él le explicó los problemas que suponía tratar lesiones graves de la espina dorsal.

—... y mientras los nervios periféricos son susceptibles de regenerarse, no ocurre lo mismo con los de la columna vertebral. Cuando se rompen, se forma tejido cicatricial en la brecha, que actúa como una barrera. Ya en el siglo veinte, los médicos conseguían ciertos éxitos mediante la estimulación de los nervios espinales seccionados, con el propósito de que crecieran alrededor del tejido cicatricial y se conectaran, pero no existían garantías de que se conectaran entre sí los correctos. La espina dorsal contiene un número enorme de fibras nerviosas individuales, de modo que era un trabajo muy complicado identificar cada una y conectarla a la correspondiente mediante microcirugía. Los cirujanos humanos sólo lograron éxitos

parciales, pero luego se inventaron máquinas que llevaron a cabo las intervenciones automáticamente, obteniendo un éxito del ciento por ciento...

—¿Y usted tiene una máquina de esas?

El hermano meneó la cabeza.

—Temo que no. Dudo de que exista una máquina médica que aún funcione en los hábitats o en las colonias marcianas. Eran máquinas muy complejas, provistas de componentes biomecánicos delicadísimos, y ya no sabemos repararlas.

—Entonces, ¿no puede ayudar a Jean-Paul?

—Oh, yo creo que sí. Se precisarán varias operaciones, pero creo que podré conectar las suficientes fibras espinales para que recupere la mayoría de sus funciones motrices.

Podrá caminar, por ejemplo. No muy bien, debo apresurarme a añadir, pero podrá caminar. También recuperará el control de la vejiga y los intestinos... y, si me permite la intromisión en un aspecto poco delicado, podrá ejercer de nuevo su actividad sexual.

Ayla lanzó una carcajada, algo turbada. Había olvidado que este hombre era un sacerdote, o algo por el estilo. Y de Belvedere. A juzgar por lo poco que le había referido acerca de su vida en aquel hábitat, sabía que era una sociedad puritana. Al hermano James debía costarle lo suyo mencionar tales temas a una mujer. Era un hombre extraño. Había algo en él que le desagradaba instintivamente, pero le agradecía tanto que hubiera devuelto a Jean-Paul las ganas de vivir, que mantenía reprimida aquella sensación.

Ayla detuvo el coche frente a la entrada del Gran Salón.

—Gracias por todo, hermano James —dijo, cogiendo con fuerza su mano. Luego, guiada por un impulso, se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla. El hombre pegó un salto hacia atrás, como si le hubieran pinchado, y se apresuró a bajar del coche.

—Bien, hasta mañana por la mañana, señorita Haddon —dijo, y entró en el edificio.

Milo estaba tendido en su sofá, con los ojos cerrados y las manos enlazadas detrás de la nuca, un centro de calma aislado entre la actividad circundante. Los soldados terminaban los preparativos, comprobaban los trajes, el equipo y las armas. Mientras pensaban, excitados, en la inminente operación militar, Milo pensaba, excitado, en lo bien que se lo iba a pasar con la joven y hermosa Ayla Haddon.

Alguien que pronunció su nombre interrumpió sus fantasías eróticas. Abrió los ojos. El ayudante del capitán Viushkov estaba de pie en el pasillo, junto a su sofá.

—¿Qué pasa? —preguntó Milo.

—El capitán Viushkov desea verle en su camarote.

—Con mucho gusto —dijo Milo, levantándose.

Esperaba esta llamada. Viushkov había pasado toda la noche conferenciando con sus oficiales y planificando las últimas fases del ataque contra Palmyra. El ayudante acompañó a Milo hasta el camarote de Viushkov. Éste estaba sentado ante su escritorio, sobre el cual tenía una fotografía aérea de Palmyra. Varios puntos de la ciudad estaban señalados con toscas cruces.

—Siéntese, hermano James —dijo Viushkov, mientras su ayudante salía.

Sirvió a Milo un vaso de vodka y empujó la foto hacia él. Milo la cogió. Observó que Viushkov tenía la cara bastante colorada y supuso que estaba un poco borracho. A pesar de su aparente confianza, Milo adivinó que el ruso estaba nervioso. Era probable que no hubiera participado jamás en una operación militar; hacía más de un siglo que no se producían rencillas entre los hábitats, y debía ser un niño cuando Karaganga vivió su última revolución. Su única experiencia militar sería en los tanques de simulación.

Milo tomó un generoso sorbo de vodka, dejó el vaso sobre el plano y sonrió a Viushkov.

—¿Todo dispuesto?

—Sí, hermano James. Atacaremos a las cuatro de la madrugada, justo antes del amanecer. Todo habrá terminado al cabo de una hora. Las tropas de infantería saldrán dentro de media hora y ya habrán tomado posiciones alrededor de la ciudad cuando ataquemos.

—Bien. Y después, cuando el humo se disipe, anunciará la anexión de Palmyra a la República Espacial de Karaganga, ¿verdad?

Viushkov asintió.

—Sí, de momento.

—¿De momento?

—Dependerá del desarrollo de los acontecimientos. La verdad es que este lugar es un tesoro.

Milo sonrió.

—El primero de muchos, tal vez. No puede ser la única comunidad de la Tierra. Puede que otras no estén tan avanzadas tecnológicamente como ésta (los palmyrianos han tenido mucha suerte), pero da igual. Utilizando Palmyra como base podremos conquistar todo el planeta. Tampoco parece en muy buen estado, pero podríamos estudiar la forma de limpiar casi toda esta contaminación genética, ahora que, como sabemos, las plagas letales han desaparecido. No necesito decirle que poseo valiosísimos conocimientos de ingeniería genética.

Viushkov bebió el resto de su vodka, se secó los labios y miró fijamente a Milo.

—¿Quién es usted, hermano James?

—Le basta con saber que soy su amigo y aliado, capitán Viushkov.

—Eso espero, porque pienso nombrarle mi consejero personal.

—Gracias. Agradezco el honor.

—Pero, al menor signo de que no me respalda por completo, le mataré.

—No abrigue dudas a ese respecto, capitán. Soy, y siempre lo seré, su fiel servidor.

Milo levantó su vaso y sonrió.

Lon Haddon despertó de un sueño maravilloso. Había soñado con Glynis, la madre de Ayla. Había paseado con ella por la orilla del mar, entre las palmeras. El sol descendía hacia el horizonte. Ella compartía su triunfo; compartía su alegría por los visitantes del espacio y lo que representaban. Un futuro para Palmyra. Y para Ayla.

—Estoy orgullosa de ti, Lon —dijo ella.

—Gracias por regresar —respondió él—. Es maravilloso volver a verte. Te he echado tanto de menos, Glynis...

Pero esta sensación de felicidad no tardó en desvanecerse. Oyó disparos en la lejanía.

Gritos. Mientras saltaba de la cama, pensó que los habitantes del cielo expulsados habían regresado para vengarse. Entonces, fue consciente de un profundo zumbido que estremecía el aire. Se le puso la piel de gallina. «¡Oh, no!», pensó horrorizado. Salió desnudo a la terraza y levantó la vista. Era lo que temía...

La nave forastera, el *Christina*, flotaba sobre la ciudad. Mientras Haddon miraba, un rayo brotó de la nave. No era un rayo láser, sino un rayo mucho más ancho, carente de color..., como un resplandor. Haddon escuchó una explosión. Del centro de la ciudad surgió una columna de humo, en el punto donde había caído el rayo. Después, observó que más columnas de humo se elevaban de otras partes de la ciudad. Por la posición de cada columna adivinó exactamente cuáles habían sido los blancos elegidos por los visitantes del espacio. Se cubrió el rostro con las manos y cayó de rodillas en el suelo de madera de la terraza.

—No —gimió—, no, no, no, no... ¡NO!

Jean-Paul no sabía lo que era peor. El dolor que atormentaba su cuello y cabeza, su sensación de absoluta impotencia, o su temor por Ayla. Llevaba más de una hora ausente. Cuando los despertó el ruido de los disparos, la joven saltó del plegatín dispuesto junto a la cama de él y dijo que regresaría en cuanto averiguara qué ocurría.

Algo se lo había impedido. ¿Qué coño estaba pasando? Gritó hasta quedarse ronco, pero ni rastro del médico ni de las enfermeras. Por eso padecía tan atroces dolores; nadie le había administrado su dosis de sedantes de la mañana.

Al menos, ahora había silencio. Ni disparos, ni explosiones. Oía alguna detonación en la distancia de vez en cuando, pero eso era todo. Aunque ya era bastante. ¿Qué estaba ocurriendo? Si pudiera moverse...

Oyó pasos rápidos en el exterior, y la puerta se abrió. Era Ayla. Su aspecto le sobrecogió. Estaba pálida como un muerto y sus mejillas estaban cubiertas de

lágrimas secas. Cuando le vio, se puso a llorar de nuevo. Se acercó y apoyó la cabeza en su pecho. Rodeó su cabeza con las manos. Esto aumentó los tormentos de Jean-Paul, pero reprimió un grito de dolor y la abrazó a su vez. En un acto de suprema paciencia y estoicismo, esperó a que cesara de llorar para preguntarle «qué coño estaba ocurriendo».

Por fin, la joven levantó la cabeza, le miró y se derrumbó sobre la silla contigua a la cama.

—Es terrible, Jean-Paul, terrible —sollozó—. Se han apoderado de Palmyra.

—¿Los visitantes del espacio? —preguntó él al instante.

Ella asintió con un movimiento convulsivo.

—Había muchos más en la nave de los que habían dicho. Varios grupos entraron en la ciudad antes del alba. Cogieron a todo el mundo por sorpresa. Mataron a los que opusieron resistencia. Los forasteros se apoderaron de la central eléctrica, el arsenal, la sede de la milicia, el edificio del consejo..., y mientras tanto, su nave voló todos los cañones antiaéreos. Utilizaron una especie de arma que nadie había visto nunca. Dijeron que destruirían la ciudad barrio por barrio, a menos que nos rindiéramos por completo.

Lyle Weaver no tuvo otra elección. Se rindió hace una media hora... Todo el mundo ha tenido que ir a la Casa Grande y entregar sus armas de fuego. Si no lo hacen, y los hombres del espacio los encuentran con una, significa la ejecución inmediata. —Respiró hondo e hipó—. Ahora, somos súbditos de la República Espacial de Karaganga... Oh, Dios mío. Bajó la cabeza.

Jean-Paul no supo qué decir, pero se dio cuenta de que no estaba tan sorprendido como cabía esperar. ¿Había sospechado de los visitantes del espacio desde el primer momento? Seguramente. Sin embargo, como Haddon y Ayla esperaban su llegada con tal ansiedad, había reprimido sus sospechas.

—Ayla —suspiró, y se sintió aún más impotente.

—Temo que la cosa no acaba ahí... —dijo ella, con voz desmayada.

—¿Qué quieres decir?

¿Acaso la situación podía ser peor?

—Papá. Le han detenido. Bueno, le han encarcelado. No hubo detención formal.

—¿Los hombres del espacio le han detenido?

—No. Fue nuestra gente. Los partidarios de Jelker Banks, quiero decir..., lo cual significa, en estos momentos, casi toda la población de Palmyra. Soltaron a Banks y a sus hijos y le encerraron a él. Se habla de colgarle... —Se retorció las manos sobre el regazo—. Oh, Jean-Paul, le vi en la cárcel. Ni siquiera quiso hablar conmigo... Está como en trance. Creo que ni siquiera se da cuenta de lo que ocurre a su alrededor.

—La conmoción le habrá... —empezó Jean-Paul, pero no pudo continuar, porque la puerta se abrió con gran estrépito. Ayla se giró en redondo, aterrada. Jean-Paul,

desolado, vio que eran los dos hermanos Banks. Bron y su hermano menor, cuyo nombre ignoraba Jean-Paul. Ambos iban armados con cuchillos.

El menor de los Banks cerró la puerta. Bron avanzó hacia Ayla, que se había levantado de la silla.

—Sabía que te encontraría aquí..., con tu pirata del cielo agonizante —dijo, moviendo el cuchillo de un lado a otro.

—¡Fuera de aquí! —gritó Ayla, mientras retrocedía hacia la cama de Jean-Paul, cuya sensación de impotencia alcanzó su punto culminante. Luchó por incorporarse, pero sólo consiguió notar un dolor insoportable en la espalda y el cuello.

—Sí, nos iremos —rió Bron—, pero después de ajustar las cuentas contigo y con tu amigo.

Su hermano también avanzaba hacia Ayla. Ésta se apoderó de la silla y la alzó frente a ella, sin apartarse de la cama. Jean-Paul comprendió que su intención era defenderle.

—No os saldréis con la vuestra —dijo Ayla—. Si nos matáis, seréis detenidos por asesinato.

—¿Y quién va a detenernos? —rió el hermano menor—. ¿Los visitantes del espacio?

Les importará un pito. Y nuestra gente nos saludará como héroes. Ahora, matar a cualquier Haddon se considera de utilidad pública. Cuando tu padre y tu hermano sean colgados uno al lado del otro, lo cual ocurrirá dentro de una hora, el júbilo será indescriptible.

—¿Mi... hermano?

—Sí —respondió Bron—. Un grupo ha ido a su granja. Le traerán de un momento a otro.

—¡Pero si Len no se ha metido en nada!

—Es un Haddon, ¿no? —dijo Bron.

De repente, se arrojó sobre ella con el cuchillo en alto. Ayla extendió la silla para pararle. El hermano menor de Bron agarró una pata de la silla y tiró de ella con fuerza.

Ayla perdió el equilibrio. Tenía que soltarla o caer. El hermano menor lanzó una carcajada y tiró la silla a un rincón de la habitación. Ayla se encontraba indefensa.

—¡Apartaos de ella! —gritó Jean-Paul, intentando en vano levantarse de la cama.

—A callar, hombre del cielo —dijo Bron—. Pronto te tocará el turno.

Se acercó a Ayla, que se negaba a apartarse de la cama.

Entonces, la puerta se abrió. El hermano James llevaba el mismo traje blanco, pero ahora sujetaba en la mano un maletín negro. Se quedó de pie en la puerta y contempló con cierta sorpresa la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

—Oh, querida, veo que interrumpo algo —dijo en voz baja.

Los hermanos Banks se giraron en redondo.

—¿Qué haces aquí, forastero? —preguntó Bron.

—Vengo en visita profesional —respondió el hermano James—. Soy médico.

—¿Tú solo?

—Sí. ¿Por qué?

Los hermanos intercambiaron una mirada.

—A por él —dijo Bron.

El hermano menor cargó contra el hermano James, con el cuchillo extendido. Jean-Paul no supo muy bien lo que pasó a continuación. En un momento dado, el hermano James estaba en la puerta, pero al siguiente ya no. El aire se agitó alrededor del menor de los Banks, y entonces el hermano James apareció detrás de él. No había soltado el maletín negro. El cuchillo de su atacante ya no estaba en su mano, sino clavado hasta la empuñadura bajo su mentón. A juzgar por la expresión de los ojos, él tampoco comprendía lo ocurrido. Se volvió hacia su hermano, como pidiéndole una explicación. Bron le miró con incredulidad. Luego, su hermano puso los ojos en blanco y se desplomó. Su cabeza golpeó el suelo con un ruido sordo.

Bron contempló a su hermano muerto durante varios segundos, y después desvió la vista hacia el hermano James.

—Le has matado —dijo, con voz aguda.

El hermano James se agachó y depositó el maletín en el suelo.

—No puedo negarlo.

Bron, sin dejar de apuntar al hermano James con su cuchillo, avanzó hacia la puerta.

—¿Nos abandonas? —preguntó el hermano James, en tono risueño.

—¡Aléjate de mí! —chilló Bron.

—Temo que no puedes irte. Cualquier ataque contra uno de nosotros significa la pena de muerte. Una medida un poco extrema, lo sé, pero yo no dicto las normas.

Se interpuso entre Bron y la puerta.

—¡No me toques! —aulló Bron, precipitándose sobre él.

Esta vez, fue sólo el brazo derecho del hermano James lo que desapareció unos instantes. Cuando reapareció, la mano sujetaba la muñeca de Bron. Se oyó un chasquido y el cuchillo cayó. Después, la otra mano del hermano James se cerró en torno a la garganta de Bron. Éste emitió unos sonidos ahogados. Cuando el hermano James le soltó, Bron cayó al suelo como un saco.

El hermano James se volvió hacia Ayla y Jean-Paul con una amplia sonrisa.

—Bien, liquidado el asunto. —Se frotó las manos con entusiasmo—. Ahora, hablemos de cosas más agradables.

Se acercó a la cama. Jean-Paul tuvo la impresión de que Ayla quería huir, pero no se movió.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó la joven, con voz temblorosa.

El extraño se acercó más a ella, sin dejar de sonreír.

—El secreto consiste en respirar. No pienses más en ello. Es un vulgar truco de magia.

Hablemos de negocios.

—¿Negocios?

—Sí. —Señaló a Jean-Paul, pero sin apartar los ojos de Ayla—. He traído el fármaco que activará sus funciones renales, pero antes hemos de negociar el precio.

Jean-Paul, aunque agradecido porque le había salvado de los hermanos Banks, intuyó que el hermano James albergaba espantosas intenciones.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

El hermano James no le hizo caso. Seguía mirando fijamente a Ayla.

—¿Quieres de veras a este hombre? —preguntó.

—Sí —respondió Ayla.

—Bien. Muy bien. —El hermano James parecía complacido en extremo—. En ese caso, no habrá problemas.

—No entiendo —dijo Ayla.

—Es sencillo. El precio que has de pagar por salvar su vida eres tú. Te deseo.

—¿Que me desea? —dijo Ayla, vacilante. Aún no entendía de qué estaba hablando el hermano James, pero Jean-Paul sí.

—¡Salga de aquí y llévese su maldita droga! —chilló.

Ayla se volvió y le miró, confusa y asustada.

—Jean-Paul... ¿Qué...?

—¿Es que no lo entiendes, Ayla? ¡Trata de chantajearte! —gritó Jean-Paul—. Amenaza con dejarme morir, a menos que te conviertas en su...

—«Esclava sexual» es perfecto. Y suena bien —dijo el hermano James, muy contento.

La comprensión se transparentó en el rostro de Ayla.

—Quiere que me acueste con usted —dijo en tono acusador.

—Espléndido. No sólo hermosa, sino además inteligente. Sí, mi pequeña joya, en efecto. Y muy a menudo, de hecho, así que cerremos el trato cuanto antes. Me espera una reunión.

—¡Ayla, dile que se vaya a tomar por el culo! —gritó Jean-Paul—. No necesito su ayuda.

Ayla contempló en silencio al hermano James durante lo que a Jean-Paul se le antojó una eternidad. Luego, vio que la espalda de su amada se ponía rígida poco a poco.

—Pero necesitas su ayuda —dijo, con voz desmayada—. Los dos necesitamos su ayuda.

—¡Ayla, no...!

—Haré lo que usted quiera, hermano James. Administre el fármaco a Jean-Paul ahora mismo.

El hermano James aferró el mentón de Ayla. Ladeó un poco la cabeza y sus ojos la escrutaron.

—Creo en tu palabra, mi pequeña joya, pero, si intentas engañarme o traicionar nuestro pacto, me enfadaré mucho contigo, muchísimo. ¿Me has entendido?

—Sí, hermano James.

Jean-Paul hizo un nuevo esfuerzo por incorporarse, pero se desplomó sobre la cama cuando el dolor invadió todo su cuerpo.

—Ayla... —gimió. Ayla no dio señales de haberle oído—. Aparte de ayudar a Jean-Paul, ¿puedo pedirle otro favor?

El hermano James frunció el ceño.

—¿Cuál?

—Mi padre, con el que usted habló anoche, y mi hermano van a ser colgados en la cárcel. Por mi pueblo. En realidad, ustedes están aquí gracias a él. Y también fue él quien convenció a la mayoría de palmyrianos de que su visita sería beneficiosa. Por tanto, creo que le deben algo.

El hermano James lanzó una carcajada.

—Sí, tienes razón. Iré a ver al capitán Viushkov cuando salga de aquí. Haré lo posible para que impida las ejecuciones.

—En ese caso, trato hecho.

—Excelente. Sólo requeriré tu compañía por las noches. De día puedes estar con tu infortunado amante. Te recogeré a las ocho de la noche. Sé puntual.

—Sí, hermano James.

—Ah, deja de llamarme así. Puedes llamarme por mi nombre auténtico, Milo.

—Sí..., Milo.

¿Milo? El nombre despertó un recuerdo.

—¿Usted es... Milo? —preguntó Jean-Paul, desconcertado.

Por primera vez desde que había entrado en la habitación, el desconocido le prestó atención.

—Sí. ¿Por qué? Hablas como si mi nombre significara algo para ti.

—Usted estaba con la Mujer del Cielo... Jan Dorvin.

Milo frunció el ceño.

—¿Jan Dorvin? Nunca he oído hablar de ella.

Es una simple coincidencia, pensó Jean-Paul.

No podía ser el mismo hombre. Este Milo acababa de llegar de un hábitat espacial.

—No importa —dijo—. Debe de ser otro Milo...

—Otro... Milo —repitió Milo, y Jean-Paul distinguió un fugaz destello de alarma en los ojos del hombre.

Milo se volvió con brusquedad y cogió su maletín. Extrajo un pequeño frasco que contenía cápsulas azules. Lo entregó a Ayla.

—Que tome una cada seis horas.

—Todo lo que me dijo anoche, que podía operarle y devolver la sensibilidad a sus miembros inferiores... ¿era mentira?

—Todo lo contrario, era completamente cierto. —Cerró el maletín negro—. Pero, si le opero o no, depende de ti. Si me complaces, realizaré la operación. Si no..., bueno...

—Le complaceré.

—Bien. Esta noche, a las ocho.

Dio media vuelta, pasó por encima del cuerpo de Bron y salió.

—¡Ayla, no puedes hacerlo! —gritó Jean-Paul.

La joven, muy lentamente, casi de mala gana, se volvió hacia él. Su expresión era resuelta, pero los ojos traicionaban sus auténticos sentimientos.

—¿Qué otra opción tenía?

El capitán Viushkov había establecido su cuartel general provisional en la Casa Grande, el edificio donde se había celebrado el banquete de la noche anterior. Un proyector de rayos portátil había sido dispuesto sobre el tejado, y estaba rodeado de soldados karaganganos. En el interior, Viushkov estaba sentado a la mesa presidencial, flanqueado por sus oficiales. Ante él tenía a cinco de los seis miembros que constituían el antiguo gobierno de Palmyra. Tenían aspecto de haber sobrevivido a una espantosa catástrofe: sobrecogidos, sin comprender todavía lo ocurrido. Los adornos que colgaban del techo resultaban incongruentes en estos momentos. El suelo del salón estaba sembrado de armas, en su mayor parte rifles y pistolas, pero Milo también vio una larga fila de arpones submarinos. Una hilera de palmyrianos, vigilados por soldados de la nave, continuaban entrando en el edificio para entregar sus armas. Milo se aproximó a la mesa. Viushkov estaba hablando a los palmyrianos.

—... y comunicarán a sus compatriotas que, si se encuentran armas de fuego en sus domicilios cuando se proceda al registro, serán ejecutados de inmediato.

Los palmyrianos musitaron su asentimiento. Viushkov continuó.

—También dejarán claro que cualquier ataque contra nosotros, por mínimo que sea, supondrá la pena de muerte. Cada uno de ustedes acompañará a un grupo encargado de los registros. Se responsabilizarán de que su gente no cometa errores irreparables. Una vez tenga la seguridad de que no quedan armas en manos de la población, hablaremos del futuro de Palmyra. Ahora, váyanse.

Los palmyrianos, escoltados por un par de soldados, salieron en silencio del salón.

Viushkov cabeceó en dirección a Milo. Éste observó que parecía un poco preocupado.

—¿Todo marcha como estaba planeado? —le preguntó.

Viushkov se levantó de su silla y bajó de la plataforma. Cogió a Milo por el brazo y le condujo hacia la parte posterior del salón, lejos de sus hombres.

—En cuanto a consolidar nuestras posiciones en la ciudad, todo ha ido a pedir de boca.

Ya no hay resistencia. Palmyra es nuestra.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Nos hemos apoderado de la instalación de radar palmyriana, por supuesto. Un técnico estaba examinando el equipo, más para divertirse que otra cosa, cuando observó una clara señal en la pantalla. Persistió unos momentos antes de desaparecer. El hombre dijo que parecía un objeto sólido. Un objeto volador sólido. Y se acercaba por el océano hacia nosotros..., a una velocidad que calculó cercana a los dos mil kilómetros por hora.

Milo enarcó las cejas.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace una media hora.

—¿Y dónde está este objeto misterioso? Si existe, ya habría llegado.

—No lo sé. He ordenado que el *Christina* despegara y que el radar y los demás sensores escudriñaran los cielos, pero acaban de comunicarme que no han encontrado nada.

—Bien, eso demuestra que su técnico sólo vio una imagen falsa. Algún fallo en el equipo. Ha de ser muy tosco.

—Eso es lo que sigo diciéndome, pero al mismo tiempo no me gusta. El técnico es de gran confianza. Quiero estar seguro al ciento por ciento de que no debemos preocuparnos por nada.

«Eso nos pasa a todos, ¿no?», pensó Milo.

—Por lo que nos han contado los palmyrianos sobre el estado del mundo —dijo en voz alta—, ya no existen aparatos más pesados que el aire. Los Señores del Cielo los prohibieron hace siglos. Lo que su técnico vio no era una máquina voladora. Tuvo que ser otra cosa, y yo apostararía a que fue un fallo en el equipo.

—Ojalá tenga razón —suspiró el capitán.

—La tengo. ¿Ya se ha puesto en contacto con Karaganga?

—Sí, he hablado con el presidente Iakinfovich y le he dado la buena nueva: que hemos tomado Palmyra en nombre de la república, y sin una sola baja.

—¿Y cuándo comunicará su ultimátum? —preguntó Milo en voz baja—. Mejor dicho, su declaración de independencia.

—Aún no lo sé. Antes he de saber cuántos de mis hombres me seguirán leales.

Habrá que acabar con los dudosos antes de la proclamación.

—Bueno, no hay prisa. Tenemos mucho tiempo... —Chasqueó los dedos de repente—. Lo cual me recuerda que debo impedir un linchamiento.

Habló a Viushkov de la inminente ejecución de Lon Haddon y su hijo. El capitán le miró con asombro.

—¿Por qué está tan interesado en su destino?

—Digamos que he llegado a un acuerdo comercial con la deliciosa hija de Haddon.

Viushkov sonrió.

—Ah, ya entiendo. Bien, sí, detenga la ejecución. Esa gente ha de comprender que sus leyes ya no siguen en vigencia. Llévese algunos hombres. Venga, les daré la orden.

—Espero no llegar tarde —dijo Milo, mientras seguía a Viushkov hacia un grupo de soldados—. Podría causarme algún pequeño problema.

—Justo a tiempo —masculló Milo.

Una turba salía de la cárcel momentos antes de que Milo y su escolta compuesta de cuatro soldados entrara en la pequeña plaza. Una horca improvisada con un grueso tronco, cuyos extremos se habían atado a una palmera, ya estaba dispuesta. Dos lazos corredizos colgaban sobre sendas sillas. Había una tercera detrás. A juzgar por la tosca confección de los lazos, Milo dedujo que no se realizaban muchos ahorcamientos en Palmyra.

Lon Haddon y su hijo salieron, las manos atadas a la espalda, arrastrados hacia su destino. El comportamiento de ambos ofrecía un contraste interesante. El hijo de Haddon se debatía con furia, mientras Haddon no se resistía, el rostro inexpresivo.

Parecía estar en trance. Fueron conducidos a las sillas y subidos sobre ellas. Después, un hombre corpulento de barba rojiza subió a la tercera silla y pasó los lazos alrededor de sus cuellos. Milo imaginó que la muerte tardaría en sobrevenirles, teniendo en cuenta lo mal hechos que estaban los lazos. Era una pena que debiera interrumpir el espectáculo...

El hombre de la barba roja se situó frente a los dos reos, los brazos en jarras.

—Lon Haddon, ¿tienes algo que decir antes de que se ejecute la sentencia?

Haddon no contestó. Se quedó en silencio sobre la silla, balanceándose levemente. Su hijo respondió por él.

—¡Esto es un crimen, Jelker Banks! ¡Mi padre es inocente y yo también, bastardo!

—¡Sabes muy bien por qué tú y tu padre vais a ser ejecutados, Len Haddon! —tronó el hombre de la barba roja—. Habéis traicionado a Palmyra. Nos habéis vendido a nuestros enemigos. ¡Preparaos a morir! ¡Los dos!

Dio un paso adelante y se dispuso a apartar de una patada la silla de Lon Haddon. En aquel momento, Milo alzó el rifle de rayos que había cogido a un soldado y disparó. El rayo pasó sobre las cabezas de espectadores y condenados, y abrió un pequeño hueco en el muro de piedra arenisca de la cárcel. Milo movió el rayo de un lado a otro y cortó las sogas de las horcas. Dejó de disparar y devolvió el arma a su dueño.

—Gracias —dijo.

Todos los palmyrianos se volvieron en su dirección. Los soldados apuntaron sus rifles hacia ellos.

—¡Lamento aguaros la fiesta, pero temo que las ejecuciones han sido suspendidas! —gritó Milo.

Se internó con su escolta entre la muchedumbre, que se abrió ante ellos como el mar Rojo ante Gregory Peck. «¿O era John Wayne?», se preguntó Milo. Se acercó al

hombre llamado Jelker Banks, que tenía la cara tan roja como la barba.

—Tú, ayúdales a bajar de la silla y desata sus manos.

Jelker Banks le apuntó con un dedo.

—Este asunto no te concierne, forastero —dijo, furioso—. ¡No te inmiscuyas y deja que resolvamos el problema a nuestro modo!

Milo se detuvo a sólo un metro y medio del hombre.

—Ahora, nosotros somos la ley en Palmyra. Esta ejecución es ilegal. Por orden del nuevo gobernador de Palmyra, Ilia Viushkov, has de liberar a estos hombres inmediatamente.

—¡No! —gritó Banks—. Los traidores deben morir.

Milo se volvió hacia el soldado que le había prestado el rifle.

—Si no empieza a obedecer mis órdenes dentro de diez segundos, mátale.

—Sí, señor.

Jelker Banks miró a los ojos de Milo, comprendió que hablaba en serio y ayudó a bajar a Haddon de la silla.

—Gracias —gritó Len Haddon a Milo desde la otra silla. Milo sonrió.

—No me des las gracias a mí, sino a tu hermana.

Len Haddon demostró su asombro.

—¿Ayla? ¿Qué tiene que ver ella con...?

Milo levantó una mano.

—Ya te explicará ella la situación. Gracias a esa chica, la familia Haddon goza de mi protección personal.

—¡Ja! —gruñó Banks, mientras bajaba a Len Haddon—. Las palabras del conquistador lo demuestran. Como yo decía, los Haddon son unos traidores y unos colaboracionistas.

De la muchedumbre se elevaron murmullos airados. Milo desvió la vista hacia ella y se hizo el silencio.

—Como están bajo mi protección personal, me enfadaré mucho si algo les ocurre. Los culpables no tendrán la suerte de morir colgados. ¡Dispersaos y marchad a vuestras casas!

«Me lo estoy pasando extraordinariamente», pensó Milo, muy contento.

—Temo, forastero —dijo Jelker Banks con satisfacción, mientras la plaza se despejaba de gente—, que has llegado demasiado tarde para proteger a la hija de Haddon...

Len Haddon, a quien acababan de desatar las manos, se giró en redondo.

—¿De qué hablas, Banks? —preguntó, encolerizado—. ¿Qué le ha pasado a Ayla?

Jelker Banks se encogió de hombros.

—Sólo sé que, según algunos rumores, unos hombres se dirigieron al hospital

para dar buena cuenta de ella y de su pirata del cielo.

Haddon se volvió hacia Milo.

—¡Hemos de ir allí ahora mismo!

—Cálmese —respondió Milo—. Yo estaba con ella cuando esos supuestos asesinos llegaron. No le ha pasado nada. Los dos ineptos, por supuesto, han muerto.

—¿Cómo? ¿Cómo? —exclamó Jelker Banks, con el aspecto de alguien que acaba de recibir una patada en los huevos—. ¿Muertos? ¿Los dos?

—Te lo aseguro. Yo mismo los maté.

El rostro de Jelker Banks se retorció de dolor y angustia.

—¡Mis hijos! —gimió—. ¡Tú has asesinado a mis hijos!

Milo le miró fijamente y asintió.

—Sí, ahora que lo dices noto el parecido familiar. Irónico, ¿no crees?

Estaba oscureciendo cuando Milo se dirigió al hospital. Iba solo, pero no pensaba que corriera ningún peligro. Era capaz de defenderse si algún palmyriano cometía la estupidez de atacarle. Tampoco había mucha gente por las calles; los escasos transeúntes marchaban a toda prisa hacia sus hogares para cumplir el toque de queda decretado por Viushkov.

Milo canturreaba mientras andaba. Llevaba unos auriculares que un soldado le había prestado. Otra cosa que echaba de menos en Belvedere; la música estaba prohibida en el hábitat, a excepción de unos cuantos himnos lúgubres que Milo no contaba.

Consultó su reloj. Iba a llegar con quince minutos de adelanto. Esto sería un error; mejor llegar tarde para prolongar la angustia de la joven. Quizá pensaría que no iba a ir.

Sonrió ante la idea y se desvió hacia la orilla del mar. Un paseo por la playa le demoraría lo suficiente.

Se cruzó en una calle estrecha con una patrulla de seis soldados karaganganos. Cabeceó en su dirección y todos le saludaron. Ya se había propagado la noticia de su nombramiento como «consejero especial» del capitán Viushkov.

Había requisado una pequeña casa dentro del casco urbano, que Viushkov había despejado de palmyrianos por «razones de seguridad». Era muy confortable, aunque Milo habría preferido algo en la orilla. En cualquier caso, su nueva casa estaba bien provista de comida y bebida, y apenas podía esperar el momento de estar en ella con Ayla. Sería una noche divertida, plagada de emociones. Bien sabía Dios que se lo merecía, después de un celibato tan largo...

La orilla del mar parecía desierta. Respiró varias bocanadas de aire seguidas, saboreando el aroma del mar, que recordaba de siglos atrás. Luego, caminó por el sendero paralelo a la hilera de palmeras que flanqueaban la playa. Apenas había avanzado unos metros, cuando divisó a una figura que, protegida por las sombras,

vigilaba desde detrás de un árbol. Fuera quien fuera, actuaba de una manera furtiva.

Seguro de que no le había visto, él también se escondió detrás de una palmera. Intrigado, Milo se arrastró por la playa para sorprender a la figura por detrás. Cuando se acercó, vio que era una mujer. Iba descalza y vestida con camisa y pantalones negros.

Hasta el momento, todas las prendas de vestir que había visto en Palmyra eran de colores alegres. Estaba claro que sus intenciones no eran nada buenas.

Avanzó con sigilo hacia ella. La mujer estaba tan ocupada examinando los edificios de la orilla, que no se dio cuenta de su presencia hasta que él le dio una palmada en el hombro. La mujer se sobresaltó y giró sobre sus talones. La primera impresión de Milo fue que parecía una versión de Ayla con más años encima. El mismo cabello corto y negro, los mismos pómulos altos..., hasta los ojos rasgados eran similares. Luego, observó que llevaba la ropa y el cabello mojados. Iba a preguntarle qué estaba haciendo, pero ella se adelantó.

—¿Qué coño haces aquí, Milo? ¿Cómo te has librado de Febo?

Fue una de las escasas ocasiones en que a Milo le pillaron desprevenido. La miró sin comprender. Sabía que nunca había visto a esta mujer, aunque ella le había reconocido.

—¿Hemos sido presentados? —preguntó—. ¿Dónde y cuándo?

—No me vengas con bobadas, Milo, soy yo, J...

Se interrumpió y adoptó una expresión cautelosa. Era consciente de que había cometido un grave error, observó Milo.

—No... No, ahora que me he fijado mejor, veo que estaba equivocada. Te he tomado por otra persona.

—Me has llamado Milo —insistió éste.

Ya sabía qué estaba pasando. Primero, aquel francés inválido había reconocido su nombre, y ahora esta mujer conocía a alguien llamado Milo que se le parecía. Sólo podía significar una cosa: su yo original había llegado a la Tierra antes que él.

—Pura coincidencia —respondió la mujer—. Debo marcharme. Llego tarde...

Antes de que pudiera alejarse, Milo la agarró del brazo con fuerza.

—Vas a venir conmigo, quienquiera que seas. Hemos de hablar.

Cuando Jean-Paul despertó, vio que Ayla había regresado. Parecía agotada.

—¿Qué hora es? —fue lo primero que él preguntó.

—Las ocho menos cinco. La hora del sedante.

Le puso una píldora en la boca y le dio un vaso de agua. Jean-Paul sorbió por la pajita mientras ella le aguantaba la cabeza.

—Gracias.

Ayla recostó su cabeza sobre la almohada. Jean-Paul ya no estaba solo en la habitación.

Cuatro pacientes más habían sido acomodados en camas de campaña. Habían sido heridos durante el ataque. Su estado era grave y no era probable que pasaran de aquella noche. El pequeño hospital estaba atestado de heridos.

—¿Cómo van las cosas... en casa? —preguntó Jean-Paul.

Ella meneó la cabeza.

—Mal. Papá sigue sentado, sin decir una palabra. No quiere comer ni beber. Y Len...

Bien, está muy enfadado... Con los hombres del espacio, con Jelker Banks, con Milo... y conmigo.

Jean-Paul calló. Aprobaba la conducta de Len y se odiaba por ello. Oh, claro, sentía gratitud por el sacrificio que ella iba a hacer por él, pero al mismo tiempo lo consideraba una ofensa. ¿Por qué? Porque hería su jodido orgullo masculino. Menuda broma. ¿De qué podía estar orgulloso? Sólo era una cabeza, provista de un par de brazos. Ya no era un hombre.

Se oyeron ruidos en el pasillo.

—¡Le digo que no puede entrar ahí! —dijo en voz alta una enfermera.

Entonces, la puerta se abrió. Era Milo, como Jean-Paul temía, pero no venía solo. Y reconoció con asombro a la mujer que le acompañaba. Era Jan Dorvin. Nunca había conocido a la Mujer del Cielo, pero la había visto en varias ocasiones, algunas de muy cerca, y estaba seguro de que era ella.

Observó que Milo la sujetaba por un brazo. Parecía molesto.

—Muchas gracias por su colaboración —dijo a la encolerizada enfermera, y le cerró la puerta en la cara.

Ayla se había levantado de la silla, pero Milo no pareció advertir su presencia. Soltó a Jan Dorvin y la empujó con violencia hacia el centro de la habitación. Estuvo a punto de caer sobre uno de los camastros, pero logró mantener el equilibrio.

Los varios heridos apretados en la cama gimieron. Milo apuntó con el dedo a Jan Dorvin.

—Bien, tú me conoces, pero yo a ti no. ¿Quién eres?

Jan Dorvin le traspasó con la mirada y se masajó el brazo. No dijo nada. Jean-Paul habló sin saber por qué, pero no pudo evitarlo.

—Es Jan Dorvin —dijo en voz baja.

Tanto Milo como la aludida le miraron sorprendidos.

—¿Jan Dorvin? —repitió Milo—. ¿Cómo lo sabes?

Jean-Paul desvió la vista hacia la mujer, que le observaba con el ceño fruncido. No le reconoció, lo cual era comprensible.

—Era la Mujer del Cielo —siguió Jean-Paul—. El Ángel del Cielo. Ella conquistó nuestro Señor del Cielo, entre otros. Mandaba toda una flota de Señores del Cielo, pero luego perdió el control y desapareció. Nunca supe qué le había ocurrido.

Milo le miró en silencio un rato.

—¿De qué cojones está hablando? —preguntó luego a Jan.

—No tengo ni idea.

—¿Te llamas Jan Dorvin?

—Claro que no. Yo me llamo Anya. Anya Ivimey.

—¿Y por qué cree que te conoce?

—Se ha confundido, igual que yo te confundí con otra persona.

Milo no parecía muy convencido.

—Demasiadas coincidencias —masculló.

—Por eso sabía su nombre —insistió Jean-Paul, dirigiéndose a él—. Con Jan Dorvin había un hombre llamado Milo.

—¡Lo sabía! —Milo avanzó hacia Jan Dorvin—. ¡Mi yo original se encuentra aquí, en la Tierra! ¡Admítelo!

Jan Dorvin rodeó la cama de los heridos.

—No admitiré nada, Milo.

Milo se desdibujó. Jan Dorvin se estremeció y salió lanzada hacia atrás. Jean-Paul vio que chocaba contra la pared, al lado de la puerta. Milo apareció ante sus ojos. La sujetó por el cuello y empezó a mover su cabeza atrás y adelante.

—¡Dime dónde está, maldita sea, o te arrancaré la cabeza!

Jan Dorvin emitió unos sonidos entrecortados y asintió. Milo la soltó y la mujer se desplomó.

—Está muerto... —jadeó.

—¿Está muerto? —preguntó Milo, estupefacto—. Imposible. Él, yo, me diseñó para ser un superviviente nato. No puedo morir, y él tampoco.

—Bueno, pues es verdad. Está muerto. Mejor dicho, tú estás muerto. Te descuidaste, gracias a tu arrogancia.

—Dime exactamente qué le ocurrió...

Mientras Jan Dorvin relataba las circunstancias de la muerte del otro Milo, Jean-Paul se quedó de una pieza al ver que Ayla levantaba su silla y caminaba con sigilo hacia Milo.

Su intención era evidente y estuvo a punto de gritar que no lo hiciera, pero no habría conseguido nada. Ya era demasiado tarde. Tuvo que limitarse a contemplar impotente como se acercaba a Milo con la silla levantada. Milo la oiría. Pero no, estaba fascinado por la historia que Jan Dorvin estaba contando sobre su otro yo. Jan Dorvin, por supuesto, veía los movimientos de Ayla, pero su expresión no traicionaba nada.

Ahora, Ayla estaba justo detrás de Milo. Jean-Paul casi tuvo que obligarse a mirar. La silla parecía tan poca cosa... Ayla descargó la silla sobre la calva de Milo. Su grito de rabia y el ruido de la madera al partirse se mezclaron. Milo se tambaleó

hacia delante, pero no cayó.

Y entonces, se dio la vuelta...

—Puta estúpida —dijo Milo a Ayla.

Ella se quedó inmóvil, sosteniendo la silla en su mano, y le dio la razón. «Y ahora, ¿qué?», se preguntó. «¿Le atizo otra vez?». Sí, claro. Había visto con qué rapidez se movía. «Hazte a la idea de que no tardarás en morir..., si tienes suerte», se dijo. Dejó caer la silla. En el preciso momento en que chocó contra el suelo, Jan Dorvin descargó el canto de su mano derecha sobre la nuca de Milo. Éste gruñó e intentó volverse, pero sus movimientos eran lentos e inseguros. Jan Dorvin tuvo tiempo de sobra para asestarle otro potente golpe. Milo gruñó otra vez y cayó de bruces sobre el suelo. Jan se arrodilló a su lado y le propinó otros dos puñetazos. Milo enmudeció.

Jan se levantó y se masajeó el canto de la mano. Sonrió a Ayla.

—Duele mucho, pero he disfrutado una barbaridad.

Ayla desvió su mirada de Jan a la forma inmóvil de Milo.

—¿Le has matado?

—Me gustaría, pero lo dudo. Es difícil matar a los Milos. He tenido mucha suerte, gracias a ti. Le distrajiste con esa silla.

—Intentaba matarle.

—Bueno, Milo suele despertar ese deseo en la gente, pero al menos le sorprendiste... y me diste la oportunidad. —Extendió la mano hacia Ayla—. En cualquier caso, soy Jan Dorvin. Y tú te llamas...

Ayla estrechó su mano con suavidad.

—Ayla Haddon.

—Eres muy guapa, Ayla —dijo Jan y, ante la sorpresa de Ayla, se inclinó hacia delante y la besó en la boca. Después, soltó su mano y se acercó a la cama de Jean-Paul.

—¿En qué Señor del Cielo vivías?

—El *Lord Montcalm*.

—Ah, sí, una de mis primeras conquistas. ¿Se encuentra la nave en esta zona? ¿Cómo conseguiste escapar de tu programa Ashley?

Jean-Paul relató lo que le había ocurrido al programa... y al *Lord Montcalm*.

—¿Resultaste herido cuando se estrelló? —preguntó Jan.

Ayla respondió por él.

—No, recibió un disparo en la espalda. Hace un par de días. La bala le ha paralizado. El hermano... Milo... él —señaló a Milo—, dijo que le operaría, siempre que... yo... me fuera con él. Esta noche.

—El mismo Milo de siempre —dijo Jan con desagrado. Se acercó y le miró—. Aún respira. Tendremos que pensar en una forma de inmovilizarle, eficaz y segura.

—Miró a Ayla—. ¿Has dicho que vino a buscarte?

Ayla asintió.

—No sé a dónde iba a llevarme.

—A algún lugar aislado, sin duda. Lo cual significa que no le echarán en falta hasta mañana. Le ocultaremos en el hospital, como si fuera un paciente más. ¿Puedes conseguir otro de estos camastros?

—Sí.

—Pues ve a buscarlo.

—Quiero saber por qué estás en Palmyra —dijo Jean-Paul, cuando Ayla salió—. Ya hemos tenido bastante con una ración de conquistadores, no necesitamos dos.

—¿Los hombres del espacio?

—Sí, esos malditos. Llegaron como amigos de toda la vida. Lo siguiente que hicieron fue anexionarnos.

—Eso fue lo que deduje, por lo poco que vi desde la playa. Patrullas armadas, ningún ciudadano en las calles. En cualquier caso, me he retirado del negocio de las conquistas.

Nunca fue lo mío. En este momento estoy siguiendo las instrucciones de un programa de ordenador muy poderoso que se ha apoderado del Ángel del Cielo.

—¿Ashley?

—No, no tiene nada que ver con Ashley. —Explicó la naturaleza y el origen del superprograma llamado Febo—. Averiguó que una nave había aterrizado aquí, así que nos envió de avanzadilla a comprobar la situación.

—¿Has dicho «nos»?

—He venido con un compañero. Está esperando en el Juguete, que es..., bueno, digamos que es un vehículo muy versátil. En este momento se encuentra aparcado bajo el agua, a unos cien metros de la orilla.

—¿Quieres decir que habéis bajado como si tal cosa? —se asombró Jean-Paul—. Aquí tienen radar, y los hombres del espacio también. Os habrán localizado.

—Bien, nos localizaron un momento cuando estábamos a cuarenta y cinco kilómetros de distancia. No conectamos las pantallas a tiempo. Más tarde, para evitar el contacto visual, nos sumergimos y recorrimos el resto del camino bajo el agua.

—Pero si estáis a sólo cien metros de la orilla, quiere decir que os encontráis dentro del dique interior.

—Bien, tuvimos que abrirnos paso a través del dique, pero no te preocupes, estoy seguro de que los daños podrán repararse con facilidad.

—Sí, pero...

Jean-Paul frunció el ceño cuando Milo gimió y movió el brazo. Jan Dorvin se colocó junto a él de un salto y le volvió a golpear con el canto de la mano.

—Estoy empezando a divertirme —dijo.

—Ese superprograma tuyo, ¿ayudará a Palmyra a liberarse de los invasores?

—Para ser sincera, no tengo ni idea de lo que hará. Sus motivos me resultan completamente oscuros. De todos modos, la llegada a la Tierra de los hombres del espacio ha despertado su atención. Y no creo que eso sea bueno para los invasores.

—¿Dónde está?

—En este momento, a unas ocho horas por aire de Palmyra. Volveremos al Ángel del Cielo, le comunicaré lo que ha ocurrido aquí y regresaremos antes de que amanezca. No sé qué pasará entonces, pero estoy segura de que la situación cambiará para mejor. —Se calló cuando Ayla volvió con un camastro—. Ahora, vamos a sujetar a Milo como es debido... Jan llegó a la orilla del mar sin problemas, aunque en una ocasión tuvo que esconderse tras una pared para evitar que una patrulla la viera. Ya en el borde del agua sacó un pequeño orientador y lo sujetó a su muñeca. Sabía más o menos dónde aguardaba el Juguete: frente al dique, a mitad de camino entre la orilla y él, pero el orientador le permitiría localizar su posición exacta cuando se acercara.

Entró en el mar y, cuando el agua le llegó al torso, empezó a nadar, utilizando el lejano dique como indicador.

—Creo que será suficiente —dijo Jean-Paul.

—Eso espero —contestó Ayla, aunque poco convencida.

Milo parecía un capullo metálico. Jan y Ayla le habían envuelto con alambre grueso, utilizando unos pesados alicates. El capullo se extendía desde su cuello a los pies, y estaba sujeto con alambres a la cama. Habían tardado una hora en realizar tal empresa, mientras al mismo tiempo intentaban convencer a los médicos y a las enfermeras de que tenían buenos motivos para cometer aquella aparente locura.

—Será mejor taponarlo.

Ayla tiró una manta sobre Milo, que ocultó en parte su cabeza vendada varias veces y la mordaza.

—Oh, Dios mío —exclamó la joven de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó Jean-Paul, alarmado. Intentó levantar la cabeza de la almohada—. ¿Qué está haciendo?

Ayla se volvió hacia él, con los ojos abiertos de par en par, y se llevó una mano a la boca.

—No es él... Acabo de acordarme. Fue por culpa de los nervios. Olvidé...

—¿Te olvidaste de qué?

—De advertirla. A Jan Dorvin. Dijiste que su máquina había perforado los diques. Eso significa que aquellos seres pueden volver a entrar. ¡Es posible que ya infesten las aguas interiores!

Jean-Paul, tranquilizado, dejó caer su cabeza sobre la almohada.

—¿Es eso todo?

—¿Te parece poco? —gritó Ayla—. ¡Si esos bichos repugnantes la matan, será por mi culpa! ¡No puedo permitir que muera de esa forma!

—Ayla, cálmate y sé razonable. ¿Qué puedes hacer para ayudarla?

—El láser submarino. Aún sigue en casa. Lo cogeré e iré tras ella.

—¡Jesús, Ayla, es demasiado tarde! Se marchó hace casi un cuarto de hora. Ya habrá llegado al agua.

—No me importa. He de intentarlo.

Y, ante el horror de Jean-Paul, salió corriendo de la habitación.

—¡Ayla! —chilló—. ¡Vuelve! —Una enfermera se asomó, estupefacta—. ¡Deténgala!

¡Tiene que detenerla!

Jan dejó de nadar y trató de orientarse. Comprobó que se había desviado un poco y ya no se dirigía en línea recta hacia la puerta del dique. Sacó el brazo del agua y consultó el orientador. Su tenue luz verde se encendía y apagaba. Cuando estuviera justo encima del Juguete, el brillo sería constante. Cerca, pero aún faltaba un poco. Volvió a nadar.

Fue entonces cuando algo se apoderó de su tobillo derecho. Fue arrastrada hacia abajo.

Pataleó con la pierna izquierda. Su pie entró en contacto con algo sólido. «¡Tiburón!», pensó, llena de pánico. Se hundió aún más y un inmenso dolor recorrió su cuerpo cuando algo muy afilado desgarró su estómago. Chilló y el aire que aún retenía en los pulmones escapó en una nube de burbujas. En el mismo instante, se dio cuenta de que le habían arrancado el brazo derecho de una dentellada. Confió en que no permanecería consciente, o viva, durante mucho tiempo más...

Pero los dientes y las garras continuaron despedazándola, y el rato que tardó en perder el conocimiento se le antojó una eternidad.

Robin estaba medio dormido. Se despertó por completo cuando el Juguete habló.

—Hay una turbulencia en el agua —dijo.

—¿Qué clase de turbulencia? ¿Dónde?

—Está cerca. A unos veinte metros a estribor. Capto vibraciones y sonidos.

—¿No puedes ver lo que ocurre?

—Jan me ordenó que no utilizara mis sistemas sensores de intrusión mientras estuviéramos tan cerca de la orilla, para que no nos detectaran.

—¡Bien, anulo esa orden! Puede que sea Jan, y tal vez tenga problemas. Utiliza tus analizados sónicos.

—Sí, Robin.

—¿Y bien? —preguntó, impaciente—. ¿Qué ves ahora?

—Tres seres marinos humanoides. Mucho más grandes que un hombre. Luchan

entre sí.

Por los restos de otro ser marino.

—¡Pantalla!

Un monitor se encendió. Pese a la ampliación efectuada por el ordenador, Robin apenas distinguió la imagen que ofrecía la pantalla. Vio a los tres seres descritos por el Juguete, pero sin distinguir detalles. Atacaban algo con terrible ferocidad, como tiburones enloquecidos por el hambre. Tiburones de forma humana.

—Avanza hacia ellos —ordenó Robin.

El Juguete ascendió, giró y se dirigió hacia los seres que peleaban. Un terror sin precedentes le agarrotaba. ¡La idea de que Jan estuviera nadando en esas aguas...!

Los tres seres se volvieron cuando presintieron que algo se acercaba. Soltaron los restos destrozados de su víctima y se dispusieron a atacar. Robin aún no captaba los detalles.

—¡Cambia a visual y enciende todas tus luces!

—¿Es prudente?

—¡Hazlo!

El Juguete obedeció. La imagen cambió en la pantalla. Robin pudo verlo todo con claridad. Con demasiada claridad. Los tres humanoides se revelaron en sus detalles más horribles. Garras y dientes. Máquinas de matar. Y vio los restos de su víctima, que derivaban hacia el fondo del mar. La caja torácica al descubierto, mordisqueada, los restos de carne que colgaban de la parte superior del torso, las fibras de músculo que pendían de un brazo medio devorado... No había estómago; el cuerpo de Jan no existía por debajo de la caja torácica.

—¡Oh, no, maldición! —gritó Robin—. ¡Mátalos! ¡Mátalos!

Ayla llegó a la playa corriendo, aferrando el láser submarino. En la otra mano sostenía la mascarilla y la linterna submarina que había cogido durante su fugaz paso por la casa.

Se detuvo en la orilla del agua y escrutó las aguas oscuras. Ni rastro de Jan. Tal vez había llegado sin tropiezos a su aparato submarino, pero Ayla quiso asegurarse, por su propia paz mental. Se quitó las sandalias, se puso la máscara y ya estaba a punto de entrar en el agua, cuando una luz brillante la bañó y la voz de un hombre rompió el silencio de la noche.

—¡Alto! ¡Tira esa arma y levanta las manos! Tiró el láser y la linterna a la arena, levantó las manos y se volvió. Cuatro hombres del espacio se acercaron por la playa hacia ella. Todos llevaban sus trajes espaciales, sin casco, y portaban aquellas extrañas armas que disparaban rayos de calor. Todos la apuntaban con ellas.

—¿Sabes cuál es la pena por descubrirte en posesión de un arma de fuego, muchacha? —preguntó uno, cuando estuvieron más cerca.

—No es un arma —contestó Ayla—. Es una herramienta submarina.

Comprobadlo vosotros mismos. No funciona fuera del agua.

La rodearon y la miraron de arriba abajo.

—Eres muy bonita —dijo el que sostenía la linterna—. Es una pena que tengamos que ejecutarte.

—¡Ya os he dicho que no es un arma!

El hombre miró el láser caído sobre la arena.

—Pues a mí me parece un arma. Y eso es lo que cuenta.

—¡Teniente! —exclamó en aquel momento uno de los hombres—. ¡Mire allí!

Señalaba hacia la bahía. Todos miraron, incluida Ayla. Un resplandor blanco surgía de las profundidades del agua.

—¿Qué coño es eso?

—Una especie de luz submarina —respondió el teniente—. Y se mueve. —Se volvió hacia Ayla—. ¿Sabes qué es eso, muchacha?

La joven meneó la cabeza.

—No —mintió.

El hombre la miró fijamente, y luego desvió la vista hacia el láser.

—¿A dónde te dirigías cuando te interceptamos?

—Iba a efectuar unas reparaciones en el dique. Ha sufrido daños.

—¿A esta hora de la noche, y sola? No me hagas reír.

—Es la verdad.

—¡Se mueve otra vez, teniente!

—Esto no me gusta nada —murmuró el hombre—. Voy a dar aviso al cuartel general.

El capitán Viushkov debe ser informado. —Hundió la barbilla en el cuello del vestido y apareció un pequeño micrófono—. Aquí el teniente Bruscki. Estoy en la playa. Mi patrulla y yo hemos visto en la bahía luces que se mueven debajo del agua. Sugiero que sean investigadas de inmediato.

Robin estaba derrumbado en el sofá y contemplaba en silencio el techo de la cabina.

«Jan está muerta. Jan está muerta. Todo ha terminado...».

—¿Puedo hacer una sugerencia? —preguntó el Juguete.

—No. Cierra el pico.

Tiene que ver con Jan.

—¿Es que no te has dado cuenta? ¡Está muerta! —gritó, desesperado.

—Sí, pero quiero llamar tu atención sobre su cabeza. Aparte de graves desgarros faciales, no parece que haya sufrido daños.

«Oh, mierda», pensó Robin.

—Lo cual me sugiere que su cerebro sigue intacto —continuó el Juguete, con su habitual estilo desenvuelto—, y existen grandes posibilidades de que pueda ser

revivida si la llevamos a una máquina médica.

Robin se incorporó, esperanzado, pero al instante volvió a sumirse en la más acerba desesperación.

—No conseguiremos volver a tiempo al Ángel del Cielo. Ya lleva muerta dos minutos.

El deterioro irreversible de las células cerebrales empezará mucho antes de que lleguemos al Ángel del Cielo.

—Olvidas un importante factor. Mi almacén de biomuestras. Posee una unidad de congelación. Puedo congelarla al instante. Teniendo en cuenta lo poco que queda de Jan, hay suficiente espacio para que quepa.

Robin tardó varios segundos en reaccionar.

—¡Bien —gritó a continuación—, deja de perder el tiempo y hazlo, maldito seas!

Ayla aguardó junto con los cuatro hombres del espacio a que llegaran los refuerzos.

Estaba nerviosa y angustiada. ¿Acabaría ejecutándola?, se preguntó. ¿Qué podía hacer? ¿Huir a toda la velocidad de sus piernas antes de que llegaran más soldados? No llegaría muy lejos antes de caer víctima de los disparos. En cualquier caso, pasara lo que pasara, debía guardar silencio acerca de Jan Dorvin y el Ángel del Cielo que se aproximaba. Si los hombres del espacio averiguaban que la nave llegaría al amanecer, estarían preparados...

Todos se quedaron sorprendidos cuando el agua de la bahía salió disparada hacia arriba y apareció un objeto de metal en forma de lágrima que alcanzaba una velocidad vertiginosa. Su velocidad aumentó a medida que ascendía hacia el cielo nocturno.

Después, se estabilizó y desapareció sobre el mar... y Ayla aprovechó la ocasión para huir. No llegó muy lejos.

El capitán Ilia Viushkov contempló con aire pensativo el artilugio que descansaba sobre su escritorio, antes de devolver su atención a la chica. De pie entre dos soldados, la expresión de ésta era preocupada pero desafiante. Vestía unos pantalones cortos blancos, bastante sucios, y una camiseta amarilla. Iba descalza. El teniente Bruschki también estaba presente.

—¿Dices que no es un arma? —preguntó el capitán a la prisionera.

—Exacto —contestó ella con firmeza—. Es una herramienta para cortar bajo el agua.

Sólo funciona debajo del agua.

—Es posible que esté diciendo la verdad, al fin y al cabo —dijo el teniente Bruschki—. No he conseguido ponerla en marcha.

—¿Cómo te llamas, muchacha?

—Ayla Haddon.

Viushkov frunció el ceño.

—¿Haddon, dices? ¿Eres la hija de Lon Haddon?

Ella asintió.

El capitán se rascó la barbilla. Lon Haddon era uno de los antiguos gobernantes, y también uno de los hombres a los que el hermano James había salvado de la horca por la mañana. Lo cual significaba que esta era la muchacha que el hermano James deseaba.

¿Por qué no estaba con él esta noche?

—Conoces al hermano James, ¿verdad?

Observó que vacilaba antes de asentir.

—¿Le has visto esta noche?

—No. Teníamos que encontrarnos en el hospital a las ocho, pero no ha aparecido.

Ahora, Viushkov se convenció de que algo iba mal.

—Quiero que busquen al hermano James —ordenó al teniente Bruschki—. Utilice a los hombres que no están de guardia. Quiero que le encuentren cuanto antes.

—Sí, señor —respondió el teniente, que saludó y salió a toda prisa de la habitación.

Viushkov dirigió a la joven una mirada penetrante.

—¿Qué sabes de la máquina que ha salido del agua esta noche?

—Nada..., señor.

—Dime la verdad.

—Ya se la he dicho. Nunca había visto esa máquina. Y no sé qué es.

—Por lo tanto, ¿fue pura coincidencia que estuvieras en la playa poco antes de que esa cosa despegara?

—Sí, señor.

—Y, como dijiste al teniente Bruschki, pensabas efectuar ciertas reparaciones en el dique. Sola y de noche... con esto.

Alzó el artillero.

—Sí.

—Una historia muy endeble, aunque la hayas inventado sin pararte a pensar. ¿Qué te proponías hacer, en realidad?

La joven clavó la vista en el suelo. No contestó.

El capitán descargó el puño sobre el escritorio.

—¡Basta de mentiras! —rugió—. ¡Quiero la verdad!

Ella se encogió, pero levantó la cabeza, desafiante.

—Le estoy diciendo la verdad.

Viushkov suspiró. Tendría que acudir a la violencia para arrancarle la información. No quería hacerlo, no quería maltratar a una mujer, pero no tenía otra elección. Debía averiguar el significado de aquella extraña máquina. No tendría que existir, pero existía, lo cual ponía en peligro toda la misión. Tenía que descubrir la verdad, a cualquier precio.

Milo hervía de rabia y frustración. No podía moverse, no podía ver y no podía hablar.

Había desistido de intentar desatarse. Era imposible. Lo que más le había enfurecido fue yacer impotente mientras los soldados interrogaban al francés sobre el paradero del hermano James. Le estaban buscando y se encontraba a pocos pasos de ellos, pero no se habían dado cuenta. Los muy idiotas. Oh, sí, uno había levantado la manta de su cabeza vendada, lanzado una mirada superficial y dejado caer de nuevo la manta. Idiota. Idiota.

Y era vital que comunicara a Viushkov la información sobre aquella maldita Dorvin. La mujer significaba malas noticias. ¿De dónde cojones había salido? Viushkov debía ser alertado.

Aún era incapaz de aceptar lo que le había contado sobre su yo original, que había muerto. Y aún no sabía lo que había ocurrido; aquella puta le había golpeado con la silla antes de que Dorvin terminara de contarle la historia. Y luego, la propia Dorvin le había atizado, con mucha más eficacia que Ayla. No recordaba nada más después de aquello.

La próxima vez que se encontraran, el desenlace sería muy diferente.

Y, ¡joder!, para empeorar las cosas, tenía unas ansias irreprimibles de mear.

El capitán Viushkov contempló a Ayla Haddon con cansada resignación. Se había derrumbado en la silla que tenía frente a él, y habría caído al suelo si un soldado no la hubiera sujetado por los hombros. Su cabeza colgaba de costado y tenía los ojos

entornados. Morados y contusiones cubrían su cara, brazos y piernas, y era dudoso que quedara incólume alguna parte de su cuerpo. Dos de sus hombres, utilizando palos de escoba a modo de garrotes, le habían propinado tres contundentes palizas. Había presenciado con desagrado cómo sus dos hombres descargaban brutales golpes sobre la chica, que, en el suelo, intentaba adoptar la posición fetal, protegiéndose la cabeza con los brazos. También experimentó desagrado por la corriente de excitación que sus chillidos le produjeron. Era un trabajo sucio, pero pronto terminaría. La chica se había desmoronado durante la tercera paliza y empezado a gritar un nombre: Jan Dorvin. No significaba nada para él, pero ya era algo. Ahora, aguardaba a que recobrarla la conciencia para continuar interrogándola.

—¡Ayla! ¡Despierta! ¡Háblame! —ordenó. La joven se agitó. Abrió los ojos e intentó enfocarle.

—Quiero... un vaso... de agua —musitó, con los labios hinchados.

—Te daré agua cuando me digas lo que quiero saber. ¿Quién es Jan Dorvin?

—La Mujer del Cielo... Vino al hospital... esta noche. El hermano James... Milo... la trajo.

—¿Milo? ¿Quién es Milo?

—Milo es el hermano James... Es su verdadero nombre. Dijo...

—¿Su verdadero nombre? —le preguntó Viushkov, cada vez más intranquilo—. ¿Y dónde encontró a esta mujer, Jan Dorvin?

—No lo sé, pero creo que son... viejos amigos. Se conocían... desde hace mucho tiempo.

¿Cómo era posible? No tenía sentido. El hermano James —Milo— venía de Belvedere. ¿O no? Tal como Viushkov había observado, el hermano James no se parecía a ninguno de los belvederianos que había conocido.

—¿Quién es exactamente esa Jan Dorvin?

—Una mujer muy... poderosa. Es la Mujer del Cielo... La persona más poderosa de la...

Tierra. Gobierna... una enorme flota de Señores del Cielo... un gran ejército...

Viushkov miró alarmado a la destrozada muchacha.

—¿Dónde está? —gritó—. ¿Dónde está su base? ¿Dónde puedo encontrarla?

Esta vez, la chica no respondió. Viushkov hizo un gesto al soldado que la sujetaba. Éste la soltó y la joven resbaló poco a poco de la silla.

—¿Está muerta? —preguntó Viushkov.

El soldado se arrodilló y palpó su garganta.

—No, señor.

En aquel momento, el teniente Bruscki regresó.

—Ni rastro del hermano James, capitán.

Más noticias preocupantes. ¿Estaría el hermano James —Milo— en connivencia

con aquella tal Jan Dorvin? ¿Habría huido con ella en aquella máquina? Parecía la única respuesta plausible. El hombre era un traidor. Conspiraba contra Viushkov. Sólo Dios sabía lo que él y la mujer planeaban. Se levantó de la silla con brusquedad.

—Vuelvo a la nave, teniente. Por razones de seguridad.

—¿Jan? ¿Jan?

—¿Qué pasa? —preguntó ella, irritada. Estaba inmersa en el sueño más maravilloso y perfecto de su vida, y no había derecho a que Febo la interrumpiera de aquella manera.

—No te molestaré mucho rato. Necesito hablar contigo unos minutos.

—¿Hablar?

Jan se sintió un poco desconcertada. Sólo veía una suave luz azul. Y tenía la impresión de que flotaba; de hecho, no sentía su cuerpo.

—Febo, ¿dónde estoy?

—A salvo. Tranquilízate.

Y Jan se tranquilizó. Por completo. Nunca había sentido una paz tan absoluta.

—Escúchame —dijo Febo—, vas a revivir, para mí, tu visita de esta noche a la ciudad.

Recrearás cada instante en tu mente, excepto los momentos posteriores a tu entrada en el agua. ¿Me has entendido?

—Sí, Febo.

—Ya puedes empezar.

Y Jan experimentó una vez más todo lo ocurrido en Palmyra, pero cuando entró en el agua para dirigirse a nado hacia el Juguete, se encontró de vuelta en la luz azul.

—Gracias —dijo Febo—, ya puedes volver a dormir.

Y Jan obedeció. El bello sueño continuó.

Cuando Steven, el cirujano, entró con aspecto de agotamiento, Jean-Paul gritó de inmediato:

—¿Alguna noticia de Ayla?

El médico meneó la cabeza.

—No, temo que no.

—¡Pero han pasado horas! ¡Le habrá ocurrido algo! Puede que esté malherida. ¡Ha de encontrarla!

—Lo siento, pero debo ocuparme de mis pacientes. No voy a arriesgar mi vida, intentando burlar a las patrullas. Sé realista, Jean-Paul. La habrán detenido o asesinado.

—¡No, no lo creo! ¡No quiero creerlo! —protestó Jean-Paul.

—Bien, no podremos hacer nada hasta mañana..., excepto una cosa. —Se inclinó sobre el camastro de Milo—. Voy a liberar a este desgraciado. No puede continuar

más tiempo en este estado. Podría morir.

El médico sacó un par de alicates del bolsillo de la chaqueta.

—¡No! —le gritó Jean-Paul—. ¡No le suelte! ¡Piense en Ayla! ¡Le causará graves problemas!

—Creo que ya se ha metido en graves problemas —dijo el médico, mientras apartaba la manta del cuerpo maniatado con alambres de Milo.

—¡Déjele un par de horas más! —suplicó Jean-Paul—. ¡Algo ocurrirá antes del alba!

¡Algo que cambiará por completo la situación de Palmyra!

El médico quitó los vendajes que cubrían la cabeza de Milo.

—Soy médico, Jean-Paul. No puedo permitir que un hombre sea tratado con tamaña crueldad, aunque sea un invasor.

Quitó la mordaza a Milo.

—Gracias, doctor —dijo Milo.

El capitán Ilia Viushkov estaba pasando una noche inquieta. Paseaba sin cesar arriba y abajo del puente, pero su atención se concentraba en las pantallas de radar. Se mantenía en contacto por radio constante con la torre de radar palmyriana. Hasta el momento, no se habían localizado objetos en el cielo, pero eso no tranquilizaba a Viushkov. Incluso había considerado la idea de interrumpir la misión y ordenar a la tripulación que se preparase para despegar en cuanto todos los hombres hubieran regresado a la nave. Pero se resistía a tomar esta medida. La idea de volver a Karaganga como un fracasado era intolerable. No, se estaban jugando demasiadas cosas. Tendría que arriesgarse y quedarse.

—Voy a inspeccionar las defensas —anunció a la dotación del puente.

Realizó una vez más el circuito del *Christina*, inspeccionó los cuatro dispositivos portátiles de cañones de rayos y lanzó nerviosas miradas al cielo. Estaba a punto de volver adentro, cuando un ayudante vino con un mensaje.

—Señor, una patrulla ha encontrado al hermano James. Dice que quiere hablar urgentemente con usted.

El ayudante le tendió la radio.

—Hermano James, o comoquiera que se llame, ¿qué demonios está maquinando? —preguntó Viushkov.

Un sonido ensordecedor ahogó las palabras del hermano James. Viushkov levantó la vista, y una segunda explosión le lanzó por los aires al cabo de un instante. Aturdido y sordo, se incorporó y comprobó que la unidad de cañones recién inspeccionada ya no existía. Había fragmentos de metal y cerámica diseminados por todas partes. Y también fragmentos de hombres.

Otra explosión, en el otro lado de la nave. Seguido por su ayudante, corrió hacia la escotilla principal. Se produjeron dos explosiones más antes de que llegaran al

puente.

Comprobó que los cuatro dispositivos de cañones habían sido destruidos. La confusión y el pánico reinaban en el puente.

—¿Por qué no respondemos al fuego? —aulló Viushkov—. ¿Por qué no utilizamos el cañón de rayos de la nave?

—¡No hay objetivo! —gritó un oficial—. ¡El radar no muestra nada, y tampoco el analizador de infrarrojos o los sistemas automáticos de localización del blanco!

La nave osciló. Ahora, ellos eran el blanco. Alguien se puso a rezar. Viushkov se abrió camino hacia el panel de control y cogió un micrófono.

—¡Habla el capitán Viushkov a todo el personal! ¡Disparen contra el hombre conocido como hermano James en cuanto haga acto de aparición! ¡Repito, en cuanto haga acto de aparición!

Después, la nave volvió a oscilar y las luces se apagaron.

Milo ignoraba lo que ocurría, pero no le gustaba, fuera lo que fuera. Los miembros de la patrulla a la que se había acercado al salir del hospital se habían quedado inmóviles y confusos, mientras las explosiones se sucedían.

—¿Capitán Viushkov? —dijo por la radio, pero había enmudecido. Tiró el inútil aparato y miró con nerviosismo en dirección opuesta al mar, donde se veían destellos de luz roja.

—¿Cuál es la situación de la nave? Ha sido atacada, pero ¿por quién?

Se volvió hacia los soldados... justo a tiempo de ver que uno disparaba su fusil de rayos contra él. El rayo atravesó su pecho y salió por la espalda. Contempló, pensativo, el agujero grande, pero ya cauterizado, que el rayo había practicado en su carne.

—Maricón —murmuró. Miró al soldado que le había disparado—. ¿Por qué cojones lo has hecho?

El soldado y sus cinco compañeros le miraron con incredulidad.

—Fue una orden del capitán Viushkov... Nos la acaba de transmitir —explicó el soldado, vacilante, tocándose el auricular.

¿Por qué quería matarle Viushkov?, se preguntó Milo, caminando hacia la patrulla. Su intención era matarlos, pero descubrió que no podía adquirir velocidad. Sus poderes de regeneración y recuperación eran extraordinarios, pero incapaces de abarcar las tremendas lesiones internas causadas por el rayo. Ante la sorpresa de Milo, sus piernas flaquearon de repente y cayó de rodillas. Comprendió que estaba muriendo.

—¡Oh, mierda! —murmuró.

Se inclinó lentamente hacia delante hasta apoyarse en las manos, la cabeza gacha.

—¡Qué terrible injusticia! Tantos años en la apestosa Belvedere, y ahora esto...

Los soldados se aproximaron con cautela. Le seguían apuntando con sus armas.

Milo levantó la cabeza y los miró.

—¿Queréis saber cuál es la injusticia más grande de todas?

Los soldados intercambiaron nerviosas miradas, pero no contestaron.

—No me he follado a esa tía ni una sola vez —dijo, y murió.

A la luz gris del amanecer, el capitán Viushkov intentaba poner al mal tiempo buena cara. La única alternativa era internarse en los matorrales y saltarse la tapa de los sesos.

De modo que respiró hondo, se irguió frente a sus tripulantes y soldados y procuró hablar con el tono más seguro que pudo fingir.

—La situación no es tan mala como parece. La nave ha sufrido daños, pero podrá repararse. En menos de un mes, según los datos que me han proporcionado.

»Y aunque hemos sufrido bajas, podría haber sido peor.

Sí, si la cosa que les había atacado hubiera apuntado a algo más que a los cañones, todos estarían muertos. Lo mismo había ocurrido en la ciudad. Sólo habían sido destruidas las unidades de cañones. Bueno, aparte de la torre de radar de Palmyra. Y su radar tampoco funcionaba. La única noticia positiva era que habían matado al padre James.

—Aún nos quedan nuestras armas convencionales y todavía controlamos Palmyra.

«¿Hasta cuándo?».

—¡Y cuando esa cosa vuelva, estaremos preparados! ¿De acuerdo?

Todos le miraron, inexpresivos.

Un soldado levantó el brazo.

—Perdone, capitán, pero, en su opinión, ¿qué era esa cosa?

«Maldición».

—Era..., alguna tosca máquina voladora que los palmyrianos debieron de construir.

Tengo la intención de interrogar hoy a unos cuantos palmyrianos para averiguar dónde está la base de la máquina. Luego, atacaremos y la destruiremos antes de que pueda despegar.

Una pausa. Se hizo el silencio. Varias moscas zumbaron alrededor de su cara y las espantó, mientras aguardaba alguna reacción. Luego habló otro soldado, en un tono seco que le enfureció.

—¿Y si esa cosa vuelve y nos ataca antes de que estemos preparados, como hoy?

—¡En tal caso, confío en que usted la derribe, soldado! —ladró—. ¡Tiene un arma, y a la luz del día podrá verla! ¡Aplíquense todos el mismo cuento!

—¿Y si es invisible? —preguntó alguien.

—No sea est...

No prosiguió. La brisa que soplaba desde el mar trajo un ruido ensordecedor. Se volvió y escudriñó la niebla que ocultaba el cielo. Distinguió una vaga forma, muy lejos. Fuera lo que fuera, era grande.

El ruido aumentó de intensidad, y la forma vaga, de consistencia.

—Demonios... —boqueó Viushkov.

—¿Qué es eso? —preguntó alguien, detrás de él.

—Un Señor del Cielo —respondió Viushkov, con voz débil.

Contempló durante varios segundos la enorme y fantasmal nave blanca que surgía de la niebla, hipnotizado por su aterradora presencia. Después, salió del trance, y se volvió hacia sus hombres, transfigurados también por la visión.

—¡Tomen posiciones defensivas, soldados! ¡Cuando esté al alcance de sus rifles de rayos, abran fuego!

Algunos hombres empezaron a moverse, pero la atención de Viushkov fue atraída de repente por un pájaro que volaba hacia el suelo, frente a él. Era un loro, y agitaba las alas con escasa fuerza. Después, se inmovilizó por completo. Viushkov lo miró. El destino del ave parecía entrañar un horroroso significado, pero Viushkov no entendía por qué...

Entonces, sus hombres empezaron a desplomarse.

—Mis ojos... Mis ojos... —gimió Jean-Paul.

—Todo va bien... Ya estás a salvo... Todo marcha perfectamente —dijo una voz balsámica. La de Ayla.

Abrió los ojos. Vio luz. Luz blanca. Alzó las manos frente a la cara. Las vio. ¡Podía ver!

Un estremecimiento convulsivo recorrió su cuerpo al recordar lo sucedido. Después de que el médico liberase a Milo, éste exigió a Jean-Paul que le contara todo cuanto había dicho Jan Dorvin mientras estaba inconsciente. Como Jean-Paul se negó, hundió con toda calma su pulgar en el ojo izquierdo de Jean-Paul y lo aplastó. Su grito de agonía provocó que una enfermera entrara corriendo en la habitación. Jean-Paul no vio lo que Milo hizo. Después, Milo amenazó con arrancarle el otro ojo si no hablaba. Loco de miedo y dolor, Jean-Paul repitió las palabras de Jan Dorvin..., antes de que Milo le cegara por completo. Milo le había dejado tendido en la oscuridad, impotente y presa de un dolor espantoso. Chilló y chilló. No supo cuánto tiempo pasó hasta que oyó voces y clavaron una aguja en su brazo. Después, nada.

Se incorporó, asombrado y feliz. Ayla estaba de pie junto a la cama. Llevaba una especie de bata blanca larga hasta los pies, al igual que él. Le dedicó una sonrisa radiante. Jean-Paul miró a su alrededor. Estaban en una inmensa sala blanca, que no parecía tener fin. Había muchas camas más, algunas ocupadas, y extrañas máquinas esparcidas entre ellas. Entonces, cayó en la cuenta de lo que había hecho. ¡Se había incorporado! ¡Dios, notaba sus piernas otra vez! ¿Qué significaba esto?

Dirigió a Ayla una mirada de súplica.

—¡No me digas que esto es una alucinación, te lo ruego, o alguna clase de fantasía a gusto del consumidor! ¿O tal vez he muerto y he ido a un lugar al que

nunca pensé acceder?

—Ninguna de esas cosas —rió ella.

—¿Dónde estamos?

—En el Ángel del Cielo. La nave de Jan Dorvin, aunque todavía no la he visto.

—Pero no entiendo... Estoy bien otra vez... y puedo ver.

—¿Qué te pasó en los ojos?

—Milo. —El joven hizo una mueca—. No quiero hablar de ello. Aún no. ¿Quién ha realizado estos milagros?

—Esas máquinas... —Ayla señaló una cercana, que consistía en un cilindro de plástico blanco, rodeado de tubos y cables—. Eso te curó. Lo sé porque, cuando desperté, estaba saliendo de otra.

—¿Por qué estabas...?

—Los hombres del espacio me pegaron. A base de bien. Pensé que iban a matarme.

Estaban interesados en la máquina voladora de Jan Dorvin.

—¿Les contaste lo que sabías?

—Una parte. Inventé otra para preocupar al jefe de los invasores. Creo que se la tragó.

Jean-Paul experimentó una punzada de culpabilidad. Ella no había hablado, pero él sí.

De todos modos, habría dicho cualquier cosa con tal de no perder la vista, y esa era la pura verdad. Pasó las piernas por encima de la cama, apoyó los pies en el suelo y se irguió poco a poco. Se sentía un poco débil, pero, por lo demás, bien. Sonrió a Ayla, que rodeó su cintura con el brazo y le besó.

—¿Tienes idea de lo que ha ocurrido en tierra desde que esta cosa llegara? —preguntó él.

—No. He hablado con algunas personas, pero no recuerdan nada. También hay hombres del espacio aquí. Y tu gente.

—¿Mi gente? Pero si fueron expulsados al yermo...

—Me refería a los quemados que estaban ingresados en el hospital. Se han curado por completo, como tú. Ni cicatrices ni nada por el estilo. Están por allí.

Señaló a lo lejos.

—Hablaré con ellos más tarde. Primero, quiero averiguar qué está pasando. Vamos a ver si encontramos a Jan Dorvin.

Ella meneó la cabeza.

—No puedes salir de aquí. Algunos lo han intentado, sin éxito.

—¿Qué se lo ha impedido?

—Esas cosas —dijo Ayla, mirando por encima del hombro de Jean-Paul.

Él se volvió y estuvo a punto de lanzar un grito. Por el pasillo se acercaba hacia

ellos una mecaraña. El joven protegió con su cuerpo a Ayla y buscó con la mirada algo que pudiera utilizarse como arma. Ayla rió y palmeó su hombro.

—No te hará daño. Es una de las enfermeras.

—¿Una enfermera, dices? ¿Estás loca? —gritó, los ojos clavados en la máquina—. ¡Es una mecaraña!

La mecaraña se detuvo frente a él.

—Buenas noches, Jean-Paul. Espero que te encuentres mejor. Si te apetece comer o beber algo, sólo tienes que decirlo.

Hablaba con voz de mujer, pero no se parecía en nada a la de Ashley. Jean-Paul se quedó mirando sin poder articular palabra a aquel aparato, que tantos malos recuerdos le traía. Ayla le clavó los dedos entre las costillas.

—Adelante, pide lo que quieras.

—Pues... —Jean-Paul tragó saliva—, bueno, me encantaría una taza de café. Solo.

—Por supuesto. Vuelvo enseguida —respondió la mecaraña, y se marchó.

Jean-Paul la siguió con la mirada, y después se volvió hacia Ayla.

—¿De veras no mentiste cuando dijiste que estaba vivo?

Jan despertó y notó un zumbido en los oídos. Al principio, no supo dónde estaba, pero luego comprendió que se encontraba en el interior de una máquina médica. ¿Por qué?

Ah, sí, se había partido la punta de la lengua. Pero ¿no estaba curada ya...?

La escotilla de la máquina se abrió y la cuna en la que yacía empezó a moverse. Salió a una luz blanca. Sonrió cuando vio que Robin la esperaba, y se quedó sorprendida al observar la expresión de alivio inmenso que aparecía en su rostro mientras examinaba su cuerpo. La mujer se incorporó, apoyándose en los codos.

—¿Qué te pasa? ¿Temías que la máquina hubiera devorado alguna de tus partes favoritas?

—¿No te acuerdas?

—¿De qué?

—Da igual. —Robin se inclinó y la besó—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, pero como si me hubieran dado una paliza.

Se tendió de nuevo y pasó los brazos alrededor del cuello de Robin, con la intención de atraerle hacia ella, pero el joven se liberó de sus brazos con ternura y se irguió.

—Me encantaría, pero no tenemos tiempo, y el lugar es muy poco adecuado. Aún no te has fijado, pero estamos acompañados.

Jan se reincorporó, sorprendida. Era cierto. Había bastante gente diseminada por el extenso centro médico.

—¿Quiénes son? ¿De dónde han venido?

—De Palmyra. La mayoría son palmyrianos. También hay algunos hombres del espacio, e incluso unos cuantos supervivientes del Señor del Cielo derribado. — Señaló una cama contigua a la máquina médica, sobre la cual estaban pulcramente dobladas algunas de sus prendas—. Será mejor que te vistas. Han pasado muchas cosas.

—Sí, mi dueño y señor. —Bajó de la cuna y se acercó a la cama—. ¿Te importa decirme qué hacía en esa máquina? Lo último que recuerdo es... —Hizo una pausa y contempló la ropa interior que iba a ponerse—. De hecho, lo último que recuerdo es que los dos partimos hacia Palmyra en el Jugete. Todo lo demás está en blanco. ¿Cuánto hace de eso?

—Dos noches.

—¡Dios Madre! —Se llevó la mano a la frente—. He perdido dos días...

—Has pasado casi todo ese tiempo en la máquina. Tuviste un grave accidente cuando nos íbamos de Palmyra.

—¿Muy grave?

—Gravísimo.

Jan le dirigió una mirada de suspicacia, dejó caer la prenda sobre la cama y contempló su cuerpo. Después de examinar los dos brazos, cruzó el derecho sobre su pecho.

—Aparte de este brazo, el resto de mi cuerpo es de color rosado, como el de un recién nacido.

—Vístete, por favor —suspiró él.

—Dime la verdad. ¿Qué me pasó?

Robin respiró hondo.

—Te mataron, Jan.

—Oh. —Se sentó en la cama—. Así de grave, ¿eh?

—Si no te importa, te ahorraré los detalles más escabrosos. Febo los ha borrado de tu memoria. Por desgracia, no lo ha hecho de la mía.

—¡Mira, es Jan Dorvin! ¡Ya te lo había dicho!

Jan vio que un hombre y una joven se acercaban. Los dos llevaban las batas blancas de rigor. La muchacha era muy guapa y el hombre era atractivo. La muchacha le resultó vagamente familiar.

—¿Nos conocemos? —preguntó Jan. Luego, al darse cuenta de que seguía desnuda, se apresuró a vestirse.

—Pues claro —dijo la chica—. Fue en el hospital de Palmyra. Te acuerdas, ¿no? Me salvaste la vida. Milo me habría matado.

Jan se puso la túnica.

—¿Milo? ¿Has dicho Milo? ¿Ha escapado del Ángel del Cielo?

—Del Ángel del Cielo, no lo sé —intervino el hombre—, pero sí del hospital, en

cuanto te fuiste. Pero antes, el bastardo... el bastardo...

No pudo continuar.

Jan le miró, aturdida. También empezaba a resultarle familiar. Y la mención de Milo liberó algo en su mente. Sí, Milo estaba... en aquella playa sombría, pero no era su Milo.

Entonces, fue recordando poco a poco, aunque no todo. Recordó que había entrado en el agua, empezado a nadar y... nada más. Dedicó una sonrisa a ambos.

—Ya recuerdo lo sucedido. —Miró a Robin—. Aunque no todo, desde luego.

—Me alegra ver que estás bien —dijo Ayla—. Estaba muy preocupada por ti. Me olvidé de avisarte sobre aquellos seres marinos.

—¿Qué seres marinos?

—Ya basta —se apresuró a intervenir Robin—. No hablemos más de seres marinos, por favor.

Dirigió a Ayla una mirada de reproche y ella calló, algo desconcertada.

—Bien, hablemos ya de nosotros —dijo Jean-Paul—. ¿Qué está pasando ahora? ¿Qué pasó en Palmyra? ¿Qué ha sido de los hombres del espacio?

Jan se encogió de hombros.

—A mí, que me registren. Acabo de despertar. Robin, ¿sabes algo?

—No mucho. Sí sé que Palmyra se encuentra bajo el control de Febo. Utilizó el Juguete para destruir los cañones de rayos de los invasores y averiar su nave. Después, bajó el Ángel del Cielo a la playa y empleó una especie de gas para dormir a todos. Luego, un montón de mecarañas descendió. Desarmaron a los invasores inconscientes y controlan la situación desde entonces. Los invasores han sido capturados y aislados de los palmyrianos.

—Me gustaría saber qué ha sido del otro Milo —dijo Jan—. No estaré tranquila hasta que le tengamos a buen recaudo, como a la anterior versión.

—Y yo no estaré tranquila hasta que muera —dijo Jean-Paul de todo corazón.

—Estoy preocupada por mi padre —dijo Ayla—. ¿Cuándo nos dejarán volver a casa?

—No lo sé —confesó Jan—, pero no creo que Febo tenga motivos para retenernos aquí mucho más tiempo.

—Y tampoco sabrás qué piensa hacer con Palmyra a la larga —dijo Jean-Paul.

—Ni idea —respondió Jan—. Supongo que podríamos preguntárselo. Febo, ¿nos escuchas? ¿Estás ahí?

Febo apareció ante Jan, sobresaltando a Ayla y Jean-Paul.

—Sí, Jan. Sentís curiosidad por vuestra suerte, lógicamente, y por la suerte de los demás humanos de la Tierra. Os desvelaré el enigma.

Jan tuvo la sospecha de que no iba a gustarle lo que Febo se disponía a decirles. Y pronto comprobó que estaba en lo cierto.

—Como Jan y Robin ya saben —empezó Febo—, mi intención es hacer la Tierra habitable de nuevo, eliminando todas las plagas. Gracias a las muestras genéticas que estoy reuniendo, crearé armas biológicas diseñadas para actuar de forma específica sobre cada especie. Muchas especies del yermo serán exterminadas, otras quedarán estériles y algunas sufrirán una leve modificación, adoptando una forma inofensiva. Los agentes utilizados para lanzar estas bioarmas serán organismos similares a los virus, que contendrán partes de DNA modificado. Cada virus estará diseñado para afectar sólo a una especie determinada. Cuando haya erradicado el yermo en todas sus formas, comenzaré a reconstruir el ecosistema de la Tierra hasta el estado en que se encontraba antes de la Revolución Industrial. El Ángel del Cielo contiene un amplio banco genético que me permitirá recrear todas las formas de vida animal y vegetal que han desaparecido de la Tierra.

Jan la interrumpió en este punto.

—No deduzcas que no estoy agradecida, pero quiero preguntarte otra vez por qué estás haciendo esto. No veo cómo encaja con tu directriz fundamental, la protección de los eloi.

—Encaja —dijo Febo.

—Pero ¿cómo? —se exasperó Jan—. Y si es verdad, ¿por qué no interviniste hace siglos, antes de que las plagas se extendieran tanto?

—Porque la situación ha cambiado.

—¿En qué?

—Comprendimos que la humanidad entrañaba la amenaza más peligrosa para los eloi.

Estaban a salvo de cualquier otra amenaza en su hábitat submarino, pero siempre existía la posibilidad de que, un día, la humanidad localizara el hábitat.

—¿Por qué no destruiste lo que quedaba de la raza humana? —preguntó Robin.

—El programa ético prohíbe la destrucción directa de cualquier ser humano.

—Sí —dijo Jan con amargura—, pero permite que te quedes tranquilamente sentada, contemplando cómo la humanidad se extingue siglo tras siglo en su batalla perdida de antemano contra el yermo.

—Echarnos las culpas a nosotros es perder el tiempo; sólo hacemos aquello para lo que fuimos programados. Por vuestros antepasados humanos. Que ahora son los eloi.

—Dices que no podéis matar personas —intervino Robin—, pero sé que varios hombres del espacio resultaron muertos cuando atacasteis la ciudad y su nave con el

Juguete.

—No les disparé a ellos, sino a los cañones de rayos. Sus desgraciadas muertes fueron accidentales.

—Ve con cuidado, Febo —dijo Jan—. Acabas de mostrar una característica muy humana: buscarle tres pies al gato.

—¿Deseáis que prosiga?

—Sí, por supuesto —replicó Jan—. Dinos qué cambio en la situación te hizo salir de tu torre de marfil.

—La llegada de esta nave sobre Shangri La y el intento llevado a cabo por Milo de perforar el hielo para alcanzar el hábitat. Tales acontecimientos nos aconsejaron un cambio de táctica, para evitar que algo por el estilo volviera a ocurrir.

—¿Y erradicar el yermo en beneficio de la humanidad forma parte de esta nueva táctica? —preguntó Jan—. ¿Cómo?

—No sólo vamos a erradicar el yermo, sino que también modificaremos a la raza humana.

Las palabras de Febo colgaron en el aire. Ominosas, detestables. «Ya está», pensó Jan, «llega la parte que no quiero escuchar».

Fue Jean-Paul quien, por fin, formuló la pregunta.

—¿A qué clase de modificación te refieres?

—Será necesario cambiaros para proteger a los eloi. Eliminar toda amenaza potencial de la humanidad hacia ellos. No debéis alarmaros, los cambios operados en vuestras personalidades no os molestarán. Viviréis mucho más felices y contentos que hasta hoy.

Jan notó que el estómago se le revolvía.

—¡Dios Madre, vais a convertirnos en eloi!

—¿Qué son esos eloi de los que estáis hablando? —preguntó Ayla, nerviosa.

—No, no os transformaréis en eloi —dijo Febo—. Serán cambios de poca importancia en vuestro DNA.

—¡Me da igual que sean de poca importancia, no quiero ninguno! —gritó Jan.

—Temo que no te queda otra elección. Es imposible dejar a la humanidad tal como está y cumplir nuestra misión con los eloi.

—¿En qué consistirán exactamente esos cambios? —preguntó Robin.

—Tendrán que ver, sobre todo, con vuestra tendencia innata a la agresividad.

Resolverán el problema que ha maldecido a vuestra especie desde hace miles y miles de años. Habéis reconocido el problema, a un nivel intelectual, y desde vuestras sociedades más primitivas creasteis leyes religiosas y normas sociales para intentar controlarlo.

Suelen bastar para establecer, pero sin gran eficacia, un código de conducta en el seno de una sociedad, pero no sirven para miembros de vuestra especie que no son

considerados integrantes de dicha sociedad o grupo. Consideráis sagrada la vida humana, pero sólo desde un punto de vista intelectual. Los simios que acechan en las profundidades de vuestra psique no aceptan ni por un segundo ese ideal cuando algo amenaza a vuestra familia, tribu, raza, religión, nación, clase, casta, sexo, a vosotros mismos, en una palabra. En tales momentos, poseéis la habilidad de «deshumanizar» a vuestros enemigos, lo cual desata las ligaduras morales y os permite cometer toda clase de atrocidades. Siempre lo habéis hecho y seguiréis haciéndolo, a menos que os transformemos.

—¿Estás diciendo que continuamos siendo simios, pese a todos nuestros logros? —preguntó Jean-Paul, iracundo.

—Vuestros «logros», Jean-Paul —replicó Febo—, se reducen a haber destruido casi por completo vuestra especie y vuestro planeta. Si continúa la tónica actual, no cabe duda de que completaréis vuestra tarea. Sí, seguís siendo simios. Sois casi idénticos, genéticamente, a los chimpancés. Lo único que os separa son pequeñas diferencias en el DNA. Estos pequeños cambios son cruciales, desde luego. Os permitieron llegar a ser en poco tiempo la especie triunfante. Vuestros rápidos progresos intelectuales y el desarrollo de un lenguaje os proporcionaron una tremenda ventaja. Transmitisteis una información muy compleja, obtenida mediante la experiencia, de generación en generación. Os permitió adaptaros a cambios y nuevos peligros en vuestro entorno sin necesidad de acudir al lento proceso de la selección natural. Ya no estabais sujetos a las leyes de la selección natural. Dejasteis de evolucionar, salvo en aspectos físicos de escasa trascendencia, como el color de la piel, por ejemplo, a medida que os adaptabais a los diferentes climas que encontrabais en el mundo.

»Y ésta es la clave del problema. El simio inteligente y muy agresivo, capacitado de manera ideal para sobrevivir en aquel mundo prehistórico, anterior a la aparición de la agricultura, se convirtió en un anacronismo cuando el mundo se pobló cada vez más de humanos que articulaban sociedades y, más tarde, tecnologías progresivamente complejas. Un nuevo tipo de humano necesitaba evolucionar para encajar en este nuevo mundo que habíais creado, pero, como erais inmunes a las presiones de la evolución y controlabais el medio ambiente, fue imposible.

—Así que vas a hacer el trabajo por nosotros, ¿eh? —dijo Jan—. Vas a darle un empujoncito al árbol evolutivo.

—El empleo de un árbol como analogía de la evolución es engañoso. Pero sí, voy a cambiaros. Tendréis un código moral genéticamente impreso en vosotros.

—¿Un código confeccionado por ti, un programa de ordenador? —se burló Jean-Paul.

—Creo que será preferible a uno confeccionado por un ser humano. Yo soy neutral, simplemente.

—Dios Madre —gimió Jan, mientras imaginaba la lista interminable de mandamientos interiorizados e inviolables. «Mandamiento trescientos cincuenta y cuatro: NO HABLES CON LA BOCA LLENA. Mandamiento trescientos cincuenta y cinco: COME TODO LO QUE TE SIRVAN EN EL PLATO. Dos de los que más detestaba en la infancia».

—¿Será muy larga la lista de normas?

—No es una lista. Consistirá en una irresistible sensación de solidaridad con los demás seres humanos, lo cual impedirá que cometáis cualquier acto que pueda causar la muerte o el sufrimiento a vuestro prójimo.

Jan frunció el ceño.

—Se me ocurren miles de problemas si se nos programa biológicamente para cumplirlo al pie de la letra. En determinadas circunstancias provocará el efecto contrario al deseado. Por ejemplo, ¿qué pasa si te ves obligado a matar a alguien para ahorrarle terribles sufrimientos, o si has de realizar un aborto para salvar la vida de una mujer?

—Se han tenido en cuenta todos esos casos. La decisión será tomada por el individuo, o grupo de individuos, afectado por la situación. No seréis robots sin mente.

—Viniendo de ti, no me parece muy tranquilizador —dijo Jan.

—Nos vas a despojar de nuestro derecho fundamental como seres humanos —indicó Jean-Paul, que había sido educado en la religión católica—, el derecho a elegir entre el bien y el mal: nuestro libre albedrío, otorgado por Dios.

—No existen derechos fundamentales —contestó Febo—, excepto los arbitrarios y temporales creados por las sociedades humanas. Tampoco existe el libre albedrío, tal como vosotros lo entendéis, ni bien o mal, tal como vosotros...

—... lo entendéis, sí —interrumpió Jean-Paul, frenético.

—Estáis furiosos. Era de esperar, pero, como ya os he dicho, no os importarán estos cambios cuando hayan tenido lugar. Por ejemplo, el miedo suele disparar la agresividad.

A partir de ahora, seréis seres mucho menos poseídos por el miedo.

—El miedo es un mecanismo de supervivencia necesario —recordó Jan.

—He dicho que seréis seres mucho menos temerosos. Tendréis la capacidad de sentir miedo en momentos de auténtico peligro.

—Aun así, esto no me gusta nada —dijo Jan, agitando la cabeza.

—Apenas manipularemos un poco más vuestro DNA que cuando creasteis el Modelo de Primera Clase, a mediados del siglo veintiuno. Aumentasteis vuestra esperanza de vida, reforzasteis vuestro sistema inmunológico e incluso os alterasteis psicológicamente; erradicasteis la depresión crónica y, al modificar vuestro cerebro para protegerlo de las causas víricas y genéticas de la esquizofrenia, erradicasteis de

paso todas las variedades de enfermedades mentales. Y después, Jan Dorvin, tus antepasadas fueron un poco más lejos durante los primeros años de Minerva. Las mujeres minervanas se hicieron más fuertes físicamente y algo más masculinas en el aspecto emocional, mientras los hombres disminuyeron de talla, perdiendo agresividad y competitividad. Un paso en la dirección correcta, pero insuficiente.

—¡Dios Madre! —jadeó Jan—. Yo te di la idea, ¿verdad? ¡Todas aquellas preguntas de Davin sobre Minerva y los hombres minervanos!

—Tu contribución fue muy útil. Tu mención de las recesiones nos condujo a crear una unidad genética de seguridad que impedirá futuras mutaciones en el DNA manipulado.

De todos modos, siempre consideramos la posibilidad de cambiar la naturaleza básica de la raza humana, si alguna vez supone un peligro para los eloi. Por este motivo creamos algunos humanos anteriores al Modelo de Primera Clase, con fines de estudio.

Los creamos anteriores al Modelo de Primera Clase porque su vida era más corta. —Febo se volvió hacia Robín—. Tú fuiste el último, Ryn.

Robin se sorprendió.

—Pero siempre me dijisteis que fui el resultado de un error de laboratorio...

—Nosotros nunca cometemos equivocaciones, Ryn. Nos fuiste de gran utilidad en las fases finales de nuestra investigación, pero cuando escapaste en el Juguete faltaba poco para que te redujéramos a un estado de beatitud permanente, por el bien de los eloi.

Robin se dejó caer sobre una cama.

—¡No puedo creerlo! ¿Estás diciendo que sólo viviré hasta los sesenta o los setenta?

¿Qué voy a envejecer?

—Si así lo deseas, te convertiremos en un Modelo de Primera Clase.

—Sí... Sí —se apresuró a aceptar. Miró a Jan—. Por favor.

Jan se sentó a su lado y cogió su mano.

—¿Estás bien?

—Sí, pero la sorpresa ha sido mayúscula. Tantos años pensando... —Meneó la cabeza—. Sólo he sido un vulgar conejillo de indias.

—Destinado a un «estado de beatitud permanente». Por eso no te curaron debidamente cuando te traje de vuelta en el Juguete. Es curioso que recuperaras la potencia viril en cuanto saliste del hábitat...

—Sí —admitió Febo—. Cuando supimos que abandonaría Shangri La, con escasas perspectivas de regresar, le devolvimos discretamente la masculinidad.

Jan traspasó con la mirada a Febo.

—Y tú eres quien va a proporcionarnos un código de moral profundamente

arraigado.

Vaya chiste. Y todo por esos elfos repugnantes que habitan bajo la capa de hielo. Me dais asco.

—Te sentirás mucho mejor... después.

—Sí, claro. Aparte de la «irresistible sensación de solidaridad con los demás seres humanos» y la disminución del miedo, ¿cuáles serán los demás cambios de poca importancia?

Febo pareció vacilar antes de responder, actitud que despertó las sospechas de Jan.

—Para obtener los resultados apetecidos en lo concerniente a un aumento de solidaridad y una disminución de la agresividad, será necesario reducir vuestra capacidad emocional, reducir los extremos, podríamos decir, de vuestra escala emocional.

—¿Podrías ser más concreta? —preguntó Jan con sarcasmo.

—No sentiréis las cosas con tanta intensidad. Ya no experimentaréis pasiones extremas.

Esto afectará a la forma en que experimentáis tanto las emociones positivas como las negativas, desde luego.

—En otras palabras, vais a castrar nuestros sentimientos —acusó Robin.

—Es tu interpretación, no la mía —dijo Febo.

—Y también la mía —insistió Jan—. ¿Cuándo tendrá lugar esta repugnante transformación?

—En el caso de vosotros y las demás personas que se encuentran a bordo, ya ha empezado. Se os ha inyectado el virus sintético. El cambio será gradual, y tardará tres meses en concluir.

—¿Ya lo llevamos dentro? —dijo Jan, estremecida—. Oh, Dios Madre...

Apretó con más fuerza la mano de Robin.

—Dentro de poco, el virus se propagará por el aire para que afecte a la población del suelo. Los visitantes del espacio, cuando su nave esté reparada, portarán el virus a sus hábitats espaciales y a las colonias marcianas. Órdenes inducidas mediante hipnotismo asegurarán que visiten todas las zonas del espacio habitadas por humanos, tarde o temprano. Y yo, en el Ángel del Cielo, viajaré por todo el mundo y propagaré el virus, hasta que toda la población quede contaminada.

Jan no sabía qué efecto obraría, pero tenía que hacerlo, por inútil que fuera. Se levantó, caminó hacia Febo y le asestó un tremendo puñetazo en la boca. Oyó el satisfactorio ruido de los nudillos chocando contra carne y Febo aterrizó de culo sobre el suelo. Tal vez todo fuera una ilusión inducida en su cerebro por ordenador, pero ver a Febo sentada en el suelo, con expresión atónita y sangrando por el labio partido, le proporcionó un gran bienestar.

—Tenía que hacerlo mientras aún me apeteciera —dijo Jan, frotándose los nudillos doloridos.

EPÍLOGO

Jan estaba sentada en la playa con el hijo de Ayla, que ya tenía seis meses, en el regazo.

Ayla le había llamado Lon, en memoria de su difunto padre. Lon Haddon había muerto poco después de aquellos terribles acontecimientos de dieciocho meses atrás. Se habían perdido el «cambio», como así lo llamaban...

«Sigo siendo la misma», se dijo Jan. Se lo repetía varias veces al día. Se lo decía desde el momento en que se supo contaminada por el virus. Durante meses se fue a dormir preguntándose si se despertaría convertida en una persona diferente por completo. Y cuando se despertaba seguía tendida y examinaba todos sus sentimientos, intentando detectar algún cambio. Nunca lo logró. Pero...

—¡Hola, Jan!

Se volvió. Milo se acercaba por la playa. Llevaba pantalones cortos y su cuerpo, antaño pálido, estaba bronceado.

—¡Hola Milo! —saludó ella.

El hombre se sentó a su lado, jugueteó con un pie de Lon, y el niño se removió.

—Bonito día, ¿eh? —comentó.

—¿Acaso no lo son todos? —preguntó Jan con amargura.

Milo lanzó una carcajada.

—Aún te resistes, ¿eh?

Ella no contestó.

—Tendrás que aceptarlo un día de éstos. Todos sufrimos en el «cambio». Ya no eres igual que antes.

—Lo soy.

—Fíjate en mí: lo he aceptado por fin. Mi «cambio» fue el más radical de todos. El abismo entre lo que yo soy ahora y lo que fui es demasiado grande para ignorarlo.

—Sí, admito que has cambiado mucho, Milo. Ya no eres un... un...

No continuó.

—¿Un monstruo? —rió Milo—. Sé a qué te refieres. Cuando me acuerdo de cómo pensaba, y de mi opinión acerca de los demás, me estremezco. Con todo, una parte de mí aún lamenta el «cambio». Odio lo que era, pero sé que aquél era mi yo real. El individuo de ahora es el resultado de que aquel maldito programa manoseara mis genes.

Pero se desvanece con rapidez, y pronto me dará igual. A ti te pasará lo mismo. A la larga, no nos importará a ninguno.

Encogió sus hombros bronceados.

—A mí sí. Siempre. ¿Puedes decir, con toda sinceridad, que has notado algún cambio en mi personalidad?

—En apariencia, no.

—¿Lo ves?

—Anda ya. ¿Acaso no has percibido sutiles cambios en ti?

Ella meneó la cabeza. El niño se removió.

—¿Cómo van las cosas con Robin? —preguntó Milo.

—Bien. ¿Porqué?

—Por curiosidad. ¿Tu relación con él es la misma?

—Por supuesto —respondió Jan, pero había poca convicción en su voz.

Milo se dio cuenta.

—No, ¿verdad? Porque los dos habéis cambiado. La antigua pasión ya no existe.

Oh, claro, aún os gustáis y hacéis el amor, pero el fuego se ha extinguido.

—El fuego, a la larga, se extingue en todas las relaciones sexuales.

—Cierto, pero yo no estoy hablando de eso. ¿Aún tienes orgasmos?

La pregunta desconcertó a Jan.

—Bueno... Sí, supongo...

—¿Supones? —preguntó Milo, sonriente.

—Sí, tengo orgasmos. Sólo que...

—Ya no son igual. Lo sé. Carecen de intensidad. A mí me ha pasado lo mismo.

Esa chica con la que salgo últimamente, Juli, la amiga de Ayla... Bien, hacemos el amor y va bien. Me gusta. Y punto. Ya no hay intensidad. No como antes...

—Juli debería dar gracias a su estrella de la suerte —replicó con sequedad Jan.

—Ya sabes a qué me refiero. El sexo no es igual. Y tú lo has admitido, ¿verdad? Y no sólo es el sexo.

Jan suspiró. Había culpado a Robin, pero suponía que también era culpa suya. No le deseaba como antes. Aún le deseaba, pero faltaba algo, como Milo decía. Y así lo había expresado Febo: «Ya no experimentaréis pasiones extremas», aunque Jan no podía aceptar aquella horrible realidad.

—Han castrado nuestros sentidos —murmuró, recordando la acusación de Robin a Febo.

—Sí —reconoció Milo—. Nos han arrebatado el ansia, una de las características esenciales de nuestra humanidad. O, como dice Jean-Paul, nos han quitado la carga del pecado original. Me pregunto cómo afectará a la raza humana a largo plazo. Puede que ya no representemos un peligro para nosotros, pero si alguna vez hemos de enfrentarnos a un peligro auténtico, dudo que, como especie, seamos capaces de atajarlo. Echaremos en falta el viejo «Levántate y anda». Nos faltará ánimo. Creo que tampoco nos importará demasiado cuando ocurra. Nos hundiremos con una sonrisa en el rostro... —Se levantó, sacudió la arena de los pantalones y se estiró—. Creo que tu hora de canguro ha terminado... Ahí viene Ayla.

La barca de pesca de Ayla apareció por el dique interior. Ahora, todas las puertas

se mantenían abiertas y pronto empezarían las obras de demolición de los diques.

—¿Cómo va tu barco? —preguntó Jan.

Hacía meses que Milo se dedicaba a construir un barco. Su intención era recorrer la costa y ver qué ocurría en el sur del país. Sería el emisario errante de Palmyra.

—Despacio, muy despacio, como todo en estos días.

Milo se acercó a la orilla del agua para ayudar a Juli y Ayla a amarrar la barca. Mientras Jan contemplaba la escena, comprendió que le echaría de menos si lograba terminar su barco y llevar a cabo su expedición. Ahora, Milo le caía bien.

«Aún soy la misma», se repitió.

Pero sus dudas aumentaban.